NARRATIVA

Todo y la recompensa

Cuentos completos

Daniel Sada



TODO Y LA RECOMPENSA

CUENTOS COMPLETOS

DANIEL SADA



TODO Y LA RECOMPENSA

Todo y la recompensa reúne en un único volumen la totalidad de la obra cuentística de Daniel Sada. Fue su labor como cuentista la que originalmente lo dio a conocer dentro del ámbito de la literatura mexicana y la que le valió, en 1992, el Premio Xavier Villaurrutia, uno de los más importantes de América Latina. Escritor sobre el vasto territorio del norte de México, Sada nos ofrece, en cada uno de los cuentos, una clara muestra de su maestría como narrador, logrando un tratamiento diferente, una multiplicidad de voces y una variedad de registros.

Todo y la recompensa viene a demostrar que estamos ante uno de los escritores contemporáneos más importantes y de la literatura en habla hispana.

Una revelación para los escritores españoles y para la literatura mundial.
Carlos Fuentes

Un artesano impecable, un narrador profundamente cercano a la esencia del hombre.
Alvaro Mutis

Todo y la recompensa

Primera edición: septiembre de 2002

ISBN: 968-11-0568-0

Composición tipográfica: Dos puntos editores

Impreso en México / *Printed in México*

A mi hija Fernanda Sada,
a mi esposa Adriana Jiménez,
a mis hermanos Roberto,
Moraima y María Esther,
y a mi madre Moraima Villarreal

En aquel mapamundi de ilusión
cabalgaba sin brida el estudiante
Ramón López Velarde, "Vacaciones"

EUMELIA

a Víctor Chávez

La abuela iba furiosa. Tenía algo de razón. Furiosa habría de ir porque no en balde tantas horas de música monótona, amén de lo demás: la carretera en línea casi siempre, el paisaje colmado de nopales y de principio a fin cerros fenómenos, distantes, en azul; así como el esplín y los equívocos por no saber a qué horas llegarían a… *Faltan como seis horas para llegar a México. Tal vez sean muchas más*, decía impávido el nieto —quien era el conductor del Ford 83—, en respuesta a la única pregunta que formulaba reiteradamente la anciana que, por cierto, jamás había salido de su pueblo natal. El viaje era a la fuerza (se deduce), a causa de unas reumas empeoradas.

El nieto y su señora copiloto ahítos ingerían botana tras botana, sus nervios, sin embargo, continuaban igual, dado que ni las vibras musicales ni las charras que entre ellos se contaban podían sacarlos de su aburrición. *Ya apaguen ese radio, por favor*, clamó de pronto Eumelia, que recostada en el asiento amplísimo de atrás, ya para estas alturas, habíase puesto encima de los ojos un trapo de franela a fin de no mirar todo ese encuadre de nubes desgraciadas. Y siendo que el revés de la quietud son esas menudencias que no terminan nunca, tal vez sería mejor hacer repasos, recapitulaciones: al vapor: la probidad de hoy contra los sueños de antes, y dormirse y… Ojalá se durmiera durante todo el camino.

Y sí. El nieto mientras tanto, de acuerdo con la esposa, lo que hizo fue mover la peonza del volumen: bajarle… Tan sólo unos minutos aguantarse para luego subirle a las canciones, poco a poco, se entiende, una vez que la anciana empezara a roncar.

Roncó —fuerte, insidiosa, feliz, a contracurso—, tal como lo había hecho desde que era chamaca y lo seguiría haciendo hasta… ¡La gasolinería! *¿Qué pasa?*: se despertó angustiada como si aquello fuera el mismo infierno en perpetuo festín (premonición aparte), adonde habría de irse por ser tan testaruda, según lo comentaban muchísimos parientes, los que la conocieron tiempo ha. Lo demás fue seguir oyendo los ronquidos entremezclados con los chachachás, las salsas,

los merengues: hasta México pues —la abuela siguió súpita—. ¡Qué bueno que fue así!

Entonces de otra forma gozar la carretera.

Claro está que más tarde hubo detenimientos, dos o tres cuando mucho, sólo para llenar de nuevo el tanque, lo que representaba una ruptura o un solaz necesario durante algunos minutos, un estire de piernas —un refresco: el dejarla de oír— bajándose del coche la pareja para luego volver a lo invariable.

En lo suyo iba Eumelia, en su sueño viajero. Era curioso verla, presentirla, cual si fuese una efigie recostada en un lecho dijérase final. Verla con disimulo a través del espejo por parte de Matías o verla abiertamente volviendo la cabeza como de cuando en cuando lo hacía Erna: la esposa copiloto, que no dejaba de ingerir botanas… Allí postrada, absurda, la abuela en santa paz: quizá: después de tanto apito, tanto argumento vacuo pero con muchos hilos de por medio… Y lo que había adelante y lo que había también alrededor: la parentela crítica; asimismo hacia atrás: desde la infancia: la educación severa y pues ni modo, ¡cuántas supersticiones hechas ley! La cosa es que… *Definitivamente me niego a ir a la ciudad de México porque, según decía mamá, allí hay sobreabundancia de rateros. Es más, cada cinco segundos hay un robo*. Tal cual, aunque en distintas formas, lo mismo repetido hasta el cansancio.

Para más referencia y más pretexto paso a paso los miedos de la abuela llegaron hasta el colmo de la exageración: *Decía mamá que en la ciudad de México —desde luego basada en otros juicios— los robos son tan rápidos que sólo en un abrir y cerrar de ojos un cristiano cualquiera puede quedarse completamente en cueros, y esto suele ocurrir en la vía pública y a plena luz del día; a tal grado de que si la persona pide auxilio o corre como loca, no hay quien le dé una mano luego luego. Por ende, antes de que despierte compasión el prójimo se ríe de buena gana*. Así de ese tamaño la fantasmagoría. Salta a la vista pues lo complicado que resultó para los familiares convencerla de todo lo contrario. No, ¡qué va!, ella terca más bien, hundida en sus sospechas… Figuraciones de esa magnitud abarcaron después a otras ciudades: Monterrey, Culiacán, Guadalajara, etc… Asentamientos donde el caos obliga a la artimaña diaria. *Ya hasta en Ramos Arizpe, para no irnos tan lejos, se han dado varios casos de asaltos en la calle casi relampagueantes*. Paranoia, mentira o despropósito, lo que nunca debió de ser problema siguió haciéndose grande. Charada inverosímil. No existía por lo mismo una razón de peso para desprejuiciarla, salvo cuando —y esa vez es la única que importa— el médico local le aconsejó que recurriera a un especialista porque lo grave de su enfermedad requería de un estricto tratamiento, además de una gama incalculable de medicinas raras. La explicación, entonces, se reduce a una idea: fue

necesario usar cientos de trucos para quitarle a Eumelia de su mente dos o tres telarañas.

Pero… Y aquí viene el motivo principal: el nieto y su señora, acá muy a la sorda, le ofrecieron al médico una jugosa dádiva para que éste en seguida convenciera a la abuela de que sólo allá en México podría encontrar al tal especialista. Y es que ellos también acariciaban el anhelo garzón de una luna de miel en ese laberinto, una curiosidad por darle vuelo a la embriaguez y al baile durante toda una noche: cuando menos: querían volverse locos risa y risa para desentenderse finalmente de ese México idílico que sale en las películas, de esos centros nocturnos fabulosos.

Este cuco Matías —habida cuenta de que el espaldarazo recibido por parte de su esposa mal que bien era ya una superganancia— en los últimos meses andaba muy pesudo, por lo tanto tenía sed de aventuras, de vivencias que cuestan dinerales. Derroche al por mayor y a ver qué pasa y aquí van por lo pronto. La carretera azul enriquecida por ideas que despuntan, se diluyen, se amoldan a los trámites de un avatar que aún parece irreal… La música acompaña, es mejor si no se oye demasiado… Ellos hacia, o en pos de una quimera; por cosa del destino desde hacía tiempo juntos: nieto, esposa y abuela, como un nudo difícil de zafar. Por eso el viaje de hoy, visto de otra manera, debía ser consecuencia de algo que a lo mejor tarde o temprano tendría que desatarse.

Un recuento más bien, un desapego al fin una vida mecánica. Dolor y actividad caben en una frase que resuma y que a su vez pondere una historia enlutada. Hace bastantes años Eumelia se casó con un hombre valiente, apenas empezaba a ser feliz, ya meciendo a una hija entre sus brazos, cuando, por una tontería, a su esposo le dieron matarili en una cantinucha. Allí quedó tendido en un charco de sangre. Pues a llorar, ¡qué diantres!, sólo por unos meses desde luego, porque la vida jala como quiera que sea hacia otros derroteros. La hija creció débil, débil y timorata se enfrentó de repente a lo que nunca hubo presentido: una pobreza siempre apuradísima, tan llena de preguntas sin respuesta, como para tomar la decisión de casarse al vapor, sin premeditación, alevosía y ventaja, como sucede a veces. Casarse porque sí toda vez que un fulano irresponsable le dijera al oído cosas bellas y le plantara un beso en plena boca y vámonos. Ella se dejó ir. Un beso-golosina y un frenesí glorioso de caricias. Eso fue suficiente para que ella cayera como una condenada; la carne masculina obró en definitiva, pasión y más pasión hasta empequeñecerla. *Soy toda tuya, amor*, le dijo al vago y éste, sintiéndose maestro, a media luz se la comió gustoso… Pasado cierto tiempo vino la consecuencia irrefrenable: un vástago llorón. En un momento dado el susodicho vago se llevó a su mujer lo más lejos

posible. El retoño, no obstante (Matías Cantú Barrón), se quedó con la abuela, quien estuvo dispuesta a cuidarlo día y noche mientras el matrimonio anduviese de compras allá en el otro lado, en Eagle Pass, Me Alien o en Del Río, ¡sepa Dios! La pareja más bien se desapareció.

Se adivina, por tanto, la verdadera historia subsecuente. Ningún tío hasta la fecha ha sabido de ellos. Entonces la unidad entre nieto y abuela se fue fortaleciendo al paso de los años, amén del agravante que no podía faltar: circularon en torno los malos pensamientos: dizque la dependencia corrosiva del uno para la otra habría de terminar en gatería. Y qué decir de su lealtad infame expresada por ambos ante la parentela. Infame parentela que hubo de imaginar, que sigue imaginando, por lo mismo, cosas horripilantes.

Ya a mitad del camino las salsas, los merengues, en sí los chachachás, sonaban diferente. Todo revuelto, en síntesis, parecía un son tocado por los ángeles.

La abuela despertó precisamente cuando entraban de noche a la ciudad de México. Vastedad animosa, ingobernable, un infierno más grande que la imaginación, y ¿a dónde?, ¿en qué lugar habrían de detenerse? A modo de relevo, pero muy a destiempo, la esposa copiloto incoaba un ronquido chillador. Alerta Eumelia en cambio, casi paralizada: ante el sorteo de luces que se iba transformando en tanto relucía cada vez más la admonición materna, como una cataplasma: *No olvides que si vas a esa ciudad del diablo quedarás maldecida para siempre… Por lo pronto es seguro que te roben, aunque sea una pulsera.*

Y por instinto ella se tocó una muñeca… No, no había pasado nada… Luego se persignó.

A grandes rasgos el plan ya estaba hecho. Este cuco Matías tenía una lista parcial de cabaretes: que el Margo, el California o el Run Run, y al barajeo mental la mayoría, puesto que la memoria es traicionera. (¿El Terraza Casino? ¿El Caracol?) Es que el nieto no tuvo la ocurrencia de usar papel y lápiz. Es que la lista fue proporcionada mediante conferencia telefónica por el distribuidor Pepe Abaroa, quien recibía en bodegas semirrefrigeradas los fletes colosales de frutas y legumbres para su mercadeo. El proveedor Matías le enviaba mes con mes unos siete, ocho trailers, como mínimo seis, siendo ésa la excepción. A conveniencia pues la relación: artificial, benigna si se quiere, tan sólo sostenida por un negocio que —dicho sea de paso— marchaba viento en popa, por lo mismo mayúsculo, impensado, el monto de las ventas y mucho más el agradecimiento por parte de:

—¿Por qué no vienes a tu humilde casa con toda tu familia? Yo los atenderé como se debe en la ciudad más grande del planeta.

¿Humilde? ¡Qué cínico era este hombre, por Dios santo! La invitación aún estaba en pie para llegar cualquiera de estos días de

sopetón o sin decir "¿se puede?", cual si llegaran efectivamente a su propio reducto. ¡Vaya amabilidad!

Llegaron, eso sí, muy convencidos de que les abrirían. No obstante, con verdadera angustia hubieron de tocar el interfón como unas veinte veces, y mientras tanto el frío, las altas horas: hacia un límite abrupto: la zozobra, la calle inenarrable, las iluminaciones acechantes... Temblando ellos un poco y con razón, la abuela sobre todo, quien para su desdicha pudo observar que andaban por ahí algunos vagos muy antojadizos. ¿Serían? Sí, esos ladrones casi de leyenda de quienes su mamá pelonamente le había hablado hasta el colmo: ¿por qué nomás a ella? Como si desde tiempo inmemorial dichos fulanos aguardaran a que llegara Eumelia para... ¡Esos eran!, ¡sí, pues! Lo bueno fue que pronto vino la salvación.

Por la bocina se oyó una voz modorra. Recibimiento lerdo al fin y al cabo. Pepe Abaroa en piyamas: *¡Qué milagro que vienen!, ¡pásenle, por favor*!... Mero trasunto el respirar de tajo la atmósfera casera. Olorcito que jala... Pepe Abaroa en seguida buscando las cobijas, los mejores rincones y: no fue problema acomodar a tres, ya que su residencia era espaciosa. Espaciosa de sobra para un hombre soltero como él, un mendaz cuarentón que era un costal de mañas, un solitario muy a la moderna: derrochador demente, retacado de muebles a lo tonto.

—Buenas noches —les dijo entre bostezos—. Sí, claro... yo sé a lo que han venido, pero mejor mañana platicamos.

¿Mañana? Tan sólo en unas horas —como a eso de la una de la tarde— ya estaban a la mesa departiendo. Tuvo que haber preámbulos, ciertas moderaciones que al obviarse pronto se transformaron en glosa arrebatada, de suyo contrastante con la mudez climática de Eumelia que, con los ojos fijos en el platón de frutas, oía azonzada los atrabancamientos. Cierto que ellos al bies querrían entresacar de todo ese flagrante parloteo uno o varios motivos accesorios que pudiesen caber en un período no mayor de seis días. Qué tal una visita a las pirámides, qué tal a Xochimilco. Mientras tanto los tres discutidores comían, bebían café con leche, ni se acabaron una sola pieza de los panes que estaban a su alcance. Unos cuantos, hasta eso, mordisqueados.

Júbilo o nerviosismo.

Urgencia a fin de cuentas, pero, si a ésas vamos, nada era para tanto, o sea: motivo suficiente sería entonces el plan preconcebido por teléfono. Un poco más tranquilos, más con ganas de oír y hablar en orden fueron haciendo cálculos... Tendrían muy buena suerte si el plan les resultara como lo habían pensado, pero: como lo habían pensado no se iba a poder. Es más: ya de por sí ese día estaba casi muerto. Es que en la capital cada minuto es oro. De modo que

debieron levantarse un poco más temprano. Sin embargo, ¡qué le hace! Y lo primero es esto: el consultorio médico se encontraba a una cuadra de distancia (el tal especialista); se dilucida pues la gran ventaja, la gran comodidad prevista antes del viaje.

—Por ahí donde están esas antenas de televisión… ¿Las ven?, ¿sí?; por ahí entre las ramas de los árboles…

Justo abajo, y también justo el tiempo para ir. Se fueron sin más trámite. Tras el tejemaneje inevitable ya tendrían ocasión de darle rienda suelta a tantas y estentóreas distracciones. Aquellos sueños de cabareteo, hacerlos realidad: era el paso siguiente.

Antes de dar un salto en el orden normal de un pormenor, caben aquí los puntos suspensivos o la tipografía que sea más útil para indicar que no hubo contratiempos en lo que toca al rápido traslado, siendo que la fortuna les sonrió: encontraron al tal especialista dispuesto a recibir a la paciente —a la que le pidió, luego de media hora de consulta, una prueba de orina y otra de excremento; sorpresivo diagnóstico, ¡caray!, dado que unas reumas por muy mal que se encuentren nada tienen que ver con problemas de estómago—, la receta en seguida, indescifrable siempre, eran más de dos hojas atascadas de tinta; las recomendaciones fueron de viva voz. A cambio el desenfado posterior: en menos de dos horas estuvieron en casa con los medicamentos adquiridos y hablando ahora sí de lo que tanto ansiaban.

—Hay un centro nocturno que se ha puesto de moda, se llama Los Infiernos. Si ustedes se deciden podemos ir allí. Aunque el Bar León o el mismo Caracol no son tan despreciables.

—Vamos al que tú digas —clamó eufórica Erna.

Aunque la abuela enferma… No, no les significaba ni siquiera un dilema, pese al blancor horrendo, trasparente, que apareció en su rostro cuando supo en verdad lo venidero. Resolvieron los tres que ella se quedaría como dueña y señora metida a piedra y lodo en esa casa extraña. No la iban a invitar, sería una ofensa. Lógico es que se armara de valor. Le aconsejaron cómo. Que dejara las luces encendidas y que pusiera música bailable, pero a todo volumen, para que los ladrones no osaran penetrar. Una fiesta fantasma indispensable. Y los rezos y las imploraciones, como apoyo indirecto, para que se sintiera en compañía. También le dejarían sobre un bufete un extenso enlistado de teléfonos en el que figuraban por supuesto los de la Policía, el Cuerpo de bomberos, las Cruces Roja y Verde, sin olvidar los de las amistades principales del vivaz solterón y los de LOCATEL, sin olvidar tampoco una copia de llaves de la casa, además de una suma de dinero… DE TODO LO QUE EN TÉRMINOS DE APURO SE PUDIERA OFRECER… Tardó el convencimiento porque Eumelia ponía bastantes trabas. De hecho, si nomás por antojo ella

hubiese querido frustrarles la salida, ya se imaginarán cuántos achaques saldrían a relucir. No obstante por enfado, por no seguir oyendo sugerencias, que no son otra cosa más que órdenes, aquí está lo que dijo:

—Vayan tranquilos pues. Entiendo que son jóvenes y quieren alocarse. En cuanto a mí, que sea lo que Dios quiera.

Y lo que Dios dispuso desde arriba fue que ella se valiera por sí misma como deben valerse las personas que todavía se sienten muy lejos de su tumba. *¿Y* luego? Las maniobras. Cada quien por su lado. Emperifollamientos más o menos contra inseguridad alambicada de inocentes palomas que quisieran volar al más allá. Hacia el baile total. Y el "no" de la abuelita paseadora a la fuerza, horrorizándose de su familia. Y hasta quería gritar como una niña. Lo que le entró después de repensar y repensar tonteras no fue siquiera un arrepentimiento sino cierto coraje de mujer, de mujer valerosa y solitaria, pero en una gran casa, desde el atardecer, envuelta ya en aromas que al fin configuraban un aroma intermedio, el cual, para acabar, fue el que impregnó: la casa de dos pisos, con cuatro amplias recámaras, una sala de lujo, un comedor de cedro y tres largos pasillos como para perderse o darse a la tarea de presentir que en cualquier recoveco habría una aparición, muchas apariciones, de toda su familia de una vez, gritándole, injuriándola.

¡No!, no era por ese lado.

Mejor, estoica, inexpresiva, quedóse como vil espantapájaros luego de que los tres se fueron al demonio.

Risas encadenadas hacia el baile.

El trío punible, y ella, lerda, a sus anchas, como en cámara lenta fue avanzando…

¿Hacia dónde? A saber… Es que la oscuridad tiene más rumbos, las cosas son de bulto o al tanteo, y sin hacerse una capirotada imaginaria de todo ese sustrato indefinible que es lo negro en lo negro Eumelia de una vez se fue en directo hacia una ventana de las cuatro que había en el segundo piso. La luz. El resplandor. Se puso ella, se quiso una romántica cualquiera. Se puso a recordar quién sabe qué diabluras que a lo mejor no eran. SE PUSO. La noche urbana apenas asomando, la insinuación de un fuego de artificio y la fisonomía de un emplastado, ingente, por decir; urbano, por negar. ¡Mundo! ¡Superchería! ¡Necesidad! Rumores atrayentes, formas enamoradas del horror y la entrega, y Eumelia, por lo mismo, queriéndose quitar de la cabeza esas barbaridades que le decía su madre, las cuales desde luego la mamá debió haber aprendido de sus antepasados, y así hasta los inicios españoles. "¡No vayan!, ¡no sean tontos!", sería el lema perpetuo, más bien es y será. Sin embargo la abuela a sí misma se dijo:

—Yo creo que aquí la gente se la pasa rebién.

En el anonimato.

Esta ciudad es el lugar idóneo para perderse y para recobrarse, sobre todo perderse por las calles, nunca dar con un sitio y dar con todos. Perderse pues, a cuenta y riesgo propios, tal como se perdieron su hija amelcochada y el vago voluptuoso allá en Me Alien o tal vez en Donna. Entonces la abuelita atisbo en un antojo de amorcito de madre: verla aquí… Ver a su retoñito ya bien establecido y no nomás mirarlo en los retratos, sino, si se pudiera en carne y hueso; en cuanto al vago: no, no tenía caso verlo. Y se durmió la pobre en un sillón, espacio le sobraba.

Hacia el amanecer los deseos de la noche se apagaron. La hija entre tinieblas y el vago iluminado eran como una hoja desprendida de un árbol. Hacia el amanecer, como si la empujara algún resorte, Eumelia fue en directo a la cocina. Un frasco, ¿dónde?, y no tardó gran cosa en encontrarlo. Por cierto el excremento, ¡qué deseos!, ¡cuántos pujidos necesitaría para siquiera hacer un mojoncito del tamaño de un chile jalapeño! Pujó y pujó y lo hizo, lo colocó en un frasco vacío de NESCAFÉ. No se puede negar que dicho proceder en un principio debió causarle mucha repugnancia, pero vino la tapa salvadora y la bolsa vistosa: una de LIVERPOOL, y entonces ya ni qué: aquello era un tesoro.

Para su mala suerte la orina nunca vino.

El tal especialista le había dicho que a eso de las seis de la mañana se presentara con el par de muestras, además de bañada y en ayunas. ¿Bañarse? Eumelia lo pensó. Es que en la madrugada… Agua caliente había, lo comprobó… ¡Vamos! La temblorina.

La caricia del agua y el desvío imaginario… Llegar a toda prisa al consultorio para decir de buenas a primeras: *Aquí está el excremento que usted me pidió ayer. Ojalá que le sirva sólo eso, porque, por más que quise, no salieron los meados*. Ja, ¡qué descaro sería decirlo de ese modo, al estilo ranchero! Por lo mismo vendría la corrección de aquél: *Por Dios, señora mía, se dice orina. O-R-I-N-A simplemente, así como lo oye…* Y bajo el chorro de agua la reumática reía, reía triunfal.

Casi en tres zapatazos estuvo al punto: lista para salir sin avisarles a los que de seguro habían llegado rancios, tambaleantes, adivinando entre la oscuridad blanduras, asideros, lechos para caerse como tablas. En tanto que la abuela vivaracha —y no por ir en contra de toda esa molienda musical— estaba a un tris de abrir puerta tras puerta hasta ganar la calle. Situémosla expedita, con aires de grandeza insuficientes como para avanzar despreocupada. Iba, no obstante, dizque muy retadora de la ciudad de México. Mal vestida por cierto, a las carreras, a pesar de que no eran ni diez para las seis. Falda y blusa arrugadas, un chal, un par de chanclas, y todavía arreglándose la greña; libre, medio ridicula, pero sin el embargo de saberse no tanto vigilada sino

compadecida.

A cambio el espectáculo naciente. Gente bicicletera, en motos o de a pie: pimpante o agachada. También muchos camiones. También muchos tamales, humaredas; y modos, jeringonzas, y brotes de agresión. La chistosada en ciernes, contrapuesta, a guisa de paliques pendencieros en medio del apuro general. Y Eumelia, por contagio, por no dejarse ir tras un deslumbramiento, aceleró su paso.

Guiada por su intuición y su memoria debía de entorilarse nada más: por esa misma acera: sólo con la idea fija en su cabeza de encontrar el dichoso consultorio. En cuanto al excremento, ni quien se percatara de que ella lo llevaba paseando en una bolsa lechuguina, o sea: conforme al movimiento de su andar: sus brazos en vaivén: en una de sus manos el pendiente. Sí, la cosa codiciada, la apariencia de algo muy valioso; y cuando más se iba arrepintiendo de haber fraguado en su imaginación vanas y espeluznantes tonterías: ¡bolas!: un hombre encarrerado le arrebató la bolsa y en menos de un segundo se desapareció, a lo mejor ya andaba volando entre las nubes.

Metáfora engañosa, porque tan sólo el nombre LIVERPOOL, sea pues lo estilizado del objeto y las mil deducciones sobre la demasía, ah, ¡qué fina desmesura!, ¡qué innoble paradoja!

—¡Deténganlo!, ¡detente, miserable ladrón!

¿Qué? Nadie, ¿para qué preocuparse de lo que no preocupa? Entonces la abuelita como pudo se encarreró con fe hacia donde creía que era más conveniente, pero a unos siete metros dio el ranazo. *¡Detente*!… *¡Detengan al ratero!* No más por no dejar volteó hacia arriba, y al no ver más que pura nublazón mejor trató de incorporarse pronto, no fuera ser que luego le robaran una prenda cualquiera. Tenía que

refugiarse, pero ¿dónde? Y se sintió más sola que un tejón… ¡Al diablo el excremento! Imposible alcanzarlo. Ya le faltaba poco sin embargo para llegar a… El tal especialista la recibió gustoso. (El consultorio por primera vez la hizo sentir que estaba, o que iba entrando a un lugar parecido a su recámara, la de siempre: olorosa, sumida en un alcohol adulterado.) Estaba la mujer para quejarse. Sacó de sopetón lo que traía entre dientes como si el que la oía fuese su salvador, su ángel de la guarda, su cristo o su mamá resucitados:

—Me robaron las muestras de excremento —y poco a poco fue la explicación que en tres o cuatro frases no pudo redondear. A lo que por tan simple desventura el tal especialista creyó sobreentender que no era exagerada la noticia. Algo para reírse a carcajadas, aunque también para guardar las formas; por ende se llevó tres dedos a la boca, disimulando acaso un estornudo. De suyo, a lo que le parecía un drama innecesario él podía darle un giro de comedia. Así, queriéndose tal vez condescendiente, le respondió con tono de padre celestial:

—Pero, señora mía, eso es muy fácil de solucionar. Venga mañana a esta misma hora con lo que le pedí. Si por algún motivo usted no puede obrar, con la muestra de orina me conformo… Y ahora sí discúlpeme señora, tengo que despedirla, es que estoy saturado de pacientes. Mi agenda está completa, ¿usted me entiende?

La verdad entendible, o al menos inmediata, es que en el consultorio había un silencio tal que casi era imposible suponer que los pacientes y las enfermeras se hubieran escondido en un lugar ficticio mientras ella estuviese en tiempo de consulta. Bah, no fueron ni siquiera diez minutos.

La despidió. Se fue. Algo la despidió en definitiva. Luego: balandronadas: hacer la conexión con las sentencias dichas por su mamá; hacer la conexión con el ratero, nomás por puro antojo, pero… ¿Tendría caso saber hasta dónde llegó?

Eumelia pudo entonces concebir que en una esquina (de las tantas que hay en este laberinto), o en un mugre resquicio, probablemente el frasco de NESCAFÉ estaría ya no digamos que partido en cuatro, sino hecho un batidillo nauseabundo: añicos y acidez a la intemperie y… La abuela iba furiosa… ¿Qué les iba a decir a los cabareteros?, sea pues ¿a los que amodorrados, o con franco desgano, oirían el suceso como oír un merengue muy mal ejecutado?

Lo cierto sería entonces una grandiosa mueca a modo de respuesta, una mueca de enfado, de plano indiferente, no obstante que la abuela tuviera la razón.

LA VOZ DEL RÍO

La soledad es legendaria como los ríos
y como los perfumes impregna.
JOSÉ MARÍA ÁLVAREZ

¡Mira!, como aquello de allá… sí… como aquello.

El río avanzaba entre la oscuridad, solitario, casi invisiblemente. El río traía en sus pulsos lunas despedazadas y acaso fuera aquello que se batía en la calma. Edimiro dormía, mal, como siempre, boqueando bocabajo luego de antes en que hizo lo último: colar salvado, pulir las herraduras: antes, en la tarde de hoy. Pues nada, que Edimiro no sabía qué, por qué, y de repente un grito vino a él… Grito como de hombre que se ahoga o también como si pareciera un leño que pega contra el agua. Cosas de ideas de azar. *Como aquello de allá… sí… como aquello que busca una distancia*. Y la voz se diluye. Largamente una o de vapor sobre las aguas, el sonido de un eco. Edimiro que va, pronto llega —el río tranquilo, sereno como siempre— tan luego que se sienta sobre la pura chuqui de la yerbaelmanso y se queda a esperar.

Oscurece más hondo. Las corrientes se abisman en una exhalación oscura como la pesadilla. Viene el día y la noche después y la voz ya no se vuelve a oír.

Entonces por sobre la maleza de un vientecillo hojeando hizo crecer una iluminación de trece lámparas: unos hombres buscaban las huellas del ahora difunto. Que ayer hubo un ahogado. ¿Ayer? Ayer… dicen las gentes que supieron. Mas nunca lo encontraron. Y, ¡por cierto!, ¿el Edimiro dónde se habrá metido?

Y así fueron pasando muchos días, y la voz, la voz algunas veces se perdía entre las nubes… *sí, algo, como aquello*: aquella idea de aire encerrada en algún acabar. Y el río avanzaba lento, el río de allá, detrás de la arboleda. Azul de transparencia que luego quiebra por entre las colinas de San Buena.

QUIÉN ES QUIÉN O QUIÉN NO ES ALGUIEN

a Adriana Jiménez

Si uno pudiera olvidar sus sueños,
el tiempo se abrevaría —¿Qué tan
lejos estamos ahora del principio?
JAIME MORENO VILLARREAL, "Caudas"

Porque la suerte es la suerte, y quien la tiene, la tiene de más. Porque no hay nada como decir mentiras cuando otros procuran verdades al vapor. Porque no hay pretensión ni reconcomio, sino, más bien, pura anarquía mental. Eso —todavía poco— es Luis Carmona: el noble gigantón que aproximadamente hace quince años nadie daba por él un cacahuate. Y lo que son las cosas: hoy vive como rey. Guapísimo el fulano pero tonto, maníaco, desquiciado, según los comentarios de enanos envidiosos, esos que ya quisieran llegarle a la cintura. Lo bueno es que el gigante mentiroso ya está muy lejos del estercolero.

Lejos, sí, en una isla de Europa, casi inculta, el héroe de intramuros en completo reposo, con la sonrisa última del sabio, moviendo la cabeza levemente para un lado y para otro… o como sea mejor, pero feliz, asaz despreocupado, sin más ansia que estar en donde está.

—La verdad yo lo envidio —dice Adalberto Armijo.

—Pues yo no, para mí no es un caso edificante —contesta Pedro Garza.

Remembranzas fatales se cocinan entre ellos: los amigos: apenas si se acuerdan de aquel asunto trágico en el que Luis Carmona de chiripa salió vivo y sangriento. Fue una riña bastante desigual provocada por él que, haciendo gala de superioridad, como siempre lo hacía, a lo tarugo impuso su imagen grandulona, y los enanos, a la voz de "ya", le cayeron en bola y… De más está decir que su cabeza parecía un jitomate reventado. Una rojura horrenda que a la hora de la hora fue gloriosa, porque, a la inversa, en su joven encéfalo algo bueno pasó:

un reacomodo exacto, milagroso, capaz de darle un giro a su destino.

De momento sus padres lo curaron con húmedos vendajes de agua oxigenada, pero necesitaba cocimientos casi en un dos por tres, antes de que la choya se le cayera a cachos: desflorada: ¡qué magias postrimeras! La sangre, mientras tanto, florecida, manando todavía como venero tétrico. ¡Qué lástima! ¡Qué trabajos urgentes requería el peleonero! Y también qué trabajo llevarlo al hospital sin que dejara rastros en el coche o en las duelas de allá cuando llegaron rápido exigiendo atención. Por lo pronto, ni modo, el goterío paró después de un largo rato, unos veinte minutos. Nomás no pudo el guardia cirujano detener la hemorragia en menos tiempo; nadie, pese a las enfermeras correlonas y al nerviosismo loco de cuatro paramédicos. Listo, al fin; regresar fue costoso. El padre iba llorando y manejando. La madre, en cambio, mejor que se quedara rece y rece, en casa, en paz, no fuera a desmayarse la infeliz en el momento más inoportuno. Decisión en un tris tomada por el padre, quien a la postre en calma, reprimiendo un plañido que no conducía a nada —aún al volante, a gusto, en la avenida sola, más allá de las dos de la mañana—, le soltó al hijo la recomendación:

—Esto es para que aprendas a no andarte peleando, sobre todo con gente pandillera.

A lo que Luis Carmona, sumido en entresueños, no supo de quién era aquella voz. No sabría discernir más adelante otros tantos consejos, sino sólo un vaguío de palabras dispersas… “Más adelante” quiere decir “al rato”: la llegada a la casa, y todavía el discurso con airecillo lerdo.

Palabras que se pierden porque no suenan fuerte.

Palabras subconscientes para alguien que ignora por completo cuál es la realidad y cuál es justamente lo contrario. *Bájate* —dijo el padre —, *ya llegamos*. Pues no, eso era lo difícil. El juvenil gigante estaba semimuerto, vegetal, sin quejidos, y el padre cómo diablos iba a cargar la mole, ni con la ayuda de la esposa, ¿cómo?, ¿cómo sacarlo?, ¿cómo despertarlo? Decidieron dejarlo ahí en el coche para en seguida encomendarse a Dios. Padre y madre turnándose, media hora cada quien, hasta que amaneciera. Cuidarlo, ¡qué problema! De todos modos respiraba el hijo, nunca dejó de hacerlo. Afortunadamente.

Vino la luz. Vinieron los vecinos.

Aparecieron Adalberto y Pedro: los amigos de aquel que antes del accidente no quebraba ni un plato, los que hoy cervecean y botanean rememorando partes claroscuras del que fuera, sólo por su presencia, mas no por su donaire, su ángel de la guarda de a deveras. Atleta inconcebible en la barriada; potente ilusión óptica a distancia para los envidiosos montoneros: los sañudos rivales con las manos abajo esperando el momento.

¿Cuál venganza?, ¿por qué? Sólo porque medía más de dos metros daban ganas de hacerle una trastada. Y más porque traía revoloteando, sin que se diera cuenta, a un enjambre de zonzas soñadoras que deseaban estar entre sus brazos, besarlo donde fuera, y más cositas de ésas. Pero aquél en las nubes andaba entretenido, lejos del hervidero terrenal: tan minúsculo emplaste en movimiento, en un nivel oscuro, de subsuelo; mientras que acá, flotando, el pensamiento santo de quien nunca, por ende, miraba de soslayo. Siempre a los ojos, sí, como los inocentes. Pero por paranoias que no viene al caso deslindar, la caterva de jóvenes mambís lo miraban de lejos como a un monstruo salido de un pantano.

Monstruo que hacía preguntas demasiado lunáticas como las que se citan: *¿Es posible viajar de Mexicali a San José del Cabo en un patín del diablo sin bajar ningún pie de la tablilla para empujarse un poco?… ¿Por qué los hombres no están capacitados para saltar un cerro sin que les pase nada cuando caen?… ¿Es posible ligarse a una mujer hablándole de amor a base de ecuaciones?… ¿Ocurrirá algún día que en lugar de caballos salgan bebés gateando en los anuncios que hacen de Marlboro?…* Y los otros reían enajenados pero siempre por dentro, dado que si lo hacían abiertamente con la lengua de fuera, él nada más mostrábase insumiso endureciendo mucho sus facciones y haciendo relucir su vozarrón de león acorralado: *¿Crees que no debo hacer esas preguntas?, ¿me juzgas deshonesto?, ¿crees que pienso idioteces?* Descomunal amago embaucador. Un sí o un no debían comprometer, mas lo que interpretaban los enanos iba por otro lado: podían salir golpeados si porfiaban en dimes y diretes, pero, pues, que se sepa, el gigante jamás le puso un dedo a ningún ser humano; sea lo que sea, no obstante, lo real es que en el barrio la palomilla le sacó la vuelta, excepto…

Los que le daban hilo a sus desbarajustes son los mismos que hoy, devotos del alcohol, añaden algo más al caso inevitable. Retazos van y vienen, ciertas glosas pendientes, ríos y montañas de información sabrosa, lagunas hay: enormes, como enormes silencios al respecto. También, ¿y por qué no?, se entresacan paráfrasis agudas que parten de la sorna descarada para llegar a análisis muy serios sobre patologías sin solución. En fin, y ¡qué desgracia!, que ellos ya sean personas sistemáticas. Poco se ven, no hay tiempo como antes, porque tienen horarios hasta el tope. Fingen, de todos modos, al pretextar que están muy ocupados. Pero de vez en cuando, aprovechando ambos sus vacíos laborales, pegados al teléfono se quedan más allá de una hora contándose idioteces del pasado; a veces se dan cita en un bar céntrico, y aunque hablan de lo bien que les ha ido, reviven esa época muchacha, que resulta incompleta, desde luego, sin las maquinaciones del gigante.

—¿Te acuerdas qué trabajo nos costó llevarlo hasta su cama? —

dijo Adalberto al tiempo que levantó las cejas lo más alto posible.

En total fueron seis los que ayudaron. Puros hombres chiquitos, quehacerosos. Fue la madre afligida la que pidió socorro en las casas contiguas. ¡Claro que sí!, en seguida. Era un favor muy leve. Ya una vez en su lecho el bulto fofo, bien a bien no se sabe qué día se despertó. La información correcta hay que inventarla. Con que fuera siquiera una semana…

Venga la discusión de los amigos, las inexactitudes… Aunque en la perspectiva del recuerdo hasta parece lógico y sensato que haya permanecido un poco más. En estado de coma no es tan fácil volver a lo normal si no es por obra y gracia del Todopoderoso. De suyo, si el milagro sucede, ¡qué bien! Felicidades. Pero ni para cuándo los padres del grandote querrían entretenerse con suspiros como ése. Al contrario, temían que su retoño ya no hablara jamás, *¿y* cuál? El día menos pensado, para sorpresa de ellos, se soltó palabreando cual rorro de ventrílocuo, a pecho abierto, lírico, semiconsciente, cáustico, porque se imaginaba en plena lucha contra el montón de enanos que en oleadas continuas se le dejaba ir. ¡*Hijos de la chingada*!, *van a ver*… Y de ahí en adelante la impune extraversión a rienda suelta, donde majaderías comunes y corrientes, tales como "¡cabrones!", "¡putos!", "¡pinches!" se repitieron más de veinte veces. ¡Locura exuberante contra la inmaculada decencia de la casa! Pues ¡qué barbaridad! Por lo pronto la madre se persignaba en friega, pero como eran tantas las comentadas dichas, terminó por huir a la cocina, lejos, la pobrecita, o sea… Lo que hizo fue prender la licuadora nada más porque sí…

Después vino la calma, la corrección total.

Cierto es que Luis Carmona hablaba a solas. Cierto es que mascullaba groserías, aunque en tono menor, que ya es bastante, y: la mesmedad se impone de una vez: hubo reconstrucción en su cabeza; reconstrucción onírica, parcial, porque… Veamos ahora.

Transcurridos tres meses más o menos una vez en la calle Pedro Garza lo vio: sentado en la banqueta de enfrente de su casa, jugaba con un hilo, y decía algo que Pedro alcanzó a oír: …*Ya me las pagarán uno por uno*… Tan concentrado en lo que hacían sus manos no se dio cuenta que el otro se acercaba hasta que vio la punta de un tenis colorado; entonces por instinto sacudióse, poniéndose las manos en el cráneo. El hilo se quedó entre los cabellos.

—Oye, ¿no te acuerdas de mí?, ¿adivina quién soy?

—No… ¿por qué…? ¡Vete!

—Soy Pedro Garza, tu cuate de la prepa, tu vecino.

—¿Pedro? —las conexiones y los silogismos. Las preguntas abstractas, desmedidas, a cuán más imposibles de una respuesta justa. Ah, y la iluminación reveladora: el nombre legendario—. Pedro… Hay

un Pedro en el barrio… tiene que haber un Pedro…

—El mismo, el único, quién más que yo, ¿te acuerdas?

—Creo que ya me acordé… Tú eres Pedro, el chaparro, ¡claro que sí!… ¡Qué bueno que llegaste!

—Tenía ganas de verte, pero cuéntame algo… ¿Cómo te la has pasado?

—Pues he andado de arriba para abajo, viajando sin parar.

—Ah, sí, ¿deveras?, ¿y me puedes decir a dónde fuiste?

—A San José del Cabo.

—¿Y para qué tan lejos?

Luis Carmona, que había dejado el hilo revuelto en su cabeza, se llevó cuatro dedos a la frente, los mismos que subieron por el pelo, como suaves tentáculos, para en seco frenarlos, cerca del molinillo. Enredo, hilo, ¿qué hacer?, ¿contarle el recorrido? Y sus miradas fijas ahora sí: la una hacia la otra; y el asomo de duda por un rato. Aunque también las muecas complacientes. Sutil la idea inicial para lanzarse. El desparpajo a punto y:

—Pues me fui a San José en un patín del diablo. Allá estuve tres horas nada más, aunque tres horas muy bien aprovechadas, o sea… Hice una transacción con un señor. Cambié el patín del diablo por una bicicleta de carreras, que fue en la que me vine a Mexicali. Con decirte que el viaje de ida y vuelta no duró ni dos días, no me cansé siquiera.

—¿Y me podrías mostrar la bicicleta?

—No, porque deja explicarte. Al llegar a mi casa estaba un tío comiendo, lo invitaron mis padres. Nos dimos gran abrazo. Platicamos bastante. Luego del postre y eso, salimos al portal, y entre que no y que sí le echó un ojo al vehículo. Como a ese pariente yo siempre lo he estimado, le dije así nomás: “¿te gusta? Te la doy”. No lo pensó dos veces, y que la carga y que la deposita en la enorme cajuela de su carro.

—Luis, la verdad, ¿cómo puedes decirme a mí esas cosas?, ¿por quién me tomas?, ¿eh? Sabes que no te creo.

—¿Entonces piensas que soy un mentiroso?, ¿me crees capaz de verte la cara de tarugo? Yo no me porto así con los amigos…

—Es que es irreal, es demasiado ilógico… Y de una vez te digo que no quiero meterme en discusiones. No me expliques detalles… Lo que sí me doy cuenta es que quedaste mal de la cabeza. No te has recuperado del golpe que te dieron. Yp que tus padres te llevaba ahora mismo a un hospital psiquiátrico.

—Pero es que soy muy rápido, deveras. Hasta se me hizo largo el viaje de regreso. Con el patín del diablo…

—¡Basta! No te creo ni de chiste. Y ya me voy. No soporto que quieras explicarme lo que no me interesa. Te dejaron los sesos al

revés. Te jodieron y ¡punto!

—Pero te juro que…

—Adiós.

Pies en la realidad para huir del embrujo. Pies de prisa. Esfumino. Pedro Garza quizá: mente ingeniera, estricta, ¿cuándo regresaría? No daba chance nunca. Al demonio los déficit. Horrores de la vida cortados por lo sano. La amistad para él era una superficie casi aterciopelada. Roce y satisfacción y magnetismo espurio. Personas-personajes-muñequitos parlantes, y todos instalados en lo mismo, al fin de cuentas poco: trágicas miniaturas en un teatro al que acuden crédulos mentecatos. En reducción el nudo, la verdad circunscrita a una sola palabra. *Pobredumbre* ¿tal vez? O agua que siempre corre, inabarcable, ajena, que no importa, no sirve, no se puede beber.

Historia revertida para Adalberto Armijo, quien al oír lo grueso y lo superfluo del caso referido le dio un trago muy grande a su café con leche. En ese tiempo nada de cervezas. Pura buenaventura relamida. Sabores que no llegan ni se van.

—De modo que se fue por toda la península en un patín del diablo y regresó feliz en bicicleta.

Maravilla tenaz, poética sonrisa, porque ya despuntaban los morbos deliciosos. Adalberto no quiso por lo pronto reprocharle a su amigo archicuadrado su actitud radical. No era tema de intrigas el desajuste aquel. No en esas circunstancias donde los menoscabos son patentes. Llamar a la cordura a un exagerado era tanto más loco que no seguirle el ritmo nada más para ver hasta dónde entraría en dubitaciones. Pero Adalberto no sacó la idea, sino que hipócrita y alucinado fue a buscar al gigante un sábado en la tarde. Quería desenredar el hilo mágico.

En la casa de Luis tardaron en decirle que por ahora no. Tocó mas de diez veces y lo dicho. En realidad los padres no querían que su hijo anduviera en la calle. En resguardo seguro durante un largo período evitarían que fuera nuevamente atacado por esos pandilleros sin futuro —sobrecogidos todos, al acecho—, quienes por intuición debían temer una venganza en grande, ya no de parte de la familia en sí, pues sería lo de menos medir fuerzas, sino de las patrullas policiacas en continuo rodeo, preparando en secreto una emboscada para meter de bulto tras las rejas al montón indeseable. Pero el plan no era ése: por lo visto: de nadie contra nadie.

Sólo que los terrores siempre dan de qué hablar. De otro modo, la paz es consejera, trae buenos resultados, y la huida también. Porque, inclusive, desde el momento mismo del percance, el padre contrariado atisbo en un deseo que venía alimentando de un tiempo para acá: un día de éstos cambiar de domicilio. Sí, aunque… Resultaba carísimo y latoso emigrar a otro barrio, a otra colonia un poco más tranquila,

donde no merodeara la negrura y salir a la calle a cualquier hora significara una emancipación. Por mientras, sin embargo, vaya que era molesto resignarse a lo tétrico, teniendo a su retoño de dos metros metido a piedra y lodo en su recámara, como infame gorila encadenado repitiendo la frase subconsciente: *Ya me las pagarán uno por uno*, hasta eso que en voz baja; mas cuando el arrebato allá de vez en vez, luego de varios días de no ver más que imágenes sagradas de Beatles por doquier y cristos parecidos a jipis de Los Angeles, entonces sí la voz era un estruendo casi casi apoteótico *¡Pinches güeyes cobardes!, ya verán… ¡Enmierdados culeros, hijos de Blanca Nieves!…* La sandez impetuosa, incontrolable, tanto así que la madre, al oírlo espetar las palabrotas, se metía de inmediato al tocador y con el ruido de la secadora ahuyentaba la racha endemoniada.

Endemoniados fueron esos días de encierro y pesadez. El padre, por su parte, con lápiz en la mano, a veces con el cuerno telefónico pegado a una oreja para pedir informes, calculando apurado lo que le iba a costar tener a su hijo en terapia intensiva: por cuánto tiempo, dónde, cómo saber si en Mexicali había un hospital confiable, cuándo llevarlo o si era necesario armarse de paciencia; y haciendo presupuestos se dio cuenta que no tenía dinero para eso, a menos que vendiera los muebles de su casa podría traer cuanto antes a su orate adorado a la normalidad.

Entonces los suspiros solitarios: Ah, si la Cruz Roja hiciera esas labores… Así también: Si el Seguro Social aceptara a la gente independiente… Y mientras tanto la normalidad se reducía a un reguero de chasquidos domésticos, pasos por todas partes, soliloquios, rechines, tan sólo trabucados por timbrazos que a diario y hacia el atardecer asestaba Adalberto: en vano, siempre: hasta que un día le abrieron: el padre, harto de estrépitos, con pistola empuñada salió a ver. Reconoció al enano compañero. Pero como a partir del accidente creía que en la manzana proliferaban moros con tranchete, pues le hizo unas preguntas al molón.

—¿Qué se te ofrece?, ¿por qué tocas el timbre de esa forma?

—Quiero ver a mi amigo. Desde hace tres semanas quiero verlo.

—Está bien, pero júrame aquí que tú no tienes ligas con los de la pandilla.

—Lo juro por Dios Santo. No me gustan los pleitos.

—Bueno, pásale pues. Nomás quiero decirte que si le haces algo cuando estés en su cuarto, te disparo seis balas en la panza.

—No, señor, yo vengo a platicar. No se preocupe.

El enano avanzó paso a pasito por el jardín frontal —jardín clasemediero, cualquier cosa de flores y zacate—, detrás de él la pistola apuntadora, como presentimiento. En potencia el terror que le iba acompañando. ¡Si volteara de pronto el visitante! Si, de hecho,

supiera que la madre sacaba a su retoño un rato nada más a la banqueta (las oportunidades se prestaban en ausencia del padre. Media hora cuando mucho, al aire libre, solo. Siempre que no se fuera más allá, ni a la esquina: porque allí empieza —entre Escila y Caribdis— el trance climatérico, y el loco obedecía como perrito, le convenía ser dócil con tal de estar en Babia, despejado, hablantín, imaginando viajes rapidísimos. La doble vigilancia de la madre, entretanto: ojos para el reloj y ojos para el hijo, a sabiendas que al filo de las cuatro de la tarde volvería de la chamba su marido. Por lo mismo: *Ya es hora que te metas a tu cuarto. No te vayan a ver los pandilleros)*… Como no sabía nada de esas cosas —Pedro no se lo dijo, sea por desidia o por mera ignorancia— Adalberto no pudo evitar la amenaza del padre chacharero, quien ahora, de nuevo, cuando ya el visitante estaba a punto de subir los peldaños, lo detuvo diciéndole:

—¡Espérate, no subas! Sólo quiero saber si a ti no te han golpeado ésos de la pandilla.

—No, señor. Todavía no me pegan.

—*¿Y* por qué crees que no?

—Bueno, tal vez porque yo soy de su misma estatura. No me tienen envidia.

Una respuesta perfectamente lógica para subir al cuarto quitado de terrores y encontrarse al gigante de hinojos, abstraído, jugando a los carritos… Ruuunnn-ruuunnn: los arrancones, y un “hola” secundario que no distrajo a Luis. Luego de unos minutos al fin se saludaron.

No hubo sorpresa, no, sino sonrisas cómplices: cierta adivinación porque el gigante, sin pensarlo dos veces, sacó esto:

—Quiero contarte algo, por eso te llamé hace veinte minutos, y es que ya estoy usando mi poder telepático —Adalberto en principio se arrogó la postura del ídolo de barro al que muchos le cuentan y le rezan: ningún gesto siquiera, absoluta reserva y atención invariable, previsor de los yerros por venir, dispuesto a darle aire al notición—. Hace unas tres semanas estuve en San Quintín. Me fui en mi *Barracuda* convertible, arreglado con máquina de *Thunderbird*. Hice como una hora de aquí a allá. ¡Vieras qué impresionante! El carro, la verdad, más que correr volaba. Todo iba a todo dar cuando de pronto algo se descompuso. ¿Sabes lo que pasó? Ah, al poderoso carro, de buenas a primeras, se le trabaron las velocidades. Después de batallar con la palanca por más de media hora sólo entró la reversa. Si le hubiera seguido a la mejor lo arreglo, pero yo tenía urgencia de regresar a casa y, pues, ¡ni modo!, me tuve que venir tal como estaba. Ya te imaginarás. No creas que es placentero manejar de reversa, con el cuello torcido. ¿Tú en mi caso qué harías? Lo que has de ver es que hice el mismo tiempo que en el viaje de ida.

Adalberto no supo si reír, alarmarse o salir disparado. Alegarle

sería como entrar indefenso a un remolino absurdo donde las volteretas no llegaban a nada. Por eso es que de plano prefirió ser hipócrita —no como Pedro Garza, el claridoso, quien por lo visto no tenía corazón—. De ahí en delante (¡asco!) ya ni qué: tuvo que soportar el vendaval de charras desmedidas, limitándose así, por no dejar, a las exclamaciones y modales de los buenos compadres: "¿de veras?", "¡no me digas!", "¡qué extraordinaria hazaña!", para que de este modo su amigo se animara a seguir ensartado en la exageración: una espiral que ampliaba cada vez más sus círculos. Toda la tarde, y luego: *Ya me tengo que ir. Pero mañana vengo*. La cosa es que Adalberto acudía como autómata de lunes a domingo a escuchar el rejuego chapucero. La atareada locura iluminada de un creador de epopeyas, donde el héroe —arbitrario— deseaba ser más grande que el mismo Superman.

Lo era, por supuesto, en estatura al menos, y no se diga en cosas volanderas ni en atarantamiento. Un atarantamiento que viéndolo de frente, a las claras, tal cual, se asemejaba a un pozo de luz inagotable. Las mil transformaciones de un interior feliz. Más durante aquellas tardes: los dos se anochecían. El inmóvil escucha (monigote) y el otro, en pleno vuelo, hasta que el padre interrumpía el monólogo: *Por hoy es suficiente. Mañana, Dios mediante, pueden verse si quieren*. Visitas religiosas. Encuentros trapisondos. Así la fantasía. Las horas en aumento. Asuntos varios pues, y aquí se cita uno como ejemplo: que en San Francisco andaba Jesucristo autografiando biblias; hasta allá fue el gigante por la dedicatoria. ¿En su patín del diablo? Sí, en efecto.

—De regreso me dio por festejar lo que había conseguido. En principio, nomás de puro gusto, lo que hice fue arrojar mi patín a la Bahía y desde el Golden Gate. Ya te has de imaginar que anduve como bestia caminando con mi biblia en la mano. Al llegar a Los Ángeles me acordé que allí estaba Disneylandia. Tenía tantos deseos de subirme a los juegos, de comer chilidogs, etcétera y etcétera. Pues me fui para allá. Y ahí me ves como niño disfrutando paseos de fantasía. No vayas a creer que me dejaron subirme al carrusel de caballitos; bah, que al cabo ni quería. Además, para serte sincero, a mí todo lo hípico me enferma. Me parece ridículo subirse a un caballo cuando en la actualidad ya existen otros medios de transporte. Ya te imaginarás cómo me vería yo dando vueltas y vueltas creyéndome vaquero. Adonde me subí, y esto sí te lo cuento, fue al cohete de la NASA, el que llega a la luna en casi diez minutos. Pura ilusión, ¿me entiendes? Pero la gente cree, en un momento dado, que el viaje es de a deveras. Yo nunca lo creí, a mí no me hacen guaje los que inventaron eso. Al contrario, no le veo mucho caso ir a un lugar tan raro donde no hay ni siquiera un restaurante, ni personas ni nada, ¡ni aire! para acabarla. Te confieso que cuando me bajé del cohete aquel me sentí deprimido.

Huí de Disneylandia luego luego como huir de un ensueño que aparte, la verdad, es demasiado caro. Y todo ¿para qué?, ¿para hacerse ilusiones nada más? Yo tengo una palabra que en sí misma define a Disneylandia, pero no se me antoja repetirla porque me da coraje. Mejor quiero contarte lo siguiente, esto es, una vez que ya estuve lo bastante alejado de aquel país fantástico, se me ocurrió otra cosa: caminar por las calles de Los Ángeles, perderme porque sí; lo que me resultó bastante divertido es llegar a un freeway. Me subí a un barandal de puente para hacer equilibrio con brazos extendidos y mi biblia agarrada tan sólo con la punta de los dedos, o sea, los dedos de la mano que estaban hacia el lado del abismo, era bastante feo notar que mero abajo pasaban muchos carros y camiones a gran velocidad. Pero no me dio miedo hacerla de cirquero y ahí voy a tientas más o menos bien. Bueno, ¿pues qué crees que pasó? Perdí la vertical, caí, pero, ¡atención! Justo en ese momento pasó un camión repleto de colchones. Reboté a todo dar, aunque… se me zafó mi biblia autografiada, eso sí me dolió, porque ni modo de recuperarla y, sobre todo, estando yo en el aire echándome maromas sin querer. En cambio fue muy padre lo demás, es que al precipitarme de nuevo hacia el abismo, caí sentado en el asiento blando delantero de un carro convertible, manejado por una gringa de ésas de película, dueña de un cuerpazo que mejor ni te digo, ¡unas piernas!, ¡un busto!, ¡un rostro mitológico! Y lo más increíble es que portaba tanga, y por si fuera poco traía anteojos ahumados y blonda cabellera flotándole hacia atrás. ¡Bellísima la tipa!, ¡viejononón sin par! Ella, al instante, se puso muy contenta que un hombre de mi traza le cayera del cielo. Entonces fascinada me dijo "hi, professor" y yo le dije "hi, pues cómo no". Las escenas siguientes fueron una delicia. ¡Qué grandes pasteleos sobrevinieron! Sin pensarlo dos veces me invitó emocionada a su casa playera. Hicimos el amor como debe de hacerse: ensayando incontables posiciones, a la manera egipcia por lo pronto: parada de cabeza la mujer, pero yo no, ni madres. Después ¡cuánto relajo! Que a la manera sueca, neoyorquina, peruana, china, hindú, vietnamita y quién sabe qué más. Fue tanto empinadero que ella pidió clemencia: *¡Ya no puedo seguirle/*, gritó casi deshecha, y me corrió la ingrata de su casa. *¡Lárgate ahora mismo, infame semental!*, me lo dijo furiosa entre español e inglés, pero yo le entendí. ¿Qué le podía decir si estaba toda fofa acostada en la alfombra de la sala, semimuerta la ingrata? Yo me sentí muy mal, me sentí más perverso o más potente que un narcotraficante, empero mordisqueado y arañado como un perro después de una batalla contra un gato siamés. Así, autosuficiente, a pie me regresé hasta Mexicali. Y lo hice a propósito, porque iba tan feliz de ir recordando mi hazaña estrepitosa. Tal vez lo negativo de todo esto es que perdí mi biblia en el freeway.

En ráfaga los hechos, y Adalberto, semisonriente, apenas, enseñando sus dientes de conejo, atónito, estatuario (el mismo gesto siempre), sin osar, ni de chiste, poner en duda algo, hacía esfuerzos magnánimos por no decir: "¡Espérate, no friegues!, ¿por quién me estás tomando?" También, y por lo mismo, le costaba trabajo despedirse de Luis, cortar su vuelo en seco. Consentidor perplejo al fin y al cabo, deseoso que el papá viniera cuanto antes a interrumpir la plática-monólogo, a despedirlo pues, porque ya anochecía, soportó sin embargo otras tantas descargas mitoteras como si se tratara de un cilicio fatal. Por ende tal largueza no podía estar expuesta a los tijereteos. Tarde con tarde, así, sobreentendidas, las visitas autómatas, cada vez más puntuales, así como entredichas el candor y la calma que para estas alturas ya iban de reversa.

Esto es, la pureza del morbo representada apenas en alzadas de cejas o en leves movimientos de cabeza. El escucha impasible, con miles de preguntas en la boca. Severa boca burda, en trompa, contenida, de vez en vez, acaso cuando algo se extrapolaba tanto como para advertir hasta qué grado su amigo andaba mal de la cabeza. Y es que a Adalberto se le movían los dedos cual si quisiera asir las fantasías.

Aquí puede incrustarse un pensamiento vago: ¡nada de sufrideras! Ninguno de los dos —cabe decirlo— estaba a punto de echarse para atrás, o dicho de otro modo: ni para cuándo aquéllos se aburrieran. Llevadera y recreada es la locura de las mentes activas, dislocadas, amorfas si se quiere. Si todo es desprendible, las ideas, por ejemplo, ¡qué diantres queda fijo o fuera del deseo! De ahí que el pensamiento del lerdo monigote semejara a una lancha en continuo vaivén, sin hundirse, eso no. De ahí que se dejara conducir por esas hilazones cual si se refrescara enteramente con brisas que no cesan, que despeinan incluso, que adrede hacen reír durante horas y horas sin que haya más motivo que la risa. Pero hay un tope, es cierto, el misterio aparece, tiene que aparecer cuando nadie lo espera, mas nunca luego luego.

Mientras tanto, ¡qué va!, ¡que prosperen las ráfagas quiméricas! Verbigracia cabal, tan necesaria. ¡Que penetre en el alma la mentira más dulce y más superflua! Pues siendo así, de suyo, ¿quién le podría creer a aquel gigante que hubiera alguna vez cruzado a nado el Mar de California, de cabo a rabo, o sea de norte a sur, deteniéndose a veces en las pequeñas islas, llegando sin problemas al mero Mazatlán? ¿Quien le podría creer que en Houston, Texas, un grupo de muchachas lo confundiera con un actor de cine (James Dean o Marión Brando) a tal grado que se hizo necesaria la intervención directa del cuerpo policiaco para que al pobre no se lo comieran sus fans alebrestadas? Nadie más que Adalberto, soñador como aquél y a la deriva un poco; poco o más que el mitómano, o quizás, si a ésas vamos más o menos

igual.

Centrada la visión, las partes secundarias cobran fuerza. Entonces sí: lo real tiene cabida y un resumen al margen sería éste: no hay duda que la esencia positiva de aquellos batideros fue vista por la madre luego de muchos lías, puesto que las visitas de Adalberto aplacaron el ímpetu rabioso de su engendro encerrado, esto es, ya no hubo groserías ni nada tan prosaico que mereciera persignarse al vuelo o prender licuadoras a lo loco. El padre, por su parte, tan dado a las sospechas, dudaba todavía con respecto al propósito legítimo del manso visitante.

Pero la voltereta de ciento ochenta grados vino al siguiente día: no apareció el fulano, y la sospecha —que debiera de ser algún día de éstos el octavo pecado capital— se apoderó de los progenitores. Un día, se entiende; dos, probablemente: pero ya cualquier otra cantidad… ¿Una semana?, ¿un mes? Así pasó. Ningún largo timbrazo, ningún grito allá afuera.

El visitante: no. Definitivamente. ¿Pero por qué ya no? Ah… Muchos sobreentendidos se asemejan a una tela raída: cúmulo de mentiras al fin arrinconado en tanto no volviera el que venía seguido… Hacia lo mismo, entonces, hacia el empeoramiento: las groserías de nuevo: *Ya me las pagarán uno por uno, ¡hijos de la…!* No tiene caso repetir insultos; la palabra “chingada” es muy bonita cuando es abstracta, o sea, no como allí, donde, encerrado el mitómano mañana, tarde y noche, como un perro de presa en su cárcel-recámara, desesperado, inerme, y todo porque el padre, con sus miedos de siempre a flor de piel, prefería no enfrentar al corajudo. Echarle llave a eso, a esa inmundicia, le parecía eficaz.

La madre, en tanto, sumisa bienamada, ni en ausencia del padre era capaz de abrirle, traer a un cerrajero, jugársela de plano. Por eso es que rezaba esperando un milagro, sabedora a las claras que tardaría bastante.

Vienen a cuento pues las razones del otro, el distanciado, que por salud mental, o porque el morbo de oír zonzera y media no podía crecer más, optó por el desligue. No más visitas, nunca. Y una noche en la cama, fume y fume, tomó la decisión de no volver a ver a su querido amigo hasta que éste quedara curado por completo. Le parecía inhumana la actitud del papá, eso de no llevarlo a un hospital psiquiátrico, ¡carajo, qué desidia!; si no había en Mexicali, en donde hubiera pues; si no tenía dinero, que pidiera prestado. La cosa era buscarle compostura a la masa encefálica de aquel único hijo que Dios le había obsequiado. Un ser especialísimo, de gran musculatura, que podría convertirse de buenas a primeras ep un galán del cine nacional, un galán madreador y besador y aparte inteligente como pocos, un divo taquillero y arrogante de los que necesitan las grandes

multitudes, pero para alcanzar un objetivo de tal envergadura era preciso curarlo en serio y pronto, y no esperar a que la Providencia remediara el problema de pe a pa.

Sí, adrede, repetido hasta el punto del horror aquel estéril círculo vicioso, donde miedo y milagro se perturban o se hacen amasijo desabrido. Entonces, de una vez, olvidemos lo feo para dar con lo obvio. Veamos ahora sí al bueno de Adalberto en un gran restaurante, uno de chinos, lúgubre, carísimo. En un rincón está tomando té: aburrido. Tiene más de media hora que no sabe qué hacer o hacia dónde mirar. La cita era a las cinco y Pedro Garza, quien trabaja hasta el tope desde' hace tres semanas, no es de los que acostumbran dejar plantado a nadie.

Mientras tanto Adalberto, a fin de entretenerse, quiere situarse, al menos en idea, otra vez en el centro de aquellas parrafadas. Vuelta hacia atrás un poco para reconocer que allá muy en el fondo le parecía admirable la habilidad candonga del gigante. Admiraba la chispa, la intentona por engolosinarse con los brillos que quizás no tenía: Luis Carmona a capricho y en unas cuantas horas confeccionaba hazañas de héroe peripatético; héroe de sueños plásticos y tórridos… y en el anonimato: ¿qué mejor apariencia?

Admiración chistosa y retorcida acorde con los tonos de la decoración. Superficial la forma de inventar un pretexto para no hartarse en un momento dado. Ni un chispazo en la entrada que calme su ansiedad y Adalberto está í. punto de… No querrá retirarse de la escena. Unos minutos más valen la pena. Y Pedro, el que como se dijo “no tenía corazón”, llega como de rayo, tiene que ser así: vistoso y muy erguido, perlado de sudor, con sus disculpas bobas: una tras otra y ésta es la que importa: *No te podía fallar, tú bien lo sabes, pero de todos modos te agradezco que me hayas esperado*. Formal el tono, seco finalmente.

Seca fue la entrevista: vista en la perspectiva. Vistazo de media hora cuando mucho: período suficiente para hablar cualquier cosa del asunto en cuestión. En cambio a punto y raya sentencias a granel. Verdades, según esto, indiscutibles hoy, mañana y siempre, cual si se redujeran los engorros a una frase oportuna, dicha al vuelo y, también, dicha a modo de excusa, y fue entonces que actuaron los silenciosos, los gestos como ayuda o en contraposición, dada la concordancia inteligible para tocar asuntos no comprometedores. Respecto a la comida cantonesa… pues qué tal estaría que ellos se atragantaron como dos pordioseros.

Pasaron varios meses. Más volteretas hubo, más entrevistas secas en diversos lugares. En un café, en un bar, en la fuente de sodas de algún supermercado…

—¿Te acuerdas del gigante?

—No quisiera acordarme de ese enfermo —contesta como siempre Pedro Garza haciéndose el maduro, el catrín dineroso que lucha a toda costa por no perder la brújula y que por tanto anhela ser modelo de pragmatismo huero.

—Pues aunque pienses mal a mí me asombra la gran capacidad que posee Luis Carmona para hacer lógicas sus fantasías. Yo no sé qué le pase si se vuelve normal, como nosotros somos, desde luego.

—Me imagino que todavía se inventa viajes que tú y su madre solamente le creen.

—No es que le crea, deveras… —gran pausa de Adalberto que, sintiendo en la cara el chicotazo, quiso recomponer—. Sí, porque… Lo que está claro es esto: yo no creo que a su madre le cuente lo que a mí, sólo que la manera de…

—Pues aunque pienses mal, yo no quiero acordarme del asunto.

He aquí la esencia del contrasentido. Ya se veía venir la cuadratura de quien se perfilaba desde niño como un duro camándulas, postizo sin embargo, deseoso más que nada por sacarle la vuelta casi siempre a lo sentimental. Y el "casi siempre" revela bamboleos, cierta fragilidad circunstancial que aprovechaba el bueno de Adalberto para seguir hablando del gigante: en varias entrevistas: la insistencia, la premisa emotiva de quien ama y admira sobre todas las cosas, y persuade también, tanto que "a veces" el catrín dineroso —aunque con refunfuños— recordaba momentos agradables: anécdotas de "prepa", de aquellas chavalillas de falda y de calceta que andaban tras los huesos del gigante, y éste se daba el lujo de ignorarlas, ¡qué bueno!, porque estaba entregado a los estudios ¡como debe de ser!

—Puros dieces en todo…

—Excepto en el amor…

—Nunca tuvo una novia…

—Nunca fue con las putas, de eso estoy seguro…

—Sí, es verdad, una vez lo invité, pero no…

Esas pláticas no, ni para cuándo. Preferible meter escalmos muchachiles a manera de postre: una probada: una: arrepentida: casi: para no empalagarse, siendo la comidilla principal lo común y corriente que se suscita siempre entre quienes pretenden volverse ejecutivos. El uno induce al otro y el otro se apantalla, ni siquiera respinga, ni siquiera hace muecas, un dengue retador, uno para romper el ducho esquema. No. Sino que: Adalberto influenciable se deja, se abandona, sabe que está aplastado por dos moles absurdas, amén de las ponzoñas narcisistas: —contra él: todo, adrede, un alud que enceguece, una plasta rodera y membranosa para que él se acostumbre a no tener salida.

¡Molienda de verdades y mentiras!

Entonces ¿qué más queda? Lo inmediato ¿qué es? Preferible olvidar lo inolvidable y escabullirse a tientas, dándose en cuerpo y alma al porvenir sabiendo de antemano que lo de atrás es puro desdibujo. Y al aire libre ¿qué?: llegan de todas partes como flechas ambiguos silogismos. El trabajo es la norma, el estudio es el medio, y el dinero al final, porque no puede ser principio y modo en gentes de pujanza como ellos, que se repiten una y otra vez frases tan aprendidas como las que se citan:

"Nomás a los pendejos les va mal."

"Quien se ocupa del pasado no hace nada en el futuro."

Cambio de atmósfera para sentir que ambos van caminando por la senda correcta, la de la luz, seguros paso a paso. ¡Ellos!, clasemedieros ejemplares, luchones incansables que desean conquistar su independencia.

¡Viva la friega!, ¡a darle!

En resumidas cuentas.

Han pasado los años. Justo los necesarios para que ambos excluyan de sus conversaciones todo aquello estorboso, lo que se recalienta tatemado, inservible, eso que hacen los tontos en las cafeterías. No hay tiempo, pues; no hay ocio. La gente de provecho no tiene tiempo nunca porque nomás no puede, ni siquiera el domingo a las doce del día, a la hora del fútbol, que es parte de la chamba, porque es tema obligado en cualquier oficina. Hay que saber un poco de lo que es conveniente, en aras de mejoras para el próximo año.

A la fecha los dos, pagados de sí mismos, se reclaman vigor y más vigor. Son tipos resumidos en una sola idea, una clave tal vez indiscernible, útil para avanzar sin tropezarse, y lo que han conseguido hasta el momento merece por lo menos un caluroso aplauso de nuestra sociedad.

Desde hace unos cinco años salieron de sus casas para no regresar, como hacen a menudo los rebeldes sin causa: arrepentidos, memos pidiendo mil perdones. Emprendieron el vuelo a corta edad, o sea, a su debido tiempo: estudian y trabajan. Cada uno arrenda su departamento, cuotas Nevadísimas mensuales para vivir apenas del lado del respeto. Empero, no merecen las flores ni las loas de coctel de nuestra sociedad porque aún deben mucho, porque están enganchados a créditos que asfixian. Pocos muebles lujosos, pocos satisfactores de a deveras. Apenas van en pos de un carro que sea bueno, de una computadora, de una cobija eléctrica. Apenas les darán sus grandes vacaciones, un mes de cabo a rabo. Se irán a Mazatlán, ¿los dos?, eso es lo que planean.

Pero de todas formas no hay tranquilidad. Allí estarán tendidos, quemándose en la playa, con sus piñas coladas o sus cocos con gin, y

para el día siguiente queriendo regresarse a las carreras y ponerse a las órdenes de un jefe al que le gusta andar tronando dedos… Llegaron, no aguantaron> puesto que la flojera, según ellos, raras veces resulta apasionante.

La novedad, respecto a los recuerdos, es que en el barrio aquel ya no hay pandillas ni sangre en las banquetas. Los viejos habitantes vendieron sus inmuebles a los más bajos precios, se fueron a volar. La familia de Pedro se desplazó a Ensenada, la de Adalberto a Puebla, contraste radical, y otras muchas igual. Siempre a lugares fríos. En tanto que los hijos, como quesos fundidos, se han resignado a estar sudando a mares.

En el barrio se vieron, hace como dos años, cantidad de mudanzas estacionadas horas, casi un día, mientras los acarreos de cargadores… Situación repetida semana con semana.

Asimismo: descargas.

Llegarán más camiones.

Y los sangoloteos por tantas carreteras, como escenas de cine.

Y la reconstrucción: cambio de modo. Allí en el mismo barrio el aire nuevo.

Pero falta saber qué habrá pasado con la familia Carmona, por no tener recursos para la operación, o sea el cambio de casa, tan deseado, bueno, qué ganas de obtener el dato necesario y: cierta vez Adalberto oyendo en su salita una canción melosa: la apagó de repente. Música y luz: que esperen. La oscuridad soltera de alguien encarcelado en un departamento reducido, dos pasos y tropiezo. Se atravesó la mesa, se atravesó el sillón, e inmóvil y abstraído en un sucucho austero Adalberto pensó por un momento en Luis, en su horrible familia, desde luego, la que, lo más seguro es que hubiese emigrado a una colonia chola, una de Mexicali.

Muy a contracorriente el legendario amigo tuvo curiosidad de ir a tocar el timbre aquel, ruidoso, que era como el prefacio exacerbado de todo el despelote posterior. Iría el próximo sábado en la tarde a esperar que el papá saliera agazapado con pistola en la mano a enterarse de quién insistía tanto. Ojalá nada feo sucediera de nuevo, sino: que en lugar del papá apareciese Luis totalmente curado, invitando a su amigo a pasear en su carro convertible. Le gustaría, inclusive, que le dijera esto: *Yo trabajo de más, como los japoneses, y gano un dineral, bastante más que tú*. La competencia, ¡bravo!, y nuestra sociedad dirá entonces ¡salud! de dientes para afuera. La innoble competencia, ¡la hipocresía en ascenso! ¿Qué sentiría Adalberto, y despuesito Pedro, si el gigante les diera la sorpresa, mediante ostentaciones categóricas, de que en efecto él había triunfado más rápido que ellos?

Sediento de instalarse en largas dormideras, zafándose —nomás por unas horas— del bruto formulismo: fue, probó. Aunque tocó oprimiendo hasta dolerle el dedo: nada de nada hubo. El repique estruendoso del timbre se escuchaba, digamos que… hasta salían vecinos a asomarse. Una vieja chismosa vino al fin a decirle que esa casa tiempo ha se había quedado sola. Quesque puros fantasmas la habitaban. Adalberto se rió tapándose la boca, pensando para sí: *Ahora resulta que esta desconocida va a contarme una charra de fantasmas, de brujas narizonas y ruidos en la noche*. Ella se fue de frente, palabreando, le detalló más cosas y Adalberto no hacía ni una pregunta. Por hastío, por hartazgo, se animó de repente a lanzarle un torito:

—Sí, entiendo que hay espíritus bebés y espíritus ancianos en la casa. Pero lo que deseo saber es dónde está la familia Carmona.

—Mm… Yo soy nueva en el barrio.

—Eso me lo temía. No creo que no haya nadie que me dé información.

—Entonces vaya usted de casa en casa a ver si alguien le informa.

Sintiéndose hijo pródigo Adalberto siguió el consejo de la desconocida. Ninguna bienvenida recibió, sino que se tardaban en salir los que siendo llamados dudaban del llamado. Y la espera nerviosa de Adalberto tenía por recompensa oír sonidos varios, largos unos, chirriantes, otros como de flauta y otros más de cajita musical. Tras tabarreros toques las respuestas venían, entre bostezo y desesperación, las mismas, y concretas, pues nadie sabía nada de épocas pasadas, y de Adalberto menos. Sea que: de los viejos vecinos no quedaban más que reminiscencias fantasiosas, hitos de salvajismo y conflictos sangrientos. La única información que podía servir de algo era la relativa a que en dos-tres semanas los nuevos propietarios harían de aquel inmueble un salón de belleza con cuartos de masaje. Adalberto, no obstante, no perdía la esperanza de saber lo debido. Al filo de las doce, después de andar con fe tocando timbres, bajo la helada luz del plenilunio, en la última casa, en la esquina lejana: inverosímil toque prolongado, siendo que luego de ése tendría que desistir, ¡vaya!: un viejito en piyamas salió cae que no cae. *¿Quién es?* El dio la información: *ha familia Carmona vive desde hace tiempo mero enfrente del Seguro Social*. ¿Para qué más detalles?

En su oficina superrefrigerada mal que bien Adalberto se hacía las ilusiones. Imaginaba a medias lo que haría durante el fin de semana, en puerta: horas de pujo, faltando lo que falta de jueves a domingo, porque le era urgente escuchar a lo largo y a lo ancho de una tarde locuras. En tanto la talacha absorbía su ansiedad, dejándola en un hilo, cortada bruscamente por un telefonazo de Pedro Garza que, con su tono de voz asaz templado, de hombre real-responsable, le

proponía a su amigo que se vieran el sábado en la noche para echarse unas copas. *¿Te parece?* A lo que respondió el bueno de Adalberto que ahora sí estaba lleno de trabajo, que no se daría abasto aun si trabajara noche y día, viernes, sábado y… (*Primero es lo primero. Eso sí que ni hablar. Ni modo pues, habrá más ocasiones…* La voz por el teléfono diciendo que era más importante, etcétera, se sabe.) El domingo se fue, tomó un camión de ruta: el que mintió ya iba imaginándose las andanzas de Luis en la quinta galaxia.

Adalberto pensaba. Lo contrario sería un chasco bienvenido. Bien podía deducir que la locura estaba superada y revertida, cosa de juventud, dado que Luis… ¿Quién sabe?… Pura especulación, en tanto que el camión tardara mucho en llegar a las calles de la Colonia Nueva, al Seguro Social, enfrente, la casa, sí, muy identificable, porque hay que adelantarse de una buena vez. No le fue tan difícil a Adalberto dar con, tocó dos timbres antes de, *Aquí no vive nadie que se apellide así como usted dice* o *¿La familia Carmona?, me suena, pero… ¿y por qué no pregunta en esa casa?* Ojalá que ahí fuera. Entonces viene a cuento la descripción sucinta del terreno arbolado, de unos seiscientos metros. Construcción diminuta comparada con el enorme espacio. Sin muros, una tela de alambre nada más, mordiendo la banqueta. Un impacto de selva en un mar de cemento. Adalberto tocó, ya estaba harto de oprimir botones.

No esperaba lo peor, pero vino la escena reciclada: el papá que salió con pistola en la mano, más viejo, más pelón, caminaba ladeado. *¿Quién es… o le disparo?* Adalberto nervioso gritó con voz de espanto. *¡Adalberto, señor, el amigo de Luis!* No falló la memoria del papá, ligera asociación entresacada: una voz de otra época, la de arbitrariedades, y hubo un acercamiento calculado. El saludo fue rápido. Con la tela de alambre de por medio hablaron lo que sigue:

—Vengo a ver a su hijo. Me costó buen trabajo dar con la dirección.

—¿Mi hijo? —el papá entristecido de repente: hizo una mueca boba, algo sonriente, muy disimulado, y, retorció la cabeza, un parpadeo de luz, ocre la tarde para que los dos, entonces, sin rodeos, entraran en materia—. ¿Mi hijo?… Mi hijo…

—Quiero verlo, ¿está aquí?

El papá con un gesto que no le cambió nunca. Ojos de Pato Donald y boca delgadita, jalando un poco de aire respondió:

—Por si quieres saber lo verdadero, nomás agárrate y escucha bien: mi hijo ya no vive en esta casa, pero le ha ido de lujo. Hace como dos años se casó con una joven de la corte inglesa. Se casaron dos veces: una aquí cerca, en mero San Ignacio, y otra muy lejos, en el mero Londres. Por la iglesia de mi hijo y la de ella, para evitar problemas de familias. Y no les salió bien, porque, vamos por partes.

La misa en San Ignacio fue en secreto. Un brindis y al carajo, nomás entre nosotros y la futura esposa, quien no hablaba una gota del idioma que hablamos. Nada duró el secreto porque en el Reino Unido luego de unas dos horas se enteraron los padres. Alguien les mandó un fax o sepa Dios, y una orden llegó al hotel en el que ellos estaban hospedados. Que se fueran a Londres de inmediato, que estuvieran mañana a las dos de la tarde allá en San Diego, un avión para ellos había salido ya. Que tomaran un taxi desde donde estuvieran. Los padres de la joven son duques o algo así, tienen grandes poderes. Pues qué tal estaría que llegando los novios los casaron de nuevo, en secreto también, con sacerdotes y monagos y coctel en caliente. Pues también en caliente los mandaron de plano a una isla del norte, y sólo para ellos. Según esto se fueron castigados. Pero hazme favor, mi hijo no trabaja y su esposa tampoco. Tienen ochenta criados para lo que se ofrezca. ¿Cómo te pinta eso? Los mantienen sus padres millonarios y así hasta que se mueran. Y lo mejor: que nadie les prohíbe viajar adonde quieran, excepto, nunca podrán poner los pies en Londres ni serán visitados por gente de la corte. ¡Qué a todo dar!, ¿no crees? Hace apenas un mes vinieron de pasada con todo el muchachero. Tienen ya cuatro hijos y en el camino viene probablemente el quinto.

Al papá le falló la aritmética. Si tenían tal familia por lo menos debían llevar seis años de casados. Adalberto pensaba con su mente objetiva, pero no se atrevió a interrumpir aquello. Sino que:

—Son chamacos pecosos, casi medio marcianos, pero bien educados. Iban de paso rumbo a Disneylandia y de allí volarían a Disney World —el papá hizo una pausa, sintiendo que había dicho lo esencial, pero, vino la presunción—. Pues así como ves mi hijo ya es de alcurnia.

Adalberto (estatuario) de momento no supo qué decir. Por eso, titubeante, recurrió a la obviedad:

—¿Y me podría escribir su dirección?

Entonces el papá levantó su pistola apuntándole a éste en plena cara.

—No me hagas más preguntas… porque te la disparo.

—Prrr… Por… ¿Qué?… Espé…

La palabra en la punta de la lengua y Adalberto esperando el estallido. Quería ver más allá, la casa, la arboleda, a ver si la mamá, a ver si… No. Pero atisbaba apenas un encuadre de pura nube larga. Vespertina renuncia. Coraje e impotencia ante aquella amenaza. Alarma, a fin de cuentas, como para saber que debía retirarse, y sin decir palabra dio los primeros pasos. La grandiosa avenida por delante. Tranquilo, andando pues, sea que: el otrora oidor deseaba más que nunca irse a pie hasta su casa, quería poner en orden lo fácil y lo abstracto, antípodas perversas hacia un mismo camino que al

final se divide: la verdad que trabaja, la mentira que triunfa sobre todas las cosas. Idea subdividida lo que se recompone, pues ¿qué se impone a qué? La suerte ¿vale más? Doble sentido siempre, porque sí… Heroicas bagatelas.

Se retiró el papá, soplándole al humillo imaginario que salía de;la punta pistolera. Metiósela después, a un costado, y bajo el pantalón. ¡Listo!, pues. *¡A cenar!*, lo llamaba la esposa. Cenaron enchiladas. Tomaron coca—colas. Se acordaron de algo… Algo que hacía llorar… Acaso los recuerdos, las prefiguraciones, la suerte por correr, las dudas, las mentiras, los dilemas…

Amén.

EL APROVECHADO

Se abrió paso entre los fieles como queriendo pelear, pero salió rebotado: nuevamente… Era la enésima vez. Es que ya para esa hora había apelotonamientos en las alas de la senda por donde pasaría Cristo cargando tamaña cruz. Tamaña mundanería aquel calvario teatral, porque debe quedar claro: no Cristo Nuestro Señor, sino Gumaro Gorraez, el amigo timador del que intentaba colarse hasta la primera fila.

¡Qué esperanzas! No se pudo. Por más que el fulano quiso sus pretextos no sirvieron. Que tenía que darle a Cristo un recado muy urgente, pero, ¿cómo?, por favor. Que una manda especialísima de alguien que viene de lejos caminando de rodillas. Y, a ver, ¿dónde están las peladuras, la sangre en los pantalones? Nada de eso, bueno, es decir, una manda donde lo más importante era rozar cuando menos las ropas del elegido, y de inmediato salirse. Uh, lo tacharon de lo peor, insultos en retahila como para estremecerse, de ahí que mejor optara por arrojarse violento y tras varias intentonas a lo largo de los flancos vino a dar a este entablado: una altura secundaria desde la que un dúo de curas —a través de un magnavoz— allá cada media hora se alternaba diligente para conminar a cuántos al tedéum y las plegarias. QUE SE OIGA TODO A CORO. Lo bueno es que acá vendían quesadillas y pambazos, aguas frescas y tamales. Un limbo provisional que le serviría al fulano para afanarse en sus cálculos, esperando la ocasión y comiendo mientras tanto.

Pecadores: los de abajo. De por sí la minoría más beata ganó la primera fila desde que empezó a pardear la tarde del día anterior, otros llegaron mucho antes dispuestos al sacrificio de permanecer en ascuas durante 24 horas. La intemperie: incognoscible, casi sobrenatural el chipichipi nocturno que no cejó ni un minuto, y un viento de los mil judas…

Chiflo místico infeliz: el frío que viene del cielo contra el ardor terrenal bajo hules y cobijas: lodazales y gentío el encuadre panorámico, luz de fe que ha de ensancharse. Tras penitencias cumplidas la tardanza es regodeo. ¡Empate de sufrimientos! Sí, tal vez: lo que Cristo ha de sufrir ellos también lo han sufrido, de otro modo,

lentamente, día con día las restricciones, a más de sumar (de paso) esta noche del recuerdo, a más que los despertares coercitivos y señeros, tanto que ya con el alba hay un asomo de Dios. El Gran Ojo. La Señal. Luego la intimidación, porque a partir de las 6 se han iniciado los rezos comandados desde arriba, los mismos que han de seguir ininterrumpidamente más allá del mediodía, al grado de que los fieles —por hambre o por saciedad— ya no sientan lo que dicen, sino: el colmo es el tarareo y tararear no se vale y… Eso hicieron… A cambio la recompensa: luz y hora efervescentes, el Vía Crucis ¡a la vista!, para que nadie se vaya.

Venga pues, cae que no cae, tan próxima la figura del Gumaro-Mártir-Cristo, cuerpecito de pelele —ahora con la melena más larga que de costumbre—, que al sentir la azotaina y la corona de espinas desgarrándole las sienes como que deplora el hecho de haberse metido en esto.

Venga pues la inútil causa. La decisión la tomó porque tenía muchas deudas y acreedores al acecho. Modo de quitarse culpas, modo pío, que no profano, porque huía de sus roderos, hombres necios, insistentes, que le tocaban la puerta, *¿y* él, entonces?, pidiendo asilo a quien fuera. Con eso de que contaba con una voz melodiosa, alma frágil, gestos niños, despertaba más ternura que un rorro recién nacido. Pero su voz ¡qué prodigio!, ¡qué arma tan eficaz!

Y Gumaro se cansó de vivir del tingo al tango. Quería tener domicilio, un área verde, una acera, a la buena de las bambas como si tuviese empaque para esperar resignado a que vinieran de pronto sus múltiples cobradores. Todos juntos y coléricos. Eso podría suceder, el que lo hicieran pedazos era su gran pesadilla, torbellinos de una mente que no puede estarse quieta. Pero antes, a Dios gracias, vino la oportunidad. Esta… Ser el Mártir del Calvario por mor de quitarse culpas, para que si lo mataban no dejara en este mundo una imagen tan mezquina. Simulacro o lo que fuera ya era alivio espiritual; un empate con el cielo, *grosso modo*, ¡y a sufrir!, se lo advirtieron los curas de hasta arriba: desde dos semanas antes: a la iglesia les llegó como una bala perdida, figurita inofensiva que, al margen de la apariencia, caía como anillo al dedo porque nadie de los fieles quería hacer ese papel. Sin embargo, la aceptación fue impensada, aun cuando presintieran que para un hombre tan frágil era demasiado grande el paquete de ser Cristo.

Así, con las previas instrucciones, que en un caso excepcional se prodigaban de más, no tenían por qué dudar de que el tipo a última hora les hiciera una pillada. No, ¡qué va!, aunque sí reconocían que caminar dos kilómetros con una cruz de, madera, de 6 metros y fracción, amén de tantos azotes (muy en serio) y la pérdida de sangre (también eso muy en serio), no era fácil para nadie.

De modo que la sospecha con todos sus menoscabos cobró fuerza y se hizo tema que de boca en boca anduvo; nomás de verlo avanzar ¿cómo no compadecerse? Largo y sinuoso camino hacia la crucifixión, ¿llegaría? No quepa la menor duda, mientras tanto, que un incrédulo, de los que siempre se cuelan en rituales de esta índole, le aplaudiera tibiamente animándolo a seguir.

Un chacoteo a cuenta y riesgo que no debía incomodar a los compadecedores. Pero… Dejemos por un momento los sesgos intempestivos, que son materia mundana, para enfocar al fulano, el que estando acá hasta arriba, a disgusto, si se ve, pero a cambio, o por lo mismo, tomándose un agua fresca, bien sentado, cual muñeco, en el filo de las tablas, con las piernas al vacío, ¡ya!, moviéndolas por los nervios, ya quería lanzarse presto en busca de su deudor.

¡Ya!, y, no obstante, abrirse paso otra vez entre la turba creciente, sería mucho más difícil. Lo que era más probable, haciendo hacia atrás las cosas, que de oídas o en directo la gente del vecindario, donde el fulano vivía, supiese la información, tanto más porque también a ellos algo les debiera. A saber…

—Es seguro que Gumaro la hará de Cristo esta vez.

—Pues a mí me lo dijeron hace apenas unas horas y no me cabe en la mente.

—Parece que los dos curas batallaron para conseguir al hombre que cuadrara en apariencia.

—No, pues sí.

—Y en cuanto a Dimas y a Gestas ¿qué pasó?

—Creo que no los consiguieron…

Gumaro vivió algún tiempo en el cuarto del fulano que ahora quería vengarse, escupirle los dos ojos, darle un fuerte puntapié —porque resultó robado—, o exigirle en pleno acto que le pagara ahora mismo cuando menos la mitad, incluyendo hasta un cepillo de dientes y una pasta a medio uso que habían desaparecido. No se diga lo demás: préstamos cada tres días, de a poquito, pero luego: una cuantía incalculable. Por lo que, a matacaballo, ¿decidirse?, ¿era Gumaro Gorraez el Cristo seleccionado? Todo era cuestión de verlo más de cerca, y no como miniatura desde un plano general.

De por sí, *finís coronat*, aumentaba el resquemor en las muecas del fulano y las ganas de infiltrarse entre la masa piadosa ya abultada en ambas alas, tanto así que gradualmente el sendero se estrechaba cual meandro para liebres; la vehemencia inevitable a la par que los empujes terminaron por obstruir el paso del Cristo-Mártir. A lo que: visto aquello desde acá: uno de los sacerdotes a través del magnavoz pidió al global de los fieles que se hincara *incontinenti*, respetando, por favor, los límites de la vía. Turbio *argumentum ad rem*, refunfuñe y

reacomodo contra obediencia y fervor tenían que corresponderse para que el Cristo de ahora, que no podía ni con su alma, cumpliera su recorrido, ¿llegaría? Al parecer los esfuerzos sobrehumanos de Gumaro no podían llegar tan lejos, y la prefiguración de un final inalcanzable era gnosis subconciente. Borradura entreverada la muerte que reverdece, siempre allá, siempre serena. Imagen que ha de crecer…

Mientras tanto latigazos. Sangre gloriosa que mana y que no es figuración. Abismo o cima el dolor: pasajera incandescencia… Esa fe desesperada. Fe trivial la del fulano que de improviso bajó colándose entre el gentío. Maniobra fácil la suya porque de hinojos la turba estaba dizque rezando. ¡Sí!, de a deveras, en serio, tanto que viéndolo bien, no se iba a desconcentrar sólo por la intromisión de un bribón aprovechado. Libre avance y ¡en efecto!, corroboró el acreedor que no venían los ladrones: ese Dimas y ese Gestas legendarios, pero el otro, el verdadero, ah… Era cierto el chismerío oído en el vecindario.

Pues pasó lo que pasó. El sitio ideal era éste —al alcance su artimaña— a la vera de la senda, y solamente aguardar unos ocho o diez minutos para:

—¡Desgraciado timador! ¡Qué bueno que te encontré! ¡Págame lo que me debes!

Pero Cristo, obnubilado, metido en una idea fija, mirando hacia un horizonte emocional y soberbio, todo suyo, inmarcesible, no tenía por qué voltear hacia uno de sus costados.

—¡Anda!, ¡págame!, ¡cabrón! Ahora sí no te me escapas.

Insultos tan radicales, al por mayor proferidos, no harían mella que intimara a una mente superior, debilitada quizás por el martirio de hoy. No obstante en los fieles sí, los más próximos que al punto, y a petición de un soldado que flagelaba a Gumaro, o bien sea ultimadamente por iniciativa propia, lo colmaron de invectivas, lo jalaron, rebotado, parte a parte de la masa, al tiempo que con palabras como: ¡blasfemo!, ¡sacrílego!, ¡hereje patarrajada!, ¡sáquenlo pronto de aquí!, ¡que se esfume, que se borre!, el fulano se quedó en la orilla de la orilla, lejos, muy lejos, incauto, pero aún con el valor de gritarle a quien oyera (ojalá que los soldados, los caloyos antañones) ¡DENLE MUCHOS LATIGAZOS. AZÓTENMELO CON GANAS. ESE PILLO NO MERECE SER EL MÁRTIR DEL CALVARIO. ES UN VULGAR PECADOR! Monólogo inficionado que en el aire habría de hacerse una brizna baladí.

Secundario apagamiento. Insufrible retirada por calles donde vendían aguas frescas y pambazos. Crucifijos de juguete. LLÉVESE UNO, LE DOY PRECIO. Pero era mejor huir de ese atáxico espectáculo: a su casa, adonde fuera, pero al margen del delirio. Donde pudiese poner en orden sus pensamientos.

Días pasaron, justo tres, en que no supo el fulano si debía de confesarse o reprimir su coraje no saliendo a ningún lado. Recluido, en soledad, los demonios lo asaltaban; pesadillas infernales donde la espiral del sueño no conseguía deshacerse aun abriendo los ojos. La luz, a contracorriente, arropaba otras imágenes tanto más aterradoras que el gran círculo de fuego que lo envolvía por entero. Magnas iluminaciones reducidas a una línea que restallaba en su cara, aún así, trató de agenciarse fuerzas para salir nuevamente muy quitado de la pena o también para que Dios en forma definitiva se ensañara con su alma. Pero no. Su desdicha creció a poco, tan mendaz y atrabiliaria, que ni el rumor de este mundo era racha refrescante que él quisiese respirar.

¿O sí? Pecado superlativo que podía resquebrajarse, hacerse pura inmundicia, alma sucia que se expande…

Y de oídas, para mal, las noticias santurronas se colaron a su cuarto, noticias recalentadas provenientes, a saber, del impluvio principal, vocerío en el vecindario al que sin más contratiempos debía prestarle atención:

—Pues Gumaro se murió nomás lo crucificaron.

—Eso es falso, según sé. Vino por él la Cruz Roja. Fue camino al hospital cuando expiró el desgraciado.

—La otra cruz, ¡válgame Dios!

—Es que el pobre a últimas fechas ya estaba para el arrastre, hambriento a más no poder, era casi un esqueleto.

—Sí, y además, para acabarla, durante el Vía Crucis perdió harta sangre, según dicen.

—Yo por eso me quedé rezándole a Dios en casa. No me gusta ver morir a gente necesitada.

—A mí me debía dinero, pero nunca le cobré. Nomás de verle la facha hasta sentía compasión. Mejor que Dios se lo pague…

—A mí también me debía, pero…

¡Ya! Razones había de sobra para que el hosco acreedor se atormentara en su cuarto. Aquel zumbido era hiel que le punzaba las sienes. AY… VALOR… PARA LA ENMIENDA. Aunque… Un atisbo de esperanza iluminó las facciones del fulano renegado. Luz remota que sortea ajenas credulidades, reconcomios indiscretos… Si la historia milagrosa se repitiera esta vez, Gumaro, después de todo, debería resucitar y de súbito elevarse hasta desaparecer. Sería entonces el momento de salirse encarrerado para gritarle a los cielos, al mismo Nuestro Señor:

—¡Antes que desaparezcas de esta tierra pecadora… PÁGAME LO QUE ME DEBES!

Por respuesta los billetes, balanceándose en el aire, en directo

llegarían a las manos del fulano.

Pero de no ser así —sueño en ascuas, pasatiempo, por ser tan irreal el ansia acorde con el efecto—, sino amarga realidad o centro de sufrimientos, entonces sí, ¿por qué no?, le perdonaría la deuda.

PASE LO QUE PASE

a todos

¿Qué he ganado? Nada, sino aumentar instantes
de ocio a los muchos que ya cuento en mi vida.
ALFONSO REYES, El Demonio de la Biblioteca

Quizá entienda en la otra vida, en ésta sólo imagino.

CUALQUIER ALTIBAJO

Antes que nada, debería estar prohibido hacer juegos de ocho, diez, o más horas en época de verano, pues son demasiado largos para los espectadores y los mismos peloteros se fastidian a causa del calorón. El béisbol divierte o cansa, según sea el punto de vista. Sin embargo, esta vez no fue como otras, ¡ni Dios mande! Empezaron a jugar luego de la madrugada aprovechando el relente para así terminar pronto, digamos, antes del anochecer. Se enfrentaban los acérrimos rivales: Cachorros de Sacramento contra Forajidos de Boquillas: los segundos: visitantes. El juego se llevó a cabo en el llano que está hacia la orilla sur, por el rumbo del panteón. Siempre se utilizaba una bola porque era la costumbre, o más bien, para evitar despilfarros. Poca gente se dio cita: unos ocho sombrerudos que llevaban lonche y soda. Estos sentáronse en unas piedras. Ni siquiera vendedores ambulantes por ahí.

Los Forajidos traían un total de doce hombres, con dos píchers abridores en la banca y listos para el relevo, también un jugador de refresco por si acaso se ofrecía; en tanto que los Cachorros justo eran los nueve batos. De fallarles el picheo alguno de los del cuadro tenía que cubrir la ruta. ¡Claro!, podía presentarse el caso de que uno se lesionara, pues ni modo, a ver cómo se arreglaban para remover gorrudos a distintas posiciones encontrando las ideales de acuerdo al bateo enemigo. Para colmo, ninguno de los conjuntos traía a su manejador.

Fue por ello que desde antes que empezaran los del cuadro visitante se sintieran ya ganados burlándose con descaro de los pobres contrincantes que ni siquiera contaban con una mínima porra que los pudiera animar. Después del calentamiento los capitanes de equipo y el ampáyer se llevaron más de una hora discutiendo varias reglas de terreno. Los Cachorros, por su parte, comentaban entre ellos que ojalá viniera el resto de sus demás compañeros, pero que el inconveniente es que en la noche de ayer hubo fiesta en Sacramento: mucha bala y borrachera, además del consabido desvelo. Acá en las averiguatas lo que les llevó más tiempo fue discutir quién recogería la bola, ya que era una impertinencia nombrar en forma oficial a uno de los asistentes

para labor tan molesta. Se acordó que los propios peloteros fueran los recogedores tanto en terreno de faul como si la bola se iba hasta el mismito panteón, el cual estaba bien lejos, aunque pudiera ocurrir.

Esto era precisamente lo que retardaba el juego. El cácher, el responsable, si el batazo iba hacia atrás. Lo mismo el primera base o el jardinero derecho —depende— calculando la distancia donde muriera la línea, o quien quedara más cerca. Igual por el otro lado y hacia el fondo en los supuestos jardines. ¡Pleeey bol! Correspondía abrir la tanda de bateo al equipo visitante que pues no tenía uniforme y en lugar de espais calzaban unas botas viboreras para barrerse mejor.

Pero portaban cachuchas de un amarillo chillón que con los rayos de sol se hacían más fosforescentes: treta: para distraer al pícher. Un bateador pelos largos de estropajo, verdolagón y chupado era el primero en el orden, nada más de ver la estampa parecía peligrosísimo.

El pícher se la rifó tirándole todo lo recio que pudo y se salió con la suya: un ponche espectacular con sólo tres lanzamientos que dejaron al pelao con la carabina al hombro. El pícher después de esto hizo varios movimientos de contento como calmando sus nervios y para darse confianza, además, los efectos de la cruda, producto del despiporre de anoche, estaban bajo control. A partir del segundo bateador sobrevino lo fatal, le siguieron una serie de chaparritos rechonchos y: batazos por todas partes, excepto por la pradera central, líneas de jit y jomrones, texas líguer a granel, fiáis contra el sol engañosos, carreras y más carreras solamente con un aut. Ni modo de relevar al pícher descontrolado, pues nadie de los que estaba sabía lanzar curva o recta por el centro, etcétera.

Desde luego, ninguno de los ocho sombrerudos que presenciaban el juego iba a ir hasta la casa del maldito relevista a despertarlo y traerlo. De modo que seguía la garrotiza y nada más con un aut. Entre que recoger bolas los desvelados Cachorros y aconsejar a su pícher pasaron como dos horas. Ya para eso de las dos, habían entrado como dieciocho carreras del equipo de Boquillas sin que todavía batearan los del equipo de casa, quienes de una u otra forma habían tenido trabajo. Excepto el jardinero central que hasta se estaba durmiendo por tanta inmovilidad. De pronto, salió un jomrón rajanubes que de seguro caería por la pradera a su cargo. Los otros dos jardineros le gritaron que corriera tras la bola que había caído atrás de él, pero lejos, y no tuvo más remedio; éste, no oyó el golpe contra el llano, entonces se dirigió hacia el panteón, no sin antes revisar por entre las nopaleras que fue encontrando a su paso. La pelota: ¡ni sus luces!, y sin mirar hacia atrás tomó las cosas con calma, examinando en redor, con un miedo muy extraño que le entró, a ver si veía algo blanco.

Y que mira hacia las nubes… Pero no.

Decidido a no voltear hacia atrás siguió busque y busque aquello que tal vez… En eso, que observa hacia su derecha y ve que viene a lo lejos un pastor con su rebaño. Sí, figura reconocible: porque le era familiar tan sólo con distinguir el sombrero desgarrado: ¡su compadre!, quien, cuando estuvo más cerca y dándole un leve saludo con la mano muy en alto, preguntó:

—¿Qué haces tú?

—Es que pegaron jomrón y ando buscando la bola.

—Yo lo único que te digo es que en casa tengo un frasco de sotol y te invito a saborearlo…

Esa voz lo estremecía, lo empujaba hacia el placer. Pero… El jardinero central poco a poco volteó toda su cabeza contemplando con azoro la indolente lejanía: tenaz juego solitario y quizá hasta tenebroso. Sus compañeros de equipo ni siquiera le gritaban porque tenían la esperanza de que encontrara la bola y volviera alguna vez. El silencio fue tirante, largo y turbio, imposible de romperse. Los minutos palpitaban en el aire tal si un pulso novedoso anduviera entre las cosas. Allá: un simulacro estático y espectral bajo el lente de la luz. Temeraria incandescencia que se consume despacio. Al ver a los peloteros como estatuas encantadas le parecía ver un caldo con unos cuantos fideos cociéndose a fuego lento. ¿Regresar?, ¿con la pelota?, ¿para qué?… Ah, resoplido y recompensa… El jardinero central de plano decidió irse con su compadre el pastor dejando ese juego así.

DE ESMERALDA A ESCALÓN

La distancia que hay entre Esmeralda, Coahuila, y Escalón, Chihuahua, es mínima, cosa de unos cien kilómetros. *Eso no es cierto, son un poco menos, son setenta kilómetros*. PARA SER EXACTOS —Y ESO QUE YO NO LOS HE MEDIDO— SON CUARENTA Y SEIS NADA MÁS. PERO SI AÚN HAY DUDA, PREGÚNTELE A DON PIFAS VALVERDE, ÉL ES QUIEN TIENE LA INFORMACIÓN CORRECTA. Bueno, vámonos por partes, según tengo entendido don Pifas ya murió. *¡Mentira!, él vive en aquella casa*. VIVÍA, QUE ES DIFERENTE. HACE DOS AÑOS SE CAMBIÓ A SIERRA MOJADA. SI QUIEREN PODEMOS IR A VERLO, YO TENGO SU DIRECCIÓN. No creo que haga falta, si nos dice que son cuarenta o cincuenta kilómetros, ¿qué pasa? ¿A poco eso es lo que nos importa platicar aquí? *La verdad que a mí sí, yo quiero empezar bien*. MIREN, PARA NO HACERNOS BOLAS, DEJÉMOSLO EN CINCUENTA KILÓMETROS, ¿QUÉ TAL? Tú fuiste el que trajiste a cuento a don Pifas, ahora te aguantas. *Ustedes mismos se contradicen, mejor cambiemos de tema*. NO, ESO SÍ QUE NO, YA NOS ENCARRILAMOS EN ESTO Y DEBEMOS SEGUIRLE. A ver, síguele. DE ACUERDO… CON EL PERMISO DE USTEDES LES DIRÉ QUE EN 1948 SE CONSTRUYÓ LA PRIMERA VÍA FERROVIARIA QUE UNE A LAS POBLACIONES DE ESMERALDA Y ESCALÓN. ¿Estás seguro que fue en ese año? A mí me dijo don Puro Barragán que fue construida en 1958 y que… *¡Momento!, ese dato nadie lo sabe y quien ande especulando con años o meses definitivamente es un mentiroso. La vía del ferrocarril no está terminada. Hace más de un año quise viajar a Escalón —en el cabás, ya que no hay vagón de pasajeros— y ¿cuál fue mi sorpresa?; que a mitad del recorrido ya no había rieles. El caso es que tuvimos que regresarnos en reversa; además, el tramo de vía que existe hasta donde llegamos, nadie sabe cuándo lo construyeron, porque tanto Esmeralda como Escalón son pueblos muy nuevos y los rieles ya existían mucho antes de que se fundaran los mencionados. ESTÁS EQUIVOCADO. ESCALÓN Y ESMERALDA EXISTEN DESDE PRINCIPIOS DEL SIGLO. ¿Y tú cómo sabes? No me digas que también te lo dijo don Pifas… ¡Vaya, pues!, don Pifas y la carabina de Ambrosio son lo mismo. ¡CUIDADO! ESE HOMBRE ES EL MÁS VIEJO DE ESMERALDA, YA REBASÓ LA EDAD DE CIENTO QUINCE AÑOS Y CONOCE, DIGAMOS QUE CON SUS PROPIOS OJOS,*

LA HISTORIA DE LOS DOS PUEBLOS. Pues para que te lo sepas, don Puro Barragán tiene ciento veinte años, él nació en Escalón y después se vino a vivir a Esmeralda. La verdad es que a él con el tiempo ha dejado de interesarle esta historia —y eso que la conoce muy bien, me consta— > pero ya a estas alturas al viejo hay que sacarle las palabras con tirabuzón.

A la luz de la luna los tres hombres continuaban conversando, aun sin llegar a nada. Lo que uno sostenía el otro lo refutaba y el tercero, metiendo otra información, era también cuestionado. Pero he aquí que yo tengo lo que corresponde al caso. Me valí de varias fuentes cuyo enlistado es muy largo; sin embargo, pues ahí tienen que, en efecto, Esmeralda aún es villorrio, ni siquiera llega a pueblo, pero todos esperamos que ya en el siglo veintiuno sea nombrado Municipio, porque nace mucha gente y nadie sale de aquí. En cuanto a Escalón: ¡ni hablar!, tan sólo el nombre me suena y a la mejor algún día se me ocurre visitarlo. Soy sincero, no quiero mentir ni eso… También por lo que respecta a la susodicha vía, ésta no fue concluida sino hace apenas tres años. No transporta pasajeros, quién sabe por qué razón… Aparte, el tal don Pifas y el otro se murieron seguiditos anteayer, la diferencia es de horas. Hasta se puede afirmar que los dos viejos se fueron porque muchos preguntones los molestaban adrede y ellos no querían decir nada respecto a esta historia de Esmeralda y Escalón. Si ellos tenían la verdad, pues la tal ya anda muy lejos. ¡MENTIRA! ELLOS VIVEN TODAVÍA. ACABO DE VERLOS HOY. LOS VI MUY PLATICADORES A LA ORILLA DE UN PIRUL. *Yo creo que los confundiste…* ES QUE ESTABAN PLATICANDO DE LO MISMO QUE NOSOTROS…

—¿sí?

—De veras que nada es cierto.

—Entonces convengamos en que la distancia que hay entre estas localidades es pura figuración.

—¡Cien kilómetros y ya!

EL ARMA DE LA INMOVILIDAD

Una tienda, un enfoque.

Tanta calma interrumpida por una mosca que ronda. Y el tendero: hombre de edad y con hábitos añejos, en su postura corriente, rostro impasible, ceñudo, codos sobre el mostrador, escrutando con sus ojos de caballo el vuelo aquél vivaracho. *A mis años* —se había dicho varias veces en las últimas semanas— *ya no existen privilegios*. Su misión absolutista para el resto de sus días, ninguna urgencia ni qué, no preocuparse por nada, ¡al diablo la explicadera!, las mañosas conjeturas que no desmienten las causas de lo que fue y sigue siendo, que no ayudan a entender lo que es: probablemente, y en cuanto a lo que jamás será: ni modo de que ahora sea: tomando en cuenta sus fuerzas —ya mermadas— y también, porque es preciso,„sus ayeres tan tremendos.

Por ende se dilucida: *No me importa lo que pase*. Aceptado esto en seguida: su metáfora vital: *Odio la comparación, pero entiendo que hay más casos como el mío…*

Pero hay entretenimiento; entonces: si la mosca se parase en una de sus mejillas él nunca la espantaría, pese al cosquilleo en un punto de sensaciones pirrungas, ya que ella se cansaría de estar tanto tiempo allí. Pobre mosca, pues dejarla…

Que volara y se saliera: ¡qué mejor! De volver: daba lo mismo.

El, así, como una estatua.

Aire tibio, sin embargo, poco insecto que se metiera a la tienda. Excepto… Fenómeno algo extraño si se sabe que una atmósfera caliente atrae a moscas, moyotes, cucarachas y de más. Aquí no. Sí: la figura desvalida de este anciano casi con la mente en blanco: cual pereza inmemorial.

Para cualquiera que a cualquier hora del día camine por esa calle empinada donde es cosa de voltear leve, mínima curiosidad. El rectángulo de luz dejando ver la figura: la puerta abierta de día, y hacia adentro: acaso una perfección de grisura sin contrastes. Dicho sea: desde hora muy temprana el hombre abría su comercio y luego luego a ponerse en su postura corriente.

Aunque en la noche, al revés: la lámpara de petróleo amarilleando

el entorno y el íncubo resplandor se arrastraba sin encuadre hacia la calle donde las sombras al paso alargábanse deformes. *Alguien vendrá a comprarme algo…*

¿Qué vendía el abarrotero? Hace mucho su comercio fue el más pródigo del pueblo. Los surtidos abundantes, por lo mismo, entrando y saliendo gente con chiquihuites cargados. Pero ahora únicamente vendía dulces, chicles, pan: enmohecidos de viejos. Ni cervezas ni refrescos, no jabón, aceite, harina, no variedad de botanas, como antes, tanto abarrote vendible.

Y se explica: desde que murió su esposa, dos-tres semanas atrás, le parecía que de ella sólo quedaba su sombra… Y las sombras también mueren… Además, dejaron de interesarle los negocios venturosos, hasta la misma comida que antaño zampaba harto, hoy le producía tanto asco nada más imaginar los empachos y las náuseas. Había una nueva razón: el hambre era una riqueza de manera; pero comía cuando ya las vagas fuerzas de tajo lo despachaban de sí. Comía dulces y pan duro, ¡qué sabrosos!, ¿por qué no? Abría la tienda a propósito no para vender lo menos ni para hacerle la plática a la gente compradora aunque fuera por momentos, sino más bien por manía, esa manía insuperable de mirar apaciguado los cruces relampagueantes. Animales o personas, posible una bicicleta, una gaya mariposa, también algún automóvil, sin que aquello fuese alivio para su pena ejemplar. Hasta ló que vino a cuento una mañana de tantas de que un humo imperceptible le salía de su cabeza para diseñar lo etéreo en sus ratos de nostalgia o cuando sumaba cosas: ya nunca le interesó, tal vez porque las ideas son flores dificilísimas que necesitan regada, y ahora, pues, el agua de los ensueños había cambiado de sitio. ¿El agua? ¿Se puede llamar así a lo que no tiene forma? No, quizás…, imprecisiones… Todo luengo y condenado a una curva engañadora, a un fututo negador. ¿Para qué dejarse ir con asombros que se esfuman? Aunque a veces, en estos últimos días, en toda su mente en blanco aparecía por desgracia algún recuerdo empañado, como un punto por ahí: *Hace muchísimos años un fuereño higotón mató a mi único hijo de un balazo en la cabeza. Creo que fue por líos de faldas. Pobre muchacho inocente, ¡tan jovencito que estaba!* Y pues ni antes ni después vinieron otros retoños. Aquel hecho desgraciado espantó las pretensiones maternales de la que ahora estaba muerta, pues prevalecía el temor de que si naciera otro hijo correría la misma suerte y… El recuerdo aquél siniestro poco a poco fue apagándose en la mente del tendero, que si bien, estaba en blanco, esa mosca inevitable, como señal volandera, removía lo innecesario. A poco de acostumbrarse al ruidillo molestón, porque adentro ésta exprofeso daba vueltas y de pronto por cansancio o por jugada parábase mucho tiempo en la nuca o en los brazos de este hombre quien jamás la iba a

espantar y si se fuera la ingrata él no andaría con rasquidos, supo que ese punto alado era la conjugación de los espíritus muertos. La visita del recuerdo que circunda mientras permanezca abierta esa tienda ahora irreal. El sesgo de realidad en todo caso se hacía cuando un niño despistado entraba a comprar un dulce y el hombre, precisamente a sabiendas de que sus rancios golondros afectaban a cualquiera, en lugar de cobrar quintos los regalaba advirtiendo acerca de la dureza y del futuro peligro. Aparte de tales ratos, había otros más incómodos, cuando una mujer entraba dando el "pésame" sincero. Aquello era un sacrificio para el hombre que, con luto bien manejado, inclinaba su cabeza sin decir una palabra. Tal actitud sorprendía a quien osara siquiera hablarle una cosa mínima. Un silencio doloroso que mejor es respetarlo. Y nadie ya que quisiera entrar allí: ¿para qué? Siendo que pasando días el insecto susodicho seguía frecuentando el sitio donde nadie se paraba. Para el hombre aquel punto volador bastante identificado llegó a ser divertimiento, verlo ahí y acá imprudente le pareció inverosímil; tanto así que cada vez se olvidaba de comer lo que su cuerpo pedía, y sí algo para adentro, más o menos, pero le resultó ideal pasarse bastantes horas contemplando las acciones en el aire de la mosca como si ella dibujara una maraña invisible que recalcara día a día. Pero también ya empezaba la infestación del lugar: rincones con telarañas, varias hileras de hormigas, cucarachas que vagaban inclusive encima del mostrador. El hombre permanecía como siempre en su postura corriente, sin moverse y a la vista de los cruces en la calle. Sólo móviles sus ojos, esos ojos de caballo… Para cualquiera que pase, hoy, mañana, cuando sea, y voltee hacia la tienda que alguna vez fue abundante, verá la estampa del hombre carcomiéndose en la sombra… Mientras tanto, la mosca sigue rondando…

¡Dejarla!… Ella luego moriría y de muerte natural.

REDOR

Lloviznaba. En las últimas horas de aquel día de septiembre se dibujó una línea entre el cielo y el mar: algo blanco flotando en la aciaga distancia: un pico, una cabeza, una cosa difusa como último punto, ¿una seña de adiós?, un estruendo de acero, en lo hondo, tal vez, o un barco que se hundía con las luces prendidas —entre plastas de nubes los destellos del sol a la mitad, rastros de azul y rojo para corresponderse con los gritos de playa en una sensación de gente que corría, que llegaba por las calles del pueblo entre la lluvia. Que allá: un barco, en las olas crecidas. La mortal ansiedad. Y él.

Nunca había visto el mar, pero le bastaba ir a la playa para tocarlo. Apoyado en su bastón el ciego Bernabé solía ir por las tardes a tentalear las aguas. Al principio lo hizo con temor, cuando niño, por las supersticiones… Esa primera vez, de cuando lo llevaron a mojarse los pies: sus padres, cuya imagen, apenas recordaba por las voces en lo alto. Pero luego se fueron dejándolo al cuidado de una tía, porque se iban de viaje con la crédula idea de regresar cargados de fortunas; lo que nunca ocurrió, pues no volvieron. ¿Vendrían acaso ahora en ese barco? Una suposición que el viejo imaginaba, aquellas vidas de poca obligación, con él y con su muerte, braceando: ellos: sus cuerpos en una tabla grande. ¿Para qué? El ciego ni por eso podría reconocerlos. Pero, lo cierto, no volvieron a verlo sus dos padres airados. Y también, aquel hijo cegato, único para colmo y de todas maneras bondadoso, lo suponían como una maldición. Porque la duda en él se alimentaba hasta hacerse pregunta, preguntas a las cuales sus padres jamás responderían de manera completa. Pero a cambio pedir una caricia, algo, los besos expresivos o el pequeño nombrar: siendo la ausencia de eso lo que creara motivos: las gigantescas sombras de sus padres se extendían para siempre a donde fuera él: quien por saberse más imaginaba cosas de a mentiras: ¿para sí solamente él era más hermoso que los bienes del mundo? Sin saber… Tantas preguntas se hizo acaso para mal de lo que antes fue truco de forma, palabras que no explican. Y sí, por ello mismo, lo grande era el temor, pero se traicionaba al encontrar objetos allá en su oscuridad… Saberse simulado en todas partes… Frente a ese mar ahíto que ofrecía en la otra orilla ramosas plantaciones. Imaginar allá. El mundo era de voces. Y Bernabé

sintiéndose lejano sin comprender lo negro de sus virginidades: la hocina magnitud. Para hallar su mirada que llegaba hasta el fondo: un punto sensitivo, de expandirse en más puntos… La llovizna en las olas. La algarabía de gentes que según: aquel barco repleto de tesoros se hundía dejando a flote botellas y alimentos. Además el oleaje y los cuerpos de ahogados, todo por arribar lentamente a la playa, quizá en la madrugada de otro día, o en una noche blanca de estrellas en lo oscuro. Para esperar se iba, lo hizo muchas veces. Pero… El pensó que sus padres vendrían para llevarlo a donde sus riquezas, padres e hijo viejos, la lealtad de los años, aun a la distancia. ¿Se reconocerían aquella tarde? Bernabé no miraba, y los padres apenas por la lluvia borrosa distinguían la ensenada.

No por mal que las cosas tomaron su lugar al paso de los días. A la playa llegaban pecios y ropajes, de vez en cuando cuerpos. Pero por mucho tiempo nadie salió de pesca. El rumor infundado: que un hondo remolino destruyera las lanchas de motor. ¿Tendría caso buscar los restos de aquel mueble? Las riquezas flotando. Aunque ya era costumbre no pasar por un sitio donde hubiese accidentes, aunque pasaran años lo calcularían bien, aquel: el milagro discreto de esperar a que pocos tesoros ganaran las orillas.

La tía en silencio siempre como que iba y venía por el patio y los cuartos, con su cara cetrina pero muy comedida. Los años de servicio y de barrer la casa. Lavaba ropa ajena para comer mejor. El sobrino también, con el poco de cosas que traía de la calle; lo mínimo engullir, lo que alcanzaba justo: mucho pan y verdura en las mañanas.

Y Bernabé abstraído tentaleando las lenguas de olas en retiro, su variado sentir que en todas partes el mar era sorpresa; y pasaba las tardes en la playa pensando que quizás las palabras eran también al tacto corrosivas y nuevas, tentarlas en las cosas podía ser muchas veces asunto prohibido, porque eran invisibles para él, que imaginaba al mar como el peso del aire que lo empujaba más, una ilusión o un desprendimiento, si el cielo era en el mar trazo infinito, siempre allá, siempre lejos, los ojos que lo amaban, y Bernabé en lo oscuro sería su otra extensión, el más secreto espacio: sus niñas dormitando. Lo que: una idea, una costumbre, su forma de olvidar no la entendía sin trazo ni medida: en lo puro absoluto su ser era un deshecho y cuando el sol se hundía entre las olas, por lo que le habían dicho, esa visión colmaba sus deseos: aquel punto perdido entre la inmensidad, en la infusión de aguas el extravío de luz podía ser una sombra más floja, desleídaˆ Cualquier insinuación tema previsto. Entonces las palabras aparecían de nuevo. La palabra verdad, lo delatado; las palabras amor y sensación. ¿Qué provecho mejor? Lo que sentía: lo bueno y caprichoso. Volver a sus modales. Por la mañana afuera de la iglesia: la mano en cuna y el sombrero al suelo, en una escalinata. Nunca

hablaba ni eso, ni para decir gracias. ¿Que se apiadaran de él? Sólo lo santo. La presencia de Dios calaba fuerte si protegía de veras a los necesitados. Como si él de pronto fuese un dios que pedía para dárselo todo a otro más lejano, el hacedor de mundos. Pero acaso los dos eran iguales porque uno era ciego y el otro era invisible: la incierta claridad en lo baldío de todos los espacios, porque tal vez ahora y para siempre la presencia de Dios sería la vida, y la vida un momento cargado de minucias, y la minucia un colmo y un secreto. Pero lo único cierto, al menos para él, no era su ser oscuro aproximado, sino su salvedad y su delirio, sus costumbres también, y aquella voz oculta.

Sabedora su tía de las maneras ciegas, pero distante, siempre. Y por necesidad —aunque abusando—, la mujer lo obligaba a ese trabajo, ya que el ciego, tomado por inútil, no sabía hacer más cosa que pedir, según —porque robaba aparte con mucha habilidad—; ésa fue la manera de tenerlo a su lado, no enseñándole nada: ella, que bien pudo comprarle un instrumento músico, el cual sería un estorbo si no sonaba bien. Conquistar el dinero y volverse envidioso, tacaño y preocupado. Y es que otros limosneros afuera de la iglesia, aunque no estaban ciegos, uno tocaba armónica y el otro, con la voz agresiva y ostentosa, pedía cooperación. Rogaciano y Matías: insoportable gente.

Pero también la música del mar. El eco y las maracas.

El ciego en tanto oyendo movía hacia muchos lados su cabeza y sus manos.

Y su vida era un hecho desde antes consumado, para saberse en ella no bastaba mirar. Afuera aquella gente: benigna y habladora, puro compadecerse, puro orgullo: los entretenimientos. La música: quién sabe, el mar: una pregunta; el mendrugo en la mano dejaba una sonrisa a la cual otra mustia tenía que agradecer. En cambio, era verdad: los limosneros siempre sacaban su ventaja, aunque no iban al mar, allí ganaban, en las escalinatas, lo mucho de su afán: que se tornó abundancia en poco tiempo.

Bernabé comía poco de por sí, pero aprendió a robar sin que lo vieran, ni cuando caminaba muy tranquilo con manojos de hierbas bajo el brazo. Aunque fue descubierto, cierto día, un niño dio el aviso; lo despojaron fácil y luego lo insultaron muy cerca del oído. ¿Tuvo arrepentimiento? Se acostumbró a robar no obstante los peligros.

Mientras los otros locos rellenaban sus bocas con retazos de dulces y chicles y pulpitas, sin comer de lo bueno o regular. Bernabé silencioso… Las partes conocidas… Cuando pasaba por la Presidencia, lo hacía con disimulo, pues con eso de oír los taconeos de botas de gendarme. Bernabé prefirió dirigirse a la plaza —se sabía los olores de aquel pueblo— y de allí hacia el mercado de flores y laureles, más allá el de las carnes y más allá el de frutas. Desde luego inocente robaba al sostenerse. Los otros no. Los mismos que habían dicho que la gente les

daba mucho más por la ingrata rareza de tocar instrumentos a como les saliera, sin estudios ni leyes. Sería una vaguedad que Bernabé intentara ser sabio con la armónica y andar por cualquier lado tratando de impactar. Seguramente los otros limosneros no volverían a las escalinatas, y él, dador, los costos elevados de la música bella, el por decir de calmas atareadas. Todo ello valía por un intento. Pero no, ni pensar, las cosas eran malas porque habían sido buenas, y la fama era asunto que no abarcaba tanto. Imaginar colores sería más complicado, y en ello las palabras que nunca habrían de ser: belleza traicionera, ni en el mar ni en su alma: larguras parecidas, en lo ablandado encima, las escenas del sol dando en la cara, ahí, o en la tarde las luces de aquel barco de carga hundiéndose despacio. Los gritos de la gente, el hecho posterior, más efusivo y triste: ¿sus padres llegarían? Saber era dolerse allá en su oscuridad.

La escena de la tarde, cuando los pecios vienen a chocar en sus pies de ciego que se moja, contra el mar sus aullidos y detenerse recto sentado en las arenas, y con fuerza de ogro no dejar que las olas se lo llevasen dentro. Su promesa era azul, porque azul su nostalgia. La música de armónica nunca la iba a tocar, y mucho menos para pedir limosna, lo único posible; para él que sabía por las suposiciones lo poco de su acción. ¿Qué camino, qué treta? Asegurar su tiempo para fijar su modo de proceder después. Intuir lo más grande para quedar perplejo, no, sí, la duda posesiva. Podía no ser un don tener riquezas, pero le convenía mientras pensaba. Pero…

Cuando la gente supo su hazaña, cuando unas olas grandes no lograron tumbarlo, lo tuvieron como un iluminado, pero lo despreciaron por ladrón.

Los otros no. Preferían limosnear porque sabían que haciéndose los tristes la gente interpretaba, y el mendrugo y el pan, una lástima falsa. Bernabé sonreía; además por dos cosas era muy superior: por ladrón y maestro, que a oscuras va aprendiendo, sabiendo el poco trecho que hay entre el bien y el mal: una simpleza. Por decir, no conocía su cara, su delgadez perfecta, pero la imaginaba en otro mundo: más vivo y solitario; lo que era una ilusión aminorada, para no confesarse con ninguno, ninguna, el espejo era él, birlibirloque… Las prisas pasajeras… Y lo miraban más por su apariencia.

En su casa también, la tía, muchas veces haciéndole cariños en el cuello y en nombre del amor a veces lo insultaba. Pero lo cierto fue la discreción —pues era mudo, aparte— para él, que nunca confesó cuál era su deseo, o que el amor hablaba de sus felicidades o que la dicha eterna borraría la esperanza; él se quedó más solo porque sí. Adrede, delicioso saberse; allá en el mar la cosa, la pregunta, los albedríos del cómo, lo más desconocido. En las tardes rasgadas por gaviotas y haces, el reposo de nubes de blonda ensoñación, como un soñar en

formas descubiertas, apenas, diluidas, como una oscuridad que se reduce, como un cuerpo gigante que se abre: luido, en la profundidad: aparatosa suerte: que negara las cosas para bien. Bernabé sorprendido, tentaleando el secreto de las olas, si voces sugeridas y lenguajes extraños, dejando todo leve en la frescura: las húmedas reservas de aquellas transparencias, pero atrás el silencio de las cosas mundanas, sus ruidos impetuosos, el disparate, el odio, la comunión, el morbo, en lo oscuro ganaban una prueba mejor: el mar tan abundante y tan difuso: se hacía hacia muchos sitios. El, más: ¿Qué era el otro extremo?, ¿acaso otra pregunta? Otras razas perdidas y otros ríos. ¿Qué era todo aquello?

Tal vez allá la vida gozaba oscuridad, la oscuridad perversa de una imagen fortuita, o el halago de luz. Y el mar y la pregunta, y la respuesta amarga. Si una vez le dijeron que probar tantita agua de las olas le daría buena suerte, para que no se ahogara o para que creyera que algo más asombroso pasaría. Lo hizo y así fue.

Por las tardes la gente, la que iba a la playa, por un lado llegaba para mirar de cerca la caída del sol y de paso apreciar las suertes de aquel viejo de cabellos muy largos y de piernas delgadas, cómo en las embestidas de las olas severas, membranosas de sal, el ciego, bien clavados los dedos en la arena, venía el oleaje amplio y él nomás con la fuerza de toda la resaca, se ponía en pie al instante y ganaba la orilla. Entonces las personas, sin dudas y en silencio, por un rato lo vieron como a un loco: un ángel o un demonio. A él, que negó su prodigio para no contestar a las preguntas. ¿Qué podía responder? Y se hizo hosco luego, porque expresar lo malo lo hacía más misterioso… La gente engañadora. El ladrón, el divino, el limosnero loco —allí, allá, como un mal. Bernabé precavido, pues si dudaban de él, él era una mentira no dicha por los otros.

Lloviznaba y siguió lloviznando durante toda la noche. El barco sepultado en la línea del mar. Pero imposible hacer para la gente que llegada la noche se fue para sus casas. Grande fue ese momento para él, porque había decidido no volver a pedir si no le daban; artista de sus penas. No había razón entonces para ir diariamente a las escalinatas de afuera de la iglesia. En esa playa enorme su vida y sus deseos. No regresar a casa, no lo necesitaba. Acaso algún suceso, la trama prodigiosa de algún encantamiento: para ver a sus padres quizás por un instante, o encontrar su mirada si se quedaba allí.

Y por primera vez quiso pasar entera la noche junto al mar. De rato oyó unos pasos muy cerca de su cuerpo, y una voz adelante: *Sabía que aquí estarías. Ah, debo decirte nomás lo necesario… No es fácil lo que haces. Desde hace tiempo deseaba saludarte, pero soy forastero y vengo para irme. ¿Cómo?* Bernabé por lo pronto le tuvo compasión… *Ah, ya veo que no me ves…* El dilema primero que sufrió cuando niño: su

asunto posterior: huir despavorido. Pero ahora no fue. Porque no sintió miedo ni se movió de allí… *Soy gala de prodigios*… Mentira que se va. La sensación ahíta de pasos resonantes, el cuerpo aquel que parecía ser suyo… *Seré tu bienhechor. ¡Dame lo que tú eres!… He venido de lejos y la verdad sí te hallo diferente. ¡Hagámoslo ahora mismo!*

¿Volver a sus modales? La idea mutua del mar podía primero. ¿Adonde iba su vida?

Cuando fue la mañana ya no escuchó la voz, pero se quedó allí para esperarla. Nunca antes fue cautivo de voces y rumores, su amor era por poco, pero tenía un color, la voz azul, saciada, socorrida, y la palabra ir, por la distancia oscura, por lo ancho de aguas y de azules, para siempre viajar y ser olvido. ¿El? La voz, de aquellos días de lluvia, que no llegaba a él más que en sus sueños lúcidos, de hacer, de dar, de abrazarse a otro cuerpo, tan suyo o tan lejano: por estupor y tacto. Las mañanas pasaban desleídas…

¿Dónde estaría la voz, la compañera? En las noches de pronto aparecía… *¿Te quedas o te vas?* Por un error tal vez tendría sentido el ansia de escapar. Su cuerpo allí, dejado. Donde era la otra orilla ¿las cosas cambiarían? La música del mar: el sortilegio, para así desbordarse algún día por el mundo, el mundo azul: su vida de negrura: allá: combinaciones. Desear para saber. Jamás regresaría a lo que fue de entonces, pedir para ayudar: la suerte del instante, ir: maravilloso olvido, como dejarse estar en movimiento, la mar, ahí, la tarde, los oros en el agua. Ciertamente un silencio pasmoso, traicionero, a lo lejos las luces del barco que se hundía, nadar, nadar allá, las sombras de los bultos, en aquel remolino revolverse, junto a los tesoros de aquel barco; pero antes el llamado, la voz que se extendía como un estruendo, la voz que carcomía las músicas del mar, un rayo entre las nubes, lo calmado de abajo, y al centro: precipicios, el fondo sensitivo: *¡Bernabé!*… Justo ahí en el lugar donde hacía mucho tiempo se había hundido aquel barco de las luces prendidas, aquel barco gigante donde tal vez sus padres llegarían, aquel deseo de niño que no sabe su edad, aquellas sensaciones de calma apasionada, queriendo conocer sus padres al muchacho, para hacerlo dudar, para entenderlo. El, buscando… La suerte no reñía por ser buena o ser mala, sino por completarse para mal. La voz, entonces, como un hallazgo lejos… *¡Bernabé! ¡Bernabé!* Pero antes le había dicho… *Yo vine para irme. Y* como una obsesión su nombre quedó fijo… *¡Bernabé!*… Por un momento el ciego pensó ir a la casa de su tía, pero persistió a tiempo; su nombre lo escuchaba sin cesar. Tuvo la decisión, la más entera: atreverse a nadar. Conocer de más cerca su propia oscuridad, ir tras aquella voz en lo abundante, el incendio del sol arrastraba calientes las olas a la orilla. Y se lanzó a lo hondo. El ciego, por ahí, braceando, su vida era un diluvio. ¿Qué quedaba de él? Lo

que sabía, lo que desconocía para querer. Su vida era dudosa, si su ahogo de pronto trastocara su muerte, así, las olas lo llevaban como pecio perdido, en el azar de un agua que reposa… *¡Bernabé! ¡Bernabé!…* Su vida se perdía muy suavemente al acabarse la respiración. Cuando… una mano gigante de pronto lo atrapó, lo empujó hacia la orilla; ya empezaba de nuevo cuando pisó la arena, algunos pescadores lo vieron con asombro. La voz, ya no: lo que era por decir: una palabra. La que vino después de sus temores. Alma… Deseo. Entre los pescadores allí estaba su tía suspirando llorosa con un pomo en la mano.

Difícil fue. Pero se lo llevó contenta a la casa de entonces, caminando los dos, abriéndose camino. Avanzar por las calles mientras muchas personas detrás de las ventanas los veían asombrados, la tía, casi cargando al ciego de los brazos. Las personas dijeron que lo llevaba en malas condiciones. No, no era. La tía después le daba muchos besos con su boca de aire artificial… *Ya por favor no vayas a la playa…* Lo ruin y lo atractivo de esa voz de limosna… *Bernabé por favor, ¡regrésate conmigo!* En las noches la voz como un puñal y en el día una caricia, lo seguía por su cuarto, luego abría la ventana y entraba con más fuerza… ¡Tía! ¡Tía!, en su imaginación. La tía: ¿dónde? Y fue desesperado a tientas hasta el mar, a medianoche. La mujer en la playa cantaba una canción, toda despatarrada… *Regálame tu boca, la flor que yo escogí…* Ebria de sinsabor, pero amorosa. El se acercó hasta ella con temor, y cuando ella lo vio… *Ahora a mí me toca, pero con trago encima…* El, como que escuchaba allá en lo oscuro. Quería saber lo poco de aquella prontitud. Y la tomó de la mano por un rato, sus manos temblorosas.

¿El era pescador? Lo fue, porque sería. Si el mar era de instantes su cantar era luz: alabastrina, muda, mudo decir que sí: el beso refrescante. Y la gente chismeaba y el mundo se reía. La canción pasional. El ciego en el regazo de la tía: sus caras frente al mar, mientras ella cantaba, viejísima, de antes. Era un demonio alegre y exquisito. Caminando la playa cantaba aunque lloviera, cantaba para él, quien escuchaba presto las palabras que se iban en hileras, como si todas juntas se fueran a lo alto, y tratar de ganarlas para su oscuridad. Cruzar el mar aquel y que se oyera todo. Bernabé, como siempre, que imaginaba al viento como agua en su cuerpo. Pero se iría de allí, avanzando despacio por la playa para luego meterse en la maleza y quizá alguna vez llegar a una ciudad, las cimas, las presencias. Pero viró no obstante y regresó a su casa. Quería dormir un poco, quería saber ahora cuál era su silencio. De adentro tenues alas, de su adentro el ideal, ¿sería? Entonces sería el ciego que no fue, que quiso ser como antes, para saber después.

TODO Y LA RECOMPENSA

Sí, casi todos los fines de semana en la casa vistosa de los Cabral Domínguez antaño se efectuaban jolgorios de mucha risa y baile. Cerca de Nadadores, en despoblado, allí —tapizada de enredaderas ursas la casa asaz de habitaciones y olores de abandono, anchurosa de huertos: enclavada en la punta de un cerro y extendida hacia abajo hasta las faldas verdes que llegaban a un río. El tal cerro, lisudo, ni escarpado ni abrupto en medio de cantiles; el caso que, cuando era la fiesta, las mezclas de las voces sonaban a destemple, los rebotes, los ecos de fantasmales bocas y las músicas chirlas, al ruciar hacia arriba, en correntida acaso viajarían con el viento— la gente; iban familias, sin importar que fueran conocidas del dueño o de la dueña: los dos amables siempre, pues querían lograr fama como fuera; dada su gran riqueza compartir a lo más era preciso.

La casa, con almacén para guardar semillas y cosechas, en derredor algunas rancherías como puntos al azar esparcidos en un breñoso plano, donde, desde una altura, por los caminos vistas bordonerías de carretas y trocas, de personas de a pie. Es cierto: la extrañeza total por el gran despilfarro de los señores ricos; mas no así el adelanto —la gente iba tranquila, sin tanta explicación de que por qué o cuál era el motivo: muchas celebraciones, o la pura humorada de gastar el dinero y tener por amiga a gente muy extraña, pipilisca, cordial, noble o correcta: conocer lo bonito de la alegría mundana—, al cabo, diferentes razones ya serían; ahora, sin medrar el disfrute: mucho gusto en las caras de aquellos caminantes. Sabido era también que al correr la noticia del fandango por los alrededores, más gentes llegarían de lejanos lugares, quienes, a expensas del runrún, se formaran ideas descabezadas, que no parcas de estire, por reto el comprobar, que lo que imaginaban a colmo lo encontraban, aquéllas, tales las exageraciones, sí: muy opimas comidas, música todo el tiempo, los humos fumarolos de hacer fantasmas: juegos: el estrépito grande: borracheras: bailables sin parar: viboreos y locuras cuyos ruidos seguidos, al chocar contra el embudo mugro del cañón, en ahogo se engolfaran gigantes: aquellas resonancias: desde bien lejos se alcanzaban a oír.

Pasaban las semanas.

Ir e ir, cada vez aumentaba en gran número la gente que conforme llegaba se acomodaba presta en las habitaciones, en los patios y huertos; y lo más raro era que nadie recibía la menor atención si no la requería, aunque fuera nomás para saber qué sitio le tocaba, por lo que cada quien, a cuenta y riesgo, buscaba su lugar; si las alcobas ya estaban ocupadas, pues en la sala y ¿qué?, o en el enorme comedor lujoso, también en los pasillos interiores, donde por fuerza debían pasar las criadas barriendo con la escoba: —en fin, no faltaron, a veces, los manoseos calientes de hombres besadores—; unos, incluso, buscaron acomodo hasta en la habitación donde dormían los dueños, desde luego, no había ningún problema, pues: los dueños tolerantes, despreocupados, buenos; ahí, allá, frazadas y cobijas, manteles se extendían en los pisos, para dormir, comer, según el caso. La gente se instalaba. Los que habían conseguido una cama o un catre soberbios miraban con desdén a los que no gozaban de tal suerte que procuraban, por miedo a los despojos, no platicar con ellos más que lo necesario. La gente —más y más sorprendida por la chanza y bondad de los señores ricos— comentando lo que a medias creía: ¿por qué?, ¿cómo explicar la complacencia y la hospitalidad?, ¿acaso era una trampa? Había otros que ni siquiera: los que llegaban últimos. En el portal inmenso se hizo tanta juntura de personas que ya no había lugar para otra más. En el portal: ramosas plantaciones: muchos cotorros, jilgueros y tildíos metidos en sus jaulas. —Por tardados o por no haber previsto aquella situación, algunos: buscaron acomodo debajo de los árboles, o a pleno sol, si ya no había más sitios. Y llegaban mendigos, vendedores, rufianes, viejillos misteriosos, forasteros, mujeres juguetonas u hombres vacilantes: durante el curso del día, durante el anochecer: desde el balcón más alto de la casa: el dueño, muy orondo, cejas paradas, manos en la cintura, veía aquel espectáculo creciente, luego, sin saber qué, hacía señales vagas sin siquiera atreverse a pronunciar palabras. La dueña, en cambio, sabedora de las necesidades, al apuro daba órdenes precisas —a veces el enojo era tan burdo, como no ser el tímido quehacer indispensable, no acatar lo debido, o el muy poco entender de las criadas pipiólas—, personas serviciales no faltaban, incluso las de más dejadez, cualquiera se prestaba para ayudar en lo que se pudiera.

Los demás días, también, la agitación, los ires y venires por los preparativos. La dueña doña Emilia, flojerosa y mohína, prefería estar echada en el gran camastrón matrimonial cantandp cancioncitas de amor desafanado con esa voz chilluda y engallada que molestaba a quien prestara oído. —La fantasía barbaja… El enrosque florido y el amor en tinieblas, cuando la juventud vuela que vuela y los besos se aroman y la pureza se hunde y se adelgaza. Amor, amor fugaz: divino

sueño: —brumosos pensamientos: doña Emilia al recordar lloraba… y ¡zas!: el costalazo contra el piso. El dueño que acudía, la ponía en pie: —las sonrisas con solamente enchueque de sus bocas— y se besaban quedo, respetuosos: sus ojos bien cerrados para sentir bonito. —O si no más pachorra: la dueña: tejiendo bonchas chambras: mucho antojo y minucia para acertar al punto. Esto lo hacía la dueña desde temprano el lunes hasta mitad del jueves cuando en la casa no se recibía a nadie y se podía gozar de los silencios, del piar de los chinchijues y el sonido gradiente del ahogo del viento en el cañón. Por lo que las tantas menudencias eran encomendadas a la moza Altagracia, ruca muy hacendosa que ponía a trabajar a las demás sirvientas; y bien que la mujer tenía una historia extraña.

Arreglar la galera para el baile: limpieza general, encere del mosaico, lienzos en cuelgue, serpentinas enredadas en pitas y conjuntos florones de neguigue y de hojas de zurria de olores mareadores, golosías de ramajes y carrizos pintados en el techo, a los lados de la pista de baile. Arreglar la tarima donde estarían los músicos: Los Hermanos Santoyo: familia de tradición bohemia, que de padres a hijos se fueron transmitiendo las enseñanzas y las mañas artísticas, cada vez con mayor perfección: —últimamente portaban tololoche de cuerdas más hiladas y la panza de burro con sonidos más toscos y sofocos. Traían también, si acaso se ofrecía, un cantante tipludo cuya voz, al pasar al micrófono, se escuchaba agarrosa pero sentimental—, a ellos se les tenía en buena estima en toda la región, porque sabían, con su virtud de músicos fiesteros, cómo poner en ánimo a la gente que por tristeza o indefinición estaba apachurrada. Para ellos el dueño José Cabral Domínguez había dispuesto un cuarto al que nadie, ni en un caso confuso, podía entrar sin permiso. Estos hombres llegaban desde el viernes, al mediodía, para comer lo harto aprovechando la cordialidad; nomás el saboreo: los chupetes de dedos y limpiar con pedazos cobachos de tortillas de harina el juguito chiloso del guisado que quedaba en los platos: el borrego en tatema y las lenguas lampreadas con salsa tricolor; ya bien llenos retirarse ir después a su cuarto para ensayar —luego de echarse una cejita leve— sus melodías, las cuales requerían mucha improvisación de acordeón y redoba: ensayaban alegres entre risas y empujes de sotol. [Gentuza atropellada!, pensaba doña Emilia, que desde su aposento alcanzaba a escuchar las risotadas tontas de los fulanos ésos.

En tanto, comedida, Altagracia daba órdenes con suma seriedad. Barrer, trapear, ya listas las cobijas y las sábanas limpias. Perfumar el ambiente. Altagracia no entendía la razón de esa preferencia, asimismo, sentía que la riqueza de los dueños de pronto se esfumaba. ¿Cómo y por qué tanto gasto? El dinero que se iba sin medida, como un relampagueo que borra todo y que revienta blanco y deja posmo al

mundo: ¡locura! Entonces trabajaba con desgano. Ruca, ¿tristona? Ella que había servido a la familia desde que era mediana. Altagracia pensaba: ¡dichosos herederos!

Muy movido que andaba el dueño preocupón sin el descanso al menos en el organizar y en el hacer contratos como fuera si rápido mejor y sin la conveniencia negociera de cuidar el dinero cuan hábil marrullero. De los cofres secretos sacaba los billetes a montones chuleando cantidades con presunción y mucha suficiencia tal como hacían los ganaderos ricos que arreglaban cuantiosas transacciones en los salones íntimos de cantinas hediondas cuando ya muy borrachos azotaban gustosos el papel tapando por completo los marbetes de cervezas o sodas que estaban dibujados en las mesas, eran sumas mayúsculas que dejaban perplejos a cuantos las miraran: los pistoleros, los guardias del salón, o algún mirón también,, Pero el dueño, quien por cierto jamás mostraba miedo, pensó que era arriesgado andar cargando fajos de billetes cuando iba a los pueblos a efectuar sus negocios. Por eso fue que contrató a un hombre muy versado en finanzas, en documentos y eso: Celestino Granados, señor muy amigable, muy fácil de palabras y digno de confianza de don José Cabral. Además era primo lejano por parte de su madre: ¡qué Dios la tenga en gloria para siempre! Celestino Granados: un gran trabajador, tenía una troca de redilas con la que iba a los pueblos para hacer los contratos. De regreso traía a los matarifes, y en otra vuelta traía algunas cabezas de ganado.

Airosos vendavales: cielo de nubes bajas, nudos desbaratados y entrometidos rayos para presuponer extensiones de lluvias, una vez, una tarde, durante el trayecto de San Buena a la casa de los Cabral Domínguez, Celestino Granados fue detenido por una muñidiza de bandidos enmascarados y desconocidos; a punta de pistolas le robaron las vacas. Lo encueraron para golpearlo en grande y luego lo amarraron prietamente a un mezquite. Huyeron. Pasó dos días entre muriendo y dándose valor. Por fortuna alguien lo rescató. Fue entonces que no quiso seguir sirviendo a don José Cabral. Fue entonces que don José Cabral contrató a un tal Remigio Castoreña, también hombre muy fácil de palabras, pero éste era mañoso, traicionero; azuzaba a la gente ventajosa para que siempre, cuando fueran las fiestas los fines de semana, fuera sólo a robar cualquier objeto caro: —sí, dado el descuido de los señores ricos. Incluso invitó a putas y a hombres que se pintaban como viejas para darle otro tono a esas fiestas rancias, según él, si traía vendedores de comidas la mitad del dinero ganado era para él, previo arreglo, así resolvía, según propia visión, que don José no gastara indebido en tanto matarife y tanta vaca.

Altagracia, la ruca, al poco tiempo, empezó a darse cuenta que la

casa ya no tenía los antiguos objetos consentidos. Por ejemplo: ya no estaba el reloj de pajarito; ya no estaba la lámpara con dibujos de pétalos dorados; ya no estaba la cajita de música con bailarina que bailaba sola. Poco a poco: los objetos valiosos ya no estaban. Ni los cubiertos ni las copas de plata. A saber… ¿mancornar añagazas? Una idea dispareja iba tomando formas horrorosas en su mente apacible. Por aquello, si era el desatino de las supersticiones, el deleite común con la abundancia plena, la voluptuosidad a cambio de lo santo, y la paz en el alma: ¿no era una razón?… Sí, triste, Altagracia pensaba.

Años atrás, la casa, el almacén, el trajín de carretas cargadas de cosechas. Como no ser el regodeo benigno de la tranquilidad casi no había peligros como para poner en guardia a los señores de antes: don Sebastián, doña Julieta: padres de don José. El suspiro invisible escapaba de los labios de chancla de la moza Altagracia. La vida lenta y los esposos que tanto se querían; asimismo, una vez decidieron formar una familia, como si cada hijo engrandeciera más y más su amor. Lo malo, el despiporre, tales alcances ñarros condecibles a mil evocaciones ante el hecho evidente: la mujer era jorra y el amor juramento no daba para más. La mujer, cuando se embarazaba, sufría unos dolorones en el vientre, y no pasaban seis o cinco meses cuando abortaba a trozos los hijos esperados. ¿De qué servían ahora las caricias de años? La mujer, de tan seria impresión y tan hondos pesares su vida peligraba. Pero de todos modos, a fuerza de implorar la llegada brillosa de su primer retoño, se embarazó en más de ocho ocasiones… Pues de nuevo los mismos resultados. Los esposos rezaban y se compadecían uno del otro. El, por su parte, le daba a los negocios, y ella, que prorrumpía, le daba a la costura pero no a la cocina. Vinieron médicos de gran envergadura, hombres entrecejados de estudios abundantes, pero nadie venció pues la mujer y el hombre no clichaban: cuestión de sangre y de combinaciones como para negarse a un embarazo. Entonces pues vino Altagracia, en eso, de un pueblo retirado muy con chongo a la espalda para ayudar en casa. Ella, con lástima, casi con repugnancia, fue la encargada, ¡claro!, se chingaba después, de recoger los pedazos de carne ensangrentada y arrojarlos al río. Pero una vez tuvo una idea malora: ofrecerse chichona al viejo Sebastián y donarles el hijo como si fuera engendro natural de los esposos que tanto se querían, pues porque no aceptaba pudorosa presenciar de tan cerca y durante mucho tiempo los sufrimientos de ellos. Lo malo que la idea era, casi por no decir: alguna maldición. Ella sabía muy bien, bastaba la propuesta para, sin duda, ser despedida rápido. Su papel, su trabajo: no podrían ir tan lejos como ella lo anhelaba, las risionadas luego. Otra idea, y a ver si ora resulta, ir al pueblo acompañada de alguien, y traer perros, gatos, cotorros hablantines; se enamoró de uno pipiropis. —Forma: para sustituir la

ausencia de los hijos. Doña Julieta quiso, le gustaban los pájaros, se reía al escuchar la voz deforme y gonga de un cotorro cualquiera. Fue. Recordar de ese entonces la desesperación de los esposos ricos. El hombre que empezaba a mirar con enfado capcioso a su mujer y la mujer esquiva que contaba calmada las cuentas del rosario. Por la pena que nunca la mujer: no hablaba como antes. ¡Zonza también! Culpable no era ella. Y mientras prosperaban los negocios la tristeza crecía a grandes pasos. ¡Un hijo solamente! Doña Julieta pedía al cielo confuso una respuesta simple, así piadosa, quería encontrar en todos los objetos las señales divinas que nunca encontraría. Algo, una palabra acaso, un aclararse para no dudar. Un día —es el caso que dio la solución— los esposos visitaron a un cura, mas: ¿el engaño? Conformes debían ser con los mandatos que Dios dispone para con sus criaturas. Pues no servía el consejo. Entonces, y por suerte, alguien les comentó que había un buen adivino que unos años atrás vaticinó la explosión de un molino de trigo, así como la muerte a puñaladas de varios policías de la región. Aquel hombre barbudo que se había retirado de la vida corriente vivía en una montaña muy aislada a la cual no era fácil subir, pues no existían caminos conocidos que llevaran allá. Un más allá que quién sabe si ellos después de conocerlo regresaran felices. Mas los esposos ofrecieron a ese alguien dinero asaz para que los encaminara hasta aquella montaña. El fulano aceptó. El fulano era flaco y miraba a los lados como caballo bronco. Puso una condición: que le dieran la mitad de la suma antes de encaminarlos. Fueron. Dos días de travesía.

El regaño maloso del adivino ese, pilinque de vestido y garritas colgadas en los brazos, hablaba rezador, con jalóneos de tono muy pachorro y como haciendo claro todo lo que decía; confiado, pronunciaba palabras delgaditas con una voz aturdidora y lenta. Pero, a los esposos ricos les llamó la atención el personaje. Ellos habían viajado, sí, pero en su larga vida nunca habían conocido a un hombre, ya señor, tan orgulloso y tan convencedor: la musiquita trola de su palabrerío despertaba rarezas de admiración y mundo. Sus movimientos tenían la suavidad, la indiferencia por lo amigo bueno. ¿Revolvedor? Pues sí —no le importaba—, le gustaban las formas de algunas apariencias. ¿Dónde? ¿Cómo agarró esa facha? Los dueños preocupados. *No os diré. Mi reino, por fortuna, ya no es de este mundo. Pero sabed que mis ojos están muy al pendiente en todos los lugares. Y mi alma, paloma celestial que abre sus alas para no cerrarlas, además espaciada por el prístino sello del sol del mediodía, se congrega en una superioridad inalcanzable para los hombres que, entretenidos en aventajarse los unos a los otros, todavía no conocen el meollo ni la cuerda del tiempo. Es decir, aquellos hombres peculiares y ubérrimos que andan todo el tiempo a las carreras. ¡De ésos!, sépanlo de una vez, los rayos de*

mi mente están alertas, para, por si se ofrece, de plano aniquilarlos… Pero, bueno, ahora ustedes díganme: ¿en qué puedo serviros? Sé ver hacia el futuro. ¡Yo soy hijo de: ah, el viento es mi maestro! La lluvia es mi pastora. Y sí, ¡yo sé algo de astros!… ¿Pues qué se les ofrece?

El adivino era de ojos azules y de cabello güero. Pero no parpadeaba ni con el sol encima. Los esposos tranquilos contaron sus, problemas. Doña Julieta, tratando de alcanzar una altura muy de acuerdo al señor con el que hablaban, contaba bien despacio; el esposo únicamente intervenía cuando notaba ciertas confusiones. El adivino dijo: *Por lo que vosotros habéis expresado aquí, tan sufridores y humildes peregrinos, juro deciros sólo la verdad. Ustedes, cabe significarlo, no están muy alejados de los placeres pin guiris de la vida terrena… ¿Eh?, pero, y para acabar pronto, ustedes, en efecto, estáis muy bien signados. Voy a agregar un dato, nomás para marcar la diferencia. Ustedes, caminantes, son la gente de Orion que necesita el mundo. La forma de sus cuerpos y la composición bien rara de sus caras confirman que es así. Os diré que sus destinos les marcan por igual cosas extraordinarias y cosas desgraciadas, pero no se preocupen, que de eso hay en todos. La diferencia, pues, es que ustedes son gente conocida por pocos. Son de Orion, ¿y para qué agregar? Sólo les digo: ¡Cambíense de lugar! Es que en verdad os digo que debido a las divinidades astrológicas que por suerte ejercen en ustedes una profunda influencia, pero en su caso de modo más directo… ¿Pero qué estoy diciendo? En efecto, bueno, vosotros podéis tener un hijo, pero eso sí, tendrán que cambiar de lugar como os he dicho antes*. El adivino calló. Sus palabras parecían tener significados de seriedad severa… ¿La casa? *Sí, si desean engendrar por lo menos un hijo, deben abandonar la casa en la que moran desde hace mucho tiempo. Huir, adonde sea, pero que sea algo lejos*. Los esposos quedaron sorprendidos. Eran verdad, tal vez, las razones dictadas por ese sabedor hombre peludo. *El hijo que resulte de su unión conyugal iluminada por los astros será muy amistoso. Tendrá algunos lunares en el pecho y en otras muy diversas regiones de su cuerpo, esto se explica, por la influencia directa de dos gentes de Orion. Desde luego será muy diferente a vosotros. Pero…* ¿Quiso agregar palabras? Quién sabe si así fue. El fulano ese que los acompañó: —los esposos regresaron cambiados— cuando contó después de mucho tiempo lo que había presenciado junto con los señores, ya no supo agregar muchos detalles.

Unos días adelante, fue entonces que partieron los esposos hacia un lugar llamado “La Esmeralda”. Don Sebastián, dolido: aquel lugar, tanto dinero adentro… Y las palabras del adivino aquel: *De ahora en adelante, ustedes deberán, desde luego, es bien duro decirlo, ustedes vivirán con extrema modestia, es decir, ningún lujo. De lo contrario, os arrepentiréis*. Ya después, de regreso, el fulano ese que los acompañó les pidió a los esposos: —*Quisiera encaminarlos a su casa. Es que cuando*

llevo a la gente para que hable con el adivino, de vuelta eso les pido. La parte que me deben de dinero yo ya no se las cobro. Es mejor que me aceptéis una semana en la casa de vosotros, y como el adivino es primo hermano mío, de sangre yo poseo poderes sobrehumanos, casi tantos como él. Además no soy gacho ni tentador de nada. Don Sebastián, peinado a lo mechón de modo carmelete, se desbarató el pelo jugando con los rizos que colgaron después. Desiguales ideas de aceptar y de no, pero: si al cabo se notaba que era un vagabundo que buscaba refugio, o descansar un poco. Sí —el fulano pasó algunos días en esa casa grande sin platicar con nadie. De noche, acostado en la hamaca atada a un par de moras, meciéndose pesado, veía en vaivén las estrellas de arriba: inútiles y quietas. De día, tomaba apuntes en dos o tres papeles que sacaba discreto de una bolsa de atrás del pantalón. Luego se fue sin avisar siquiera. ¿Quién era?

Pensar irse a otra parte; con modestia vivir, abandonar los lujos que eran muchos y viejos, aunque, esconder el dinero en un sitio seguro, ahí por… en cofres, debajo… Pero no sabía dónde… Y el temor: alguien podría encontrarlo: don Sebastián decidió contratar a unos guardianes pagándoles sueldazos para que bien cuidaran y con armas la casa del cañón. Los esposos vendrían por temporadas a pasar unas buenas vacaciones. Pero, los guardias, ante la ausencia de los dueños, semana con semana organizaban fiestas aprovechando aquel enorme espacio. Poseedores de llaves, abrir cuartos oscuros, el dinero ¿quién sabe? Ah, sin embargo, sacar de las bodegas el licor, invitar a mujeres de muy fácil virtud. Sobraban los amigos. Todo volvía a la calma cuando de vez en cuando aparecían los dueños.

Se cuenta, se supone, que ésos fueron los primeros jolgorios. A la casa acudían sólo hombres que supieran jugar a la baraja y apostaran valientes sus pistolas con balas; además grandes sumas de unas manos a otras iban y regresaban, pero sí había manejo: un hombre tuerto y serio y una mujer carnona de caderas llevaban el conteo; tanto a la caja, y resta, para aquél dos pistolas, para éste diez billetes de a mil y ocho de a cien. La contabilidad. Dicen que una vez hubo algo de sangre. Hubo una discusión; de resultas: un hombre cayó muerto. Lo peor: nadie sabía o fingía no saber; los jugadores se miraban las caras en busca de sorpresas, de sus manos cayeron las barajas. ¡Don Jacinto Ventura!: el muerto: pues sí: ¿quién lo dijera? La sanguasa grumosa se extendía por el piso hasta mojar las puntas de las botas. Al difunto enterrarlo de inmediato. Aquél era hombre rico y de hijos menores de treinta años, matones, a su vez: nocturnos vengadores. Por eso los guardianes desde entonces ya no quisieron organizar más fiestas.

Pasaban las semanas.

Altagracia pensó que los hijos de ese hombre después de tanto tiempo podrían venir: vengarse y retirarse. Sí, pero por mientras

preferían aguardar, esperando que todo, con naturalidad, quedara en el olvido. Entonces, cuando veía que todos los objetos valiosos ya no estaban; cuando una vez, incluso, a media noche espió a unos hombres silenciosos ladrones que allá en la cuesta cargaban el refrigerador y unas sillas de lámina, las subían quedamente a una troca a la luz de la luna, supuso que los batos eran sin más los hijos del señor ese rico; don Jacinto Ventura, quien: no se sabe dónde fue enterrado. Altagracia paseaba por los cuartos, suponía que la gente, toda sin excepción, era ladrona y era aprovechada. Tenía ganas de encontrar a cualquiera en plena acción de robo y armar la escandalera, ¿capaz y por darse a notar? Muy cerca de sus ojos mielosos el aleteo de insectos que ella espantaba con un manotazo mientras romas ideas cruzaban por su mente. Mas no, por mala suerte, y lo mejor, pensar en otras cosas… Y don José cada vez más borracho aventaba su basca en la pared, cual fuera, si hablando de repente sacaba sus cochimbres ensuciando las ropas de las gentes: así bombo caía como tabla y sin fuerzas. Al despertar, de nuevo, buscaba los licores… Altagracia, cuando veía retratos sentía más hondo dentro, y como era sencilla en su manera, derramaba sus lloros de recuerdos… La dueña doña Emilia en lo suyo metida jamás quería saber de las tonteras locas de su esposo, antes bien ni se acercaba a él, antes bien, durante las fiestas, exigente de más… Muy distinta era: floja, el resto de los días, desentendida, cada vez que cantaba sus canciones: desórdenes mayores.

¿Qué no sabes lo que tienes que hacer? Procura atender pronto a la gente invitada. Altagracia accedía muy obsequiosa haciendo caravanas discreta y educada, a la dueña, la cual, fumaba un cigarrito con aires de señora. Pero después aquélla no conforme, alargaba la orden a las criadas pipiólas, ellas, que en vez de trabajar, no: andaban de sonrisas voladas con los hombres, meneando las caderas, con un sí cocoreto entre los labios. Total: el puro pasteleo de besos en la sombra, y el problema más grande, sobre todo, era cuando las criadas aceptaban bailar delante de los dueños. Doña Emilia, casi desgañitada, les ordenaba seco que no bailaran nada. Altagracia, furiosa, apretaba sus labios de coraje. Luego se retiraba con la cabeza baja. El amor para ella no era mago. Posible, sin saber lo deseaba, pero nunca quería reconocerlo. A cambio, cada vez se enamoraba más de los cotorros y suponía que ellos la querían.

Recordar, por demás, cuando se fue a ese pueblo llamado “La Esmeralda” junto con los esposos. Cuando, de acuerdo con los consejos buenos del adivino aquel, allá podrían tener estos señores y en buenas condiciones a su primer retoño. ¡Cuánta dedicación! Pero cuando nació el pequeño la madre se murió: la pobrecita. Quisieron revivirla con besos en la boca pero ya no pudieron, y una tarde de

marzo la enterraron sin pompas y sin llantos. El hijito bonito creció muy saltarín. El padre le hacía bromas. Algunas gentes que supieron del hecho vinieron presurosas a conocer al niño que había nacido sano. *Vuelvan después* —decía el papá— *y lo verán más grande*. Altagracia orgullosa veía las correrías del niño bien travieso. *¡Epa!* —decía el papá— *No te me vayas a pasar de estatura*. Y, José, por el santo, pues creció muy mimado. Tremendo garrochón que se agachaba para pasar las puertas.

Cuando él tenía veinte años su padre murió. ¡La herencia!: supo José Cabral que era demasiada: le mostraron los cofres repletos de billetes, más lo que había en la casa del cañón: ¿el dinero escondido?, ¿quién sabe cuánto era? Tantas preguntas se hizo; luego supo que con esos billetes conseguía muchas cosas: lo indecible: sonrisas de mujeres y de hombres, favores no faltaban: el mundo era tan fácil; y los demás: ¿qué eran los demás?, ¿estaban tan sobrados como él? Por eso, sí, empezó a darse cuenta que la gente, desconocida o no, se le acercaba grata:—ah, el poder de poder: eso: lo demás se entendía. Luego supo que estaba acompañado sólo cuando había de por medio asuntos de dinero. Pero sin él: con él, a la postre: ¿quién era? Sí, los seres y las cosas tenían precio.

José Cabral Domínguez quiso vivir sin tocar el dinero ni ostentar ese poder difuso que tenía sin saberlo. A todas partes iba mostrándose amigable y deseoso cuan mas de expresar como todos una razón cualquiera, pero no era lo mismo, o al menos, nadie lo creía así. La gente le exigía que soltara el dinero, en grande, o con dinero hacer cosas por el bien de este mundo. ¿No habría después quizás otra manera? Con el tiempo entendió lo que era una verdad.

Empezaba a beber para desviar su orgullo, su penar tan secreto. En una fiesta conoció a una muchacha a la cual nunca quiso hablarle de dinero. Altagracia sabía que él sería presionado. Los padres de la joven hicieron todo fácil para que él la llevara al altar lo más pronto posible. Se casaron después y de inmediato se fueron a vivir a la casa del cerro en medio del cañón: libres y solos. José Cabral se trajo a la moza Altagracia para que los sirviera. El, se quería sentir bien con su mujer. El, empezaba a beber: atragantado.

Abundaban las carnes paseadas en los platos en medio del salón. En general: parejas bailadoras. Uno que otro chiquillo jugando a los bandidos, y treparse por las enredaderas. Las mujeres, algunas arrullando bebitos o dando mame otras, otras: comiendo y escuchando la música donde otras mujeres: rectas para empezar: taconeando con un ritmo seguro, rebotando en las vueltas que los hombres ladeados insistían en hacer. Otras mujeres: mejor bailar al rato. El dueño don José, con los humos de alcohol en la cabeza, el esponjado alivio, la sinrazón de hacer y siendo preso de un coraje de años, se disponía a

dirigir, ya tambaleante, con una vara de pinabete seco a la supuesta orquesta de músicos polqueros. La gente se reía, gozaba sin igual, de acá desde las mesas trataba de imitarlo. Después tomaba él la botella con la mano derecha y se ponía a brincar con todos y con todas. *¡Vénganse para acá mis mamacitas. Vénganse a divertir aquí conmigo!*, les decía a las mujeres que pasaban junto a él. Pero: unas esposas sí eran de hombres que estaban en la fiesta. Después: *Para ustedes, con el debido respeto, voy a quitarme la camisa y a ver quién la recoge*. Nadie, la gente se burlaba. Chuloso el individuo: los niños, los bandidos, llegaban de improviso y las mamás detrás los correteaban. El conjunto de música tocaba a su manera los compases más rápidos y alegres y don José Cabral bailaba bien borracho con la camisa al aire dándole sacudidas de toreador birolo. Luego se vieron besos y apretones, viboreos con la lengua y manos resbalonas, desde luego, cuando los niños ya estaban bien dormidos después„de quedar lelos de tantas aventuras. Pero, uno, despierto, descubrió una pistola de a deveras, y fue que a medianoche disparó sin saber. Los pichoneos de medios encuerados se interrumpieron luego. Aquello se había vuelto un congal. El disparo y el niño: gritáronse los ecos de un clamor de sorpresa. Pero no pasó nada. Un hombre, quien estaba muy sobrio, le quitó la pistola al niño de las manos y lo mandó a dormir junto a su mamá.

Pasaban las semanas.

Las fiestas con el tiempo habían degenerado. El dueño, en los extremos de borrachera, de los cofres secretos sacaba los billetes para luego aventarlos a montones desde el balcón más alto de la casa: la lluvia empapelada en frágiles paseos de viento y revoltura, en los aires billetes extendidos bajando, caían entre las ramas como hojas de árboles, en el patio, los charcos, en todo cuanto había. La gente presurosa se iba tras el dinero que volaba, sin explicarse mucho si era cosa del cielo. En el suelo hacía sus montoncitos, pero hubo arrebatos. Después la gente huía por los caminos huyendo de la gente, con las manos abiertas apretando billetes contra el pecho, hacia las medias tardes, por las noches, en una madrugada: la gente, ebria, corría, en algún escondite contaba su dinero.

Remigio Castoreña, sabedor de peligros, aconsejó a los dueños contratar a guardianes. Esos desplantes. El hacer de la fiesta un pretexto para ganar dinero: ¡claro!: podía venir gente más abusiva. Etcétera, pero: ¿quién diablos sería el que convenciera a don José de lo malo que era tirar así el dinero? ¿Quién, por encima de todos, sería el convencedor? A sabiendas de aquello semana con semana venía más gente en grandes cantidades. Chingadísimas madres se dijeron cuando hubo arrebato y se armaron los pleitos —ahora sí que se puede — los braceos y los golpes, a veces los billetes se partían en dos partes,

por las jaladas, por los forcejeos. Primero la comida, segundo los bailables, y luego: la gente, a esperar que el borracho del dueño trajera los montones, rompiera fajos: y aventara el dinero desde el balcón más alto. ¡A volar mariposas! El paseo en las alturas transfundía los colores que bailaban como hojas, el trasiego feliz: las manos en espera, la innumerable holgura de blancos en la mente, el futuro resuelto en lo de comerciar. ¡Mil tretas! Pero, había desilusiones. El dinero, así de regalado ¿qué era? Ni explicarlo tenía ningún sentido. Si hasta los niños jugaban a capearlo. Dónde, el escondite, esa mina brumosa, brotante, oculta para todos. Remigio Castoreña cuando veía que todos en tumulto se abalanzaban sobre los billetes, los que no: trepándose en los árboles, sacudiendo las ramas, él dijo entonces que se hiciera una fila y que de uno por uno recogiera el dinero en sólo tres segundos y después regresara a su lugar, con un reloj se llevaría el control: ¿pues qué?, si el dueño ni sabía. La otra opción, la de antes: convencer al señor de que no hiciera eso de tirar los montones porque era pecado, o por cualquier razón si fuera la apropiada para que luego el dueño ya no insistiera más, al contrario, más eran las razones y más era el capricho. Allí, postrado en el balcón, sordo hacía lo que quería si así se le ocurría. Luego empezaron los préstamos aparte. Entonces, las gentes antes se aconsejaban para que en un pedido se abarcaran dos más, o tres, o muchos. Nadie ponía medida, el dueño menos, pero era de antojos. Si por ejemplo un día aventara de plano su fortuna completa no sabría ciertamente si todavía dinero le quedaba. No hacerlo, era lo mismo. De repente se le podía ocurrir no hacer fiestas ya nunca, se le podía ocurrir irse a otra parte, sin dinero en las bolsas de la ropa *¿y* qué? Sólo se daría cuenta que no podría comprar los vinos de costumbre. Ni… lo poco de todos, nada bueno, por eso, en ciertos ratos, cuando pensaba a fondo tenía miedo. *Ya no tire el dinero don José, ¿qué no piensa llegar a la vejez?* Fastidiosos consejos. Si bien, Remigio Castoreña, empezó a hacer negocios sin buscar calidad en lo que recibía; en lugar de traer el conjunto "Los Hermanos Santoyo", se trajo a "Las Potrancas de China Nuevo León", a "Los Rancheritos de San Juan de Boquillas", conjuntos muy por debajo del nivel de la familia aquella de músicos que hasta se sabían valses y boleros muy viejos. ¡Qué se iba a comparar! Si no fuera por esas arrancadas del dueño de seguro la gente ya no volvería a ir a la casa del cerro en medio del cañón; también: ni traía matarifes Remigio Castoreña, las matanzas ya no en el almacén, compraba tacos hechos, y no era lo mismo. Doña Emilia empezó a darse cuenta que algo no funcionaba como antes. Las criadas mascullaban mientras hacían los guisos, no, antes era mejor. Ya nadie se aventaba a bailar toda la noche, por la tristeza acaso, porque los nuevos músicos interrumpían a veces las piezas a la mitad, y corregían defectos

regañándose siempre los unos a los otros.

En tanto, Remigio Castoreña seguía haciendo contratos, unos mal otros bien, pero con diferentes intenciones. Contrató, por ejemplo, a unos hombres que colocaban luces de colores muy raros en los cuartos y patios, según, giros modernos se lograban a cambio, el lado misterioso y el ambiente perfecto, el sutil paroxismo de las miradas leves. Los maricones aflorarían de júbilo y se confundirían entre los hombres que ya bebidos y enrarecidos hoscos por las luces no sabrían distinguir quién era quién y quién no era alguien, si mujeres u hombres y por igual los ojos descarados. De todos modos las fiestas no cambiaron demasiado, aunque sí, la gente sin bailar, y eso en el fondo era lo que deseaba Remigio Castoreña. Contrató a coheteros cuyos cohetes iluminaban las noches estrelladas cuando los disparaban; contrató a bailarinas que casi se encueraban y a bailarines con peinado rebelde, que se quitaban todo, y en cada operación Remigio Castoreña sacaba una ventaja. ¿Dónde estarían los cofres? Por temor, por extremo cuidado; Altagracia: pensativa y medrosa. ¿Cuál lugar? Demasiado secreto debía ser.

Una vez, y por casualidad, cuando Altagracia trapeaba la escalera que descendía al traspatio, descubrió en un descanso una puerta secreta, empujó con el pie una tinaja, pero cuando pasaba de espaldas sin saber, y de pronto que se abre una puerta… ¿Adentro?

A la dueña le gustaba pensar: los hijos traen dicha. Esa sola razón le daba muchas vueltas en su cabeza de cabellos largos. El dueño, todo el tiempo borracho, hasta quería que las fiestas no tuvieran ya fin, es decir, prosiguieran. A veces se iba al almacén y se encerraba durante muchas horas. Muchas criadas vinieron a ofrecer sus servicios y todas se quedaban porque las aceptaban. Los objetos valiosos, la mayoría, ya habían sido robados: joyas, pulseras, cosas pequeñas pero de oro o plata. Altagracia buscó hallar la ocasión, para, sin que nadie la viera, abrir la puerta aquella —y lo hizo a medianoche—. Descendió muy despacio por las escalinatas que conducían a un sótano. Todo telarañoso. Tuvo la precaución de llevar una vela en la mano y encenderla cuando ya no mirara. Ah, sí, la honda oscuridad le daba mucho miedo, muy sola se sentía —todo era de espanto: el ruido más pequeño de cualquier rechinido. Por fin, cuando encendió la vela aluzó a media altura y hasta el fondo en penumbra vio cofres colocados en hileras iguales. Y fue hasta allá con pasos cautelosos. Suerte que luego pudo abrir sin esfuerzo un cofre y otros más. Todos estaban llenos: los billetes floreaban a la luz de la vela. Altagracia salió rauda y veloz. Por lo visto, ese dinero, allí estaría los años sin usarse. ¿Por eso lo tiraba don José? Mentira. ¿O entonces, a quién pertenecía? Altagracia, sin poder ordenar, las ideas se le iban.

—¿Qué andas haciendo aquí?

—Nada, señora, sólo barriendo.

—Ve a barrer otras partes de la casa y no seas testaruda.

—Es que… ¿sabe? Descubrí una puerta secreta. Yo ni cuenta me di pero así fue.

—¡Bueno ya! Ahora que lo sabes, esa puerta secreta no se abre para nadie.

Una vez Altagracia escondida pudo mirar cómo el dueño se metía a ese depósito, borracho y todo pero: sacaba los montones, los fajos en las manos, después se dirigía hacia el balcón más alto de la casa. Allí, mientras abajo la gente con las ansias, en espera. Otra vez y otra vez atrapar el dinero. Loco: el hombre, en silencio, oía voces de gracias, pero él desentendía. No, Altagracia se dijo. Su idea traía más cola; por la edad, por el tiempo que cuidó aquella casa bruja de confusas desdichas, de placeres arteros, de conveniencia de recibir dinero y emborracharse aparte. Todo, todo el porqué de las sonrisas grandes. Y no en cambio los esposos podían si lo deseaban darle la vuelta al mundo y regresar cambiados. No más fiestas ni mínimos favores. Altagracia, una noche, abrió la puerta del depósito ese, portaba un chiquihuite para cargar los fajos de billetes. Salir. Después ir a esconderlos debajo de los árboles, escarbar, enterrar el dinero, en cualquier parte, digamos, en los huertos, a la orilla del río, debajo de las piedras más pesadas. Así lo hacía seguido. Poco a poco vaciar aquellos cofres, para evitar que el dueño no encontrara, o si se quiere pues, que el dueño al fin creyera que se le había acabado, al fin, y que se diera cuenta y no volviera a hacerlo… Aquello deshonroso. Mañas y fantasías, la vida iba a cambiar. Altagracia pensaba, ¿qué? Una vez don José abrió uno de los cofres, el cual no tenía nada, en efecto, entonces, como que se le fue la borrachera.

El, aburrido sin más. Doña Emilia le aconsejaba que fuera al pueblo y que se distrajera, él, a quien las fiestas también ya le aburrían. Sí, salir era lo bueno. Entonces doña Emilia, le decía: */Debes cambiar de aires por lo menos un día! ¡Ve al pueblo! ¡Ilusiónate mucho! Ve y reconoce a los que ya conoces*. ¿Ir? El pueblo peligroso. El hombre decidido, dudaba por momentos si a mitad del camino regresarse. Muchas veces lo hizo, pero fue. —Se metía a las cantinas y saludaba a todos, quienes le hacían preguntas acerca de las fiestas y de por qué tiraba así el dinero: ¿acaso era una burla? Don José sin respuestas; siempre, pagaba adelantado las bebidas que fueran y pagaba de sobra; después jugaba a la baraja y perdía su dinero, pero volvía a jugar sin entender, los otros hacían trampa; alguien compadecido lo llevaba a su casa en una troca a medianoche sin importar que fueran dos horas de camino. Don José sonreía sintiéndose famoso y sin igual. Pero volvía el señor, más animoso, picado y muy dolido porque perdió en el juego la otra vez, y ahora la revancha. Y lo mismo era siempre, lo

dejaban sin quinto, lo emborrachaban harto, lo ponían a bailar con viejas apestosas a perfume y a talco, la vitrola con pesos trabajaba, luego entre risotadas lo llevaban bien pando hasta la plaza y allí lo abandonaban. El hombre callejero saludaba a las cosas quitándose el sombrero: ridículo y alegre. Calles, puentes, resquicios, caminando nomás: si la lluvia caía él no se daba prisa, agarró un toserío espantador y fuerte. Pero las idas esas eran en beneficio de la moza Altagracia, quien, sacaba más dinero de los cofres secretos sin que el dueño viniera a darse cuenta: escarbaba más lejos, enterraba el dinero. El dueño acaso estaba sólo parte del día descansando en su casa y luego regresaba gustoso a las cantinas donde lo abofeteaban y le metían alcohol por las orejas, lo hacían bailar, lo hacían que hablara mucho aunque tuviera miedo, y luego descarados, le pedían que soltara hacia arriba los fajos de billetes para que los borrachos jugaran a cogerlos; él, entonces, manoteaba los cientos que se iban al aire; luego salía contento. Otras veces, en las nubes del humo de sus ideas sisías, en las cumbres del miedo de su embriaguez ufana, no entendía, preguntaba: *¿Por qué me pegan? Si yo…* Un golpe lleno y seco estallaba en su cara y luego un beso largo de pegueo de salivas le daba a gusto una mujer de aquéllas, entre hacer y no ver sacaba los billetes; luego salía aturdido, riendo tal vez, pero risa memosa, inexplicable, leve, de olvidar dulcemente lo habido en la cantina. Pasaron dos semanas sin que volviera a casa. Doña Emilia empezaba a preocuparse y mandaba personas para que lo buscaran, pero esas personas, a sabiendas, partían hacia otra parte. Los pocos atrevidos: otros que presintieron: una vez lo encontraron durmiendo en un salón, encima de una mesa de billar. De vuelta, doña Emilia lo recibió con besos y caricias. Pero él, nomás se sintió bien: ¿las fiestas?, semana con semana. Después. De nuevo ir al pueblo.

Cierto que una vez ya no se supo de él. Dicen que se juntaba con puros pistoleros. Luego unos dijeron que lo trataban mal, que lo hacían encuerarse y lo corrían después para la calle; sí, hubo pescado quizá una pulmonía. O ¿lo mataron los hijos vengadores? Aquéllos pues. O tal vez lo embrujaron o hasta lo endemoniaron. Todo se puso claro cuando en el monte un día lo encontraron debajo de un mezquite, amarrado a una piedra. Tenía en la sien un profundo boquete de balazo, y en la nuca una horqueta, y en el pecho rajadas de machete. El picoteo de buitres lo había desfigurado. Muchos dijeron que don José Cabral había sido muy bueno, otros que no: porque era tramposo, por eso, fue castigado bien por la mano de Dios, por despilfarrador. ¿Luego? —La noticia se supo días después, corrió de boca en boca; doña Emilia lo supo y anduvo preguntando, perdida, en las cantinas, en las casas lejanas. Ella, pues, ¿dónde?, incansable buscaba. Nada, ilusiones. Dicen, que una vez la encueraron y la

montaron muchos ganosos pistoleros. Le hicieron la promesa de que pronto vería a su querido esposo; pero los días pasaron y ella se volvió loca. El día esperado nunca llegaría. Alguien se la llevó después a una ciudad muy grande, ella pensaba que quizá alguna vez, en una calle, en un lugar secreto, aunque fuera muy vieja encontraría a su esposo y serían tan felices como antes. Ella se imaginaba tantas cosas.

¿Lloraba ahora Altagracia? Ni por qué. Ahora quedaba al mando de la casa. Prohibiría las fiestas, contrataría a guardianes. ¿Las sirvientas?, nomás las necesarias para que la bañaran y después la vistieran. Se sentiría una reina al caminar dichosa por aquel gran espacio, evocando las cosas: agradecida y dulce. Ahora sola pero en la opulencia. Exigente la ruca en la comida. También, trataría de platicar a ratos con aquellos cotorros que tanto la querían.

El dinero escondido sacarlo poco a poco. Tuvo ideas de viajar, de volar en aviones, de conocer los mares, de comprar muchas cosas. Pero luego quería volver a casa pronto y gozar el silencio de los días y las noches, imaginando juegos de sensaciones vagas.

Una tarde lluviosa y solitaria apareció Remigio Castoreña seguido atrás por un grupo muy grande de personas bien armadas con rifles y pistolas. Altagracia los vio muy enojada. Luego de pronto: */manos arriba/*, alguien le llegó por detrás. Remigio se acercó, le dijo bien cerca del oído:

¡Te me largas de aquí, vieja infeliz, muy lejos! Cuidado con hablar, porque si lo haces, te ejecutamos luego, estés donde tú estés. La mujer ni pensó, salió corriendo así: ante la risa grande de los fulanos esos. Como loca corría por en medio del monte, escapar de las balas que algunos dispararon. ¿A dónde iría a parar? Hacia el atardecer: rojo y pañoso, de escurrirse despacio y dejarse comer, noche tras noche… Ella ¿dónde? Lo más seguro es que alguien la ayudara, porque después la vieron callejeando en los pueblos.

En la casa de en medio del cañón los pistoleros destripaban las camas, los sillones, tumbaban las paredes para encontrar dinero, arrancaban las plantas, escarbaban con palas, buscaban escondites y pasillos secretos. El dinero bullía a manos llenas. Desesperados unos corrían por los caminos, con costales al hombro boludos de billetes: también algunos miles volaban por los aires; algunos pistoleros imitaban al dueño aventando el dinero desde el balcón más alto de la casa, mas luego se reían y bailaban contentos. Los billetes caían entre las ramas, entre espinas punzantes o entre flores, pantanos, en las aguas de un río que traía muchos ruidos para llevarlos lejos, a veces daban vueltas en algún remolino. Venía, más gente, agarraba puñados y corría por el monte. Trajín. Dinero general. Lo malo: el gobierno después metió sus manos.

Pasaban las semanas.

Lejos, en la casa de unos carpinteros allí vivía la ruca de Altagracia sumando sus recuerdos. Se preguntaba siempre: ¿qué sería de la casa del cañón? Se sentía la chiquita cuando jugaba a ocultas platicona con muñecos de trapo. ¿Cómo?, por ahí unos niños: los hijos de los dueños de la carpintería, la odiaban, por metiche. Aburrida, por eso, Altagracia pensó volver un día a la casa de todos sus recuerdos; sí, desde siempre, le daba muchas vueltas al asunto; ir, arriesgarse. Ella aún escuchaba en sus adentros las músicas de baile, las noches de colores de cohetes en el cielo, el regaño a las criadas, el barrer los pasillos, hablar con los cotorros, la vida de aquel mundo. Y.

Una mañana emprendió su camino, ¿sabía por dónde era? Además vieja y sola: indefensa mujer. Seguir, llegar a allá. ¿Tenía sentido eso? Las lluvias arreciaban y los ríos desbordaban sus cauces por los campos. El tiempo se hizo malo, y las distancias… Pero ella ¿llegaría? A saber: al menos intentarlo. Una tarde de marzo la encontraron tirada junto a unos chamizos. Pero ahí la dejaron, pero no estaba muerta. ¿Qué más daba cargarla y regresarla? Por ilusa, por loca. Además: ¿qué ganaba con ir? Pues sí: se supo: —el gobierno convirtió aquella casa en cuartel militar. Pero ella: ¿qué cosa?, ¿qué gozo permanente? Lo único que deseaba era ir allá para traerse luego a su cotorro, a ese pipiropis, alegre y querendón.

ANTES: EL AVISO

—¿Vamos a confesarnos a la iglesia?

—Sí, vamos.

¡Qué manera de irse, de encarrerarse casi! —aunque Huecos los pobres— como si fueran rumbo al infinito o a la ocasión de alguna maravilla: los hermanos Nicolás y Corripio: horados muchachillos: siempre dispuestos a enmendar sus culpas: sin presiones de nadie: por sí mismos: piadosos, por inercia quizá.

El contraste se nota: Nicolás, el mayor, le saca medio cuerpo de estatura a su pingo carnal de cabellos churritos y cara colorada. En silencio caminan dizque aprisa —cojeando: dicha sea la verdad, sobre todo el mayor: que sangra en abundancia: cara de monstruo o causa de las friegas, moretones infames, la ropa hecha jirones y los zapatos ya sin agujetas; el otro, un poco, se hace el lastimado y cobarde lo imita en su renqueo porque así le conviene—, avanzan a su modo por una zona llana que está dentro del pueblo.

Es tarde y hay problemas: anochece deveras. Las luces de los focos nada más son alarde: no orientan, no trastocan su decisión de ir. La contraparte asoma: sus padres no conocen lo que les ha pasado. Se enterarán mañana, desde luego. Los hermanos, por tanto, están dispuestos a dormir en la calle después de…

¿Llegarán si se apuran? No importa: por lo pronto: caminan: y el menor va observando a su tato garrocha rendido como nunca, ahora parece como alguien de otra parte que llora sin querer. El resplandor lunar ilumina sus lágrimas y hasta la misma sangre que le brota se asemeja a su lloro. Asimismo, Corripio ve también aquellos puños gordos apretados apenas —y temblando— como un símbolo erróneo de carácter, siendo que éste es pacífico de más y entrecejado alumno machetero… Hoy su hermano: boca deforme y mirada baldía: es un desconocido, sea que a pesar de su aguante se trasluce su rabia. Entonces el menor, por no caer en arrepentimientos, mira hacia el frente con ínfulas de gallo; de súbito, si bien, quiere sentirse débil como el otro, pero él fue el ventajista, de modo que su afán debe lucir al menos esta vez, y no: adivinar el rumbo es asunto de dos: ellos que ahora procuran vaciarse humildemente…

Por referencia: hay peculiaridad. Tan sólo un par de hijos es castigo del cielo: cuando por lo común las familias de aquí suman una docena —si no es que más, incluso—: como los doce apóstoles, como los doce meses que tiene cada año, es decir que este número es un logro.

Ellos: hombres para acabarla —pues una hija sería una bendición, un toque espiritual que atenuara rudezas— y entre ambos las edades distan de ser acordes con sus preocupaciones momentáneas; sea entonces que por sus diferencias no hay lado conveniente: cruzamientos simpáticos ni vagos.

Para prueba se explica lo que viene: Nicolás cuenta con once abriles: cursa a conciencia sexto de primaria y los domingos le gusta ser acólito en las misas. No opta por los juegos que son al aire libre: sino que en el estudio encuentra la escalera de los sueños difíciles: buscando en lo ya visto: en las palabras, sí, que juntas son ideas o que pudieran ser. Es caso muy opuesto su hermano de ocho años: no crece, es un tapón: por más leche que tome. Aparte: es un burro travieso, no lo mueven las páginas de los libros de texto, pero no ha repetido ningún grado.

Por un rato nomás: al mayor le da pena ver a su hermano jalado de los pelos por padres y maestros, las tundas merecidas por andar de peleón; de ésos que dicen con grave valentía: *Te espero a la salida.*. Pierde, no obstante; no sabe de reatazos. Entonces, para qué busca líos; por entretenimiento, ¿por inseguridad? Dos veces por semana llega golpeado a casa sintiéndose triunfal y pretextando: *Si ustedes vieran cómo quedó el contrario…* Postizo lenitivo. Y siempre acá sus padres, terminan rematándolo hasta hacerlo sangrar un poco más que antes… Las curaciones luego… Así, que la sangre lo eduque porque no queda de otra. ¡Quién le manda! Nicolás ni se mete, es individualista. De esta forma: que Corripio ya entienda lo que es bueno.

Un remedio parcial para este buscabullas fue mandarlo a aprender el catecismo: que hiciera la primera comunión; con ello, por supuesto, tendría oportunidad de acercarse a los santos, de arrepentirse pues. Y sí: a la fuerza la hizo, se confiesa seguido, pero continúa igual: y le pegan más duro y: a su edad el morrito ya está cicatrizado…

Descontando este aspecto puede decirse que la familia Parra se ajusta a lo más típico: las bases religiosas alumbran el hogar: dizque: hay en cada cabeza una aureola moral o bien quisieran; pongamos que —si se habla de conductas— la gran combinación entre energía y dulzura por parte de los padres recae sobre lo expuesto. Para el par de retoños la obediencia se impone siempre que la bondad esté empujando y pueda. Cumpliéndose este encomio todo queda en veremos; por mientras hay amor y digna compostura.

Ahora ellos caminan y caminan como apartados de la realidad

porque nadie los ve supuestamente; ayuda, por lo mismo, que ninguno de ellos ande pidiendo auxilio: impasibles avanzan como pueden adonde creen mejor, y vale destacar a Nicolás, que aun estando débil, procura darle ánimos al otro: *¡Andale!, ¡vamos!… Pueden cerrar la iglesia…* He aquí que su actitud no parece muy lógica dado que siempre ha sido un comodino, es decir: no se distrae en cosas que son impersonales, sin embargo, esta vez, conforme el movimiento, sus heridas se agrandan. Entonces: Nicolás se detiene, quiere sentarse un rato: pero no. De verdad que no sabe si es preferible presentarse sangriento ante sus padres como lo hace su hermano: de seguro ganaría una cueriza: ¿sí?

No, nunca regresan juntos de la escuela: cada quien por su lado. Parecen enemigos.

La gran distancia que hay entre los dos es casi inverosímil. Al respecto los padres han sido indiferentes, hay más aún: la culpa, en todo caso, tuvo su origen muchos años antes: generaciones lerdas que no intentan cambiar: errores que trascienden hasta hacerse grullada y de notarse más ya son vergüenza.

Como suele ocurrir: hubo un día decisivo: Nicolás llegó a tiempo a la comida. ¿Y Corripio? Por lo pronto: perdido —al mayor ni quien le reclamara nada de algo, el hambre era lo propio de aquel trío familiar que le entraba a las sopas; lo del menor, por cierto, no era más que un asunto insubstancial, no obstante, si hemos de interpretar dicho descuido, el tal, si bien, representaba al cabo un punto fino dejado en el olvido—, más tarde llegó bombo, traía un ojo birolo amoratado: que es que le había tupido un huerco grandulón. La razón se evidencia: anduvo cocoreando como era su costumbre y encontró una respuesta golpeadora. Al verlo el padre que se incorpora automáticamente y lo jala de un brazo para llevárselo al rincón de hasta atrás por la hilera de cuartos. Durante el trayecto iba sacándose el fajín de cuero obligando a su vástago a deshacerse de su camisola.

El trámite de allá fue el de rutina. En un sucucho oscuro se postraba Corripio con el lomo desnudo y a placer —hoy más que nunca notábanse prietos los remarques— de rodillas, con los dedos cruzados en la nuca: muy a la espera de la urente zurra.

Al levantar la mano que sujetaba el cinto pasó una nublazón por la cabeza del padre endemoniado, la cual, confusa en apariencia, lo hizo que volteara hacia el final opuesto de la extensa ringlera de aposentos para ver a su otro hijo de perfil comiendo concentrado; con una indiferencia a lo que acontecía que, bueno, como si él fuese un manso pensador que zampa a gusto. Con esto, el coraje del padre se derrumbó sin más. Y no quiso pegarle ya a su hijo de por sí derrengado, sino que: una fuerza secreta empujólo directo al comedor: fue: no sin antes decirle al buscabullas que aguardara en la misma

posición.

Y en llegando hasta donde el olor a leña y a tatema se hacía más agarroso, que se sitúa a un costado del mayor para decirle grave: *Tú también necesitas que yo te dé un consejo… Tú debes dar la cara cuando al otro le peguen. Pero quiero advertirte que no se trata de que te líes a golpes. Entiende: como tú eres más grande debes calmar los ánimos, separar contrincantes, porque si te peleas pues ya verás también…* Nicolás, por su parte, mientras hablaba el padre, no separó sus ojos de la sopa, allí en lo aguado la palabra "amenaza" se insinuaba: la supo, la ignoró: para no sentir miedo, y al contrario, con un total cinismo que voltea a la cocina de seguro jalado por el olisco del hervidero humeante donde la madre se disponía a servir sendos platones. El jefe de la casa, de pie, continuó palabreando sin percatarse de que aquél le pusiera o no atención, dándole empaque a las categorías del buen hacer.

Así, inopinado vino su fallo dizque sabio, que, en rigor, fue bastante molesto para el grande. Esto es: acompañarse siempre: que se vinieran juntos de la escuela, igual cuando las idas juntos al catecismo: al mediodía, en la tarde: protegerse, poner en lo alto la hermandad responsable.

Luego se dirigió adonde Corripio: el padre: voluntarioso sí: con el cinto en la mano todavía. Que se encuentra a su hijo inamovible. Quiso darle siquiera un cintarazo pero se arrepintió, y que opta por lo cuerdo. A las claras se infiere que por primera vez él traicionaba sus métodos tiranos. Si bien su corazón en tal momento le sugería algo más apacible y constructivo. A cambio la cordura —que conlleva un respiro tardo y fresco—: ¿acaso tenía rumbo? Ah, no le costaba nada correr el riesgo un poco: *¡Párate! De ahora en adelante ya cuentas con tu hermano, él te protegerá. Hace un rato le dije que si no te defiende la zurra es para él.* Que se alza Corripio de inmediato no sabiendo por tanto si gritar de contento o simplemente dirigirse a su padre para darle las gracias. No, no pudo. Su reacción fue distinta. A pesar del suceso le dio hambre, en consecuencia, y para darle cauce a su energía domada, que corre como liebre al comedor.

Pasaron varios días y, conforme lo acordado, Nicolás y Corripio andaban siempre juntos: yendo, viniendo: de la escuela: hacia ella, a la iglesia también: a confesarse, a misa, de plano comulgaban, y luego los hechizos: los místicos regresos.

Eso no era un engorro —un nudo hacían los dos— sino cada uno para el otro significaba —y valga la figura— un ángel de la guarda omnipotente. Se les veía garridos trajinando sin habla, y cuando se dio ésta fue porque Nicolás tomó la iniciativa, había que convencer al peleonero de que se preparara para meterse a acólito: bien fácil: tan sólo los domingos: y para ello se requería asistir al catecismo, uno

muy especial.

Corripio, sólo por complacer a su carnal enorme y admirable estuvo a punto de seguir sus pasos… La causa se evidencia: porque lo defendía con su tamaño: ahuyentando de modo natural a los muchos chanceros que quisieran tupirle, pues: ¿quién se le iba a acercar teniendo un guardaespaldas de tal traza? Aunque, pensándolo mejor, le era más oportuno darle cuerda a su instinto cocorero. Así en la escuela, en clase, a la hora del recreo: inflado y valentón se dedicó a guerrear y al que se le enfrentara amenazante le decía con donaire: *Si tú me pegas yo te aviento a mi hermano*… Nadie, por algún tiempo, tuvo templanza o gana para dejarse ir sobre sus huesos, pero… No faltó la ocasión.

Una vez, ya muy tarde, cuando ambos regresaban de un mandado: encargo de la madre —cada uno cargaba una bolsa de víveres—, a la altura del llano que está en la parte oeste de Castaños: les salieron al paso siete huercos. Que los rodean de pronto, sí, la venganza por fin. / *Quítense, por favor*!: que clama el grande. A modo de respuesta recibió un puntapié, por detrás, a traición. Corripio, que ya presuponía la gran paliza, logró escaparse de la bola aquella. Al tiro: que corre a refugiarse atrás de un pinabete: dejando a la deriva en su carrera la bolsa de mandado: ello: para evitar que algunos lo siguieran. No. Por ende: cobardemente pudo ver tranquilo el espectáculo de los reatazos. No obstante: su corazón en vilo: una descarga o una desbandada.

Palpitaciones que predicen tregua, y: ¡qué va!, sin técnica ni maña: juego de piernas o meneo de cintura: el grandulón tiraba sus golpes a lo loco, pues le pegaba al aire nada más, empero: muy difícil tumbarlo, por lo que: patadas voladoras y hasta piedras tirábanle: a ver si una le daba en plena jefa, pues sí lo consiguieron: y que se viene al suelo aquella torre: ¡plum! Entonces: caído y rancajado con más comodidad los oponentes le dieron a llenar: pisándole la cara, patéandolo todito como a un perro sarnoso. Y las pedradas adonde cayeran siempre que le atinaran al enorme esqueleto aún activo; luego se quedó inmóvil, por eso mismo desgarraron sus ropas, le hicieron cuanta cosa para dejarle marcas indelebles. No hubo nadie —de las casas; que estaban en redor— que saliera dispuesto a frenar de inmediato la cruenta batahola, ni Corripio: vilote. La escena parecía una destreza espuria. Contimás a sus anchas que aprovechan los huercos para robarse adrede los víveres regados y a volar de una vez.

Después vino una calma con atisbos de infamia. Nadie llegaba aún, y Corripio, tan neutral por el susto: cuando vio que su hermano se quejaba incapaz y viendo por doquier para estar bien seguro de que no había peligro: que se lanza al rescate del maltrecho carnal.

Todavía cauteloso que se acerca y lo mueve. Por fortuna respiraba despacio. El bulto allí: sangriento. Aquella vida plena de otros días a

poco deslizándose entre lastimaduras. Ojalá que avanzara como antes. Entonces el menor, llorando de coraje, lo ayudó a levantarse. Trabajo laborioso: y no pudo evitar que sus manos y ropas se embarraran de sangre. Nicolás, pese a tener los párpados hinchados, logró abrir su par de ojos. Vio nimbados perfiles de pespuntes amorfos, derretidos comienzos que podían incitarlo a proseguir.

Con la boca hecha flor le era imposible decir cualquier palabra pero de rato la fuerza de su orgullo pudo más, y:

—Mira lo que me hicieron por tu culpa.

—Sí.

—Sí ¿qué?

—A mí también me duele.

—¿Qué hacemos? Si nos vamos a casa mi papá me remata con el cinto.

—No. El dijo la otra vez que lo importante es que me defendieras.

—Yo no puedo creerle. Lo conozco. A ti te surte siempre aunque llegues fregado.

Se quedaron pensando en lo que iban a hacer. Argumentaban mucho, mas todo tenía un tope fatal y convulsivo. ¿Y el mandado? Por lo visto no estaba. Un motivo de más para no presentarse en esas fachas, entonces, recobrados:

—¿Vamos a confesarnos a la Iglesia?

—Sí, vamos.

Cae que no cae, aprisa: a su pesar, desde luego tomándose descansos, dudando: con razón: llegaron a la iglesia. Para desdicha que la encuentran cerrada. ¡Qué lástima! Ellos, por cierto, hasta habían esgrimido que teniendo a favor el testimonio del párroco local —una defensa de bastante peso—, pues le suplicarían que los acompañara para que con su influencia los padres entendieran la raíz del suceso y sus rudos efectos.

No obstante, aquella conjetura, por obvia deducción, ¿qué sentido tenía?

Por lo que: siendo su realidad un desvarío: decidieron quedarse a dormir en la calle. Hermanos como nunca o por primera vez o de otra forma quizá más duradera. Orillados y juntos para darse calor en un recodo oscuro —idéntico penar e idéntica pavura—: el sueño les ganó. Ya mañana sabrían cuál sería la secuela. Sí: y mañana y pasado y más delante: ¿qué? Lo demás es azar.

EL ARTE DE LA BRIBA

a Manuel Barrón

Cuando Juventino Treto abrió su taller de carpintería —antes venía por las calles, casi al alba, haciendo cuentas con dedos y clavando su mirada en las piedras como buscando la suma, una acaso, para bien o para mal. Caminaba medio pánfilo como siguiendo su sombra: estirada y figurera— a media luz notó que: ni mesa, ni cortador de pedal, ni martillos, ni lupa, gis, lija o cinta de medir. No había nada y el vacío aquel lo asustó. ¡Le robaron en la noche! El taller: diez años de antigüedad y nunca, primera vez que pasaba.

Pero un asalto improbable porque se llevaron todo. Algo mágico quizá. De pronto verse sin… ¿Qué? ¿Cómo? ¿Pues por dónde se metieron si las ventanas estaban con sus cristales intactos aperingadas con gancho?

Inclusive, las dos puertas con candado. Por lo cual: dar parte a la policía… ¿Tenía sentido hacer eso? téngase que los cafés eran más estafadores y malosos que los bribones foráneos; y es que: muy macabros y trompudos, hasta los dientes armados, contra cualquier individuo que se pasara de listo. Es de saberse también que en Sacramento a la gente criminal le ponían el uniforme y le daban credenciales, dos pistolas, una bóxer, dos macanas y un cuchillo rompehuesos, luego de cumplir condena más o menos de diez años en la cárcel apestosa. En fin, ¡qué bonita premiación! Pero algún motivo enorme se escondía debajo de esto, porque motivos no faltan. Así, eran cuatro policías, y los cuatro… Para qué meterse en líos.

Por flojera o lo que sea, o llámese miramiento: no avisar, no dar cuenta del suceso a la gente chismorrienta que luego agranda los hechos. Ahora, lo interesante para él es que se llevaron todo con excepción del dinero, el cual estaba metido en una caja sin tapa, y un machete. No era posible explicarse cómo le hicieron para sacar de repente la mesa y las cinco sillas, los tablones de triplay.

Se puso a localizar alguna boca de túnel en el suelo, un boquete simulado en la pared con los adobes flotantes. Removía el piso de tierra, nada ni escarbando con las uñas o a punta de machetazos. No

obstante, Juventino era muy terco. Se pasó como tres horas haciendo aquella labor. Ya el pueblo como a las nueve tenía cierta animación.

Ya los comercios abiertos y los camiones llegando, alguna gente, no mucha, caminaba por las calles. Era un invierno templado con sol picoso y sensible, con muchas nubes fuereñas. Y, como el taller de Juventino estaba a tres cuadras de la plaza principal, no faltó alguien morboso que de paso se asomara —el carpintero infeliz, con su apuro, pues no tuvo la paciencia de cerrar puertas por dentro para que no lo miraran haciendo la excavación— y de muchos que pasaron alguno sí se detuvo a preguntarle qué cosa.

Era una señora gorda con velo negro hasta el suelo, una que venía de misa.

Juventino reaccionó, por su mente pasó rápido aquello de no decir de la estafa, y sin responder siquiera una palabra ni dos, ni hacer mueca de disgusto, que cierra la puerta adrede despreciando a la señora, la cual corrió con el chisme agrandando más los hechos: que el loco de Juventino había sacado el mobiliario de allí y que estaba haciendo un pozo. El rumor siguió en aumento y hasta se llegó a decir que se trataba de un robo. Variaron las conjeturas, según que el ayudante que Juventino ocupó durante más de siete meses, a quien había despedido y de muy mala manera: gritándole a media calle, fue el causante, pues tenía, como se sabe, una copia de las llaves. Lo malo que ése tal ya no vivía en Sacramento y la historia fabricada no dejaba, desde luego, de ser un mero supuesto.

Ergo, fuera de él: ¿quién además? Desde entonces Juventino se volvió muy desconfiado; salvo con clientes y niños con muy pocos platicaba, puro jalar y jalar, pero solo. De esto hace como diez años.

Tal vez se fue haciendo raro porque, ya cercano a los cincuenta, aún permanecía soltero. Era lógico pensar la razón por la que jalaba tanto como una burra maicera. Ya muy noche Juventino se iba para su casa, la cual estaba a una cuadra.

Por las secuelas del chisme se hizo tan largo el argüende que pasadas las tres horas le llegó la policía toque y tóquele la puerta. Juventino abrió escamado… Eran los cuatro mentados, los de gorra con estrella reluciente, y uno de ellos que le dice:

—Venimos a molestarlo pues se corre la noticia de que usted sufrió un asalto.

El carpintero no supo. Turbado, y queriendo sonreír, preguntó:

—¿De qué se trata?

—Esto es, le tengo que repetir que por aquí se comenta que su taller fue asaltado, y por lo que estamos viendo es cierto lo que se dice…

Aún confuso Juventino, quería cerrarles la puerta pero… Aquellos

se dieron cuenta que estaban incomodándolo. Los gestos del carpintero hablaban más que su boca.

—No, este... No hubo robo... Este... Se me hace que están errados.

—Bueno, entonces, si algo se llega a ofrecer, estamos para servirle.

Se fueron, y Juventino con gusto cerró al instante la puerta. Uh, ¡qué salvada! por un pelito el asunto tomaría distinto rumbo, pero... ¡Ah! Cuando iban a echar el cerrojo se le vino a la cabeza aquél su ingrato ayudante, el despedido a la mala, quien —y hasta eso no se acordaba, inseguro— tenía copia del candado. Es que: pues no sabía a ciencia cierta si su sospecha era real, aunque la dio por un hecho: ¡él fue quien robó en la noche! Y a lo largo de ese día se la pasó Juventino encerrado en su taller. Pensativo.

Podía ser una venganza. ¿Y el dinero y el machete?... ¿Por qué no se llevó todo? Ese escrúpulo permeaba las apariencias. No fue él. ¡Los policías!: ¡ellos eran los ladrones!, y entre que dudar y no, se hizo noche de repente. Ahora quedaba el dilema de si quedarse a dormir en el taller o... aunque lo decidió pronto. Vigilar y consolarse. Acaso podían venir los presuntos lagartijos pasada la medianoche a recoger el dinero y... Estar pendiente. Por cierto que el carpintero no había revisado aún la cantidad de billetes.

Eran seis, de los pesos colorados de papel, extendidos como naipes. Abanico pueblerino. Y una feria de centavos. El ayudante —según las cuentas a lápiz— le robó quinientos dieciocho pesos, o la policía, o ambos, confabulados, así le fue dando sueño hasta meterse en un túnel que acababa en un abismo de herramientas esparcidas y flotando e individuos correlones en el aire, sillas todavía inconclusas...

¡Una batanga al vacío! Y él ahí, sin poder agarrar nada. Lo real fue que a medianoche como que alguien forcejeaba la puerta de su taller. Juventino, que se durmió con el machete en la mano, que se levanta apurado al oír los jalonazos, en ese mismo momento dejaron de maniobrar, afuera, se oyeron pasos muy suaves como si trajeran tenis, se oyó un sonido de jeep.

Una pista: ¿innecesaria? *¡Malditos!, ahora sí se dieron cuenta que yo estaba en el taller*, se dijo con mucho alivio, y no quiso abrir la puerta para observar la escapada. *Si se deja venir uno yo le ensarto mi machete. Si otro me mata de un tiro al menos me llevo uno al panteón*. De resultas: ya no pudo con su sueño fabuloso. Y pensando en artimañas le amaneció al poco rato. Esto hizo que él tomara más conciencia de lo que iba a seguir. Cierto que dejó trabajos pendientes que debía entregar ya listos en menos de una semana. Cierto que ahora... ¿Qué iba a hacer? No le importó hablar con nadie, pedirle ayuda a Tancredo, a Félix o a Sinforoso, quienes sabían del oficio y eran buenos camaradas tratándose de dinero. A lo mejor esos tales —como remota inminencia— a la postre podrían ser los presuntos manos

largas. Pero ya le dio flojera ponerse a pensar en ellos. Entonces cerró el taller y se fue para su casa.

Durante el trayecto —ajeno a los miramientos de la gente paseadora— pensaba que no era primera vez que el ayudante había entrado, de seguro Cayetano invitaba a sus compadres a que fueran por las noches al taller a emborracharse; suponía que organizaban kermeses al estilo California, muchos globos, serpentinas, y hasta metían a mujeres de esas que parecen leonas, besadas por muchas bocas y sin embargo sonrientes, desvestidas y delante de los hombres peinados a la tarzana, risa y risa porque sí. Mujeres pintarrajeadas, de esas que no andan con nadie, mientras ellos tupeteando las botellas… ¡Pura vida y que el mundo ruede mucho!

Estaba a punto de entrar a su casa Juventino cuando notó que a su espalda tres mujeres se reían de sus modales, como ser: su caminar agachón y sus anteojos ahumados: *¡Ay!, don Juventino, usted cada día está más estrafalario, y eso lo hace interesante. Ya sabe que si se enferma cualquiera de nosotras lo inyectamos*, dijo una. El carpintero, cincuentón e intolerante, bruscamente alzó su mano y: *¡Váyanse, viejas charangas! Si algún día no están de genio yo las invito a comer…* Cada una por su lado se alejó despavorida. Qué flojera consentir a mujeres resbalosas, siempre tan inoportunas, tomando en cuenta el siniestro que había ocurrido en la noche.

Y al abrir: la casa en orden. Paso a paso Juventino que se interna por la sala para salir al traspatio donde estaban —de milagro— una chiva y un marrano, desde ahora su único patrimonio, y salvo unos dineritos esparcidos en el suelo. Y pensando para sí que era mucho más fácil que los ladrones entraran a su casa que al taller pues en el traspatio había una especie de corral y una barda no muy alta, casi hecha para que alguien la saltara robándose fácilmente, por decir, a la chiva y al marrano. Bueno, al marrano no tanto, porque: con sus gritos atorados les daría una gran batalla, en cambio a la chiva no, a ella la aplacarían pronto, ya que en vez de gritar recio lloraría como bebita. Además, esa casa casi siempre estaba sola.

Con frecuencia el carpintero se metía en diversos soliloquios, quizá por ser nada más soltero filosófico y por ende un gran maniaco. Había un rincón preferido adonde iba a sentarse largas horas para enarcar sus cejotas y ponerse interesante y fumador. Allí, supuso que fue un milagro, acaso una paradoja: su casa, intacta, cada objeto en su lugar y el dinero: dejadez, ¿contarlo?, ¿luego de lo acontecido? Para bien de relajarse Juventino se dirigió a la cocina a calentar un café.

Tiempo de sobra a sus anchas. Tiempo de composición. E imaginando el asalto hecho con suma minucia y en unos cuantos segundos, la manera en que… Pero lo que se imponía era el costo del equipo. ¿Reponerlo? Al menos que rematara algunos muebles queridos

podría alcanzarle la suma. ¡Qué asunto tan complicado!

Entre desidia y mohína Juventino se animó a juntar el reguero de monedas, total cien pesos y cacho, suficientes para irse a la Frontera con la vaga pretensión de cruzar al otro lado refrescándose, eso sí, en las aguas del río Bravo.

No, porque no era necesario. Allá en Acuña tenía un compadre que sí mascaba el inglés aunque anduviera borracho, quien, incluso tenía en regla sus papeles y era amigo de unos gringos medio gánsteres. Juventino le dio vueltas a esa idea y de tantas volteretas se animó prendidamente. Chanza y hasta su compadre le ayudara en la pasada por el puente y sin mostrar pasaporte. Estaba tan bizbirondo que no pensó a quién dejarle encargado el local de su taller y su casa mientras anduviera allá, o si mejor los rentaba.

Más bien se puso a pensar en llevarse sobre el lomo a la chiva y al marrano para de paso venderlos llegando así a su destino con unos centavos más. Por lo pronto, abrió un jugo de durazno, de esos que están enlatados.

El robo a estas alturas lo empujaba en forma brusca hacia un empiezo feliz rumbo a lo desconocido. Nueva vida a partir del medio siglo. Tal vez en el otro lado se casara con una güera piernuda.

No obstante, y amargamente, la imagen de Cayetano cruzó veloz por su cabeza rizada. En efecto, se trataba de un desquite. Y es que: a pesar de que lo ocupó quince años nunca le pudo quitar lo renegado y burlón. Llegaba tarde al trabajo y se iba cuando quería. Empero, al compadecerse de él exageraba la nota. Pocas veces le exigía que acabara los trabajos de acuerdo a una tal urgencia.

A la mañana siguiente se oyeron unos toquidos fregadores en la puerta. Que despierta el carpintero asustado y turulato, que se viste y que va abrir todavía medio en tinieblas... ¡Sorpresa! Eran tres clientes:

—Supimos que le robaron el taller anoche en la madrugada; Yo al menos le había encargado que me forrara unas sillas.

—Yo que me hiciera un baúl.

—Y yo un exprés.

Juventino rascándose la cabeza no supo qué responderles, se situaba en la desidia; quería cerrarles la puerta pero quiso adelantarse a lo que hubo resuelto... Se quejó angustiado:

—¡Es que me robaron todo! De modo que este negocio pues ya está echado a perder, así es que... ¡Entiéndanme!... Claro que: yo respeto el compromiso. Les informo que no me queda otra que irme a Estados Unidos a ganar mucho dinero para pagarles después lo que dejaron a cuenta. Sólo les quiero pedir que durante mi corta ausencia cuiden a diario mi casa y el local de mi taller... Ahora, espérenme un momentito, voy a traerles de rayo una copia de las llaves de ambas

partes.

Sin más el carpintero se metió a toda prisa y los clientes se quedaron confundidos. Lógico era que pensaran que la decisión tomada fue una precipitación, ya que: más fácil le resultaba acudir a la alcaldía para denunciar el robo y quitarse de problemas. No lo hizo, y la razón —entre ellos se miraban sin soltar una palabra—: ¿por flojera?, siendo que: ¿tanto trámite oficial? Luego la investigación podía tardarse cuando menos un par de años… ¡Sepa!, y mientras tanto… Al regresar Juventino, uno de ellos mencionó:

—¿Y cuánto tardará usted?

—Yo regresaré en un mes. Ya verán.

—Creo que es bueno lo que usted ha decidido…

A éste mismo Juventino hizo entrega de las llaves y:

—A la mejor vengo antes bien repleto de billetes.

Otro dijo:

—Entonces, si usted se pasa del tiempo, nos apropiamos de todo…

—Correcto.

Y el tercero, que era harto desconfiado, le advirtió:

—Si es así como usted dice, pues hay que formalizarlo dándole un curso legal.

—No hace falta —aseveró el carpintero—. Vendré antes, no después.

—Pero, ¿si se le atraviesa algo y usted se tarda un mes más? Recuerde que estamos a dos de abril y el plazo acaba en…

—No, deveras, voy y vengo, ¿qué no entienden? Lo que sí que del gobierno ni me hablen. Nada de curso legal.

Trato, pues. Los clientes echaron a andar de vuelta, sin despedirse, callados. Juventino se introdujo retrocediendo y mirando con ánimo de trastrueque las figuras de los hombres en quienes depositaba sus bienes cuyo escamoche y futuro dependía su aventura. La puerta significaba un final, o un retorno improbable, y de ahí la proyección de un rectángulo solar por el que se iba alejando y con miles de ademanes aquel trío de sombrerudos. Durante ese día el solterón se la pasó piense y piense en la vida fronteriza: las canciones a go go y también en la abundancia de hamburguesas y jat dogs. ¿Chulo ambiente? Con esos tiendones bárbaros. Pero, lo malo era atravesar con las espaldas mojadas y es que sabía lo de siempre: a muchos amigos suyos los vejaron gachamente por no traer documentos. De otro modo quien pasaba se hacía rico de la noche a la mañana y casi sin trabajar. Ojalá que su compadre no le negara la ayuda. Aunque.

Muy temprano al otro día se desperezó afanoso y se puso a juntar ropa y en una bolsa echó pan, latas de jugo, portólas. Fue en esos mismos momentos cuando se puso a pensar en la chiva y el marrano,

echarlos en un costal aunque adentro se pelearan. No, la solución era fácil, tan sólo con amarrarle el hocicóte al segundo, ¡ya!, o dejarlos al garete. Comprendió con desazón que era incómoda la carga y luego con los velices, sin embargo, aquello le convenía.

Ahora, afrontando el infortunio no iba a ponerse a llorar, al contrario, darse fuerzas e ir con una idea fija. Entonces, que prepara su equipaje en desorden, como fuera. Lo que le llevó más tiempo fue meter a sus zopencos en un costal harinero, mas, ya portando sus ajuares, dio un vistazo en derredor a sabiendas que cada mueble querido representaba un fragmento de su esfuerzo cotidiano y un arbitrio apaciguado y remoto de sus recuerdos puebleros, sí: un pormenor incompleto de su vida solitaria. De resultas: era el último capítulo de un hacer que no produjo más que pedazos de dicha y al imaginarse afable yendo de aquí para allá se sintió cual garabato de humo. *Vámonos* —se dijo—, *que la carga está pesada*. ¡Claro!, resultaba un verdadero problema las sacudidas que daban sus animales dichosos: los "mee" contra los pujidos.

Juventino salió tambaleante. No pudo o mejor no quiso cerrar la puerta con llave. En una mano llevaba los dos velices pesados y en la otra —doblada sobre su hombro— la bolsa de la comida y el costal en movimiento. Avanzó con gran penuria y poco más de dos cuadras ignorando las miradas de la gente: criticona, y ahora, con caras despedidoras. Observábanlo entre muchos —niños, hombres y viejillos — las tres mujeres de ayer, las que le hablaron coquetas. Adiós. Aunque. Si bien, por el hecho de tener que aventarse largo tramo para llegar todo bombo a la estación camionera, decidió por un momento tomarse un leve respiro, durante el cual sin más se le prendió el foco. O sea: ya importándole sorbete que deja caer el costal, al cabo, suficientes los cien pesos para el viaje.

Tras el golpe contra el suelo que se salen destapados la chivita y el marrano que traía aún el hocico hecho un nudo con un trapo. La corretiza festiva de niños, hombres, mujeres, para pronto apoderarse de aquellos animalitos…

Juventino, resoluto, no quiso ver hacia atrás. Allá que se hicieran bolas. Simplemente se pasó el veliz a la otra mano con la cual también cargó la bolsa de la comida. Su lonche tan importante. Fue así que caminó presto como queriéndose mucho pensando en su porvenir, entonces pudo sentir que al ser la primera vez que cruzaba al otro lado el destino le ofrezca un halago artificioso: casarse porque tal vez… Y el dinero a reventar con todas sus recompensas. En la estación de autobuses el soltero hizo una mueca sarcástica.

En fin, pura alegría ensimismada…

Y lo primero que hizo fue comprar su boleto para Acuña y al sentarse en el tabuco de espera se le vino a la cabeza —aunque de

modo fugaz— la imagen de su ayudante y su venganza perfecta; se dijo para sí mismo; *Desgraciado Cayetano, ¿quién lo viera?*

Por ende se afiguró que de ahora en adelante su taller de tantos años se convertiría en salón para hacer fiestas rebeldes con mujeres saltarinas y sendos empinaderos: esto: si él no regresaba pronto de los Estados Unidos o si también lo vejaban por no tener pelo rubio u ojos azules o verdes ya de perdida. Al cabo, con humareda de mofles triunfal llegó el autobús, al instante Juventino que se trepa entregándole el boleto al conductor como si éste fuera un dios que lo llevaría a la muerte o hacia la felicidad. Adentro ya era otro mundo, y como hasta atrás había seis asientos disponibles, Juventino tuvo chanza de escoger. Escogió una ventanilla. De rato, al encenderse el motor sus inquietudes crecieron y luego ya relajado al salir de Sacramento pues tuvo la sensación de que dejaba a su espalda un desdibujo insinuado que flotara en el vacío… Con eso, que reclina suavemente su cabeza en el respaldo. Entonces: mirando aprisa los campos: que abre una lata de jugo.

EL BASILISCO

Preciosa, o más bien agresiva, la serpiente café se desliza a la sorda por entre los escobos —en el solar, al fondo, allá donde nadie entra—; aciaga, temeraria, querrá encontrar quizá el escondrijo idóneo o mostrarse, larguísima cual es, ante una equis mirada.

¡El niño estupefacto es quien la ve!

Parece la raíz de un árbol centenario que por arte de magia cobra vida. Oronda avanza, falsa, hacia el espacio ideal donde sus serpenteos y su color pudieran diluirse entre las gándaras. Y el niño echa a correr con su alarido al viento, pretende dar aviso pero sus padres ¿dónde? Aumenta su clamor. Bien que los busque ansioso por los cuartos —y nada—. Bien que abra una ventana hacia la calle para ver si ya vienen. Ni los divisa: ¿cuáles?, a esa hora de relumbres no hay nadie que ande afuera y no hay grito que valga por sí mismo. Entonces que se calme, que desvíe su impresión. No querrá imaginar, mero enfrente de él, la faz endemoniada, abiertas las mandíbulas, los colmillos acerbos casi a punto. No querrá imaginarse la letal mordedura, el chorro incontenible que desdibuja todo. Preferible es que duerma, que se lo lleve el sueño.

Y la serpiente sigue… ¡Quién la viera otra vez!

Cuando llegan los padres ven a su hijo metido en las cobijas como a eso de las cuatro de la tarde, es decir: ven un bulto y lo mueven primero, lo destapan. Está despierto aún como queriendo hablar entre sollozos. Desde donde yo estoy no tengo más que oír las voces que resultan de aquella situación. Desglosamiento hay, reprimendas también, y todo queda en chasco por lo pronto, en ascuas para mí.

En varias ocasiones se han visto en esta casa escenas como ésta: el chamaco que afirma lo que cree inverosímil y el padre que refuta con alharaca y saña tales deslumbramientos; son visiones erradas, son problemas fantásticos: sea que la lluvia siempre platica con la tierra o que cayó del cielo una estrella plateada en medio del solar, una estrella pequeña como una moneda que tiembla aún y brilla, o que el viento nocturno canta a veces… Caprichos, circunstancias, quizá aproximaciones de lo que puede ser: pero ahora es distinto.

—¿Cómo que una serpiente de dos metros?

Con un “¡Es que eso no es posible!” se explaya el padre incrédulo, lo secunda la madre con sólo movimientos de cabeza. No importan las razones del chamaco cuya impaciencia aturde nada más. Si en sus ojos de chispa hay prontitud, es suficiente con que el padre le ordene que se vaya a su cuarto… Y lo hace nervioso, frenético se va.

Mas la madre deduce algún extraño efecto, tiene, porque es mujer, una corazonada, y dado que ella es blanco de las supersticiones, a hurtadillas, de rato, pretextando ir al baño, lo que decide hacer es llevarle a su hijo una ración de azúcar para el susto. Eso por si las dudas…

Después:

—¿Y deveras es cierto lo que viste?

El niño sólo llora, no puede responder, e inclusive ahora teme caer en una trampa. Desde donde yo estoy creo percibir un endurecimiento. La atmósfera se ahoga en sombras movedizas provocando que todos los colores se reduzcan a uno: un tinte sepia intenso hay en el cuarto, hay un ruido que ronda: ¿qué será?: una presencia omisa. De súbito la madre renuncia a las preguntas. Sale, pues, confundida. Siente que la recámara donde está su señor ha quedado muy lejos. Camina, corre luego… Llega por fin, quiere recuperarse.

Hay especulación. De los muchos hervores que han surgido en la casa, a raíz de que el niño imagina apariencias, ninguno alarma tanto como para que el padre se obligue a comprobarlos; él tiende a la desidia más que a la negación, y espera, sólo espera, hasta que los efectos se produzcan… Y se infiere también que hasta el momento no hay nada discordante. Quede pues a criterio de alguno de los dos… De hecho con un zumbo que de verdad inquiete, parte por parte el padre de contado recorrerá el solar con lámpara y pistola si es de noche; él tendrá que enfrentarse a esos fantasmas —sean buenos o sean malos —, tendrá que dispararles, a ver cómo le va. Lo cierto es que hoy el niño no vio cosas bonitas, sino a una serpiente sobre cuya belleza muy poca gente ha escrito; es la línea que huye: larga, casi invisible; es la idea que se pierde e intriga por lo mismo. ¿Será real lo que el niño ha detectado?

Todo parece llano desde donde yo estoy.

En la plática —allá— la madre hace alusión a que en el pueblo existe la creencia de que cuando una víbora se introduce a una casa es señal inequívocá de una monstruosidad, es lo que a *grosso modo* se conoce como “médium”, “mandinga” o “mal de ojo”, pero que nadie sabe en qué consisten. El padrq, mientras tanto, prende un cerillo y saca su cigarro: al revés la maniobra; arroja luego el humo y cree que con pasearse por el cuarto resolverá el problema.

Más bien las causas son muy diferentes. Más bien el padre quisiera

concluir que el niño es fantasioso porque no tiene hermanos. ¿Habrá que darle uno para desencantarlo? Es que con los amigos de la escuela se apachurra, no juega, pierde espontaneidad, no quiere aventurarse… De algún modo su soledad es siempre una conquista, es la magia perpetua que a fuerza de agrandarse luego se ha convertido en una realidad.

Y la serpiente sigue en busca de refugio… El niño está dormido, parece inalterable. Probablemente viaje hacia una forma única.

El reloj… Allá lejos.

Agobiante conteo.

Así: una incomodidad sienten los padres mientras disciernen sobre sus errores. En cuanto los exhiben con tibio disimulo se permutan sus culpas acremente y el tono de sus voces ya empieza a transformarse en un eco macabro; sienten, lo tienen que sentir cada vez más, que en torno a ellos hay una fuerza horrenda que los quiere expulsar de su recámara; un sudor enigmático aparece en sus rostros, sus cuerpos tiemblan, sus lenguas se engarrotan. ¡Angustia!, ¡ensalmo!, *¿o* qué? No hay razón para tanto, sólo hay una tenebra que persiste, hay como un crecimiento que traspasa paredes. Entonces los esposos se toman de la mano, salen —tienen que hacerlo a como dé lugar—, van por la galería que comunica al resto de la casa; eterno les resulta el recorrido, y aunque no es lejos adonde quieren ir: llegan cansados a1 comedor: al fin: lo perciben más grande, muy a golpe de vista se asemeja a un depósito de sombras inestables que pintan y despintan lo que hay, lo que hubo, sí: menaje incidental. Lo que miran de pronto es que al reloj de péndulo —que está empotrado en la pared del fondo— se le ha caído una manecilla.

Hay que acercarse para ver si es cierto. Lo hacen —paso a paso—, tomados de la mano. Su temor es concreto y, en efecto, sigue el tic-tac dramático, inservible, como si fuera aviso de una secuela irreal, ergo, es la inexactitud —enfurecida— la que ronda y deshace los contornos; es la apariencia —acaso humanizada— la que abre las ventanas permitiendo que el viento entre de lleno. Y con el mismo ardor y el mismo miedo que había sentido el niño hace unas horas los esposos quisieran ir rápido a buscarlo pero la luz se va, *¿a* dónde? A oscuras la pareja no hace más que abrazarse. Ahora es cuando presiente que el maldito animal anda en el comedor, debajo de la mesa, zigzagueante y discreto, viene en directo… ¡No!

Ninguno de los dos podrá advertirlo; tendrán que resignarse. En la inmovilidad, en lo oscuro que crece o que reduce los espacios inciertos, habrán de mantenerse el tiempo necesario, mudos, esperando ateridos a que la luz regrese. ¡Nunca!, porque pasa buen rato y sólo oyen al viento culebreando en progresión: afuera; adentro, de improviso, se oye el tic-tac difuso que hace sosos contrastes con las

palpitaciones de los dos. Pareciera también que de un momento a otro todo podría cesar a fin de redondearse, y la ruda serpiente, larguísima cual es, saliera de la casa tras haber terminado su labor. Sin embargo, como sesgo huidizo, aparece a lo lejos el resplandor lunar.

Tras la ventana es vaga la pintura, inútil claridad que incita y desorienta. Con la luz que penetra no hace falta prender ningún cerillo, aunque sería mejor, ya que el esposo, con la flama incipiente, podría ahuyentar las vibras pertinaces que en redor se acumulan. Entonces, por lo mismo, busca desesperado entre sus ropas puestas y no halla la cajita, bah, la dejó en la recámara, ¡ni modo!, sólo halla los cigarros que no sirven de nada. Así: empujados por algo indefinido los esposos comienzan a avanzar, lo hacen abrazados hacia una dirección que no es correcta: el cuarto de su hijo, tan lejano quizá; oscuro derrotero donde las consecuencias pudieran ser acaso más precisas. Pero el niño no llora, no los llama, no grita de dolor, duerme sí, pero ¿cómo?

Hay un muro infranqueable, imaginario. Hay un impedimento. A más de que la lucha por traspasar aquello a poco se convierte en impotencia: los esposos renuncian. No obstante se dejan atraer por el sorteo de luces de allá afuera. A pesar de ser muchas las ventanas hay una en especial que los convida, y van: como pandorgas lelas.

El trayecto es ligero. Llegan. Es el cuarto de baño que huele a siemprevivas y lo curioso es que ellos no acostumbran a poner flores dentro de la casa, sin embargo el aroma los ablanda. Es por eso que intuyen que ese estrecho reducto es el único sitio donde podrán estar toda la noche a salvo de: ¿quién sabe?, porque observan con ojos infantiles que hay una luz magnética dibujada en las copas de los árboles, lo demás se emborrona, excepto el cielo cuyas estrellas parecen desprenderse.

El padre no lo cree, no lo puede aceptar; lo contrario sería reconocer que cometió un error cuando regañó a su hijo por andar inventando lo que nunca sería intercambio pacífico entre ellos, explicaciones sobran, y se tapa los ojos… Pero la madre atónita se queda, se da a la fantasía como darse también a un simulacro que tal vez no termine. Caen luces granuladas, ¡se deshizo la luna!, y hay un reguero que palpita abajo. Sugestiva llovizna que es posible negar si la mujer imita a su marido, pero ella está muy ida… ¡Huye la oscuridad por un boquete!… Quedará hipnotizada si se deja abstraer por esos desenlaces. El esposo, a sabiendas, la jala con violencia de la muñeca izquierda: *Agáchate mejor y tápate los ojos como yo, o simplemente ciérralos…* No del todo, por cierto, ella se despabila: es que lo que sucede a la intemperie es para celebrarlo. De rato se les ve tirados bocabajo como si fuesen títeres de trapo. Así deben quedarse hasta el amanecer, sin moverse, indefensos, deveras resignados a que ocurra lo

peor, sin dormir, no podrán.

¿La muerte y su aparato merodean?

Película sólo hecha para mí, no obstante, desde donde yo estoy algo se desconecta…

El gallinero asciende, debe ascender, perderse en remolinos, pero ellos no lo ven. El viento canta ahora una canción de cuna, pero ellos no la escuchan. Sólo pueden oír continuos rompimientos de cristales provenientes quizá del comedor, también: crujidos de madera prolongados y pedazos de techo que se vienen abajo. El padre, en su papel, se tapa los oídos, ya es presa del terror aunque no quiera.

Es probable que cuando raye el alba el marido se apreste a ir al solar para saber con pelos y señales qué es lo que aconteció durante la noche y quiera por lo mismo desmentir

a su hijo, y por ende a su esposa. Es probable que lleve una pistola, pues —y hay que decirlo ya— lo que le ha molestado a ciencia cierta es el no haber dormido en su cama de siempre. De todos modos, fuera del sueño o no, siguen pasando cosas… Es en la madrugada cuando el gallo, rústico anunciador trepado en un parrón, lanza un quiquiriquí demasiado estridente, seguido de tres más que hacen eco y aturden. Los padres se incorporan ansiosos de enterarse si el batidero existe o fue pura impresión. El día trae otras cosas: han desaparecido los ruidos de la noche. Es que contrariamente a lo ocurrido ven, al igual que antes, los objetos en orden: el comedor, la sala, el reloj empotrado con sus dos manecillas indica la hora ¿exacta?

Los esposos se miran. En sus rostros hay dejos de aflicción. Así, por inercia se dirigen al cuarto de su hijo, no vaya a ser que como no ha llorado la serpiente se haya ido contra él y que esté muerto desde hace algunas horas. De hecho, pueden encarrerarse si desean, ya no hay impedimentos. Abren la puerta y lo que ven es lógico: el niño está despierto, jugando a los carritos en el suelo, hablando solo como siempre lo hace. El padre, al grano, le lanza una pregunta:

—Repíteme otra vez: ¿por dónde andaba la víbora que viste?

—En el solar, al fondo. ¡Medía como dos metros!

—Vamos, aprisa, luego sigues jugando.

Salen los tres.

Cierto que al padre, por el mismo apuro, se le olvida su arma predilecta, la que ha usado en los casos más comprometedores. Pero la madre, que es harto precavida, de paso abre el armario de los triques de donde extrae, en cosa de segundos, una filera gruesa. Para fortuna de ellos encuentran a la víbora —larguísima, increíble, más de lo que pensaban— muerta a unos cuantos pasos de la noria.

—Hay que sacarla pronto de la casa —dice el padre aterido.

Mas tiene que tomar la iniciativa, ¿quién sino él? Debe tener

arrestos para cogerla e ir —encarrerado lo hace, dándole vuelta y vuelta como si fuera reata— hacia la barda que quede más cercana. Madre e hijo contemplan la maniobra, tiesos pero felices. Allá va disparada: la víbora en el aire es línea que se tuerce: desaparecerá.

Se cumplen profecías.

Desde donde yo estoy veo que entre los escobos han nacido unas flores amarillas.

El padre a pasos lentos regresa consternado. Al acercarse a su hijo no puede pronunciar una sola palabra; a cambio lo mira con desgano, pero nunca con arrepentimiento; de ahí que, con cariño, no pueda menos que extender su brazo para sobarle un poco la cabeza… Lógico es que si al niño algún día se le ocurre decir que ha visto en los recodos del solar una plaga de víboras, sin duda el padre le tendrá que creer; la madre, ni se diga.

Y yo, ¿yo qué podré decir?

DESENCUENTROS

Una primera vez, cuando apurado fui con los medicamentos, me llevé una sorpresa muy ingrata; ahora, lo mismo; seguro que era un juego, adrede, que yo desentendía: desde un rincón Tatiana me llamaba: igual que la otra vez pero más quedo; la mujer sediciosa, burlas, el puro mentirero, o quizás que creía estar a expensas de un demonio andrajoso al cual negar con una maldición, o qué sé yo; un mundo fantasmal cubría sus pensamientos, de suponer objetos movedizos, ilusa, pues según: que una mujer anciana a punto de morir tiene derecho a todo. Y en la segunda vez y en adelante: ¿ella, con atildado gesto, súpita, esquiva, cambiaba de postura? Bien sabía destantear, en verdad que, un doloroso aviso, o por tener siquiera mínima distracción: *Sí te voy a pedir que cuando yo me muera no te olvides de dejarme los ojos bien abiertos y poner mis dos manos en el pecho. También te pido que no me entierres al lado del sepulcro de tu esposa difunta*. Yo lancé el juramento; mucha superstición: la mía: por los temores santos; la suya: porque quería irse al cielo y mirar más. Sus palabras tenían mucho de ley; si yo acatara sus recomendaciones, después: tener en cuenta la muestra de respeto: mi esposa muerta —al menos en la tierra— no tendría compañía. Tatiana era prudente, por tal razón agradecí el detalle, no sin antes decirle que yo sí iba a cumplir con la promesa de atenderla durante su enfermedad. Pero lo cierto es que poco sabía de los remedios mejores y operosos que curan a la gente. Lo que era, a mi entender, valerme de las hierbas benignas que conozco, para que luego ella, ufana y satisfecha, se fuera de este mundo sin grandes sufrimientos. Pero mi duda… era porque el tiempo que fui —esa vez de que cuento— ella lanzó tremenda carcajada. De nuevo sus palabras vinieron a mi mente por un azar confuso… Pedir y que se cumpla la última voluntad… Aquello era de ver, hacerlo: sin pretextar locuras de la anciana: ¿Los ojos bien abiertos?, asunto aparte; y bien, sus ruegos tan constantes: que sobarle la espalda, rápido ir a traerle las hierbas, las toronjas pelonas, el agua de cebada; casi siempre reclamaba atención a medias de la noche sin advertir siquiera que yo en esos momentos permanecía dormido, a no ser, entretanto, el mundo de las formas en el que yo besaba a una mujer jovial: tener tranquilidad, pues ahora, ni caso: Tatiana y sus llamados:

porque de todos modos no me daba la gana de ir a socorrerla: astuta, perendengue, pues; mis sueños silenciosos, para que encima, luego: *¡Pronto!, ¡quiero mi medicina!* Durante el día no era así. ¿Usted podría decirme en qué consiste que los dolores aumenten por las noches?, lo más seguido, quejarse entrecortado, molestar por antojo y a sabiendas fingiendo, por la mañana, nomás para atraer, nada por fin —yo— que fuera y al momento, sin más, lo que esperaba; y no: un susto solamente; *Temo que me abandones, por eso es que te llamo cuando no oigo los ruidos que tú haces y que yo ya conozco, cuando caminas por los otros cuartos*. Temor equivocado desde luego. A veces sí era cierto que le dolía la espalda, entonces, lo de siempre: curarla y consolarla. ¡Claro!, llegó el momento en que ya estaba harto, tenía deseos de huir, correr sin detenerme hacia otra parte, porque también Tatiana se burlaba: *Te pareces a un hombre que conocí hace mucho: bigotón y encogido, caminando de prisa*. De resultas: andar con precaución; pero, recuerdo, aquella vez, después que dijo eso gritó desesperada, como si por atrás la muerte tentaleara sus carnes, e imaginar la plantación de una mirada enorme que lo abarcara todo, manos tarantulosas y un asco tremebundo. Los hilos de esa idea podían seguir más largos con sólo presentir vacilaciones bruscas, saborescencias, gozos, inexplicables formas, pues ella no sabía, gritaba nada más. ¡Pura ilusión! ¿Por qué extendía los brazos?, como ciega, tocando: a mí, el aire: absurdos pasatiempos. Yo sin saber qué hacer, ¿qué?, entonces la ocurrencia de abrazarla con apriete más fuerte; contimás: el grito ahogado, la sensación de muerte, furibunda; lo mejor, pues, soltarla; entonces se tapaba los ojos con horror para después abrirlos y reírse, reírse de ella misma porque tenía motivos. Y aquí es donde pregunto: ¿a usted no le parece que yo debía ofenderme? Ah, no lo tomaba en cuenta, ¿para qué?… pues supongo, por bien, que el dolor es el mago de las contentaciones más felices. Sí, así sucedía a veces. Que Tatiana, acaso: no pensar, olvidar. Si por mientras, acaso simplemente por despejar su espanto, yo le contaba historias de cosas muy distintas, lo que era un desafío, porque ella se enojaba; si con eso: decir: sus extremos de ánimo, a más, la incertidumbre de llevárselo todo en el recuerdo, y pedir por capricho, por ello, usted puede opinar si no hay razón: en el sitio más sucio de la casa: allí la coloqué: una vez que empezaron sus dolores de reumas. *¡Cáncer!*, decía; pero aquel apretujo de desgracias no se manifestaba tan seguido. Lo mío: hervir manojos de hojas de granada para después untarlos mojados en su pecho arrugado, o rociarle lavanda en la cabeza. Entonces, sin saber ciertamente los motivos, me acoplé a ese trabajo ¿obligado?, ¿qué más podía intentar? Entonces, pues, horas, preocupaciones, aun sin el descanso de dejar los quehaceres, esperando el momento noche y día; de lo que iba a seguir yo me hacía mis preguntas, pero la acción y

prisa, digamos… resultaban estorbo, y no, también ratos de duda y de mañosa y placentera calma. *¡Dame un beso en la boca!* Por ejemplo: *Te quiero más que nunca*. Una noche, la disparada extraña proyección de luz. Sumidos desfiguros: los recortes amorfos entre pliegues de sombras un muy hosco alumbrar: yo temía apariciones, porque, soñar: cuando lo hacía sentía que todos los objetos y todas esas cosas que uno sueña no eran misteriosos, pero otras veces sí, según la sensación y la distancia: *De veras. Nomás estás ideando. ¡Anda!, ve a traer agua*. Tatiana, ella muy insistente y desorientadora, que prefería, según y para bien: la plática sufrida. Ni qué encargo ni nada: platicar —ah, sí— es de temer a una mujer serena. Luego, Tatiana se acordaba de las personas muertas que alguna vez miró, una semisonrisa, quedar como en encanto, en ¡sí!… a propósito, en, entre oscuras suertes de floraciones dentro, y precipicios, caer, afuera: los cielos de la nada. ¡Ya qué! El arbitrio capcioso de morirse… más bien tener un gusto; la vida, uno, las inexactitudes; dormir profundamente e inventar otras caras con manos que no existen, lo capitoso y frío; hacer, tocar, con manos que se engañan: ¿morir sería volver? Tatiana era exigente y por ahora tenía los pies bien puestos en la tierra, siempre volvía a lo real, como si los despejes de la imaginación en lugar de animarla le aumentaran el miedo. Para ella la muerte era un gran monstruo, pero al final lo mismo: adivinanza. ¿Qué pláticas entonces? Yo guardaba silencio. *Ya te dije que me traigas el agua. ¿Qué no oyes?* Esta Tatiana —acaso por supuestas rarezas— tan incrédula era, decía: *La muerte ¿a poco es un instante?* Mas yo, atareado en el trance de atenderla, pensaba en aliviarla, pensaba en otras cosas de repente, y después, cuando ella muriera ¿qué me pasaría a mí? Cuando le traje el agua me dijo con un dejo de angustia: *¿Sabes? Durante mi juventud temía a la soledad. ¡Qué esperanzas que se hiciera de noche y yo sin compañía! Ahora me resigno, pero quiero jugar a estar contigo, siempre. ¡Dame un beso en la boca!* Yo la desentendía. Uno es merecedor. ¡Vieja intrusa! Si yo obligado a soportarla terca. Y ni a quién acudir, dado que yo vivía a las afueras del pueblo de González, algunas leguas, ni vecinos, ni gente que pasara seguido, a veces iba allá por asuntos de compras y de ventas, nada más, y no sabía de buenas medicinas; claro, tenía recetas que ahora no servían. ¿Inventar? ¿Y qué caso? *Oye, atiéndeme, ¡mira!, se mueven los retratos que tú colgaste en la pared de enfrente. ¡Quítalos!, por favor… Escucha, Juan Isidro, ¡quiero morir sin sustos!* Lo hice, maniobré, yo obediente, qué tanto. Hacía ya largo tiempo que prefería ocuparme en las cosas más simples que ponerme a pensar en los reveses tontos de su comportamiento. Entretenido siempre en acciones menudas, caray, me aseguraba al menos cierta paz. Ni desear ni quejarme. Y Tatiana, otra vez, lo que era que imaginaba monstruos de gestos enojosos. Lo cierto: los retratos de viejos familiares, pues nunca

se movían, pero ella necia, sí, caprichuda nomás; cuando no, entonces con ternura y con gracia me pedía la abrazara lo más caliente y fuerte largo rato. Y sí la complacía. Sus ocurrencias nunca eran ofensas, a veces, bueno… de todos modos: yo no tenía motivos para negarme hosco. Y pensar: aquella vez que vino una mañana, me dijo que ella estaba dispuesta a ser mi bienhechora. Juzgue usted la intención dadas las circunstancias, con eso está de más hablar de la vejez y el poco de futuro. Porque, digamos: yo era finalmente el que iba a morir antes también. ¿Quién lo sabía? Desde luego, Tatiana, tan enferma: la vieja conocida, de quien me enamoré con gusto cuando joven —pues se notaba nomás con ver su cara que ya estaba en las últimas, además tan miedosa como yo de morirse. Sus razones llenaron mis creencias. Ah, la recordaba dócil y pimpante, alto copete, la cara colorada detenida en un gesto. Pero: qué extraño cambio, insegura más bien cuando quería, desenfadada y loca implorando mis besos, besarnos en las bocas: ancianos y perplejos. Total, en lugar de quejarse, no, al contrario, se mostraba optimista. ¿Adonde huir? Tal fue mi confusión; si con la excusa de pronunciar sus últimas palabras, según ir, irse maravillada dada la única promesa de elevaciones ciegas. Mucha severidad, más, lo visto, caliente todavía el espesor obsceno de su lloro el cual iba en resbale hasta llegar a su rayita boca de chiflido: ya no, ya sí, yo invocando a los ángeles. Lo mismo: tan luego de enfadarse berrinchuda de rato se doblaba a carcajadas. *¡Andale! ¡Acércate y abrázame!* Dudé, yo presentí dulzuras, el beso amargo y crudo sin querer, y era que tanto vencimiento, así, entre los calores, no fuera a suceder lo que esperaba; en vez de hacer eso bajé la vista al piso y coloqué mis dedos en mis sienes aparentando como si llorara; no pude. Ni por recuerdo ni por cerramiento. Otros tiempos, también; ahora nomás con observar a la mujer anciana a punto de morir: ¿qué se me iba a ocurrir besarla y todo? Pero lo hice luego, me acerqué hasta su cara llevado por ideas no peleoneras y en un embrujamiento de mareos mis labios se juntaron con los suyos: ásperos quedamente —lo risible guardado, la timidez apenas y las manos abiertas apretando discreto lo aguado de sus carnes: asco grande pero relajamiento en un aparte iluso de oscuridades vivas, un algo henchido intenso, un vibrar escondido que se deja llevar, y allá más hondo un gozo desgraciado. *¿Te acuerdas de mis besos abajo de la higuera cuando teníamos poco de habernos conocido? Pero luego ¿qué hiciste? ¿Por qué temías amarme? Ya nunca te encontré. Nadie supo de ti; pregunté en muchas partes y nadie dio ni señas; pues ¿a dónde te fuiste si yo estaba dispuesta a estar contigo siempre o irme a donde fuera con tal de ir a tu lado?* Para qué responder. Sí, en verdad, tuve deseos violentos, un dejarme arrastrar por una vida llena de aspiraciones locas, anduve por distintos lugares buscando una verdad, un seguir adelante porque

sí, encontrar en la gente para encontrar en mí la explicación precisa de mis dudas. ¿Qué obtuve? No recuerdo. Y me casé, pero mi esposa se murió muy pronto. Decidí vivir solo todo lo que faltara de mi vida. Yo pruebo, nada más. Que alguien me juzgue mal o alguien bien: no entiendo ni pregunto. Usted puede decir si hay falsedad o daño sin sentido. Recuerdo que Tatiana se acercó para besarme más, pero yo me negué. Usted comprenda. Tatiana se burlaba. Amor ¿sería? Por un momento me vino a la cabeza la cara muerta de mi esposa Gertrudis: ella yacía en el fondo del traspatio; su última voluntad fue: *Entérrame a un lado de la casa, nuestra casa que ambos construimos dificultosamente*. Y yo cumplí lo dicho y prometido, tantos años atrás, venía, iba, venía: yo feliz contemplándola: graciosa sin igual, ¿cuál suerte?, la trampa de los besos, en sosiego pensando. *¿Te gusta cómo te hago? ¡Andele! ¡Agárrame las carnes!* Las cosas tras las cosas, lenguas desesperadas. ¿Para qué? Un fin a fuerzas, pronto: */Gertrudis*!: mi grito fue tan fuerte, casi sin darme cuenta, que la mujer anciana y chapucera me pellizcó la boca. Luego: todos los días Tatiana me pedía que al menos en presencia de ella no mencionara el nombre de mi esposa pues eso de algún modo la ponía más enferma, según, lo cual yo había pensado igual desde mucho antes para evitar problemas, para evitar… ¡Basta!, me dije; un día yo me enojé, tanto, que franco tuve un atrevimiento; es que, cuando uno ya ha vivido y padecido ¿puede decir lo que de veras siente con más seguridad y sin defensas? Lo dije convencido, muy nervioso también: *Es que yo quise mucho a mi mujer; ella sí me dolió*. Tatiana era de esas personas que fingen comprensión pero que más al fondo sienten rabia al escuchar ganosas claridades. Pese a pese, no le hace, si yo tan servicial. De nuevo ir por las hojas de granada para las curaciones, darle sus alimentos, tratarla como si fuera reina. Hubo veces que no hablamos durante dos o tres días. Luego pequeñas Bromas, nada, llorando sin parar así yo la dejaba: porque era mejor. Pero ella… ¿Cómo es que dio conmigo? No me atreví siquiera a preguntarle, preferí imaginar que alguien, algún desconocido la trajo a este lugar. *¡Juan Isidro!: el florero se mueve*… ¿Preocuparme? Arabescas músicas de viento revolvían el silencio de la casa. Tatiana muy sonriente se acomodaba el pelo, la cara de calaca… *Me dan miedo las copas de los árboles que veo por la ventana*… ¿Quién dijera? Lo último borroso —aquella vez la noche era otro mundo—: ni espera ni renuncia, lo más despacio y tenue. Sí, había una duda enorme, pero lo que es que sin decir palabras Tatiana se murió. Indecisos momentos. El viento alzó cortinas encima de los muebles y una masa de sombras repujaba extensiones hacia lo abierto y fresco de un albedrío de estrellas. Los apretados puntos, el suceder difuso, confusiones, preguntas: ¿dónde la iba a enterrar? ¿Llevarla al pueblo? ¿Cómo? Mas por lo pronto, yo le dejé los ojos bien abiertos; todavía

tenían brillo, tal vez porque miraban más cerca un enredo difícil de entender para nosotros. Usted, cualquiera, ninguno sabe más. Ah, imaginar una continuación. ¡Qué grandes disfrutares!… Ahora los proyectos: yo no debía enterrarla al lado de la casa. Acato a lo pactado, y por justa, concordante razón. Tabana digna, y yo: digno también, digna Gertrudis: todos. Si la llevaba al pueblo, es decir al panteón municipal, la gente, con el morbo de siempre, seguro pensaría que yo la había matado; si en los alrededores, buscando algún lugar sombreado, empezaba a escarbar, alguien que me mirara, por ahí, y sin yo darme cuenta, daría aviso inmediato a la gente del pueblo. Pero ni modo de dejarla aquí. Las inseguridades, pues, ¡claro!… ¡Yo no soy asesino! Entonces me acordé de aquel barranco que estaba a una legua de mi casa. El plan: salir a medias de la noche silencioso y con el bulto encima. Encontrar un camino en donde mis pisadas no rozaran la hierba; cualquier ruido, supongo, echaría a perder todo. No ser visto es asunto complicado. Caminar de puntitas con el cuerpo ya hediondo de la muerta. Si lloviera, mejor, porque así cualquier gente se resguarda segura y no anda divisando lo que sucede afuera; desde luego, era mucho pedir, de por sí llueve poco en esta zona. También yo presentía que de cualquier manera, aunque estudiara tantas precauciones, tarde o temprano se sabría la verdad. ¿Entiendo o recompongo? Digamos, por mera ordenación: ¿quién le indicó a Tatiana la casa en que vivía? ¿Por dónde, a qué lugares habrá ido preguntando por mí? No sin poner cuestión, no podía entretenerme por ahora en más suposiciones… La pestilencia, además la impresión de mirar aquel cuerpo devorado por bichos. Usted dígame qué procuramientos… Al azar arriesgarme, abandonar la casa para siempre, no, nunca: ¿a dónde iría a vivir?, ya viejo, sin ilusión, con poca resistencia. Total, hiciera lo que hiciera, yo sería descubierto, y no quería morir en una celda fría, en la ciudad, juzgado por personas que muy poco sabían de mis motivos… ¿Culpable?… Yo no soy ni me siento, pero no tengo forma de excusarme. En fin, me entró la desesperación; entonces tomé aquel cuerpo muerto entre mis brazos. Era un bonito día. Ya no esperé la noche ni la lluvia. ¿Para qué lo imposible, lo escondido tramposo? Salí, me dirigí al barranco. Durante el trayecto yo respiraba hondo para aguantar el peso y el olor, y sorpresa, no aparecía la gente; si acaso hubo testigos, fueron los zopilotes que rondaban muy alto. Así llegué hasta el borde de aquel abismo hondo y despeñado; el fondo era muy blanco y rebrillaba. Sin siquiera mirar alrededor, arrojé a la mujer hacia el vacío; luego oí los retumbos entre piedras pero no me atreví a asomarme para ver la bajada… ¿Si usted supiera? Sentí un horror por dentro, me entró una temblorina. La caída fue ruda. Después hubo un silencio pasmoso y desafiante que jamás en mi vida había escuchado. ¡Qué deseos y qué

prisa! Allí aguardar un rato para recuperarme. De momento recordaba palabras de Tatiana pero también palabras de Gertrudis. Sentí vértigo y entonces reaccioné, mas, poco a poco, levantando la vista pude mirar apenas y muy lejos mi casa. Emprender el camino de regreso, regresar sin más ánimo. Alguien, por ahí, de seguro, sin que me diera cuenta, me había visto, y preferí pensar que así sería. Pero pues ya ni modo. Yo sabía que de un momento a otro vendrían por mí para llevarme al pueblo. Solamente esperar pacientemente. Cuando llegué a mi casa de inmediato caí de cuerpo entero en el colchón… Después pasaron días y noches sin que nadie viniera, mas yo esperando siempre, lo que fuera… ¿Usted supone tretas? Paradojas. No, no hay; le digo por decir, inclusive, lo cierto: ¿qué mejor? Me confundo; o: aviento esa palabra de amor, de odio, ¿de perdón, de rencor? Ya no tengo verdades desde entonces, lo que hice deshice sin saberlo, a qué aspirar solercias, decisiones más firmes, a una fuerza de ideas para recuperar el final de mis días lo que nunca viví, qué secretos profundos puedo tener ahora si ni siquiera busco explicaciones. Por eso espero aquí, en esta casa, a que alguien venga luego, sea quien sea; a lo mejor resulta lo contrario, nadie viene y aquí me muero solo. Pero por mientras juego a que me entretengo con mis suposiciones… imaginar preguntas: ¿la muerte es no volver?, ¿la confusión es una, tantas habrá de más, tantas tareas sin hoscos arrebatos ni premuras: para saber después cómo son los caminos y destinos de otrora? No sé, ni lo interpreto. Pero que vengan otros y reordenen. Que del caso mediten, entretanto.

JUGUETE DE NADIE

El orificio aquel por donde se veían los suaves contoneos de la mujer de pelo anaranjado: Miroslava Gutiérrez: la sibarita de ojos de semilla y aretes de racimo. Asomarse discreto, pero antes, cuando ella no allí, escarbar con un clavo para abrir más el hoyo y luego verla echada con un hombre en sus brazos hasta el amanecer.

Era cosa normal pasarse todo el día pintándose la boca: la joven que una vez llegó muerta de frío pidiendo sombra y mano, que apenas pudo hablar; de sus labios carnosos salieron las palabras mientras su cuerpo altivo de virgen solitaria temblaba y se encogía. Pero sus fingimientos no daban la apariencia, su gusto por mentir —y en ello su ventura— era su cruel verdad de vagabunda. Y la excusa mejor: que no tenía familia ni amistades; además el momento, la hora en que llegó: aquella noche de lluvia y de granizo en la que se inundaron algunos domicilios —fue fatal, porque ropas y objetos flotaban en las calles—, excepto el cabaret de don Ramiro: el principal del rumbo, o al menos el más caro: llamado "Las Artistas".

Nomás de ver las calles y aquel atascadero: el dueño, comprensivo, alto y delgado, con anteojos oscuros y patillas en filo: peinado para atrás, que la ve en esas fachas, aunque también la pura conveniencia al apreciar sus dotes: su belleza tan viva y diferente —podía hacerla buscona, vampiresa—, pues de inmediato que le destina un cuarto que él llamaba "suite": lugar de harta elegancia donde se recibía con gusto a las que eran graciosas y aprendices. En él había televisión, botellas y perfumes. Un baúl atestado de pelucas. Un pequeño gimnasio. Había muchos retratos de galanes antiguos, alfombras de figuras y lámparas de bola. Un espacio con cuatro tocadores y un ropero gigante con cientos de vestidos. Pero el precio era éste: no salir a la calle, no besarse con nadie sin el consentimiento del patrón, y no hablar con las otras; ilusas y groseras.

Afuera de la "suite" estaba un corredor y al fondo había un balcón adonde iba ella a contemplar el cielo y el trajín de la gente, los otros cabaretes que ya, nomás anochecía, armaban pelotera. Pero ni la miraban los bigardos; la gente paseadora, en todo caso, le lanzaba piropos con groserías adentro; era entonces que ella, de vuelta hacia la

“suite”, pensando en cosas torvas: como: su contestar placeres y sin que ella sintiera las delicias. Su condición: llorar, y precavidamente, pues todo el día encerrada y bajo vigilancia. ¿Quién era el cuidador? Así pasaron meses: la promesa del dueño: el casamiento. Pero no era verdad, aunque sí, en cambio, el otro: enamorado, con el ojo en el hoyo esperando mirar desnuda a la mujer, porque muy pocas veces la joven de ojos chinos se desvestía completa. Siempre andaba con una bata roja con dibujos de patos aleteando que el dueño le compró, y fumando nerviosa sin quitarse el cigarro de la boca y así mordiendo pepas y piñones; por eso el colorete se le desparramaba y nuevamente iba al tocador; de una bombonera sacaba los coquitos, limpiarse con cuidado. Si a veces distraída veía aquel agujero en un rincón del techo, parecía una espelunca con arañas que se iba haciendo grande sin que ella lo notara. Aunque abajo: el polvillo regado confundido con talco, y el humo y los olores que se metían por esa encajadura para luego esparcirse por el piso del cuarto de azotea, y él: Celedonio Contreras: apartarse molesto y tallarse los ojos para mirar de nuevo. La maniobra era oculta. Lo malo: constantemente subían a la azotea plomeros y albañiles, que según esto, a revisar tinacos o a pasar una mano de cemento, pues aquel caserón de principios de siglo tenía sajas pequeñas por las que se filtraba la humedad. La tubería ya vieja con partes oxidadas. Desde el amanecer empezaban los golpes de martillos, pues no era extraño que de repente se desprendieran trozos de cemento de los techos quebrados o que tal vez un día la construcción antigua se les viniera al suelo, por lo que cinco hombres maniobraban a diario, sus brazos conejudos brillando contra el sol eran vistos con morbo por la mujer bonita. Ese ir y venir por las mañanas subiendo los costales cuando aquel mujerío dormía plácidamente. Una vez Celedonio vio cómo el orificio fue cubierto con yeso. Aunque nadie notó la travesura, el hombre, luego luego a escarbar al día siguiente, y cauteloso, temía que Miroslava oyera los rasquidos, o el dueño, o alguno de los hombres, éstos a quienes la mujer contemplaba extasiada cerrándoles los ojos desde un corredor. Don Ramiro le dijo cierta noche:

—Si tú metes a un hombre sin mi consentimiento, no me voy a aguantar.

Palabras escuchadas por aquél, dolor y pesadumbre y rabia de enemigo: Celedonio Contreras, de cabellos crecidos, con gorra de béisbol y la visera puesta para atrás, la cara enjuta e indecisos modales: el cuarto de azotea donde vivía acompañado sólo por el ruido chirriante de cornetas y músicas bailonas provenientes del gran salón morado, el cual estaba en el segundo piso y donde el locutor en la tarima y micrófono en mano contaba chistes crueles con voz aguardientosa, hasta que lo corrían a puros gritos; al instante salían

las bailarinas bailando su cancán para enseñar las piernas. La joven salía a veces pero nunca a bailar; de modo, diariamente, el dueño la mostraba a la clientela; Miroslava, envuelta en telas verdes, bajaba la escalera seguida en su descenso por luces saltarinas. Siempre cuando los viernes hacia la medianoche, a la hora en que la joven se lucía en el salón, Celedonio con un clavo escarbando: el hoyo, muy cerca de la puerta y justo a unos centímetros del catre donde dormía el sirviente, quien, por cierto, había llegado igual al cabaret, pidiendo caridad, pero desde chamaco. Seguramente vino de muy lejos porque hablaba chillando al terminar las frases. Cuando estaba aburrido veía el valle caliente parado en la azotea. El viento en abundancia bajando por las lomas hacía sentir frescuras de otra parte; en el centro del valle aquel zumbido: a unos cuantos kilómetros de Ahorne, y por la carretera había una desviación, un camino de tierra tembleiqueando por entre la maleza, aquel lugar de aires, coloreado de focos en las noches, parecía un nacimiento desde lejos.

Y hacia el amanecer —las casas se ocultaban en lo hondo verdusco tras las hierbas de trula como si con la luz se hicieran pequeñitas al deje del calor, que botador, traía los sarpullidos— Celedonio Contreras, joven triste y formal: espantándose moscos bajaba con su escoba dispuesto a sacar lustre al piso del salón. Un trabajo agobiante dado lo pegosteoso del mosaico y las mesas. Pero la recompensa: él era el favorito del patrón: quien, conforme encanecía, más desconfiado era de lo nuevo y más férreo en sus gustos. Y quién sabe por qué le daba preferencia a este barrendero, tal vez por su silencio, por tanta caravana y obediencia, aunque sin darse cuenta de que esas cortesías podían ser una trampa, ya que la mala paga alimentaba muchos sinsabores y corajes guardados; sin embargo, el sirviente risueño y comedido: pensando en su futuro, que era de placeres, pues sus planes tan largos y ambiciosos los trazaba en papeles que escondía en una caja de latón. En revistas de monos o en papel de envolver escribía unas palabras hasta abajo. Después, muy antes de dormir, revisaba las frases incompletas: su mirada de pronto se prendía cuando hallaba un final luego de unas preguntas: *¿Hasta cuándo será?… ¿Me quiere Miroslava?… ¿Qué debo hacer mañana en la mañana?* Y así se creía novio al imaginar besos en la frente y caricias de manos entre manos… Y al ver a Miroslava por el hoyo desnuda y abrazada de un hombre: también desnudo y todo despeinado, al ver aquellos besos y aquellos movimientos, se enamoraba más e iba aprendiendo. La joven consentida, dichosa a cada rato, a cambio de dinero. La idea sensible y muda, satisfacción quizás: ¡ella!, la que no soportaba estar allí encerrada y a la que estando a solas se le salían los lloros. Porque el dueño la regañaba siempre y siempre la besaba: *Me casaré contigo en un mes más. Te llevaré a vivir a una mansión.*

Y el transcurrir de meses se hacía largo y cansado, al punto que la joven empezó hablar a solas. En ocasiones hasta gritaba alegre mientras hacía gimnasia. Su locura era juicio con posibilidad. El caso: don Ramiro Terrazas les tenía prohibido a las demás fulanas hablar con la mujer; excepto Celedonio, que era el favorito. Ni el cantinero ni el guardián de la puerta principal, ni el locutor ni el jefe de albañiles, ninguno de los músicos ni los siete meseros —quienes por cierto no vivían allí—, nadie podía rozarse con la joven ni por error o susto, de lo contrario… El dueño era matón y aparte inteligente, le gustaba mentir para ganar, esto es, prometía grandes cambios; por ejemplo: llevarse el cabaret a una ciudad, la mayor elegancia por absurdos problemas, pero quién sabe cuándo porque nunca se daba la ocasión. El cabaret ganando cada vez maia fama, y en eso apetecía a gentes hormigueantes, de lejos y de paso, que iban muy seguido nomás por lo barato. Además el ambiente sí era cruel, don Ramiro tomado sacaba la pistola, ya debía muchas muertes el maldito. Hay que agregar que tampoco los otros ayudantes con las otras fulanas podían hacer argüende ni sonreír siquiera, menos con Celedonio, quien —sin saber el dueño lo del hoyo, ni nadie, ni la joven— no se quería dar cuenta de las reglas. El asunto de él con Miroslava: ¿hablarle?, ¿cómo? Y aunque a diario barría la "suite" y el corredor interno que daba hasta el balcón: los tratos tan sencillos, puras señas y gestos. Diariamente a eso de la una Celedonio tocaba el aldabón y al cabo de un buen rato aparecía la joven con la cara encremada y su cuerpo desnudo que ella sorprendida tapaba con las manos. El trabajo era escaso, pues la joven, la muy madrugadora, ya había barrido el piso y tendido la cama. Además Celedonio era hasta entonces la única visita permitida, de los de ahí, se sabe, y él: sin hablar, su timidez crecía. Pero el reto de ella: sacarle las palabras: que aun por ser escasas no eran las mejores, ¿o sí? Detrás de ese silencio podía haber, según ella, pensamientos filósofos:

—Ah, viene a hacer el aseo.

—Pues… sí.

Miroslava hacía pasar al hombre de la gorra, ella adrede correlona y desnuda, luego luciendo la misma bata roja transparente y todo el tiempo él con la cabeza baja mirándola de lado… El momento era ése, aunque… Celedonio: famoso por no hablar: lo que con más razón creaba motivos grandes y seguros: sin sospechas de abusos la joven se probaba pelucas y vestidos frente a un espejo dividido en tres. Caminando de puntas y fumando para dar a entender que ella era la escogida, la sin rival y la de mejor cuerpo. De modo, la visita discreta. El trabajo de sacudir los muebles no duraba ni quince o diez minutos y entablar una plática era un franco atentado contra el amor del dueño, quien fuera lo que fuera la tenía en un lugar de privilegio,

quien a veces encontraba barriendo a Celedonio adentro de la "suite". Nada. Al contrario, le decía con agrado: *Tú eres el cuidador. Tú me vas a decir lo que ella haga*. A Miroslava le llamó la atención el silencio tenaz del barrendero. Siempre a solas los dos: la misma escena repetida así, por meses, sin hablar. Hasta que un día la joven extrañada le preguntó dos cosas:

—Usted es la persona de más confianza que tiene don Ramiro, ¿verdad?

—Sí, eso lo saben todos.

—Cuénteme cosas de él si tiene tiempo... ¿Es casado y con hijos?

—Nunca nos cuenta nada.

Esa primera plática llenó de regocijo a Celedonio, quien, después, se hizo las ilusiones imaginando besos y momentos ideales. De nuevo iría a planear allá en su cuarto, el cual, de noche, estaba siempre abierto para que entrara el fresco.

Debajo de la almohada Celedonio Contreras escondía una pistola que, la verdad sea dicha, nunca había utilizado ni siquiera por juego. El dueño se la dio cargada con dos balas: una cuarenta y cinco. Con ésta se tentó el barrendero, se la puso en la sien sin atreverse; y el dueño le había dado permiso de matar si era el caso y sin ir a la cárcel por el hecho... Los policías amigos y la mafia enemiga... Pero el maldito objeto lo transportaba a escenas muy oscuras de horror y pesadumbre. Ver morir a la gente, ver el chorro que estalla, esos momentos duros con mucha cosa atrás, pensando, recordando también: cuando el dueño dejaba malherida a la gente para luego ordenarle que se fuera de allí como pudiera. La policía sonriente. Celedonio... ¿Matar?, a cambio qué ganaba. La obediencia no siempre era el remedio. Uno de sus trabajos consistía en no dejar subir a la azotea a gente entrometida, sobre todo en las noches, o ya al atardecer, cuando ya funcionaban las rocolas despachando las músicas movidas, también algún corrido o canciones rebeldes, todo un poco revuelto, pero mucho mejor para él que se aburría. Escuchar nada más, y después se iba al cuarto a escribir unos planes. ¿Huir con la mujer? Sí, el cabaret ya mal: los accidentes y las confusiones de borrachos alegres y policías obscenos para que él limpiara las sobras y las bascas. Y Celedonio pensaba en otras suertes, por la fatiga, por la frivolidad escandalosa de aquellos patrioteros uniformados siempre; todo ese mundo sucio y jubiloso, todo como un resbaladero de colores, de carnes y bailables, la música detrás: aquellas hilazones de mudez y la imaginación entretenida: el piano por ahí, la suavidad y el grito en lo lejano, huir con ese ritmo a una ciudad difícil, huir con Miroslava. Porque seguirle hablando y más de cerca era su pretensión. Mirarla arrodillarse ante los hombres mostrando simpatías. Además los regaños del dueño se iban repitiendo y cada vez más fuertes. La cosa

fue que ella una vez protestó. Le hizo saber que no estaba conforme con el trato y le dijo grosera que era inútil el lujo del lugar. El dueño se burló:

—La solución que busco es en bien de los dos.

Luego de unas semanas al cabaret sólo iban policías, entre ellos el jefe de hasta arriba; y por la conveniencia de evitar quisicosas con las leyes políticas, de gratis don Ramiro les cedía las mujeres, aunque no la bebida... Celedonio Contreras apenas lo notaba, pero sabía muy bien que su papel de extrema servidumbre lo hacía también confuso entendedor. ¿Inteligencia ruin?: toda ella al servicio del patrón. También se daba cuenta de los tratos mezquinos y los trucos del dueño para con las mujeres. A las más jovencitas les prometía casorio o casas con jardín, para tenerlas siempre satisfechas. Cuando ya estaban viejas las corría. Y como arte de magia al poco tiempo aparecían bellezas nuevecitas, a las cuales después les pasaría lo mismo, y así sin terminar. Celedonio pensó que a Miroslava no debía sucederle algo por el estilo; aunque una vez, cuando estaba en la "suite" oyó que don Ramiro le dijo muy calmado:

—Te sacaré de aquí dentro de una semana.

—¿Por qué?

—Te llevaré a un lugar donde estés más segura.

—¿Y dónde es el lugar?

—Muy cerca de Guasave.

Y Celedonio acá oyendo el disparate. Quizá fuera verdad. La china se peinaba. El barrendero fiel la quiso mucho más. ¿Cómo hablarle de amor si ella era eso?, ¿cómo mirarla hacer y cómo aproximarla? La desdichada actriz, la inconforme y hermosa, para él, solamente, pero en su corazón.

Sucedió un mediodía cuando él estaba sacudiendo los muebles y las lámparas, que llega don Ramiro y que ve al barrendero con cara enfurecida mordiéndose la lengua. El patrón se dirigió a la joven: en parte, para aclarar dos dudas:

—¿Acostumbras hablarle a Celedonio?

—No.

—Bueno, no lo hagas hablar ni por error.

Celedonio, entretanto, mirándolos besarse comprendía que era asunto penoso intentar convencer a Miroslava, porque delante de él se quitaban las ropas y se apretaban luego: *Déjanos solos. Ve a barrer la azotea*. Obediente y tranquilo el hombre de la gorra se iba a caminar por el gran corredor del tercer piso donde estaban las puertas de las otras alcobas, en tanto Miroslava envuelta en el placer pasado y sin embargo enorme como el futuro de ir, de llegar a Guasave, conocer la mansión... *¡Guasave! ¡Guasave!*... Se repetía cien veces. Y no. La

promesa era eso, mientras tanto… El dueño y su poder, el yugo, la advertencia. Porque la joven no se mostraba a modo, llorando por las noches, probándose pelucas de diversos colores suspiraba quedito. Y él, sin poder hablarle de la huida, del amor, del futuro. La imaginaba alegre ordeñando unas vacas mientras él en un surco y con el azadón. Se imaginaba bombo al lado de ella viajando en autobús y viendo en las mañanas el cambio de los campos. Una vez escuchó que un extraño le dijo… *Puta…*, quiso bajar o por el agujero dispararle a ese raro con la cuarenta y cinco. Pero la temblorina al coger la pistola. Si volviese otra vez, podría pasar; ese mismo le dijo, según, con gran amor:

—Yo vengo de Bamoa y ahora voy a Guaymas. Necesito ver mar. Voy a rentar un búngalo para estar unos meses descansando y necesito que alguien me acompañe, podrías ser tú, si quieres…

Miroslava sonrió. Quería en el fondo eso, pero no lo decía, pues la palabra *puta*, grabada ahora en su mente, se imponía mucho más que la aventura; lo cierto, por rumores, las versiones variaban y todas coincidían en una frase: Guaymas era muy feo aunque tuviera mar… Guasave, en cambio, un sueño placentero. Finalmente la joven se negó ante tanta insistencia, el fulano ¿amador? podía ser, pero mal, porque ella era finura, que no puta de todos. Y él así lo creía: Celedonio Contreras que deseaba tocarla con dedos resbalones, tocar su cuerpo santo: aquella alma perdida y aquellos sacrificios, besarla quedamente, una vez, en la boca, nada más. Lo malo: cada vez que bajaba para limpiar la "suite", a eso de la una, don Ramiro de pronto aparecía. Y la oportunidad.

—¿No que en una semana me sacabas?

—Lo creí conveniente ya hace rato, pero ahora ya no.

—¿Por qué me engañas?

—Tengo muchos problemas.

Después, desnudos, bocarriba se tendían en la cama. Celedonio mirando de reojo al sacudir los muebles. El patrón abrazando a la mujer que el barrendero más había querido; pensó por un momento traerse la pistola y dispararle al dueño cuando estaba de espaldas. ¿Pero qué iba a ganar? *Vete de aquí, que estamos ocupados*. Fue entonces que Celedonio bajó al salón morado, por fortuna desierto; miró hacia la cantina y allí estaban brillosas tentadoras las botellas formadas. ¿Robar?

Celedonio se emborrachó esa noche y al día siguiente no pudo despertarse sino hasta el mediodía. A Miroslava, a eso de la una, le preocupó la ausencia del hombre de la gorra.

También a don Ramiro, que subió a despertarlo tocando bruscamente la puerta de su cuarto: la lámina ruidosa parecía una tormenta. Aquél se incorporó, abrió, y el susto: el patrón furibundo. Y

Celedonio que se deja caer para tapar el hoyo.

—¿Qué te pasa?

—Perdí el equilibrio.

—Anda, ve y barre. Tienes una hora y media para acabar con todo tu quehacer. Si no lo haces, te me vas para siempre… Anda, pero yo sé que cumples; tú eres mi mejor hombre.

Celedonio esperó que el patrón se apartara. Que no se diera cuenta que estaba el agujero.

Finalmente, don Ramiro se fue.

En eso el movimiento un poco retardado de Celedonio que se incorporó: dudando, por pensar en tres cosas, y las tres inexactas, no obedecer, irse con Miroslava a medianoche, o no perder más tiempo. Por lo pronto al trabajo, en una media hora limpiar todo el salón, en otra: sacar agua del pozo y regar las macetas: las cuales estaban en un patio donde se hacían amigas las fulanas —muchas veces lo tentaron con morbo, pero él, enojón, se iba renegando a la azotea—, la otra media hora sería de Miroslava.

Entonces bajó muy entusiasta. Ojo: el dueño podía verlo y reprimirlo. El dueño aparte, siempre luchador. Mas Celedonio ¿para qué preocuparse?, se quitó los problemas y fue directo a verla. La joven de ojos chinos, allí, para tocarla; cierto que la costumbre de mirarse seguido los iba aproximando; cierto que muchas veces se tocaron los dedos, ya hablándose de tú. Ella, que entregaba su cuerpo a tantos policías, se lo negaba a él, ni un beso en el cachete: ¿para qué removerse en la satisfacción? El dinero seguro para jugar a amarse, esa vida golosa. El de por sí malhecho, quien se bañaba poco: cuatro veces al año, mucho nervio al hablar, y se dio el caso. Para eso de la una, después de haber barrido el gran salón morado, ya con la decisión de ir a la “suite”, tocar el aldabón, Miroslava sabía, y le abrió complacida: *Vengo a barrer* j? *hablarte de una cosa…* Total que se sentaron en dos sillones rojos.

—… Conque te habías perdido.

—Sí, me emborraché en la noche, y hasta hace un rato que me desperté… Pero vengo a decirte que estás en peligro aquí en la “suite”. Aquí, antes, ya ha habido asesinatos.

—¿Y tú los viste?

—No, pero me di cuenta cuando sacaron a los que estaban muertos.

La mujer lo tocó, y él que responde alegre tocándole el cabello. Pero ella: apartándose pronto dio media vuelta fácil. Muy burdo era saber que el barrendero no serviría de mucho para efectuar sus planes, la fortuna que ansiaba y el amor, la preocupación de frente contra el bato, por no atreverse nunca a darle un beso. El era el buscador,

después de todo él la miraba besando por un hoyo. Ella lo imaginaba al pronunciar su nombre y luego verlo. Y en ambos quedó un sello, sobre todo en sus ojos. El delante de ella se quitó la cachucha de béisbol y se rascó el peinado, sintiéndose el ausente que llegaba a los brazos de la mujer mejor. El beso imaginado, en lo oscuro morboso o hacia el amanecer: la imagen socorrida. *No hay que decirle a nadie que ahora somos novios,* dijo ¿ella o él? Los dos, por una vez. Solamente de lejos recordándose bien. Después huir, pues el yugo aumentaba. La pistola del dueño toda llena de balas, y el rencor en sus dientes y en su lengua. Ellos: aunque hasta allí llegaba su querer hasta aquí se acababa el pasatiempo. Irse pues. Miroslava esa noche, un viernes caluroso, bajaría la escalera donde un humo de hielo se arrastraba despacio hacia el salón morado, los perfumes: neblinas y la música grande. La belleza de caras. El piano y las cornetas acompañando el paso de la joven.

—¡Silencio, por favor! Ha llegado el momento de presentar a la artista principal de este cabaret. ¡Miroslava la Unica! Natural de las Islas Fidji. Sepan ustedes que atravesó el Océano Pacífico para llegar a ésta su casa… Durante su viaje recibió muchos premios de belleza que, desgraciadamente, unos hombres perversos le quitaron. Y aquí llegó muriéndose y perdida. Pero la rescatamos los del club desde hace unos tres meses, y véanla como está…

La mujer a la orilla de la pista paseaba las caderas, y no sabía cantar ni hablar muy fuerte… Ahora, quien desee mirarla desnuda pagará dos mil pesos; quien quiera darle un beso en plena boca pagará cinco mil; pero quien desee recibir un masaje y todo eso pagará treinta mil… Mientras el locutor hablaba don Ramiro sonriente recargado en la barra…

¿No se animan? Recuerden que dentro de dos horas cerramos el local… Cabizbaja la joven regresó hacia la "suite" por la escalera humeante, ya desde antes estaba bien planeado por el dueño y la joven que así debía de hacerse para que la clientela tuviera más deseos. Pero no. Nadie pagaba nunca por mirarla desnuda ni mucho más pagaba por meterse con ella. Y la verdad, la pobre, últimamente ya no recibía a nadie, nomás a policías: quienes la hacían llorar. Para esto, el dueño ahí presente mientras los otros dos… Fumando un cigarrón: sentado en una silla y cuando la pareja de pronto se enroscaba, él, con un libro en las manos, dizque, sonriendo sin motivo, y también Celedonio mirando por el hoyo.

Las escenas muy tristes porque ella, sin sentir un amor muy merecido, imaginaba al dueño encima y grande, abarcándola toda, y abriéndole las piernas. Al mismo tiempo recordando ese nombre de letraje sin modo: Celedonio… Lo turbio de la voz, un chillidito pío. *Ya ha habido asesinatos*… ¿Sería cierto lo otro? Otro viernes fue igual: la joven y el sirviente planeando en lo escondido, calculando el

momento: *Ya va a empezar el "show", es hora de escapar*. La mentira era suya, la aventura… *¡Miroslava la Única está ansiosa de ustedes y por eso se fue para su cuarto, para que la visiten!*… Esa vez los borrachos prefirieron bailar y platicar. Las fulanas gustosas con un pomo en la mano y un chiclote en la boca recargadas en hombros de policías dormidos y la música suave acompasadamente sonando por lo alto desde donde bajaba el humo como paño a impregnarse en parejas que suspiraban lejos: sus amores perdidos de fulanas, desconocer y no: los hechos que colmaron; y bailaban a veces con los ojos llorosos en tanto que los clientes les lanzaban piropos. Y también don Ramiro se contagió de aquello. Otros hombres tirados encima de las mesas. El locutor, cansado, se fue a echar unos tragos. En eso, del techo se desprende un trozo de cemento; el estruendo brutal espantó a la clientela. *¡Se escapó Miroslava!, ¡Ya no está!*: bajó gritando alguien por la escalera humeante: inmóviles las gentes. Después, don Ramiro gritó que siguiera la música, aunque no era posible, porque un terrón pesado había roto un tambor y el polvo del estruendo nublaba la visión. *Se escapó Miroslava, se escapó de la "suite"*… Don Ramiro empuñó su pistola y fue a ver si era cierto. En tanto, el locutor quiso usar el micrófono pero… De viva voz se puso a hablar veloz diciendo, entre otras cosas, que el cabaret estaba por cerrarse, que salieran de allí, que pagaran las cuentas. Y es que, aprovechando aquella confusión, la clientela se fue, como también se fueron, pero antes, Celedonio y la joven. Ya de nada servía salir con las pistolas y buscar, mas consolarse no tenía sentido. El dueño solamente después de saber todo… Miroslava, el traidor Celedonio… bueno, pues quién sabe si no… Don Ramiro, sereno, mirando su pistola.

Aquéllos: se fueron por veredas y pasaron la noche a la orilla de un río no muy lejos de los cabaretes…

Y ahora sí, pero: Celedonio, si tuviese ocurrencias, pero no quiso hablar o no podía; la joven con cierta indiferencia lo veía de reojo, su temor, sus palabras:

—¿Por qué usas esa gorra?

—Para que el viento no pueda despeinarme.

A la luz de la luna Miroslava miró la sombra del hombre de la gorra proyectada en el agua, su perfil largo y duro: meciéndose en los brillos que punteaban encima; pero había una distancia. Aquellos ojos que acaso en un momento se fundieron en un solo color, parecían alejarse entre lo oscuro. El, entonces, se arrancaba un botón de la camisa, se quitaba la gorra, pero sin decir nada; y con las manos hacía muchas señales.

—… Eres raro…

—Cuando era niño alguien me dijo eso.

Temerosa la joven se apartó. Los horrores y el asco le daban

sensación de ir para atrás; y no mucho, porque él decidido que le toma una mano bruscamente, se la quiso besar, pero la joven no…, o sí un poco, sin permitir que él se le acercara mucho.

—¿Pues qué vamos a hacer?

—Quiero vivir contigo… Pero en una ciudad.

—¿Y traes dinero?

—No.

Sin petacas ni nada estos dos se escaparon por la puerta secreta situada a un costado del patio principal. Ella se había dejado conducir como por un fantasma inofensivo, por una mano dócil que la llevaría lejos… ¿Lejos? El hombre y su querencia:

—Dame un beso.

—Mañana te lo doy.

—¿Por qué?

—Estoy muy asustada.

Y esa noche durmieron distanciados, ella, debajo de un pirul, él se buscó un lugar cerca de una vereda.

Más adelante, cuando un vuelo de auras, es decir, en raya un sueño oscuro y el alba en el trigal. Pero la pesadez vino de pronto a ella. El cometió un error al atenderla y al acariciarla cuando estaba dormida, ella lo cacheteó. Luego, Miroslava se fue desesperada.

El tras ella, no tardó tanto tiempo en alcanzarla, para decirle casi sofocado: Yo quiero que te cases conmigo… ¡Imagínate todo! Los hijos, el amor y una casa. Yen conmigo… Pero a una ciudad; verás, en la ciudad hay muchas diversiones.

—No quiero. Yo voy para Guasave; pues, según don Ramiro, él tiene allí una casa, y me invitó a quedarme para siempre.

—Pero eso no es cierto, a él le gusta inventar; cuando ya te hagas vieja te cambiará por una jovencita.

—No importa. A mí me falta mucho para llegar a vieja; mientras tanto aprovecho… También tengo una invitación para ir a la playa.

Celedonio perplejo, pero la lucha era difícil, y para ganar campo había que tener calma.

Se fueron caminando por una brecha recta, orilla contra orilla. Lo más recomendable según él era guardar silencio para que por lo menos se topara la joven con su proposición…

Viajar a una ciudad; de ser así se irían por una carretera… pero, ¿dinero?, ¿cuál?, ¿cómo? Ésa era la razón de todo el infortunio; la mujer, la verdad, no quería trabajar, lo cómodo era fácil y ganaba en orgullo por un lado, pero por otro su libertad de ser, hasta con sus berrinches. Las mieles del trabajo y de la vida dura. Pero ella, el placer ante todo, el placer de ella misma: pintándose la boca: el presente era obvio si ella pensaba en él, y por ahí seguir, y amar a Celedonio nada

más por la ayuda. En tanto, él, al notar ese modo indiferente, que le obsequia un cigarro, lo cual, acercaría a los dos por un momento. La caricia en la mano al encender el palo; allí, pues:

—Miroslava, yo te juro mi amor, yo quiero que te vayas conmigo a una ciudad.

—¡No!, ya sabes.

—¿Por qué dices que no?

—Porque estás feo.

Para esto, ya casi habían llegado a una carretera. Celedonio confuso, Miroslava pensando en las riquezas, los perfúmenes, las joyas, los besos sin verdad, y hacerse indiferente, y huir cuando quisiera, porque ella primero, primero su belleza; con estos pensamientos se olvidaba del otro, el buen ofrecedor. ¿Sí? soplaba un viento fuerte que revolvía el cabello de la joven, le tapaba la cara y ella sacando un peine; luego, por la cinta de asfalto empezaron el rumbo, él dijo sin motivo, y a ver si le atinaba: —*¿Entonces qué mi amor?* La mujer temblorosa dio media vuelta pronto y se fue corre y corre por el monte: ¿Seguirla? Quién sabe si al rato regresara, con eso que le daba por correr nomás por ocurrencia, o tal vez sí cumplió con lo que dijo. Quién sabe si en Guasave las cosas anduvieran muy tranquilas; quién sabe si la casa a lo mejor fuera otro cabaret. Y hacia el atardecer la joven no llegaba. Entonces Celedonio al saberse parado y solitario en medio de aquel monte: avanzó rumbo al sur.

Seguramente si se iba de frente llegaría en una hora a la plaza de Ahorne. Lo hizo, para bien. Miroslava tal vez nunca podría llegar a la casa del dueño. ¿Regresaría la joven? ¿Pero a dónde? Celedonio, detenido un momento, estudió una estrategia. Era el último plan pero el más arriesgado, dejarle en un papel escritas unas frases —y clavarlo después en una orilla de la carretera—: *La letra que estás leyendo pertenece a Celedonio. Si quieres encontrarme, ve a la ciudad de México y pregunta por mí, porque allá voy a andar*. Lo hizo, lo clavó. Allí, a la buena del viento podría volar muy alto y muy lejano y el recado tal vez se borraría. Tal vez otro u otra lo viera riéndose a carcajadas, pero tal vez la joven, tal como él lo pensaba, regresara al lugar de la separación; encontrara el papel y, después de leerlo, obediente y dichosa decidiera buscarlo en aquella ciudad, durante noches y días. La cosa era saber.

Y se fue caminando.

Cada paso crecía, Celedonio: con muchos ademanes y hablando con susurros. El papel volador, o resistente: las letras movedizas, las formas encueradas, Miroslava corriendo y el papel detrás de ella. ¿Hacia dónde? Ahorne. Celedonio llegó casi al ˆoscurecer. Y luego lo agarraron unos tres policías. Para ellos fue fácil poderlo distinguir entre las sombras largas de los árboles que salían del panteón, y la

tarde rojiza, toda triste y rosada cuando caía en las calles, las sombras y: Celedonio: su gorra de béisbol. Los policías brutales: */Estás arrestado!… ¿Y la muchacha?*

—Se fue por el monte.

—Bueno, por lo pronto te encerraremos hasta que venga don Ramiro a recogerte.

Le pusieron esposas en las manos.

—¿Por qué hacen esto?

—Para que estés mejor…

La cárcel justa enfrente de la plaza. Las macanas blancas de los policías a veces rozaban su espalda. Celedonio, entre tanto, iba armando los hechos. Don Ramiro dio aviso por radio de patrulla, de modo, ya todo mundo alerta de la huida. Los policías lo pusieron a la disposición del juez municipal quien por cierto allí estuvo presente, en “Las Artistas”, cuando se inició el caso. El tipo ese: odioso y sonrisudo. Con las manos sujetas Celedonio pensaba en la mujer, la mujer que se fue para Guasave o viró hacia la playa. Y él: imposible llegar a la ciudad de México, lo más seguro, tal como habían salido las cosas, era que regresara al cabaret, don Ramiro le diera coscorrones, y de nuevo sería el gran barrendero. ¿Pensar en Miroslava? ¿Para qué? Vendrían otras mujeres.

—Aquí está.

—… Conque le ayudaste a salir a la muchacha… ¿Dónde está ella?

—Se fue por el monte.

—¿A qué altura?

—No sé.

El juez pensó que este hombre la pudo haber matado, la enterró, eso, pero no se atrevía a decirlo así, podía ser lo contrario, que él la hubiera encaminado pero de buena fe.

Los policías le avisaron por radio a don Ramiro que ya habían capturado a Celedonio.

—De momento, te vamos a encerrar, pero no tengas miedo; aquí estás más seguro que en la calle. Ya sabes, te trataremos bien… Ejem… Entiendo lo que hiciste…

Menos mal que este juez era entendido, que si no. Y la celda pequeña pero bien alumbrada, no maloliente ni húmeda, sin papeles pegados, y sí muchos dibujos de corazones rotos y abajo unas palabras con letra muy nerviosa. La cama era enorme: dos colchones sin patas y había un espejo y unos coloretes: *Ah, aquí estuvo antes una jovencita*, se dijo Celedonio; quiso saber el nombre y a ver si coincidía. Pero no lo intentó. La duda ya era algo.

Y pasaron los meses en los cuales el dueño no vino a visitarlo. ¿Y Miroslava?, lejos. Aquella sensación.

Si para colmo: una vez Celedonio descubrió un agujero en un rincón del fondo de la celda. ¿Ver? Le quedaba muy claro que su vida cambiaba al mirar por los hoyos; de todos modos, la mala suerte siempre o regular. Pero también quedaba otra reserva: lo bueno de vivir. Lo que vio fue lo mismo: una mujer y un hombre besándose desnudos, como una maldición. Se repetía la escena innumerables veces y cada vez más fúrica y más apetecible. Después se apartó lento tallándose los ojos; con papeles y mugres tapó la encajadura. Volvía a ver a la joven: la delicadecita.

—Mañana viene don Ramiro —le dijo un policía.

Dos días después el dueño sacó a su empleado de la cárcel. Al salir a la calle, ambos se fueron caminando con cierta rapidez, don Ramiro lo tomaba del cuello. Cuando llegaron a una esquina don Ramiro le quitó al barrendero la gorra de béisbol y le atestó un par de coscorrones. ¿Pues éste? Más al rato se subieron a una camioneta.

—¿Por qué me hiciste esto?… ¡Anda!, vamos al cabaret. El locutor se fue y tú lo suplirás.

Como que no queriendo la camioneta empezó su camino; el traqueteo se oía como un estallido a la distancia. Anochecía en el campo.

DESPUÉS

a Raúl Renán

Somos, quizás, la actualización de un presagio.
SALVADOR ELIZONDO, Cuaderno de Escritura

Este era un día como tantos: de frescura en la mañana y gente por todas partes. Rutinas que santifican cualquier inicio campante: nada más y nada menos que lo mismo, que lo usual. Hubo algo sin embargo, de hecho, no importa quién atestigüe. Mejor: éste era un día diferente porque se corrió la voz de que el alcalde había muerto.

Se esperaba ya el malogro dado el desmejoramiento que en las últimas semanas venía sufriendo su cuerpo. Y si agregamos su edad: ochenta años no cualquiera los rebasa aunque sea disciplinado. Se dice que fue un ataque, un ataque cerebral; otros dicen otras cosas que da igual que no las digan. El morbo cunde, si bien, es error y es batahola. En fin, pobrecito don Justino, puede que se vaya al cielo y que ya esté por llegar o puede que no se vaya.

El caso es que estaba viejo y… Pero es que a quién se le ocurre poner gente tan machucha a dirigir un poblado. ¡Vaya!, se sobrentienden los riesgos. Y con esto, si es que oyen, que les sirva de experiencia a los de allá de hasta allá; que observen estos detalles. ¿Sí?… Mejor aún: empecemos de una vez con las coronas de muerto: hechas de pura violeta y muavís entremetidos. No a la usanza regional, ¿por qué ningún crisantemo? Bueno, cantidad de éstas había que coloreaban un poco la grisura callejera. Ah, salidas de la bodega propiedad del municipio. Y he aquí el primer problema:

¿quién las hizo?, ¿ya se habían mandado hacer?… queda la interrogación.

Pobrecita de la viuda, no tiene hijos y está cáscara también, aunque no le duele nada. Ahora sí que los efectos de aquel óbito esperado empiezan a tener molde. Ella recibe en su casa los pésames y las flores: en arreglo, nuevas formas; los servicios voluntarios de los muchos: llegan, hacen. Ella manda por lo pronto.

Inclusive, sin necesidad de encargo, se han puesto bajo sus órdenes

hasta los mismos burócratas, como unos veinticinco, mas de suyo diligentes. A su favor todo va.

Ya hubo comedimiento para colocar al muerto bocarriba y en el catre donde en cada esquina hay un cirio de naftadil. Ya le pusieron el traje —uno a rayas que tenía— y zapatos de charol. Lo han peinado a don Justino al estilo carmelete con un copetín firul. Ya le pintaron los labios con una tiza escarlata y rizáronle las cejas demasiado para atrás. Allí está el muerto genial, impecable, de corbata. En medio de sus congojas doña Tecla lo contempla como queriendo reírse: ella no, no quiere hacerlo, pero su esposo pretende: como si estuviera vivo. Lazo roto para siempre, no olvidarlo; no olvidar que de por sí ella ha quedado expedita para hacer y deshacer. Pero el difunto parece que quiere decirle algo, pues tiene aún semiabierta su bocota colorada, le brilla su diente de oro y: ¡horror!: ordena a una de las fámulas que se le cierre de plano zafándose incontinenti de ese pasmo sin igual.

Doña Tecla se hace férrea por lo mismo. Sabe que, de todos modos, las lágrimas no convierten lo irremediable en belleza. Sí, hay una forma de pena que no puede completarse. El olvido gana entonces y ¡que vengan los quehaceres!

Órdenes por el momento: debe haber una persona que se encargue de espantarle al difunto cuanta mosca le cosquille, en relevos, desde luego, que sea labor permanente; pues le dice a una de tantas que abanique con amor; en seguida doña Tecla se dirige a la cocina a observar cómo va aquéllo de las viandas que se ofrecerán al cabo… Fuerza es que venga un enjambre de visitas compungidas a despedir al muertón siendo que por gratitud hay que darles de comer, o sea: que lloriqueen un poquillo y se vayan bien comidas; se deduce que es un hábito de aquí que, con el favor común, se resolverá parejo. Que las semas, las galletas de hojarasca; que el café con piloncillo y el arroz con zanahorias. Para eso es menester una gran pila de platos, montononal de cucharas, de jarritos que no hay, ¿qué otra cosa? Se exige cooperación, y la viuda resoluta tiene que palmearle a todas para que vayan a traer. No obstante, irrumpen nuevas señoras con humeantes cacerolas de guisotes enchilados. Están las puertas abiertas para que entren muchas más, y así es: llegan otras: hacendosas: con acopio de trebejos: escobas y trapeadores, hasta una escalera cargan entre cuatro. También traen ñaques de leña —ésa es tarea de los hombres— para meterle a la estufa.

Parece un panal la casa por los muchos ejercicios. Arreglos sin fin que faltan. Los detalles, los aspectos —de uno se desprende otro—: se prodigan, se transforman en zozobra. Han de aparecer ejemplos a lo largo y a lo ancho de este meneo general. Doña Tecla sigue en jefa. ¿Qué se le puede ocurrir si ya la pena tomó su verdadero tamaño? Empero, quiere portarse muy recia, pero se le sale el lloro en medio

del movimiento.

Comprende: sin duda que tendrá tiempo para sacar lo que trae. Ahora se impone lo práctico. Apurar a quien se cruce y con cara de esperanza, aunque en verdad no hace falta porque todos han tomado la más útil incumbencia en lo que pueden hacer; ella: que sale a la puerta a bien de tomar al menos un respiro necesario, que no para que la vean, se avergüenza claro está, y se mete y ¡zas!: ve al muerto, porque lo tiene que ver… Es mejor que esté tranquilo, ya fuera de enfermedades.

¿Llorar?, eso es de las plañideras, pues que vayan a buscarlas —ojalá que no se manden con el precio del servicio— da la orden a unos dos o tres burócratas. Y por cierto: que venga el cura también; que se avise a todo el pueblo que el funeral del alcalde dará comienzo a las cinco; que busquen al carpintero Juan Quintín, el más experto, para que venga a tomar las medidas del difunto y que haga el ataúd con madera de nogal, al respecto, el costo sale sobrando; y se acomiden diez hombres —para esto concretamente— a cumplir con los mandatos: van hacia donde los revuelos al aire libre se expanden mientras que en la presidencia ya se barajan los nombres de posibles sucesores. Cumplir el interinato que es poco menos de un año: uno de seis debe ser: los que el Comité Ejidal ha propuesto hasta el momento. Es decir, ya pasa del mediodía. Pero hay que esperar siquiera a que don Justino esté bajo tierra: hasta mañana. Esa es la resolución a la que llegó el conjunto sombrerudo y fumador —hubo deliberaciones—: donde, asimismo se dijo, a manera de final, que era de suma importancia darle el pésame a la viuda: todos los del Comité: asistir: acompañarla en la noche, y ¡rezar!: porque es de alta política. Entonces, hasta ellos llegó el aviso de la hora de la hora. Esas plegarias. Amén. Por lo que: habrían de ir bien rasurados. Luto en serio. Ropas negras.

Son las cinco de la tarde. El cielo quisiera irse porque las nubes engordan, se encrespan por un motivo que se ensancha bruscamente; y sea que en la altura hay desplazamientos macabros en Sacramento también. Cuántas flamas merodean, se acumulan en la casa, adonde llega la gente como salida de cuevas. Rostros mágicos, adustos, en un emplaste de sombras y tenuidades malucas. Apesta el ámbito en aras de una gloria o de un ideal, y un encanto reblandece las tiesuras aparentes… Ah, cuánta ignorancia al respecto, cuántos modos de silencio… La muerte, ay, la magnitud…

Y bien, ¿se trata de una trampa? El lloro empieza sin más, sin concierto: debe ser. En torno al catre adornado con clavellinas y truenos las que fueron contratadas —las horrendas plañideras— por supuesto que exageran, se contorsionan adrede mientras gritan suplicantes: “ ¡¿Por qué te fuiste, Justino?!”, y más clamores como

ésos. En tanto que el muerto, en sí, parece advertirlo todo. Su gesto pétreo ¿qué expresa? Hay una semisonrisa en él y en los de hasta atrás. Allá: mucho apelotonamiento, empero, es donde surgen los méritos. Si hubo una mala opinión sobre la vida y la obra de este oscuro personaje ahora se modifica. Se cotizan sus virtudes… Fue tan bueno, fue un gran hombre, la cosa es que por desgracia nadie supo valorarlo.

Asimismo, por su parte, los vivos ejidatarios siguen barajando nombres; de pie, descubiertas sus cabezas, murmuran irrespetuosos. No han saludado a la viuda pero lo harán en seguida —es que para colmo ella está rodeada de gente; es imposible meterse entre esa bola de… comelones, sobre todo— aunque la ven desde aquí.

De rato ya logran verla en directo y silenciosa despejada de personas —sea que necesite estar sola en su resignación, lo comprenden los demás— doña Tecla, tras sus anteojos ahumados, quiere entender lo que pasa, quiere entrar en la oración. No se le ocurre otra cosa que darse un golpe de pecho. Ve a su esposo: aquel perfil: y se sienta en una silla sin quitarle la mirada. Se percata que, en efecto, su incisiva rigidez parece comunicarle que todo será mejor. Acaso hay como un impulso hacia lo desconocido o un retorno hacia lo cieno. Caben las inconsecuencias. Y por ende: ¿qué es lo que debe pensarse?

En eso, llega el carpintero presto con su cinta de medir al mismo tiempo que el cura. Lo que es normal es correcto y de tajo el sufrimiento no tiene categoría. Se incorpora doña Tecla.

Escena de ambigüedades en que deben conjugarse transacciones y dolor en medio de gaterías y chismorreos desganados de los dizque rezadores. También: correr a tanta llorona, o aplacarlas a la brava nomás dando un zapatazo, ya estuvo suave por hoy y —por supuesto agradeciendo los modos condescendientes— la viuda con bizarría se despoja de sus gafas; quisiera reír de nervios para demostrarle a quién que hasta la misma tristeza se tiene que resbalar.

Pero…

Cuando nadie lo ha esperado se da el levantón el muerto, sólo el torso, suficiente: para que en forma automática se esfume el gentío de allí. Síntesis de muchos gritos se oye enorme a cielo abierto un aullido escalofriante: largo, largo y con razón: *¡El muerto resucitoooó!* En menos de un minuto ya la casa es un desastre: platos rotos por doquier y flores apachurradas contra el piso, hasta jarritos, rosarios: en pedazos, y comida: embarradero. Había sido una estampida como de potros salvajes. Había sido una desdicha —pero hubo una excepción— que no se convertiría en pura felicidad sólo porque don Justino bien confuso se aflojara la corbata y viera hacia todos lados a bien de encontrar un alma; lo que encontró fue un fantasma —su esposa

paralizada— de carne y hueso ¿tal vez?: quien se quedó así nomás por la sencilla razón de que lo quería bastante: a él, al resucitado, al hombre santo o demonio… Es posible que en un trance como el de hoy ninguna palabra llegue hasta el tope y sostenga. Milagro, hechizo, miedo, paradoja, lo que sea: todas las palabras caben, se hacen una: para después estallar como un follón piruetero en una noche especial.

Catalepsia.

Enderezarse entonces quizá significara, más que contrasentido, descarrío. Un error que no importa: porque: allí junto al destrozo y los hedores lúgubres el alcalde tenía otra chanza de ser, de incorporarse en ascuas y besar a su esposa para desencantarla.

Por lo pronto, con gran dificultad logró sentarse a la orilla del catre. Viose el atuendo y rió como deben reír los que se han ido lejos y regresan y no recuerdan nada ni se hacen ilusiones. Después, paso a pasito, apagó cuanta vela vio encendida. El humo-ensoñación podía ser tan irreal como la vida misma que ahora comenzaba. Sin embargo, la mirada perpleja de su mujer estatua lo estaba definiendo, y él acá, como guaje, en vez de ir a tocarla le lanzó una pregunta:

—Y tú ¿por qué hiciste el funeral si todavía no me he muerto? ¡Habla!

La que había permanecido, más que estoica, alucinada; la que no huyó como todos ni había sufrido colapso y que muda se sostuvo bien derecha demostrándole a su esposo su cariño y su criterio: de momento no supo qué responder. Lo que fuera sería algo y al cabo de unos segundos apenas dijo entre dientes:

—Pues… Discúlpame… Mi amor.

Eso era un contrasentido. Un truco sentimental.

—Pero, entiende… Merezco una explicación.

—Eso es lo que quiero hacer… Aunque por el susto mismo no sé por dónde empezar… Es que…

Con un ademán de monstruo Justino la interrumpió. Notaba su trabazón, de ahí que, rodeados de tiradero, desearan antes que nada un bonito acercamiento; y fue una noche distinta. Mejor: noche de condonaciones e incontables recomienzos, de lógicas inservibles, siempre a punto, siempre infaustas. Sí, pretextos: de los que a medias convencen pero que en esta ocasión diluyeron el terror: de ser dos, de nueva cuenta, que se enfrentan, que se tocan para saber que están vivos. En principio es lo que hicieron permitiendo que sus tactos evidenciaran lo real. A la postre: fue una noche interminable en que el sueño se les fue, de la cual se saca esto:

Luego de reconocerse vino la calma deseada para que Justino al fin se pusiera su piyama, ¡claro!, no sin antes desnudarse para una buena bañada, y pues la esposa también —aunque ella no tuvo ganas de un

remoje necesario sí se puso un batín rosa con siluetas de humareda—. Durante el trámite, si bien, se dijeron muchas cosas a distancia. Cada quien en sus trabajos en un sitio diferente seguía hablando sin parar, y a veces, por sortilegio, escuchaba de rebote alguna despachadera inmediata a su decir. Parecía que las paredes tuvieran voz esa noche… Sin embargo, la confusión principal todavía no se aclaraba. Más tarde el resucitado y su endurecida esposa se volvieron a encontrar y caminaron sin prisa rumbo a la magna cocina a prepararse un café, pero no con piloncillo. Una vez ya relejados —sin maquillaje el alcalde, reavivado por lo mismo su aspecto convaleciente— sentáronse cada cual en una silla: muy próximos, y al mirarse con pasión ella dijo de repente:

—Ayer, como a la diez de la noche, vi que estabas medio tieso recostado en el sillón de dos plazas de la sala. A mí la mera verdad me pareció muy extraño verte allí como un niñito zorrillo que se duerme en cualquier parte; y digo esto porque cuando tienes sueño tú no te andas por las ramas, o sea: te vas derecho a la cama. Bueno, te fui a despertar confiada y ¿cuál? Te llamé más de seis veces pero tú no despertabas, entonces, me entró la angustia de plano. Yo valiente como soy no quise gritar ni eso porque no era para tanto. Al contrario, a sabiendas de tus tretas de viejito escolimado, entendí que te hacías pato, y así pues, para seguirte la broma quise reírme a la fuerza, pero viendo que tu cuerpo ya se te había engarrotado enmudecí temblorosa. Uh, ¡estabas requetemuerto! Todavía, por si las dudas, te di una buena movida de brazos, piernas y cara; también te hice unas cosquillas. Fracasé. Mas a fe que soy luchona ya como último recurso abrí tu boca reseca para besarte con ganas metiéndote bastante aire y ¡asco!, ya no te pude colmar… Entonces sí comprobé que eran ciertas mis sospechas. De modo que me salí como de rayo a la calle a tocar desesperada las puertas de los vecinos: dos o tres, a ver si cuatro. Fue un milagro que me abrieran a esas horas. No necesité gran cosa de argumento o de arrebato para hacerlos que vinieran a hallar prontas soluciones. Fueron siete voluntarios: todos hombres: los que al fin me acompañaron; uno trajo una jeringa y otro alcohol y otro pastillas que no sirvieron de nada porque tú seguías igual. ¡Vaya!, comprobaron lo que yo y tras varias intentonas decidimos colocarle en el catre en el que estabas —como se estila en el pueblo— y velarte al día siguiente. Allí pasaste la noche, supongo que no muy bien. Yo no me pude dormir, por eso busqué una silla, y sentada mucho tiempo te estuve observe y observe con un poco de distancia. Veía en ti toda mi vida hacia atrás y hacia adelante. Lloré, lloré mucho, no lo niego; a ratos cerré los ojos para tratar de borrarte, ¡imposible!… Por la mañana vinieron muchos más a darme auxilio, y eso sí: se portaron muy amables… Total que: ahora que reviviste quiero de nuevo pedirte la

más sincera disculpa; aunque sí creo que tú debes ponerte en mi posición: yo jamás me imaginé que te ibas a levantar…

El trasfondo del suceso, tan lenguado finalmente, dejó exhausto a don Justino que, no obstante, aún trataba de argüir, sin un claro fundamento, vagarosas providencias; así: sus motivos de reproche, que indeciso iba sacando mediante frases al canto, se desplomaban de a tiro ante el aplomo expresivo de su querida mujer: quien ya para estas alturas había agarrado confianza como antes del funeral: de ahí dándole hacia atrás: ah: tantos años de llevar las riendas del matrimonio con la efectiva pujanza de quien habla mucho y bien y rápido le da al clavo.

Para*ello: hay que entrar en pormenores. Por ejemplo: entre sus muchos reclamos don Justino, un poquillo avergonzado, trajo a colación de pronto el no llamarle al doctor que vive allá en Cuatro Ciénegas para que viniese a dar el diagnóstico final. Porque: es de saberse que aquí no hay doctor de profesión, y en caso de que haya urgencias es necesario acudir al teléfono de Eustolio: que le nombran “La caseta”, la única de este pueblo.

—Te juro que eso pensé, aunque, como soy prudente, hice cálculos mentales: de Ciénegas hasta acá son más de treinta kilómetros. Es cierto que es lo más cerca que tenemos a la mano si de doctores se trata, pero ¿cuánto tiempo iría a tardarse el susodicho señor en quitarse la modorra, vestirse como se viste, preparar su maletín y a trote y freno venirse en su carrito tartana que, como todos sabemos, siempre se le descompone? Yo calculé unas dos horas y pues no, me dije que mejor no. Hubiera sido terrible estar cruzando los dedos para que tú no te fueras. Mejor me puse a rezar y mira qué cosas pasan: Dios quiso que regresaras.

¿Faltaba algo todavía? Bueno, no hay que olvidar que el alcalde desde luego seguía enfermo, por lo tanto, aun siendo su presencia una insidia o un milagro, no habían desaparecido de sopetón sus achaques.

¿Entonces?… Lo del doctor seguía en pie. Don Justino, cabizbajo, se lo dijo a… Más bien se lo dijo al suelo y a ella le entró el sentimiento: Sí, es verdad… Y la verdad de estar juntos era bastante sencilla… Se abrazaron: gran abrazo. Las caricias de otros años revivían.

La noche iba para largo. Una noche harto distinta en que dormir sería acaso como retar a la muerte. ¡Ni de chiste!, y eso que estaban cansados, sobre todo la señora.

¿Rumiar en lo sucedido? La espantada del gentío, el tiradero infeliz: por supuesto comprensible. ¿Y qué más?

Lo dramático que llega, que es la base sugestiva de lo que se extralimita para deshacerse luego de manera imperceptible. Mejor: el mismo hecho de sentir que todo se cuatrapea ya presupone principios

tal vez falsos, tal vez ciertos, que no tienen porvenir. De modo que: si tocaron esos puntos fue para hacer del desastre un tema de incertidumbres, ir desde las consecuencias hasta el acto de morir durante unas horas nomás. Conforme siguió la plática las preguntas de la vieja surgieron a cuentagotas cual si temiera llegar al asunto inverosímil: la aciaga revelación…

—¿Y qué sentiste tú así: aparentemente muerto?

—No sentí nada de nada.

—¿Cómo nada?, a ver, explícame.

—Nada, pues, ni movimientos, ni formas, ni emoción, ni… Bueno, a lo mejor nada es todo.

—¿No viste a Dios, por ejemplo?

El alcalde se turbó al oír esa palabra… Y no quiso soltar prenda. ¡Pues qué tonto!, ya que si hubiese querido, para hacerse de gran fama bien que podía darse el lujo de inventar alguna historia descabellada e ideal de personajes amorfos que se metían por ventanas de construcciones chiclosas para salir nuevamente a vagar por el espacio. Una fiesta sideral carente de gritería y una música de circo trompetera e incesante. Así: ¡pura gente voladora! ¿Quién podría negarle al cabo que aquello fuese mentira? ¡Válgame! Pero la palabra “Dios” era un asunto muy serio y fue lo que lo ubicó en la entera realidad. Dios estaba en todas partes y en ninguna al mismo tiempo. Dios era el revés de Dios. Era bueno y era malo y no era bueno ni malo. La nada era su dibujo y el todo ¿a quién le importaba? Conjetura o ¿ilusión?

—Para qué te echo mentiras… Yo no conozco la muerte.

La esposa bajó la vista, miró al suelo de mosaicos cuyas formas curvilíneas no significaban nada. Luego con sus ojos de águila repasó el entorno aquel que al parecer se ensanchaba sin sentido: ¿para qué? El silencio en este caso quería ser un personaje; sin embargo, jalonado el desenredo, había un hilo que seguir…

Dona Tecla alzó la vista denotando una energía tan superflua como falsa; se quiso muy razonable y:

—Me imagino que vas a ir a la oficina. Hoy ya no, por el desvelo, pero mañana ¿qué tal?; todavía eres presidente.

Filudísima descarga: una especie de diatriba a la que él debía de hacerle casi un pase de torero. Urdimbre de sutilezas que ¡ni modo!, que después, siendo que no habría ni aplausos si contestara una gracia. Y se explica: reactivados los dolores del alcalde y vencido por el sueño o por la debilidad no poseía tanto empuje como para entrar de lleno en sesudos alegatos; finalmente comprendió que el haberse levantado era una equivocación… La vida desentonaba si es que había segunda vez. Por eso fue que al oír las palabras de su esposa él quiso cerrar los ojos para siempre: sin poder, y si agregamos aparte que la

luz del nuevo día ya pintaba los contornos de la cocina y de todo con un brochazo jovial pero absurdo a fin de cuentas… Lo que sí que: pese a su enorme fatiga don Justino respondió cual si estuviese soñando:

—No, no iré… Me daría mucha vergüenza que me vieran en la calle como un resucitado. De seguro para algunos sería el diablo en carne y hueso; quizá para otros un santo; y para el resto ¿quién sabe?, pero no el mismo de siempre.

—Es que tienes que ir allá a cumplir con tu deber… Tienes que ir a presentarte para que todos se enteren que estás vivo de a deveras.

—No, yo no quiero que me vean… Estaré encerrado un tiempo, como unas cuatro semanas.

—Pues tendrás que renunciar al puesto que hasta ahora ocupas.

—No, mientras viva no renuncio, sólo quiero que mi pueblo en definitiva olvide que alguna vez me morí y quiera verme otra vez y…

Sin más fuerza para hablar se volvió a dormir el viejo recostándose en la mesa: no de golpe. Como un niño. Y la esposa, también laxa, todavía lo removió llamándole por su nombre: muchas veces, más de seis. ¿Angustiada como antes?: casi no o… Incrédula solamente, más bien un poco optimista, pensaba que se trataba de una broma y nada más. Sin embargo lo llamaba, le sacudía la cabeza agarrándole los pelos, hasta que:

Déjame… Dormir… A gusto… Tú también… Duérmete… ¡Ya!

Automática obediencia, ¡vaya alivio!, ¡vaya susto y qué delicia recostarse como el otro!

Pura despreocupación durante horas: al garete: sueño insano de los dos. Mejor allí que en la cama.

Bronca aparte el tiradero.

Este era un día diferente… Imagínense no más la bola de comentarios que suscitó en Sacramento el tal hecho sin igual. La casa vista de lejos parecía un antro difuso de resonancias baldías, de embrujos y conmociones que subvierten los deseos de la gente amilanada. Desde luego para muchos el levantón fue un milagro cuyos efectos tal vez durarían años y años; para otros tan sólo era una broma de mal gusto, inclusive preparada por los dos, y más aún conociendo el carácter del alcalde, sus ocurrencias risionas, su trato vacilador. Pensaran lo que pensaran nadie se atrevía siquiera a ir a tocarles la puerta para preguntarles algo. Además, por lo que toca en concreto al grupo de ejidatarios todavía no habían nombrado a un jefe provisional. Hasta no tener bien claro si vivía el alcalde o no, no pondrían a Sansón Valles, que era sin lugar a dudas el sucesor más capaz.

Oscureció al fin y al cabo —adentro, que es lo que importa— sin que nadie molestara con sus ruidos a… La esposa se despertó: viendo

para su sorpresa que el alcalde recogía, pese a su convalecencia, los restos del tiradero: que los platos, las coronas, que la comida regada; hacendoso, avergonzado, y hablantín como era siempre: monologando incoherencias.

—¿Tú que haces allá Justino? ¡Deja todo como está! —doña Tecla le gritó—. Ya vendrán varias personas a darme una mano luego. Yo creo que lo conveniente es que te acuestes si quieres.

Pero el alcalde seguía como zombi en su labor.

Para redondear el trámite se abrazaron nuevamente. Mal que bien sus vidas eran un artilugio cabal.

Platicaron con detalle acerca del seguimiento: las acciones de la esposa haciéndola de mandona, ya que él, de acuerdo a lo prometido, no iba a salir a la calle. Por lo pronto el indispuesto llenaba de indicaciones la cabeza de quien fuera una mujer del hogar que no sabe, aunque pretenda, de gestiones oficiales. Por ejemplo y por principio: reunir a la burocracia para encomendar tareas.

—Si hace falta que yo firme, tú nomás tráeme papeles.

Altibajos en el tono del enfermo: casi como onda de radio la ondulación de las órdenes que se deberían cumplir en menos que canta un gallo. Amasijo irrepetible, y el "que" y el "cómo" presentes, insidiosos, impulsivos, cuando no le entendía bien: cara de órdiga de ella: que viéndolo ya tendido en el camastro habitual no podía menos que hacerle un cariño en el copete, porque sentada a su lado —cual novia que anhela un beso— su ternura de mujer habíase vuelto infantil. Pero tenían que dormirse a como diera lugar, dado que: su adaptación al horario del común de las personas sería el paso subsecuente.

Se durmieron a la fuerza bocabajo para atisbar en comienzos de ideas que dan volteretas hasta llegar a un acuerdo: una decisión final, y al despertarse otra vez —ella lo hizo antes que él— la esposa por si las dudas lo jaló de las patillas y ¡qué va!: aquellos ojos abiertos eran la felicidad: el alcalde estaba vivo; hablaba, hablaba: ¡qué diablos!, ¿ruidos?, ¿qué?, señalando con el dedo hacia alguna dirección que no era ni con mucho un punto fijo de aquí: las montañas, o detrás, la llanura extensa y ¿luego? Silabeos incomprensibles… Y al no haber nada perspicuo en los bramidos de él doña Tecla interpretó… ¿Cuatro Ciénegas?… En fin… ¡Ah, el doctor!… Primero había que comer.

Después de los piscolabis —él nomás podía ingerir: o jugo de zanahoria o de tomate o de alfalfa— ella se fue a la alcaldía para juntar a la gente oficinesca y puntual y repartir instrucciones. Doña Tecla era un fantasma para los ojos del pueblo al caminar por las calles: tan de prisa y decidida que en verdad sí daba miedo. A cada paso que daba se iba acentuando el respeto, o sea: respeto afuera y adentro: porque al entrar al recinto, donde había gran alboroto, de pie

todos: cuán efigies: allí duros como duro el escenario de escritorios en hilera: cinco o seis. Hasta el fondo y en vitrina la bandera nacional, y un poco más hacia arriba en cuelgue estaba chuequísima la fotografía a colores de su marido ejemplar quizá riéndose de un chiste.

Por supuesto que había cientos de palabras en la punta de la lengua de los muchos que aguardaban sin hacer siquiera un gesto: las preguntas sin respuesta de cualesquier comidilla que se hubiese suscitado desde antier hasta el momento en que ella irrumpió triunfal. Valga de paso decir que no todos los que estaban como pandorgas atónitas eran gente de plantilla. Había ociosos valedores que le hacían al detective. Es que aquí evidentemente era el lugar de reunión más importante del pueblo: por el barajeo de nombres de posibles sucesores y porque ya Sansón Valles estaba sonando fuerte… Tronó dedos la señora, los llamó, les dijo con voz donosa que ella sería porque sí la mandona temporal. Explicóles que el alcalde no estaba bien de salud, que debía permanecer en absoluto reposo como unas cuatro semanas por lo que era necesario que el personal a su cargo redoblara sus esfuerzos. Por la mutua concordancia que tuvieron en la cama la patrona improvisada no se entretuvo en decirles la causa del levantón porque sería perder tiempo en palurdas discusiones que sólo alimentarían el morbo y el comadreo ya de por sí estrepitosos. La desviada hacia lo práctico, que no es cosa de chirleros, era el método eficaz para deshacer de tajo todo el nudo de terrores que se había formado en grande de la noche a la mañana. Muy oradora la jefa, que a instancias de su marido supo usar con atingencia la fórmula más sagaz para asustarlos deveras y meterlos en cintura, les advirtió terminante que se quitaran la idea de un posible interinato, porque su esposo era aún el mandamás del poblado y porque la ley también es clara en este renglón. A su vez, aunque no hizo amenazas en cuanto alguna rebaja del salario quincenal si no cumplían con las órdenes, sí los pudo presionar con la fuerza de su voz:

—Todo tiene que efectuarse antes de las cinco y media.

En seguida la señora dividió al grupo en grupillos —sólo los que eran empleados— de hasta seis, siete personas para realizar tan luego una labor específica. Llamar al doctor de Ciénegas, esto era lo más urgente; recoger el tiradero que dejaron en su casa las visitas rezadoras así como la comida que ya se estaba pudriendo; aparte, tocante a los papeleos donde por equis o zeta se requiriese de firmas pidió a los jefes menores que se los proporcionaran para llevarlos consigo. Otro asunto: no habría ninguna reunión por lo menos durante un mes; las demandas campesinas, que eran pan de cada día, se estancarían por un rato, por lo dicho con aplomo; no habría ningún gasto extra, ni reformas ni proyectos, cosas de ésas que requieren de análisis concienzudos; es decir: mientras que el alcalde en cama

estuviera recobrándose la vida de Sacramento estaría paralizada. Sólo las cosas de diario, dignas de tramitación, serían las que doña Tecla checaría cada mañana, exceptuando los domingos.

Si hubo algunos desacuerdos ante las nuevas políticas que el alcalde —se deduce— había ordenado esta vez, ésos nunca se expresaron. La mudez agorzomada fue el efecto natural. Que si hubiese ronroneo pues sería muy bajo el agua, se comprende porque siempre pasa igual… Bueno, todo listo, a darse prisa… La vieja salió de allí acompañada de seis, digo siete humildes gentes: agachadas y sencillas. En la calle, nuevamente, las sorpresas a granel: la sumisa admiración… Al sentir que ella era el centro de innumerables miradas a capricho levantó, aunque no viniera al caso, sus manitas cocineras: con dos dedos de su izquierda —por más señas: el índice y el cordial— hizo una "V" de victoria y con la otra un puño aleve simbolizando la lucha a pesar de los pesares; lo malo es que sus sortijas —por lo visto muy costosas— con el sol refulgían tanto que opacaron por completo sus afanes positivos.

¿Heroína o algo así? Ella misma apenadísima se percató de su error, pues no había necesidad de alardear más de la cuenta, por lo que bajó los brazos sonriendo a diestra y siniestra y siguió como si nada. No obstante, como quiera que se ve¿. era casi inevitable que la airosa superiora pensara muy hacia adentro: / *Qué bonito es el poder!, nadie replica a lo bruto porque temen que yo sea como el mismito demonio, y el demonio no respeta a los corderos de Dios, que son los del presidente… Ay, ¡qué bonito es mandar y que todos obedezcan!, je, hasta creo que estoy dotada…* Ilusiones… Desenfados… Si alguien de los del cortejo de cabo a rabo escuchara lo que traía la machucha revoloteando en su mente de seguro pensaría que ¡qué loba desgraciada!

Aquí empiezan los trabajos. Vámonos con el alcalde que es el primero en cuestión, quien, para que no lo viera el corro de limpiadores, como rata fue a esconderse en el rincón de un cuartillo por demás inaccesible: retacado de aparejos, desde donde oyó vivaz en friega los taconeos de… Parecía que un batallón hubiese entrado a su casa.

Y la esposa, toda vez que el tiradero ya era tema del pasado, lo buscó; broma segura, ¿dónde, pues?… Y el encuentro fue de risa: ah, y de abrazo prolongado… Como a las seis de la tarde llegó el doctor susodicho: con anteojos: muy galán, y también muy centavero. Revisólo.

Con decir que el medicastro no hizo nada extraordinario. Apenas si le tomó la presión por cumplimiento —tal cual era su rutina, sin importarle un sorbete la gravedad del paciente— y ya estaba a toda prisa escribiendo un enlistado de una variedad de drogas cuyos

nombres, la verdad, eran demasiado largos que ni él mismo sabía cómo pronunciarlos: y eso que se daba ínfulas de modales y dicción —como todo embaucador—: ¡válgame!, ¡qué trabazones!

—Lo que el alcalde sufrió fue un accidente nervioso de índole semihistérica en el que las sensaciones se suspenden de repente y el cuerpo se inmoviliza. Sin embargo, en un lapso de ocho días no habrá dolores rebeldes ni hipnalgias aparatosas. Tampoco habrá hiperhidrosis; lo que se le recomienda es que no duerma a deshoras, que camine por los cuartos aunque se sienta cansado y que tome sin protesta las pociones aquí escritas.

Así bien caballeroso entrególe a la mandona cuatro hojillas de libreta atascadas de grafías donde se especificaba cada cuando el indispuesto debía de ingerir pastillas y brebajes desabridos. Por lo visto, e indicado, casi cada diez minutos una droga diferente. Solapemos el diagnóstico —eso hizo doña Tecla—, por no estar en condiciones de investigar si el doctor le había atinado al remedio. La tacha viene en seguida, porque:

—Y dígame usted por Dios ¿dónde podré conseguir esta tonga de menjurjes?

Por favor, señora mía, he venido preparado… Los traigo en mi maletín.. Mm, yo se los puedo vender.

No había para dónde hacerse y: ¡un cuentón!: al que se debía sumar el viaje hasta Sacramento, o sea: el costo de gasolina, más aparte y propiamente la atención faculativa, casi casi la elegancia de un traje y una corbata.

No tenía en su haber billetes la patrona temporal. La gran cifra la humillaba, por lo que era menester que fuese hasta la alcaldía a sacar del presupuesto que estaba en la caja fuerte. Antes tuvo que pedirle a su esposo y en secreto: conciliábulo al oído: la combinación maestra.

—Discúlpeme usted, doctor; no tengo el dinero aquí, por lo tanto voy y vengo, no me tardo… Mientras puede platicar de lo que sea con Justino.

Importante es que a esa hora ya los empleados de allá se habían metido a sus casas. Por lo que el saque de fondos debió ser bastante cómodo: para ella que encantada llegó con el efectivo… Adiós, sí… Aunque cabía que el doctor por último le dijera:

—Si hay problemas a futuro llámeme inmediatamente.

Días pasaron, nebulosos, en que el encamado éste en lugar de ir mejorando fue perdiendo su vigor. Las pociones amargosas una tras otra ingeridas parecían arrellanarlo más y más en su camastro al grado de que su habla ya no servía para nada. No contaba, por lo mismo, con la fuerza suficiente para levantar un índice ni mucho menos firmar los documentos que a diario doña Tecla le llevaba. El estado

momentáneo de las cosas burocráticas —dicho por ella en un tris— a ratos lo hacía vibrar dando así la sensación de un fugaz recobramiento: de palabras solamente, inconexas, delirantes, ya que en el aspecto físico el dolor lo apachurraba, aferrándolo con saña a su posición tendida.

Deterioro paulatino que puso en jaque a la esposa, quien de hecho se negó a contratar a sirvientas que pudiesen auxiliarla en las dosis de menjurjes; descontemos los cuidados: esos mimos calurosos que nadie le daría a chorros como ella a toda hora; ergo, pues, salta a la vista la razón que él esgrimió: el no querer que lo vieran; explicable disyuntiva que doña Tecla, medrosa, acaso quiso llevar hasta un límite fatal, esto es: que el enfermo fuese objeto de una infame brujería o que alguien impaciente, mandado por el corrillo de un posible sucesor, le encajara una charrasca para enviarlo al camposanto.

Esos eran los extremos de un miedo que iba creciendo en los nervios de la doña, la que por mera inferencia había caído en la cuenta del engaño doctoral. Resultado: mandó al carajo el poder, se olvidó de la alcaldía para estar más al pendiente de quien fuera cuando novios su piropero constante, el de aquellas frases únicas a la sombra y a la luz: juntos en la sabrosura.

Que quisiese doña Tecla tener hoy en un instante los encantos del pasado; que sorteara antojadiza sus vanidades añejas de púber despampanante, bueno, dependía de su consorte, el cual ya no podía hablar, ni reír, ni siquiera ser odioso como en ciertas ocasiones en que salía de una junta donde los ejidatarios lo ponían fuera de sí. Nada de eso, ni el perdón —lo de costumbre— que era el rasgo de Justino. Y lo amaba, pese a pese, como se ama lo que tiene más trasfondo que evidencia. Por ende, a causa de los recuerdos que florecían en sus sueños, hizo que se incorporara para sacarlo al traspatio a que le diera la luz, a que el aire de este mundo le dibujase en el rostro una mueca contentísima: capaz de hacerle olvidar, aunque fuese por un rato, su estado de gravedad y aquellas horrendas pócimas que al correr de días y noches le iban secando los jugos de su cuerpo sanguijuelo.

Pues fue peor. El hombre se engarruñó como un escarabajo.

Así, la mujer desesperada destruyó las medicinas que habían salido tan caras. Vio con mórbido placer el reguero burbujeante de aquellas substancias acres anegándose en la tierra. Entonces, con el ardor femenino de la mujer que no cede, confió en su imaginación para inventar un potingue, un elíxir exquisito como remedio casero cuyo sabor y eficacia revitalizaran pronto a su adorado señor.

Pero, ¿por dónde empezar? En el solar de su casa había escobos del desierto: donde: coquetas, guapillas, plumbagos, nohas, pichilingas, restos de box wood, lantanas, gazanias y sacasiles punteaban como queriendo… Una brizna de cada uno para meterlos en agua,

¿servirían?, en revoltijo tal vez, dándoles buena cocida con azúcar de segunda y un poquillo de vinagre.

Y a ver qué coloración y a ver qué sabor ideal… La esposa se acomidió. Sin angustias busque y busque a la postre, decidida, hizo todo cuanto era lo que su mente estimaba como solución quizá, agregándole si bien otros tantos vegetales.

Consecuencia: un néctar muy resinoso, verde olivo, verde amable, que ella probó con prestancia de un solo trago un jarrita: digamos que copeteado. La sonrisa del deleite en su rostro apareció: *No está mal… No sabe a rayos…* Y sin pensarlo dos veces que prepara otro jarrita para dárselo al enfermo: engarruñado el ingrato.

—Tómate esta solución.

Medio que el alcalde pudo sus miembros articular: abrió la boca temblando, ella le ayudó a beber de una vez todo el brebaje y: gesto de insatisfacción fue la muestra: lo primero, y en sus ojos brilló el odio por instantes, aunque luego fue alegría: poco a poco: ¡qué más da! Hubo en él ciertas reacciones que acaso lo desahogaran de un mal harto inabarcable, un estado de inconciencia que duró algunos minutos para después transformarse en un endurecimiento muscular del cuerpo entero.

La insana expresión atónita de un rostro donde los ojos se abren mucho para ver un punto fijo en el techo llenó de horror a la esposa que no quiso sacudirlo por no enfrentar la verdad. Lo que hizo fue correr como loca a la cocina a fin de echarle la sal o escupirle varias veces al elíxir inventado.

El diablo andaba rondando…

¡No!, se dijo, *tengo que estar junto a él*. Pero qué casualidad que al regresar vio a su esposo sentado como si nada en una silla del cuarto: rascándose la cabeza… Cuando él notó que venía nomás dijo:

—¿Cómo… estás?

¡Oh miserable sorpresa!, y que va por el abrazo, a ver si ahora las caricias… A ver si ya a la oficina, a ver si en definitiva se incorporaba: ¡ojalá!

—¡Vaya bromas que me haces! ¡Qué buen susto me pusiste!

No résponďió don Justino, solamente hizo una seña, sea que: con sus dedos hizo un "cuerno".

Seguimientos, mejorías —de una semana hacia acá— que mal que bien dieron dicha para que ellos, muy a ratos, platicaran de lo de antes: sus comienzos, sus deseos; de cómo se conocieron y cuál fue su devenir. Nunca faltaba una broma, un halago, por ahí, tonificante y sensible. Sin embargo aquellas pláticas se acababan de repente porque él decía con franqueza que ya estaba muy cansado.

Y hubo un día que en la mañana doña Tecla fue a llevarle un

caldito de tomate condimentado con ajo: a la cama: con amor, pero ¿cuál? el dormido siguió así; ella, vivaz y gustosa, le sacudió la cabeza: otra broma de seguro… ¡Úpale!, ni se movía; lo llamó más de seis veces, le gritó con desespero pellizcándole con fuerza los cachetes y la boca esperando la reacción; lo que sí que se dio cuenta que el pobre hombre estaba tieso como tronco de nogal. Entonces le habló al oído: "No insistas más con tus chanzas, ya estuvo suave por hoy; mira que si no respondes te voy a enterrar de plano… No me retes, no me obligues… Ah, no me digas que no estabas mejorando… ¡Habla pues!… ¿Qué no me oyes?… ¡Anda, entiende!, vamos a ponernos serios porque te juro por Dios que no lloraré por ti… ¡Anda!, no te quiero hacer cosquillas; bueno: o te levantas o lo hago…" Y viendo que su marido permanecía inamovible, que le pica las costillas: un amague retozón que no le dio resultado… Y nada más por hacer. ¡Al diablo todos los juegos! Correlona como nunca salió en busca de vecinos que encontraría a lo mejor desayunando: ¡caray!; con su influencia de mandona tuvo suerte porque algunos, puros hombres desde luego, acudieron en su ayuda, unos diez, póngale once.

En principio cada uno utilizó similar procedimiento que la señora hacía rato: sacudidas, tentaleos; luego a Justino entre dos lo sentaron como a un rey abriéndole en cruz los brazos, tal postura y tal mimbreo dio confianza a las personas dado que un muerto cualquiera no permite que la gente lo maneje como títere: su dureza es su defensa, su mirífico poder, por lo mismo doña Tecla quiso hablarle, regañarlo, pero pensó que su voz no debía salir grosera de su boca de chiflido —es que: si la escucharan aquéllos pensarían que andaba mensa—, sino: tendría que ser un contacto secreto y extraordinario: asunto de dos cabezas: telepatía metafísica, y pensó pero con ganas en que aquél le respondiera: "Mira a los grados que llegas… ¡Ya despiértate por Dios!, no importa que los asustes…" Ninguna contestación.

Prosiguieron los intentos hasta que a uno de los tantos se le ocurrió porque sí pegar su oreja a la altura del lugar del corazón para oír si latía aún: nada, ¿cómo? Fue entonces que con sus dedos le hizo bastantes cosquillas y al notar la rigidez le abrió de plano los párpados y: ojos rudos o asombrados: sin matiz, sin sangre pues: activa: ¿cómo saberlo?

—Está muerto, lo aseguro —dijo al cabo.

El movimiento se hizo, por lo menos la noticia —en cosa de unas dos horas— circuló de boca en boca hasta abarcar por completo las orillas del pablado que ya de un momento a otro esperaba tal deceso. De nuevo por todas partes aparecieron las flores, los guisotes, los apuros y…

Las coronas, salidas de la bodega: propiedad del municipio, ahora sí con crisantemos: muchas más, pero: ¿quién por sus pistolas fue el

que mandó que se hicieran y a qué pueblo porque aquí nadie las hace tan grandes? De seguro Sansón Valles o Zózimo Salvatierra o Juan Antonio Chavira o ¿cuál otro? Queda la interrogación. *Tu broma ya rebasa los límites de la risa, pero tú sabes lo que haces…* pensó diciéndole a él la esposa que como estatua contemplaba las acciones de la pintada de boca y de la puesta de traje. *Mira cómo te maquillan esas Hijas de Marta… Hasta pareces bebito que va a ir a una piñata…* ¡Listo!: al catre: lo llevaron; colocaron dos mujeres —como hacía unas tres semanas— los cirios de naftadil: ¡cuatro!: y hartas velas por doquier: ¡a prender mecha tras mecha!

La esposa, bien alelada, no era capaz de mandar a los muchos que invadían como ratas su casona; tal si fuese una sonámbula deambulaba a la deriva por los cuartos en hilera cual si viviese deveras lo esencial de un sueño amargo. *Como podrás darte cuenta todo el mundo hace y dispone; yo no los puedo frenar, tampoco lo intentaré…* Ni los ruidos del trasteo daban visos de respuesta. No obstante, y hay que decirlo, el aire se enrarecía.

Llegaron las plañideras, las rezadoras también: el conjunto ejidatario: a las cinco de la tarde; los pésames eran eco que rebotaba en la sala o en la carne entelerida de aquel bromista sin fin; ella no daba las gracias, ella aparte, inquebrantable, esperando el levantón, como también las personas que sólo por compromiso rezaban casi llorando. La atmósfera funeraria para la esposa perpleja era puro nuberío: una escena flotadora con ángeles y querubes, pero para el resto en ascuas esa tamaña tensión no encontraría más cobijo que la voluntad divina: que se fuera de una vez —eso en el fondo pedía la azorada concurrencia—, que ya el alma del alcalde volara hacia el infinito.

Después de un par de rosarios se sirvieron los cafés y los platos con arroz. *¿A poco no tienes hambre? Pues yo sí…* Hubo cantos de dolor como a eso de las ocho. Llegó luego el carpintero —tembloroso como un pollo cuando le echan agua fría— con su cinta de medir: seguido atrás por el cura, el sacristán y los monagos; que es que ya los santos óleos: la misa sería mañana. Era el momento preciso para que él se levantara como lo hizo la otra vez, pero la semisonrisa que había en su rostro fatal parecía decirle a todos que hoy no les daría ese gusto. *¡Acomídete, mi bien!, no dejes que ellos dispongan… ¡Anda!, está muy bueno el arroz…* Y a propósito y a fuerza: no pasó nada de nada.

Transcurrió toda la noche sin efectos, sin suspenso —o bueno: si es que eso hubo: fue atenuándose de a poco—, tal como siempre transcurre un velorio natural. *Fíjate que amaneció y ni siquiera he llorado…* Comentaron por ahí, entre la bola de… tristes, que por la noche unos hombres, a instancias de Sansón Valles, habían cavado la fosa donde enterrarían por fin al mandamás renegado. La esposa,

como a las diez, ya estaba retedormida cabeceando en una silla sin perder el equilibrio; pues tenían que despertarla porque el féretro ya estaba en la puerta de su casa con la tapa levantada esperando el contenido, el bulto que sin embargo podría darles la sorpresa si se enderezara y ¡vámonos!

Las campanas de la iglesia doblaban a duelo ya. Cualquiera de los forzudos del tumulto callejero que aguardaba a lo tarugo estaría muy decidido a meter a don Justino sin permiso de la esposa, mas, al tiempo de las fumadas en la calle por los nervios adentro había tres mujeres que removían a la doña; pese a tanto zarandeo ésta no se despertaba: ni con gritos al oído ni con pellizcos ni piques; bastó que a una de las tres se le ocurriera acercarle una flama de cerillo en el cuello para que ella obnubilada o brutal saltara como resorte. Bien que pudieron hacer lo mismo con el alcalde, pero después de una noche y un día enteros sin que él moviese siquiera algún dedo o una ceja aquella comprobación resultaría baladí. Sin más cuatro voluntarios de los de la burocracia se aprestaron de inmediato a meter a su patrón en el féretro café para llevárselo en hombros iniciando así el cortejo, pero:

—¡Esperen, todavía no! —clamó ella— quiero decirle una cosa.

En secreto: mientras le hacía unas caricias en el cabello engomado y apretábale, no tanto, el nudo de la corbata: balbució entre dientes algo que nadie alcanzó a escuchar, diole un beso nada más en uno de los cachetes y con soberbia frialdad cerró la tapa y adiós. No lloró, no hizo pucheros. Admirable compostura, lección, sólo por creer que aquél en los últimos instantes se levantaría risión burlándose del gentío.

De hecho: el temor seguía latente cuando se inició la marcha. Unas cuadras de trayecto en que todos presentían —mera posibilidad— que el alcalde con sus manos golpeara mucho la tapa pidiendo que lo sacaran. *Por tozudo, por chancero te fregaste… Debes saber que si gritas te soltarán esos hombres y te darás un ranazo…* Ritmo lento y polvareda. Perspectiva musical en el silencio tolondro; pasos, rezos, balanceos…

A reserva de un percance que infligiera un desajuste en las prácticas devotas: hubo misa con incienso y con cánticos de niños. Misa de cuerpo presente, larga y triste: con sermón sentimental y: rumbo al panteón todo fue un cuadro gris que se ciñe a un viejísimo recuerdo: colores que se acobardan, fecha y luz para el olvido, hoja que al fin se desprende.

Tenían que bajar el féretro hasta el fondo de la fosa; antes con detenimiento, verle por última vez el perfil inmaculado, su sonrisa contenida; luego: echarle unas cuantas lágrimas, a propósito: ¿qué más?, y paletadas de tierra, de esta tierra hecha de sal; y echarle flores de aquí para adornar de algún modo su lugar definitivo. *Si ya de plano*

te fuiste, respóndeme como puedas… El cielo se retorció: muchas nubes se juntaron haciendo algunas cabriolas que bien daban la impresión de acomodos incesantes, pero en medio del meneo se coló un rayo de sol que quizá significara una palabra azarosa. Apostilla celestial.

Doña Tecla, inquebrantable, echó un puñito de tierra y se dio la media vuelta para irse solitaria. ¿Qué podía pensar la pobre? Tantas cosas, tanto hechizo insuficiente: que la vida es un mal chiste o que la muerte es acaso la que signa para siempre cualquier tiempo verdadero.

Todo podía concretarse con la amarga retirada, pero la duda siguió; por orden de Sansón Valles dos hombres con carabinas tenían que permanecer velando durante esa noche la tumba de don Justino… No fuera a ser la de malas… Tenían que estar al pendiente por si acaso el mandamás lograra salir de allí, como hombre o como fantasma, sería cosa de meterle unos dos o tres balazos.

CUANDO NADA PASA HAY UN MILAGRO QUE NO ESTAMOS VIENDO

Cada línea en el espejo insinúa otra línea en torno, y otras más para desdicha: muy apenas. Son tachones que en tasajos suspendidos dañan cuerpos al quererlos redondear. Cada línea bebe luz porque da sombra a las formas, les da tamaño hacia adentro, un ajuste perdulario. Un espejo puede estar en cualquier sitio, en el campo o en un cuarto, en el suelo o colgado de algún clavo, y traduce lo que hay: feo, bonito, regular. Si hay mucha luz distorsiona cuanto puede, si hay poca crea figúreos y disfrutes sibilinos, si está oscuro pues ni modo.

Siempre aparte —por cuestión del difuso raciocinio o los posibles reproches que puedan surgir de aquí—: la vida de los espejos es como la vida humana o la vida de las cosas incapaces de vivir. Son objetos que conforme pasa el tiempo van perdiendo nitidez, se carcomen a sí mismos: sea primero por los bordes o empezando por el centro: es igual. Quizá tengan su memoria si se parte del supuesto de que añoran una cara inolvidable, es decir, quisieran volverla a ver para aprendérsela más, para hartarse de sus rasgos porque no y porque sí, ya que: son imágenes proclives a perderse en el vacío, tan prolijas e imprecisas en tanto no se reflejen en un espejo cualquiera; pero de ser lo contrario, aunque sea por un instante, nace una correspondencia, y algo de ello se atesora.

Una línea, cualquier forma, un destello o un mohín, quedan fijas ¿para siempre?, o a lo mejor se propagan en alguna superficie: deshaciéndose en lo oscuro, creando sesgos en la luz, un hallazgo que transcurre, un enfoque traicionero. Por eso mismo un espejo puede cansarse algún día de repetir lo inmediato, pues quisiera que su alcance rebasara dimensiones. Mas para que lo consiga debe existir otro espejo enfrente de él casi en igual posición. De haber otros por ahí que en cierta forma se vean: nace un juego que prolonga los objetos hasta donde el ojo alcance: por detrás y por delante, de perfil y de tres cuartos: eso es una circunstancia. Lo común es que esté solo, esperando a que alguien venga, o simplemente a que haya movimientos. Sin embargo, la soledad de un espejo es pura simulación, atareos inacabados: porque la luz se disuelve en pequeños

arcoiris cuyos filtros quieren ser un goce que se ensombrezca, se dilate en los vislumbres: tal si fuera un organismo que se apiada de lo externo, que lo obliga al artificio. Cuando nuevos los espejos se parecen, pero después cada uno vive su temeridad. Todo esto dicho adrede, aun si se consideran las penosas rajaduras o de plano que se rompan en innúmeros añicos; y es que: las minucias esparcidas también son lo que reflejan… Y se empachan de las cosas… Y se mueren hacia adentro.

El caso es que en una pieza de tantas, en un pueblo, había un espejo suspenso en el que nadie siquiera se miraba de pasada. Su textura amarillenta hablaba de su vejez, de su falta de reflejos. Era una especie de adorno que además de su tamaño —un óvalo donde entera cupiese una cara grande—, tenía un marco enverdecido con alboroto de hojas: laminaje retrechero que no era tan vistoso pese a su enmarañamiento. Los moradores de allí, al moverse tesoneros como una respiración yendo de aquí para allá, qué se iban a detener para arreglarse el peinado por espacio de un segundo. De seguro otros espejos más nuevos había en las piezas contiguas donde con toda paciencia las personas se mirasen con humor o con reserva, pero éste —ansioso de aquellas caras que alguna vez se apostaron y envidiando a los de uso corriente en los cuales a cualquiera le dan ganas de observarse incluso para ensayar varias muecas— ahí colgado durante años esperando algún suceso. La verdad es que ni el tiempo con su amargo descascare retraído en el espejo acercaba caras nuevas o curiosas. Día con día una propela amarilla hacía una leve cabriola para caer en el borde de hasta abajo y ser parte de una pila de cachumbos sostenida por un vidrio protector. Para colmo hubo un día en que el espejo fue cambiado de lugar. Lo llevaron a otra pieza más oscura donde un rayo mañanero se inmiscuía delgadito pegando contra otro espejo colgado al igual que éste, y casi a la misma altura, pero más envejecido. El rebote alcanzaba a iluminarlo aunque de modo indirecto porque estaba no de frente sino en la pared izquierda con respecto al mencionado. Esa pieza al parecer los moradores la usaban para introducir tiliches que a la postre venderían. Lo más raro es que lo hubieran colgado en lugar de amontonarlo como a los demás objetos. Por lo pronto: oscuridad; salvo el rayo, o haz, o línea cada vez cuando el albor; ahora, debido precisamente a su nueva ubicación, su contrapunto incipiente era una pared vetusta con descascares de enjarre. Así, compartiendo el abandono con el desorden de aquello y aceptando más o menos el vislumbre piscuintío que le daba el otro espejo, transcurrió bastante tiempo: carcomiéndose con calma hasta que: vino alguien, lo quitó para llevarlo a otra pieza cuyo alumbre permitía informes alejamientos, perspectivas caprichudas. Al colgarlo en la pared junto a retablos de santos pero un poco más arriba, ya de

perdido tenía una visita en la noche, por aquello de los rezos. Mas su suerte estaba escrita: nadie volvería a mirarse. Ni siquiera cuando el fulano hizo el cambio: que aprovechara el trayecto para verse de pasada, cuando menos por error o de manera fugaz: no. Y el sucio espejo morriño pues tenía que resignarse a no ser más que un adorno. ¿*Y* su cambio? Tal vez fue recuperado no tanto por su eficacia sino por el marco antiguo de hojas enloquecidas. Aun así, ese grave amarillor todavía captaba algo cuando la puerta del cuarto pues la abrían de par en par dando de lleno a una calle y luego a una plaza enorme cuajada de pinabetes. Las siluetas de personas hasta allá: vertidas en la espesura.

Tenue y pálida obtención; casi dibujo que sangra, a lo lejos, conforme los movimientos que quisieran desbordarse en lo liso del espejo: desbordarse entre las sombras de allá: lo posterior a la plaza: la fealdad recrudecida o la belleza extraviada. Lo más triste, y por eso indescriptible, la imagen que ya no alcanza, que no llega a reflejarse ni siquiera en torpes trazos. Ah, si esas personas que pasan supiesen que hay un espejo deseoso de repetir…

No… Escenario amarillento que a despecho se consume.

Sin embargo, por las noches, alguien cerraba esa puerta quedando la referencia de un quebranto de madera que en penumbras remitía a mellas apabulladas.

Sombras flojas que apachurran cuanta línea, cuanto brillo perspicaz. Faramallas espectrales, jugueteos inacabados en una atmósfera cruenta donde voces van y vienen sin registro, sin origen. Las turbias deformaciones a la luz de los quinqués, y el amarillo abstraído del espejo sometido por filuras de negror amasando, matizando los espacios que el espejo apenas puede aludir. Rezos luidos que rebotan en el vidrio protector. Palabras de elevación que el espejo no atesora ni en los bordes aunque sugieran materia: soledad evanescente. Pobres sesgos insensibles, y luego el apagamiento.

Un arbitrio ¿pertinaz?

Acaso pasaran años, lustros, décadas que fueran y: ya la pura pudrición: una isla amarillenta, lo demás: un montonal de propelas allí en la parte inferior como si fueran confeti. De nada servía que alguien abriera todos los días la puerta de par en par, porque la plaza y la calle tan sólo eran un borrón muy esfumado con movimientos grisáceos, pues ni el más pequeño lustre infiltraba algún color. El espejo ya vacío, vidrio y polvo por adentro, inservible como tal. Fue por eso que una vez alguien tuvo la ocurrencia de quitarle el marco aquél cuyo ornato sí era útil, pero el cristal fue arrojado con torpeza a un basurero.

Se rompió: pedacería: aquel que fuera motivo de vanidades radiantes, que aprisionara molicies y que imantara figuras con líneas

muy definidas, tanto, que daban ganas de estar durante largo rato allí descubriendo un no sé qué de misterio en una cara bonita: ahondando en las proporciones. Todavía entre los pedazos quedó un pespunte de espejo viendo hacia arriba lo azul y una estrella por la noche: ¿para siempre? Se dijera que el destino de estos objetos vivientes —o, bueno, casi vivientes— es el mismo: añicos y más añicos. Menos mal que éste no tuvo uno enfrente todo el tiempo, que si no… Quién sabe qué pasaría.

EL FENÓMENO OMINOSO

Se puede vivir lejos, muy lejos, allá donde no llega ninguna carretera ni hay vías de tren cercanas: en un viejo aposento perdido en la llanura; allá donde no existen ni veredas fortuitas ni enemigo que salte, en ese duro espacio que amolda voluntades y cede al abandono dejando tras de sí los aires mundaneros, la humeante sociedad que nunca para, las tentaciones prontas. A cambio… Optar y para siempre por el retiramiento, por la experiencia viva que afina los sentidos y alarga cuanta forma. ¿Acaso es necesario? No, pero alguna vez sí —aproximadamente— se puede vivir solo. Lejos, donde el tiempo no premia las sabias lentitudes.

Corneliano Pineda desde hacía muchos años vivía solo en un rancho llamado *El Gavilán*: lugar seco y talludo como un cuero atezado, con mellas de erosión y bajo un sol hendido en todas partes. Ámbito legendario donde la incandescencia parece asesinar a tanta sombra intrusa y donde por doquier hay un enorme "No" de un golpe machacado que provoca a la postre la estirada del tiempo. Serenidad a cuestas acaso categórica que le ha dado al fulano el amor necesario por lo que no ha de ser, también para su alivio, una memoria agreste capaz de regodearse en el silencio de los años que ruedan de ida y de regreso.

De hecho para él la vida diaria no era sino un largo suceso y nada más.

A veces, a capricho, el fulano quería cambiarle el ritmo a ésta su soledad carente de altibajos, y era que podía a medias, porque la tal monotonía lo arrastraba hacia el método en que siempre se cae cuando no hay esperanzas de que las cosas cambien.

Sin embargo, he aquí su cuadro vital:

Por lo común las hambrunas: comiendo puros trompillos: única hierba a la mano, pues si quería variedad —matehualas, culantrillos o cardenches— tenía que ir a buscarlos. Pocas veces carne roja, cada que mataba bestias con su rifle de tasquiles, de donde: sentíase beneficiado al poder entremezclar el trabajo rutinario con la suave recreación. Ese hechizo de ser único en el mundo cantando canciones de antes y dejándose llevar que al cabo que estaba solo. Un perro su

compañero, único escucha posible, éste, con orejas muy paradas, flaco y bravo, y sus ojos: dos tizones. Entonces, de qué podía lamentarse Corneliano y con quién que lo entendiera. ¿Con el perro?, por decir… Una posibilidad; y con ello su ventura se parecía mal que bien a la punta de un cuchillo: un atisbo que es difícil contemplar.

Empero, tenía un encargo: él era peón velador, mas no recibía salario, ¿para qué? Ya con tener una estancia le era más que suficiente; por supuesto, allá cada cuatro meses cuando venía su patrón se zampaban un puerquito o una gallina asada, traídos por este último, pero ésa era la excepción.

Siendo así, pues lo de siempre: al mediodía largos sueños en que no pasaba nada.

Siestas que cambian el ritmo…

Siestas, aparentemente dulces, que engañan y que apechugan, y después, ya por las tardes, Corneliano solía ir al portal —construido por él mismo— de aquella casa de adobe para quedarse mirando el hundimiento del sol. Sentábase en una piedra, por no tener mecedora, al tiempo que le llamaba a su guardián-compañero. "Psst, Dandy… ¡Ven!", y aquél que lo obedecía echándose por costumbre a los pies del sedentario para ambos observar los declives de las nubes entre colores naranja. Esas graves hinchazones de los tintes que agonizan.

Y ¡qué decir de las noches! Un escenario estrellado casi a punto de caerse…

Mas sucedió un día de tantos que don Gumaro Velázquez, propietario de aquel rancho, llegó de prisa en su jeep. Venía con él un fulano, quien, según dijo el patrón, se quedaría en su ranchillo y por el tiempo que fuera a fin de que secundara a Corneliano Pineda en unos nuevos proyectos que se le habían ocurrido. Y que piensa el viejo peón: *Ya me fregué para siempre. ¡Ya tengo otro como yo!* El problema, en realidad, era mucho más agudo, y que añade con enojo para sí: *Qué de mañas no tendrá ese hombre potrancón De seguro que ha venido de un lugar mucho mejor.*

El patrón expuso luego un argumentazo bárbaro acerca de sus deseos, dando a entender por lo tanto que a partir de ese momento el trabajo aumentaría. Se explayó más de la cuenta en ideas casi fantásticas sobre el porvenir del rancho y por ende de los peones. ¡Hacer un poblado aparte!, pero en el mero desierto. Anuncióles que traería dentro de una semana en camiones de redilas a cientos de jornaleros a sueldo con sus picos y sus palas, asimismo, y tomando bastante aire, igualito a un orador de plazuela: les dijo que iba a venir con dos baúles repletos de carabinas y balas. ¿Armas?, al respecto, no hizo esbozo del motivo. El caso es que también dijo que semana con semana iba a traer muchas casas de campaña, herramientas, equipos de soldadura, ferrería y ganado al por mayor, todo lo que hiciera falta

según las necesidades, y además les ordenó que ya empezaran a hacer adobes y más adobes para construir estancias.

Invertir: era su fórmula mágica para los cambios completos. Pero, ¿armas?, ¿habría líos de muchedumbres en las zonas circundantes?

Se despidió don Gumaro. Antes: les dejó retazos de cabrito y de gallina e hizo que sus empleados se saludaran de mano —el perro estaba contento— exigiéndole a su hombre de confianza y casi junto a su oreja: "Aconséjamelo, enséñalo"... Ya por último el patrón dio breves indicaciones y se fue como de rayo.

Solos, ahí, al aire libre, estos peones se quedaron sin decir una palabra, timoratos entrecruzaron miradas de escarceo y conocimiento al tiempo que contemplaban la polvareda del jeep alejándose veloz: lo bueno es que encontraría algún camino sinuoso o una alegre carretera que derecho lo llevara a cierto punto remoto... El patrón entre otras cosas les dijo que cada quien por su cuenta debía hacer su lodo en grande, sus adobes bien tableados. Y si ellos se miraron con ojos perdonavidas, Corneliano tuvo un simple titubeo, se le escapó una risilla reprimida pero amable y necesaria. El otro ni se fijó, porque sin hacerle caso que se dirige al portal. Corneliano que lo sigue con la vista para luego decidir irse tras él, que, tan pronto entró, ya empezaba a descargar en el piso de cemento su equipaje terregoso.

—¡No! —que grita Corneliano mientras apretaba el paso para llegar sofocado—. ¡Allí no!

Es que: era el sitio predilecto para ver atardeceres. Que le indica Corneliano otro lugar. Fue: abajo del lavadero, el cual estaba ubicado en un recodo mugriento, aunque sí en el interior de aquella estancia olorosa a catingas antañonas. Con gran énfasis le dijo que allí dormiría por mientras, o sea: hasta no estar terminadas las nuevas habitaciones.

Era pleno mediodía y el primer inconveniente: no había agua. Bueno, sí, nada más la de tomar: un tambo de treinta litros calculados para un mes; de modo que: si se lavaban las manos o de plano se dieran un remojón: sería, para bien o para mal, revolucionar un hábito, a sabiendas de que el agua quedaba a mucha distancia como para ir a traerla cuando menos, supongamos, dos veces a la semana. Siendo así: ¿cómo iban a hacer adobes si no podían hacer lodo?

—No podemos trabajar en lo que pidió el patrón. Sólo hay agua para cuando nos dé sed.

—*¿Y* qué hacemos?

—Debemos organizamos.

Téngase que a su manera el viejo peón entendió que se le había conferido poder sobre aquel fulano que, por la facha atildada, se le notaba a las claras que era nuevo en estas lides. Sí, con su sombrero y sus botas, pero exquisito en el fondo; por lo cual, pues, Corneliano,

con crudeza, tuvo que explicarle un poco sobre la horrible carencia, y conforme aparecieran le explicaría las demás, desde luego, de acuerdo a la apreciación del hombre recién llegado.

Concerniente a lo del agua el trabajo consistía en caminar varias leguas con carga de tambo posmo y aparte con la molestia del calorón y el solazo. No contaba Corneliano ni siquiera con muías o carretillas. Nada. Sólo su espalda y sus brazos, dado que le parecía un arrojo descarado exigirle a don Gumaro utensilios para el rancho, no fuera a pensar que él era un simple currutaco. De ahí se infiere por tanto que la crítica a su manera de hacer, sería un señero apachurre a su vida anacoreta.

Lo dicho tenía que ser: las preguntas abundaron, y armándose de paciencia, por no estar acostumbrado a hablar más de lo debido, ni siquiera con el perro, el viejo peón se explayó en una y más sutilezas para dar a conocer sus hábitos tan añejos ó* sus métodos probados. Diciéndole a aquel novato, por ejemplo, que hasta llevaba la cuenta del uso proporcional de cada vaso con agua, a tal grado de aguantarse la sed durante horas y horas, a veces un día completo con su noche respectiva.

—Yo me baño, más o menos, allá cada cuatro meses, cuando de plano no aguanto el sarpullido en la piel. Eso es un gran sacrificio, tengo que ir a un tremedal que está entre unos oteros, a gran distancia de aquí, como a unas siete leguas… Entonces, ya sabe lo que le espera.

—Pero hay que hacer los adobes. Fue la orden del patrón.

—Sí, es cierto, lo que pasa es que sólo tengo un tambo disponible y más chico. Para ir al acarreo necesitamos salir casi cuando raye el alba. Son muchas horas a pie y más con el peso encima. Yo casi me tardo un día cuando voy…

—Lo bueno es que ya estoy yo. ¿No se le hace que entre dos el trabajo es más sencillo?

—Sí, pues sí… aunque no es mucho remedio. El desierto es peliagudo.

Al fulano que llegó le empezaron a entrar dudas naciéndole por lo tanto mieditis y desencanto. Por el simple beneficio de un futuro entendimiento, no podía mostrar flaqueza ante los ojos del peón, que no siendo aún su amigo podía humillarlo a la brava nomás portándose huraño; entre los dos y de tajo se establecería quizás una barrera infranqueable, la incómoda relación entre el que debe instruirse y el que enseña secamente: sólo porque es menester. Puras recomendaciones y nada de intimidades. También, el fuereño presintió que aquel lugar desolado no era ni para cuándo el ideal para vivir por un tiempo indefinido. Lo que sí que ¡ya ni modo! Su realidad era ésta porque no podía escaparse. Todo estaba tan distante que lo más aconsejable era tratar de adaptarse y hacerse amigo del peón: entre

más pronto mejor. Entonces la solución: darle por su lado y bien, al menos durante unos días, y ya después que Dios diga. No obstante, volvió al tema de la orden:

—Insisto, tenemos que hacer el lodo.

Era un dardo solamente. Este hombre acostumbrado a tratar con los demás manejaba perspicacias de preguntas y respuestas:

—Mejor salimos mañana. Es que: regresaríamos de noche y a mí no me gusta eso. Nada a ciegas sale bien. Yo prefiero que le entremos de una vez a la carne que nos trajo don Gumaro, es un lujo esta comida porque no hay todos los días.

Plausible despachadera: buscada a final de cuentas. Sonaban distinto aquí todas las afirmaciones. El tiempo tenía otras normas y los conceptos igual. El fulano arremetió ya con sobrado conato:

—Es difícil una vida sin contacto con la gente.

—Yo ya estoy acostumbrado… Ahora sólo falta usted.

—El patrón nos dijo claro que traería a muchas personas. ¡Las cosas van a cambiar!

—Mm, siempre promete lo mismo. La vez anterior que vino dijo que iba a poner una fábrica de yeso. Otras veces ha venido entusiasmado con planes disparatados de hacer de esto algo así como una cuenca lechera, y a cada nueva visita trae diferentes proyectos. La verdad que no ha cumplido con ninguno todavía. Para colmo, sus venidas son escasas. Se le olvida o se hace guaje sobre lo que prometió, y yo ni se lo recuerdo, ¿para qué? Lo oigo como oír llover… Pero ¿a usted le confió algo cuando venían en camino?

—Antes de salir me dijo que *El Gavilán* era un rancho muy bonito, pero que necesitaba una poca de atención. Como yo andaba en el pueblo buscando un nuevo trabajo supe que él me podía dar y por eso le pedí, porque según me contaron él es dueño de muchísimos terrenos y siempre requiere gente. Lo que sí que durante el viaje no hablamos media palabra, y eso que fueron cuatro horas.

—*¿Y* le va a pagar salario?

—Me dio por adelantado veinte pesos de papel.

—Que no le van a servir porque no hay dónde gastarlos.

—Dé modo que me mintió.

—Lo mismo hizo conmigo. Tengo en el rancho diez años; a lo largo de este tiempo me ha prometido mil cosas, las cuales todavía espero. Al principio quise irme, pero luego me rajé, porque nomás de pensar que viviendo entre la gente yo debía ganar dinero, y para eso la verdad necesitaba hacerme retemañoso, pues me entró la indecisión. Con el tiempo le he tomado mucho amor a *El Gavilán.*

—Por lo visto, yo le estorbo.

—No se crea, aunque se me hace que usted bien pronto se aburrirá.

Otros hombres han venido y a las primeras de cambio se van sin decir adiós. He visto a muchos partir… Se van a pie a lo tarugo. Ah, no conocen las penurias del desierto.

—¿*Y* el patrón no les da raite?

—No, él cumple con acarrearlos.

—Pues, por lo que usted me dice, no es necesario hacer lodo.

—Sí, al contrario, a la mejor ahora sí va de a deveras. No pierdo las esperanzas de que *El Gavilán* sea otro. El problema son las gentes que no logran adaptarse.

El hombre recién llegado tomó sobria providencia al no entrarle más al diálogo, por no desilusionarse. Su silencio posterior fue una forma de apetencia: alusiva meramente: con objeto de tener chanza de asimilación. Entre ambos, por lo pronto, hubo apenas un discreto intercambio de miradas para compensar quizás sus pareceres opuestos. Mas ninguno todavía coloreaba un poco al otro como para competir.

Un respeto subconciente pero cierto, tanto, que el fulano que llegó dio unos pasos hacia atrás. No amistad de toma y daca sino examen de su parte. Desde luego comprendió que en circunstancias como ésta él era un simple bisoño que lento estaba aprendiendo. Ah, pues no tenía a dónde hacerse. Si optara por el retorno al pueblo de, adonde fuera, sería muy calaverudo. Una vastedad así por supuesto le ofrecía una tregua vagarosa: aplastamiento de fuerzas: un enigma y mil terrores. Fue que su miedo expresivo hacía que él reculara cada vez y: el viejo peón se sonrió, hasta que: lo detuvo con un “¡ey!” convidándolo a zampar los retazos de comida.

Aquél, triste, obedeció dispuesto a encontrar siquiera un nuevo estado de ánimo. Encaminaron al cabo hacia el lado de la casa donde el viento no hace juegos, junto a la pared oeste, también buscando un poco de sombra para prender la lumbrita. Sí, aceptado. Como consecuencia ambos dejaron pues que volaran las sospechas y las cargas dando paso a lo concreto de una acción reconfortante. Entonces, primero buscar piedrones; fue una lata conseguirlos, pero al fin, nomás con cuatro de éstos colocados como en rueda y gobernadora seca que el peón tenía bajo llave completaron la pirula. Pusieron la carne al centro. Lo que llamó la atención al fulano fue que el viejo solitario sacara chispas capaces de producir vivas llamas mediante dos pedernales: roce correcto y ¡qué tal!

Luego la gran recompensa. Ese gusto, esa avidez, hasta bailaban los ojos de Corneliano Pineda al morder aquellas carnes traídas por el patrón. Vianda frita, ¡qué caray!, un prodigio a sus expensas. El hombre recién llegado quiso entender por lo mismo el pote de tal deleite y por ende la plática sobrevino. Hablaron del alimento: *¿qué* era lo cotidiano? En respuesta: salieron a relucir los trompillos —de fibra y jugo sabrosos, además, sus propiedades de cura—, también

salieron a flote varias plantas resinosas, aunque no muy nutritivas, pero sí muy chiquiadoras. Muy rara vez lo de hoy. Ya una víbora era un lujo.

—Las liebres nunca se acercan. Me imagino que han de estar bien enteradas de mi buena puntería. Aunque le voy a ser franco, a mí me da harta flojera andar cazando animales. Eso sí, cuando vienen me los echo.

Candidez al por mayor: y férrea para acabarla…

De resultas, pese a pese —si se ve—, principios que se sostienen tan sólo por la experiencia. No cerebro atormentado siempre expuesto a pormenores, sino lógica sencilla, por lo que cualquier palabra dicha por el viejo peón era glosa extraordinaria para el hombre que llegó con otra idea de concordia y de prontas apetencias. Su silencio —repensado— era acorde con el medio: escuchar sería lo mismo que esperar algo mejor, siendo que él era en tal caso el aprendiz que deseaba adaptarse cuanto antes.

A propósito el fulano sólo comió una ración: una tirita de carne, dejando que Corneliano se atiborrara feliz; por ello se limitó a observar con toda calma los masques desesperados, también al perro ranchero que aguardaba un tanto inquieto a unos pasos de ellos. Así, lo que cayera a sus pies sería un regalo supremo, una entera sabrosura.

Concluida la zampada no se movieron de ahí. Corneliano, satisfecho, monologó como nunca, en voz alta, cual si le rezara a nadie. Le dio por narrar historias de cuando él era muchacho. Anécdotas paradójicas y proyectos al vapor fatalmente bien contrarios a ésta su vida rucia. Expuso, como con sorna, sus ideales de aquel tiempo y las causas —arbitrarias a los ojos del fulano— que lo indujeron después a vivir en soledad. Fue tal su declaración que el otro lo secundó.

Nuevamente las preguntas viceversas aparecieron sin más. Las respuestas, sin embargo, enfatizaban de a tiro su tiesura melancólica. Ambos queriendo ser fuertes, por no poder extraviarse, se afirmaban en las chanzas de lo que pudo haber sido y que ahora no preocupa. El avance de las horas bajo la sombra buscada fue un caudal de confesiones de ambas partes para llegar a saberse algo así como elegidos por un designio divino casi fuera de este mundo. Entonces, el sol se estaba ocultando y:

—Yo acostumbro ir al portal para recibir la noche. ¿No quisiera acompañarme?

—Está bien.

Caminata refrescante de los dos por haber soltado tristes sus amarras de comienzo. Pauta para que en seguida, conforme la

adaptación, tal vez se abrieran de capa. Así: que llegan hasta el portal donde: luego luego Corneliano acaparó su piedrota —por el uso, ya con moldura de asiento—, y el perro presto que se echa con su leal automatismo.

—Puede sentarse en el piso. Por desgracia, ni siquiera tengo silla que ofrecerle.

—No importa. Aquí me quedo parado.

La escena, pues, derretida, sedimento aletargado de horizonte parejito, ¡a la vista!: mancha y cujos hacia abajo, sólo eso, porque el silencio se impuso largo rato para ver. Después: la inmovilidad. En el portal: una estampa y dos colores, como para recortarse —y—: alrededor desdibujo o atareada borradura, mas cuando el último tinte parecía finalizar ellos abrieron sus bocas para decirse sus nombres. El viejo peón dijo el suyo, en espera de que:

—Yo me llamo Adelo Bringas.

Entonces, gravemente apareció la antigüedad de la noche. A meterse de inmediato, según la costumbre de años. Cerrar puertas. Guarecerse. Que lo de afuera se ahogara.

—Como usted podrá notar, no hay luz eléctrica aquí. Yo me acuesto muy temprano para que me rinda el día. La noche es para dormir.

En lo oscuro Corneliano volvió a usar sus pedernales; ¡zas!: la chispa, y que enciende la cachimba. En seguida abrió el cajón de una cómoda para sacar presumido un pistolón de a deveras con unas cachas preciosas.

—Tenga… Guárdesela bien. Tiene una bala allí adentro, no vaya a desperdiciarla…

Y.

—Ah, coja esa almohada de plumas y con esa lona azul haga su cama en el piso; cobíjese como pueda porque tendrá mucho frío.

Sorprendido Adelo Bringas tomó el arma con cuidado. Que la mete en su equipaje, en la parte superior, sí, quería tenerla a la mano por lo que fuera a pasar, pero, ¿por qué la confianza? A su juicio todavía él era un desconocido.

En efecto, su estupor aún no hallaba hilazones, sin embargo, no quiso ni preguntarle a Corneliano Pineda el motivo de la entrega. Juego feo o extraño modo: hacia qué turbio acabóse; aunque sí, por precaución, se salió por la tangente:

—Pienso que en este lugar es bueno andar bien armado.

—Sí, y le vuelvo a repetir: no vaya a disparar mal…

—*¿Y* usted también tiene arma?

—Tengo un rifle de tasquiles.

En suspenso quedó Adelo tras saber a la ligera que tan sólo se

trataba de una oscura diversión. Suspicacias veteranas o fastidio solamente, acaso una trampa fina para que el recién llegado se quedara boquiabierto y no pudiera dormir.

No, no era correcto pensar que un hombre incomunicado desde mucho tiempo atrás tuviese tanta malicia. La verdad que éste quería hundirse ya en las cobijas sin hacer más comentarios. Se le notaba la prisa.

Empero, Adelo Bringas dudó. Tolerar a un inocente no era fórmula triunfal. De por sí el simple hecho de asignarle aquel rincón para acurrucarse incómodo no era de gente obsequiosa. Lo que: cuando menos por orgullo tenía que tomar revancha: una revancha sutil que doliera más delante; pues de plano, si se quisiera terrible, ¿qué ganaba con matarlo? Adviértase que este hombre venía de un pueblo difícil, de mucha agresividad, por lo tanto cada frase le parecía una indirecta, inclusive hasta un mohín. Esos miedos.

—Entonces, como quien dice, mi pistola trae metida una balita de salva —y que se ríe chachalaco. Creyó que era chistosísima la frase de contrataque. Con enfado que contesta Corneliano:

—Puede ser. Cuando usted jale el gatillo sabrá si es de salva o no.

Franco reto… Y de mientras la mudez… El viejo peón le dio vueltas al husillo para atenuar el alumbre de la cachimba colgada. Adelo se consoló. Supo desde ese momento que su adaptación al rancho consistiría únicamente en zafarse poco a poco de tantos triples sentidos. Era entrar en la pureza de algo etéreo y sin igual. No obstante, reflexionando, pretendió sentirse bien sabiéndose afortunado por estar lejos de todo.

Aquello era un paliativo. También una paradoja.

Después, al fulano llegadizo se le cruzaron ideas. Que si el patrón volvería cumpliendo con su promesa. Ojalá fuera la víspera. Que si no: ¿pues cómo irse? Le entraron sendos temores en cuanto a su porvenir. Pero, al cabo, por contraste, el foco se le prendió. Ya tenía una solución para mitigar un poco su ambigua desesperanza.

—Oiga señor —dijo Adelo con una voz casi niña—, perdone que lo despierte. Es que traigo aquí conmigo un radio de transistores y quiero probarlo ahora… Las pilas no están muy nuevas, eso sí. Nomás quiero ver si jala. Estoy muy acostumbrado a arrullarme con la música.

Corneliano, en duermevela, oyó aquello como un desbarramiento, empero, muy atractivo. Abrió los ojos de nuevo sin convencerse del todo; ahora sí que por un lado este dichoso fulano representaba un problema, y por otro, le encantó la idea del radio; uh, lejanas ensoñaciones de una vida ya imposible, oportuna sugerencia dado que cantaba a veces, ¡cómo no!, podía gritar sus recuerdos de juventud y de amor. Las besadas en la boca de hace mucho. ¡Claro!

—Bueno, ¡préndalo!… Nada más no se le olvide que mañana muy temprano hay que salir por el agua.

Adelo se puso a hurgar: ¡con un gusto!… Que saca su radiecito denotando un entusiasmo casi casi de chamaco, a su vez: tiraba a diestra y siniestra la ropa de su veliz; por fin teniendo en la mano el aparato en mención sintonizó por doquier. Primeramente escucharon muchos sonidos raspones, luego una voz en inglés, la cual pues no tenía caso. En seguida, una voz aguardentosa que narraba con pimienta un juego de triple "A".

—¡No!, ¡béisbol no! Yo lo que quiero es oír una canción de mis tiempos —clamó grave Corneliano.

Que le cambia Adelo Bringas, su deseo era también encontrar música buena. Sí, ilusionado movía la peonza de mero arriba, mas la frecuencia correcta ni para cuándo encontrarla. Sintonías equivocadas. Es que las modulaciones se estiraban como chilles: un disloque de larguras que iban en disminución, aunque luego bien clarito se escuchó: *Ahora les ofrecemos la inspirada melodía que lleva por título: "Como un lunar", del recientemente fallecido compositor oaxaqueño: Alvaro Carrillo, en la voz y el estilo de su mejor intérprete: Pepe Jara, el llamado: trovador solitario*… Guitarreo de introducción y: *Como se lleva un lunar… Todos podemos una mancha llevar… En este mundo tan profano… Quien muere limpio… No ha sido humano… Si vieras qué terribles resultan las gentes demasiado buenas…*

—¡Cámbiele! Busque una estación ranchera. A mí de ésas no me gustan.

Sin chistar Adelo Bringas giró el sintonizador, él también deseaba de otras, y por más que hacía cabriolas, inclusive sacudiendo el aparato, no pescaba la del género. Todavía las tentativas por localizar el número de la transmisión cabal, y no, no había forma de alargar hasta el tope la antenilla —por ejemplo— enderezando la punta que estaba algo retorcida.

Para abrume de los dos —expectante Corneliano esperaba sin cobija con medio cuerpo en flexión y las manos en la nuca— los registros sólo eran vil embrollo de chinadas, burbujeo murmurador y lineazos estridentes. Ni siquiera, de chiripa, las estaciones oídas hacía apenas un momento recobraron tal como antes su nitidez pasajera; porque, después de varios minutos de intentonas y subidas de volumen al menos se conformaban con escucharlas de nuevo: la voz gringa. Pepe Jara. O el béisbol.

Solamente vocecillas redivivas al garete.

Lo peor sería desarmar el complejo mecanismo para moverle algún cable: no sabían de esas hechuras, sería mayor la regada, y de plano por azar de los vaguíos, se diluyeron las ondas. Cierto, pudiera ser que las pilas ya se hubieran acabado. Si esto fuese, no había dónde

conseguir unas nuevas o quizá de medio uso, pues el pueblo más cercano estaba a unas treinta leguas y ¡carajo!

—Bueno, ¡apáguele! Su aparato se fregó y no sé por qué razón; yo creo que esto significa que ya es hora de dormirnos.

Para no entrar en problemas Adelo se acomodó en su apariencia de lecho. Sí tenía frío pero: ¿qué?, no se iba a morir ahora. Su sensación de fracaso repunteaba más que nunca, no permitiéndole entonces encontrar alguna mengua a su infructuosa ensayada. Dormir: no; pensar: ¿qué diablos? Acaso de refilón supo que en este lugar no había posibilidades ni de conquistas parciales, por lo menos entendidas a la manera habitual de quien cree en el espectáculo de ruidos, cosas y gente, de lo que se hunde festivo; sólo existían contingencias para que el más avispado viviera retrocediendo en aparente armonía, casi fuera de este mundo proyectado hacia el futuro, y por tanto, mientras la fuera pasando, mientras estuviera allí, quedaría desconectado.

Su radio: ¿la única vía?

Desenredo y desazón, alguna fe despistada y nomás por no dejar. Digamos que por inercia el hombre recién llegado fue cayendo en dormideras. Las vivencias de esta vez, el rudo cambio, el encuentro con tan drásticas rebajas lo obligan a tantear en alguna fantasía; quimeras o pasatiempos: irrealidad sugestiva. Pero todos los caminos eran largos e improbables y supuso que ni el sueno sería una revelación… ¿Qué pasó durante esa noche?… ¡A saber! Lo cierto es que muy temprano Adelo se levantó a la carrera; que toma su radio y sale para calarlo de nuevo.

El relente mañanero —todavía cuando el albor— ayudaría a captar ondas: otras quizá: las deseadas: las rancheras, una acaso; contimás a la intemperie.

Puro rumor y vareo de zumbos en reducción y luego de un breve lapso el radio se quedó muerto: ¿las pilas?, ¿un cable flojo?, ¿o una pieza ya oxidada? Abrir para revisar el relleno descompuesto, en detalle: pero: ¿cómo? No tenía desarmador. Iracundo fue a agitarlo a ver si así, mas como no se oía nada que lo azota contra el suelo: una, dos veces y ya, porque a la tercera vez con más rabia lo aventó, viendo para su desgracia que se partía en mil pedazos: saltando en torno resortes, hilachos verdes y rojos, una placa de aluminio y demás estrapalucios. No se pudo, ¡ya ni qué! Fue pues que a sus pies quedaron los añicos esparcidos que poco a poco las rachas a ras de tierra empezaban a mover.

Densa burla del destino como para percatarse que su último contacto con el mundo de los otros se había roto para siempre. Hacía frío: es la verdad, entumido como un cuyo metióse aprisa sus manos en el pantalón vaquero y se quedó contemplando hacia donde amanecía. El tibio confín naciente pintaba apenas el llano.

Adelo reconcentrado en difusos devenires por suerte vio la antenilla entre la pedacería, que la coge y que la aprieta para lanzarla con fuerza en dirección hacia el sol que surgía tras de los cerros. Observó el iluso vuelo cuyo desplome a unos pasos se escuchó como traquido de hoja contra peñón.

Corneliano, encobijado —en el portal—: expectante, luego de ver la maniobra que lo llama:

—¿Qué hace tan de madrugada?

El hombre volvió su cara hacia donde provenía la voz casi como en eco. Vio a distancia *El Gavilán* rodeado de peladuras y hasta atrás el lomerío; en ensanche: todo raso, y el hechizo: aquella casa —cual fortuita guarnición— envuelta en brumas exiguas de tinturas escarlatas. Un regalo para su ánimo, aunque, no se atrevió a responder porque el peón venía a su encuentro hecho un nudo todavía; al llegar, éste tuvo la prudencia de no ver el estropicio, antes bien, le dijo seco:

—Hay que irnos apurando…Podemos entre los dos cargar el tanque vacío. ¡Ande!, entonces… Y nomás pa que no diga, yo le ofrezco la mitad de mi cobija. Es que a esta hora los fríos penetran hasta los huesos…

—Muchas gracias.

—Ah, desde ayer quería decirle pa que lo tenga presente: no pierda las esperanzas de que el patrón vuelva pronto.

¿Sí? Lo que es que: desde ahora en adelante el hombre recién llegado se dejaría conducir por aquella mente experta en los asuntos agrestes. Fue su plena decisión dado que era un aprendiz. De regreso, encobijados —la cobija compartida— va no hablaron de otra cosa.

Que se dirigen al sitio donde:

—Agarre de arriba el tanque, que es la parte descansada, yo lo agarro por abajo. Ya que vayamos llegando a la mitad del camino entonces hacemos cambio.

Y lo hicieron tal cual fue la indicación, pero:

—Se me pasaba decirle algo que es muy importante: no se le vaya a olvidar la pistola que le di, cuando uno sale de casa hay que llevarla con uno.

—*¿Y* usted va a llevar su rifle?

—No, no hace falta, con su arma es suficiente. Una bala mata más que cinco tasquiles juntos. Aparte, la pistola es menos carga.

Sin poner ideas en claro —ese juego suspicaz de muerte, potencias y armas— Adelo acató la orden. Fue. Vino con la incertidumbre de la sinrazón letal metiéndose el artefacto bajo su cinto de cuero.

Listo y arriba la carga. Iniciaron su camino. ¡Qué importaba en este caso que Corneliano Pineda dejara sin más ni más todas las puertas abiertas! Aunque la duda crecía en la mente del fulano al no lograr

entender la inocencia o el hartazgo de aquel hombre a la deriva.

Durante el trayecto aún corto Adelo Bringas pensó que luego de lo ocurrido no le quedaría otra cosa que resignarse a vivir sin ambición ni dolor. La figura del patrón ahora le resultaba un arbitrio fantasmal y a cada paso que daba rumbo a quién sabe qué sitio supo que era un paso firme que lo alejaba deveras de cualquier felicidad. Cuando llevaban andados más o menos un kilómetro pues no se aguantó las ganas de hacer alto y de voltear: preguntando sin motivo:

—*¿Y* a poco la casa se queda sola?

—No, está el perro, él se encarga de cuidarla. Pero eso es un decir porque aquí no andan ladrones, y si vienen: que se lleven lo que quieran…

Adelo se quedó atónito —sin dejar su carga abajo— contemplando a la distancia la silueta de la casa despuntando holgadamente en la difusa extensión. Ya sorteaba el espejismo en aquella soledad: cruenta, aciaga, intemporal. Corneliano al ver que el hombre estaba como alelado sin hacer ni un movimiento, seguramente abstrayendo formas vagas y continuas, que le dice:

—¡Ande!, ¡vamos por el agua!

Y siguieron su camino.

FILO DEL EQUILIBRIO

Cuerda larga y en lo alto, casi rozando la lona, para que el equilibrista avanzara paso a paso como unos dieciocho metros y sin red de protección. La muerte abajo esperando: en la pista o en las sillas que refulgían de rebote con las luces marcadoras moviéndose por doquier: un etcétera emotivo: y el cirquillo amarillento ahora estaba a reventar. Hacia arriba las miradas; y la angustia: como un filo. Así pues: alguien cruzando los dedos; podía haber alguna anciana que se echara un Padre Nuestro, siempre pasa, o uno que deseara ver el costalazo y la sangre, también hay… *Sht, silencio, que el hombre lo necesita… Su actuación es de alto riesgo, y por eso, para que le salga bien, se suplica compostura, se pidió por el micrófono.*

Es decir, conjeturemos, ningún ruido era posible, nada de que masticar palomitas de maíz, ni quiotes ni colación, ni mucho menos oír los arrugues recrujientos de las bolsas… Tantos niños que no saben… ¿Entonces? Pero el hombre tomaba aire apretando sus entrañas. No quería ver hacia abajo sino más bien invocar a los santos que al azar se le ocurrieran, de una vez arrepentirse de sus yerros de por vida reducidos a una frase, no fuera a ser la de malas. Era joven todavía, y aunque había ensayado el acto hasta el grado del hartazgo, era su presentación ante el público de Parras.

Público gritón, hostil, que hacía apenas media hora hizo fallar al payaso que caminaba con zancos haciendo malabarismos en el lomo de una yegua correlona en derredor; la del bikini cayó a causa del alboroto, por fortuna logró darse una maroma en el aire para aterrizar de pie, pero lo que es que el payaso sí logró descalabrarse. Sangre y zambra de chiflidos que se podían remediar con ciertas curas y punto. ¡Vaya!, en todo caso la mofa resultaba más hiriente, pero si fuese lo mismo con el hombre concentrado en la cuerda de hasta allá, una partida de cráneo nadie la recompondría.

Ante aquella indecisión de dar o no el primer paso empezaron las protestas, unas eran invectivas y otras largas silbatinas, risas sí: de nerviosismo, por lo que: *Se le pide al respetable más respeto, por favor… No cualquiera hace lo que éste,* el micrófono intervino con tono profesoral, y el público de inmediato regresó a la discreción cual si le

cayera encima un tinazo de agua helada.

Para pronto el hombre aquel dio dos pasos adelante con la mira de borrar todas las expectaciones. No cabía aquí la desidia sino la fe en el detalle. Modo de decirse a él mismo: “Puedes con esto y con más”. El público es abstracción porque siempre está a distancia. Quede pues a voluntad… De ahí que, centrándose en esa idea, se acordó de las palabras dichas por su padre un día; uh, se frenó por un momento, siendo que otro paso dado, sin un plan de recorrido, pudiera hacerlo fallar a las primeras de cambio. *Coloca el pie con firmeza donde creas que es la mitad. Busca el centro, pero deja que tu mente se desplace a dondequiera.*

También: *Mucho ojo con la vara. Abre los brazos y tómala, cual si pusieras tus manos arriba de la cintura.*

ADEMÁS: Al avanzar por la cuerda haz de cuenta que el espacio se ha reducido a una linea, de un lado hay fantasía y del otro realidad, escoge una de las dos para tu entretenimiento. No olvides que lo de abajo es negación absoluta de todo lo que tú hagas o llegues a imaginar… El aplauso o la rechifla son cosas accidentales.

Son teorías sin más ni más que peligran a la postre si pretenden ser calmantes: aun cuando en principio sirvan. Así el hombre, dando rápido tres pasos y entendiendo que un consejo o los que sean pueden ser muy relativos, optó por la realidad: su padre fue equilibrista, campeón durante varios años de todos estos lugares, según decía el locutor, mas su vetarra pericia le resultó insuficiente, pues fue en Parras, hace un año, que se mató en pleno acto. Reto ahora para el hijo. ¿Recompensa?

Sí, esa trágica reserva, innegable y estorbosa, parecía desconectarlo de donde estaba situado, aun así —nada más de recordar el desplome de su padre por él visto— avanzaba tembloroso. A cambio, vaciló con fantasías: al ver la cuerda radiante a cada paso que daba y el albur de luces móviles insuflando la inminencia de una aciaga perfección donde un error cuesta mucho, el equilibrista quiso olvidar por un momento que estaba dentro de un circo. O sea: quiso saberse apartado, tan ajeno, tan ligero: muy derecho caminando hacia una nube rosada que conforme su adelanto se hacía grande y sugestiva.

Síntesis de infatuaciones el instante afortunado en el que entrara y saliera de aquella evaporación. Adentro: cimbrándose el color rosa: en orlas: mentira empalagadora. Pero el realismo jalona, el sudor, toda vez que los magines han empezado a aflorar. Vuelo y freno… Mientras tanto.

Abajo abundan los ruidos: incipientes comentarios. Arriba el tanteo del pie queriendo hendirse en la cuerda cual si fuese en las arenas de una duna refalseada, mas el espacio vital se tensa y se alarga adrede, vibra apenas, por el peso, que no es mucho pero cala. No es que vaya

a reventarse; debemos estar seguros que la cuerda aguanta y brilla, es propicia, es seductora, es como una invitación. Se complica solamente si hay debilidad mental y todavía hay revoltijos en la mente de este hombre que camina…

Es que: ya se le antojaba el fin. Debido a la inmediatez se le antojaba correr —tal si huyera de un infierno— sin importarle el peligro. ¿Muerto a la vista de todos: como el padre?

¡Ni de chiste! Entonces, no le quedaba otra cosa que una quietud manejable. Al contrario y por su bien deseaba ahora más que nunca un arribo calculado, es decir: la otra orilla del momento, del aplauso accidental. De hecho el equilibrista quiso hacer algún recuento antes de dar otros pasos: *Cuando opté por lo fantástico pude avanzar sin problemas. Ya rebasé la mitad y ahora que los recuerdos de nuevo acuden a mí me pongo retenervioso. Bah, la realidad compromete.*

El reto es lo que sostiene a lo que puede abismarse. Este hombre es prueba y es hijo de una circunstancia ambigua. Veámoslo de otra forma: hacia arriba y hacia abajo —menos que más, eso sí— la vara niveladora. Pese al nervio él avanzó, entre campante y dudoso, como tres o cuatro pasos. Y la metida de pata para darle aire a la acción: *¡Miren lo que hace el artista en lo más alto del circo!*, dijo la voz medio rauca que salía por el micrófono. ¡Y a temblar! En consecuencia: el hombre se tambaleó, aunque a fin de cuentas pudo sostenerse mal que bien. Sin embargo, lo dicho a tontas y a locas provocó que otros hablaran pero en tono más subido: *¡Se me hace que sí te caes!*, un grito fácil, horrible. *¡Todavía te falta mucho!*, otro más por no dejar. Así, se desató el habladero. Volumen inverosímil.

El equilibrista al cabo ignoró el entorno aquel sintiéndose como un Dios al que no lo tuerce nada. Lo consiguió de algún modo al pensar en las palabras de su padre ya difuso: “Lo de abajo es negación”; “Mucho ojo con la vara”; “Busca el centro”, frases dundas, rematadas, que no eran precisamente claves tan definitivas, aun cuando fueran en parte certeras y temperantes.

Es que el ruido era global.

Sea que: abajo se debatían el micrófono y los gritos, el uno pidiendo calma y los muchos en desate de improperios y morradas, pues venció la mayoría: el estrépito infeliz al fin halló un argumento —coincidía todo el jijeo en un colmo y una fe—: que si era tan ducho el hombre que triunfara pese a pese para taparles la boca. Deducción acalorada asumida por aquel que avanzaba con torpeza como empujado por algo más severo que eminente. Desde luego, quiso sentirse de hule: un mono que si cayera gracioso rebotaría sin que le pasara nada. Quiso pensar en la nube: esa vaporización que lo envolvería a placer.

No obstante, era imposible abstraerse porque había tal descontrol

que un sofreno: ¡qué esperanzas! el llamado a la cordura por parte de la voz rauca más bien era una protesta: vil sosería entremezclada. Faltando unos cuantos pasos para llegar a la meta un anónimo de abajo —un travieso irresponsable— con gran pulmón infló un globo y con un cerillo clásico le dio mate y explosión. ¡Pum! Crueldad. Y luego sobrevinieron las carcajadotas infames que parecían motonetas. El hombre que estaba arriba sin más perdió el equilibrio. Lanzó la vara al garete. ¡Ojalá que le cayera al que tuvo la puntada! Sin embargo, el hombre quedó colgado: campaneando y agarrado de la cuerda tan sólo con una mano, tal como lo hacen los changos al andar de rama en rama. Hábil sí, pero: ¡qué susto! Entonces —a contracurso— hubo un silencio total. También la voz del micrófono enmudeció de ipso facto, arrepentida quizás de haber pedido silencio.

Como Dios le dio a entender el hombre llegó a la meta columpiándose de plano, quemándosele las manos: grotesco: si bien se ve. ¡Uf! Descendió muy respirón por el fierraje escalero. Al pisar de nuevo tierra se dejaron escuchar unos nutridos aplausos, por ahí algunos chiflidos que pronto se diluyeron. El calor: intempestivo: la proeza: ni se diga; él hizo una caravana con los labios gandujados a la vez que un ademán de esos que la gente intuye como mentada de madre.

En seguida el locutor —que vestía traje amarillo— dio rienda suelta al elogio o a la justificación: Lo que éste acaba de hacer merece nuestro respeto. Cualquier otro equilibrista se hubiera matado aquí, como sucedió hace un año con…

Y: "¡Cállate! No digas eso”… Oportuna interrupción —a regañadientes dicha— por parte del hijo de… quien se volvió enfurecido: viendo con cejas en arco al cobarde locutor. *Más bien… Digo… Gracias a su habilidad lo tenemos sano y salvo.*

De nuevo el equilibrista —acercándosele harto— le sopló casi en la oreja: “Por favor, no seas idiota, ya no des explicaciones” …El hablantín, que sudaba en abundancia como si él fuera el artista, saliéndose del micrófono, dijo sin verlo a los ojos: *Hazles muchas caravanas, como siempre lo acostumbras, ¡anda!, para poder presentar a los Ases del Trapecio*. Pero el hombre caprichudo respondió: “No hago ni una, ¿qué te pasa? Por tu culpa ya mérito me mataba; tú fuiste el provocador”… El de la voz infumable volvió a entrar al aparato: *¡Por supuesto que es un héroe!* ¿Héroe? ¡Mangos! ¿Quién era el que hacía el ridículo? Lo hecho no tenía remedio. *¡Caray!, que venga de ahí el aplauso…* Insubstancial palmoteo, siendo que, por obviedad, se había percatado el público de la vaga discusión. Lo que sí hubo fue rechifla: fruto de tanta impaciencia.

—Los artistas de este circo —a menos que Dios disponga— es difícil que fracasen, están bien capacitados para pasar cualquier prueba; el caso

de hoy es ejemplo, pero… Y aquí sin que ofenda a nadie… Me gustaría que ese hombre que tronó el globo hace rato, bueno, ¡a ver!, ¡póngase de pie! Yo pienso que… —todo esto entre silbatinas—. Bueno, pero, si es tan valiente el fulano que haga lo que nuestro artista, que se suba y…

Lo que hizo el equilibrista fue taparse los oídos ante la vista de todos —tosca forma de burlarse del que hablaba sin cesar—. Dio media vuelta y se fue en la misma posición, aunque un tanto saltarín, queriendo desentenderse de aquel público bellaco y de su victoria a medias.

Ahora quería tomar un poco de aire nocturno. Caminaba más a gusto viendo para todas partes. Muchas tiendas de campaña y muchas conversaciones. Camiones: sólo unos cuantos. Con gran venda en la cabeza frente a él pasó “Cascarita”: el payaso lastimado; lo saludó fríamente y siguió avanzando rápido, quería estar lejos del circo al menos durante un momento.

Todavía hasta donde iba se oía la voz del micrófono, sólo que muy destemplada, incoherente pero en friega. Se imaginaba las cosas que aún diría por decir, ¿por qué no? Valga pues: que él era hijo del artista accidentado hacía un año en este mismo lugar. Sin duda les contaría del funeral de su padre y de ¡sepa qué más diantres!

Ya muy lejos, en el campo y a sus anchas, el artista se detuvo; es que a su costado vio una piedra colosal: muy buena para sentarse. ¿Qué esperaba?

Así, plácido y lejano, miró al cielo encapotado; por ahí andaba la luna escondiéndose huidiza… Luz y tregua que se asocian… Es como si el padre huyera de una informe realidad, porque él estaba en el cielo; y el hijo acá, medio en ascuas, quería hacerle una pregunta, quería platicar con él: y en voz alta dijo entonces: “¡Mira papá!, ¡date cuenta! Esta vez yo me salvé y en el lugar donde tú también pudiste lograrlo… ¿Por qué no usaste las manos?” La respuesta huía enfilada hacia alguna nube o ¿qué? Nube rosa. ¿Fantasía? Nube que envuelve a placer.

MILAGROS MORALES O COMEDIA DE ENGAÑOS

a Juan Crisóstomo Álvarez

Insólito el estruendo pasada la medianoche que se escuchó en Nadadores, Ajenos movimientos de suelo y construcciones y después los hormigueos por las calles de cascajo; excepto unos —como suele suceder— que nunca se despertaron por la razón que se quiera: los demás, y de ellos la mayoría, soliviantados salieron con su lámpara de mano en dirección a la plaza principal. Por lo pronto, flotantes vivacidades de rayones que en la neblina invernal calaban su longitud conforme crecía el azoro. Discos de luz buscadores, pero nada, ni la más pequeña marca que asomara por ahí. Mientras tanto: variaban los asegunes.

Y es que el golpazo se oyó deveras insoportable, tal: como si hubiera caído un aerolito gigante o algo por el estilo. Podía ser algún castigo supremo: una pedrada del cielo o un halago del demonio. Lo cierto es que por los ecos que aún poblaban la noche la resonancia se oyó en todita la región, región amplia y retupida de cactos, una planicie pareja con cerros muy retirados. Bien que se considerara que ese ruido intempestivo por vez primera rompiese con una calma larguísima. Nunca antes como ahora, y más delante ¿qué pues? Ya reunidas las personas en la plaza y al cabo de una hora de escandaloso averigüe no hubo ningún acuerdo.

Esto es lo que salió a flote: se propuso que grupos de tres o cuatro personas se pusieran a buscar en determinados sitios y dentro de Nadadores, pues de ser en las afueras el desplome posponer las inspecciones hasta no llegar el alba, o más tarde, en la plena claridad. Ah, eso no, porque tal fallo fallaba en lo más elemental. Se supone que luego de una hora ya alguien debió haber traído informes del siniestro con apitos de socorro, por lo tanto, ya la tragedia sería, se sabría a estas alturas. En resumen: un engaño general. Algunos que se regresan aún con la duda clavada, no hubo aspecto y a dormir. Otros muchos, al revés, en la búsqueda tozuda.

Las prófugas ilusiones de quienes no se aperciben.

A oscuras, sí, nada es cierto, insistir no tiene caso, mas con lámparas de mano puede que se halle algún rastro, y es que: para colmo en Nadadores la electricidad se iba como a eso de las once. Ojalá que de chiripa encontraran a la postre aquella mole fragante que en forma tan increíble había despertado a tantos. Sin embargo no hubo afán y fue un error, mera sensación común. Bajo incógnitos cobijos de cellisca y figureo apenas se distinguían los tamaños de la gente. ¡Cuánta ansia merodeaba!, ¡cuánta voz e incertidumbre devenidos en derrota!

Poco a poco fue el regreso de los últimos quedados, menos de uno: Melchor Niño, cejijunto, narizona de ganchete y con cabeza monís, un hombre de cuarenta años lleno de muchos ideales, como: ser rico hasta el infinito soñando a diestra y siniestra pero acostado en la cama, su flojera delirante que no sabe de presiones, tanta, que su esposa le pegaba con el comal en la espalda para arrearlo bien seguido. Como quiera que se pinten éstos vivían muy bonito en las afueras del pueblo. Melchor Niño se dedicaba a la ordeña y la esposa a hacer tamales para venderlos de noche a la entrada del cinema, tal era su obligación porque su fino marido se la pasaba tendido cuando no tenía trabajo ideando prosperidades mientras ningún hijo suyo le diera lata de cerca.

Un calvario para Toña llevadero, porque besábanse a cada rato los esposos —sin pasarse de la ropa— y delante de los hijos.

Volvamos.

Éste fue el que se quedó en la plaza descreyendo de lo que era falsa alarma por prurito o concordancia global, hasta conocer la causa habría de irse tranquilo. Él, con apego a su manera de estudiar complejidades que pudieran concretarse, quiso ahora componer parte por parte el suceso empezando por la forma en que llegó adonde estaba. A lo que: cuando alumbró —no sin aposta cautela— a las personas tolondras que se habían reunido aquí, por supuesto que no a todas, pues notó que no estaban ni el alcalde ni su equipo de ayudantes, al menos de los por él conocidos, ni el cacique don Hermenegildo Yruegas. La certitud sugería otro oculto desenlace, pero entonces no se le ocurrió gritarlo con toda su explicación debido principalmente a que en un apremio así no era significativo, además, había tanta tremolina, tanta deliberación, que resultaba imposible imponer su voz aguda, y de poseer voz ruda no tenía poder de influencia.

No obstante para sí mismo supo que esa artimaña existía como posibilidad, como broma o como chasco, o bien como lo que fuera.

El ser terco hasta el hartazgo o el no darse por vencido a las primeras de cambio para Melchor era un rasgo de ardimiento y previsión, no por gacha actividad, a la que rehuía seguido, sino en

cuanto a concepciones le gustaba ir hasta el fondo, tanto así, que en aras de esa actitud decidió indagar calmado perdiéndose por las calles a ver si encontraba pistas, una acaso, o de plano la argamasa recalada contra el suelo, mas la respuesta imposible, casi adrede, ni siquiera rajaduras, y esto le trajo a la mente supuestos irrevocables, apareciendo primero el hecho de que el alcalde ni se hubiera preocupado, que su gente, ante tamaño suceso, no se parara ni a ver evitándose por tanto alegatos y consignas. Eran los más indicados de hacer acto de presencia en la plaza principal llamando por altavoz a la colectividad, pero curioso también que muchas de las personas no oyeran nada al instante ni salieran impulsadas por la ingrata resonancia.

Sospechosas permanencias en la cama. Plácidos sueños groseros. Por lo que toca a Melchor, ahora había decidido indagar hasta que rayara el alba, y al no encontrarse con algo que desdijera su busca le dio por imaginar fantasías muy exclusivas acordes con sus afanes de riqueza proverbial, ya entonces como que en algún lugar, no lejos de donde estaba, había caído un baúl retacado de dinero sólo por él encontrable, aduciendo en consecuencia que la deserción pueblera podía ser indicativo de que alguien de allá arriba lo eligiera para ponerle una prueba.

Siguió osado en este tema de seguimientos felices solamente por tener un motivo asaz propicio para desvelarse así. Una prueba que si al cabo la pasaba, es decir, encontrando aquel tesoro caído, ya nunca trabajaría. Imaginó largos viajes y con toda su familia dándole vueltas al mundo de muy distintas maneras. ¡Cuántos años de soñar en riquezas innombrables para que ahora el destino a la sazón lo tomara de la mano para llevarlo sin más al reino de los dichosos! ¿Sin más? Aquello era un problema, y por eso siguió loco registrando con detalle.

Pero.

Melchor Niño supo bien que el unánime retiro tuvo su razón de ser. Fue un embuste demoniaco o un aviso celestial para aquellos que no asisten a la iglesia a oír misa obligada, rezando como los buenos. El postulado tenía su parte de fundamento, aunque —entiéndase que Melchor, muy preguntón de sí mismo y de lo ajeno estudioso, porque así era su técnica en cuanto a las presunciones de imaginar lo que no hasta que desmereciera— adivinó el desatino, pues el alcalde y su equipo, y los equipos de antes y los alcaldes también, nunca iban a oír misas. Sin embargo, Dios le había dado imperio sobre tanta gente suave, ¿por qué si eran incumplidos con las leyes de la iglesia la fortuna les sonrió en forma definitiva? Dio en el clavo al argüir que Dios sólo fue un creador y después se había olvidado de sus criaturas mortales, o que quizá por chancero ofreció toda su ayuda pero en un

lugar remoto. Ah, qué chiste. Si la injusticia reinaba la suerte tenía sentido, ser aquí malo por mientras y en la otra vida pasársela arrepentido: preferible. Y Melchor respiró hondo: contimás tuvo razón al sentir que sus ideas las había captado aquél y que por ende ahora mismo le había enviado un gran baúl con joyeles y monedas muy valiosas para hallarlo cuanto antes, porque si no otro más listo se lo ganaba en seguida. Descansó de sus temores al saber que sólo él conocía esa difusión: ¡Un baúl para gozar! Lo supo porque sus ruidos zapateros en la calle hacían eco en las paredes, un eco limpio, veraz, pese a la frialdad del clima. Unos ecos solitarios sin contraste, pasos únicos y firmes. Melchor continuaba alegre caminando y en zigzag con su lámpara de mano: mil registros en el suelo en busca de rajaduras, hasta llegó a imaginar que el baúl, debido a su enorme peso, al principio se incrustó y después se enterró solo a fin de que no se viera, por lo que de ver indicios tendría que escarbar ahí, esperando, desde luego, que las pilas de su lámpara no se le acabaran pronto. Y como en sus seguimientos acuciosos e ilusorios no miraba ni de chiste ninguna esponjosidad le entró cierto desencanto. Acordóse de su esposa que ya para estas horas habría notado su ausencia y estaría desesperada, pero esa oportunidad, esa dicha de encontrarse para siempre con su verdadera suerte, no podía desperdiciarla aunque Toña se enojara por no verlo aquella noche acostado al lado de ella, ya le explicaría el motivo de su tardanza nocturna de no encontrar el tesoro, de todos modos lo haría, pero la culpa era de ella por no haberse despertado ante tamaño golpazo. Lo mejor es que llegara y con el baúl a cuestas, mas conforme seguía hurgando se dio cuenta que su idea fracasaba sin cesar. De nuevo vino a su mente la imagen del mandamás y su equipo de ayudantes como señal de realismo pertinaz y atrabiliario. ¿Se hundirían las fantasías?

Muy a trechos para mal se hizo la claridad. A Melchor se le ocurrió ya como último empeño que esa gente mandadora, al decir de la secuela que había tomado el embuste, efectuó algún simulacro de estruendo en la presidencia con una detonación de máximas proporciones tan sólo para asustar a los más despabilados, y en el ínterin que hurgaba en las calles este hombre soñador a poco se fue venciendo, dando al traste con asuntos inexplicables en sí. Vano estruendo cayo efecto en todo caso inclusive merecía otra descripción más malvada y más oscura que de momento era imposible tramar, dado que lo matutino brindaba otras consecuencias. Melchor Niño caminó bastante desconsolado en dirección a la plaza; entendió sobradamente que su mente voladora había llegado hasta el tope para de allí desplomarse, que su vida, como la vida de todos los que acudieron, era común y corriente, y que el hacerse ilusiones al menos lo entretenía.

Ya algunos madrugadores muy arropados pasaban dándole los buenos días. Saludos tan circunspectos pero cordiales al fin que él por andar enredado en tristes discernimientos no contestaba siquiera. Al parecer otra vez la normalidad llegó con sus bondades sencillas. Como siempre los trabajos de cada quien a lo suyo era la fuerza del día. Este hombre sentenció que un suceso tan extraño como el que había acontecido en esa noche friolenta pudo traer harta dicha o harta calamidad. Que el tesoro, como atisbo, significaba un encanto que él se guardaría en el alma para vivir hechizado aunque no fuera verdad, aunque todo le fallara. Algún día tal vez lejano sus sueños de hombre franco encontrarían el meollo de la virtud legendaria.

Sentóse pues Melchor Niño en una banca cualquiera de la plaza desolada sin propósito aparente. La sensación de fracaso aún menguaba su ánimo, pero, nomás levantó su vista casi como no queriendo y, sí, sobrevino el desengaño de bulto: en la entrada de la iglesia vio a unas monjas como en rueda: tan quietas como unas santas en una escena empañada y un frío vil de aquí hasta allá. Nieblas ralas que parecen humillar todo movimiento raro. Un sosiego con un soplo de tibieza se apoderó de la escena que él veía.

¿En la iglesia? Y que se para Melchor con una actitud de hombre que cree recobrar ideas. Fue despacio hacia donde por lo visto nadie en la noche miró; y no sólo él sino algunos que pasaban al voltear se dirigían por inercia hacia la pila de monjas como atraídos por algo inverosímil y amargo. La sorpresa tras los cuerpos. Más gente se iba acercando conforme la claridad; nomás de notar el morbo representado en sus caras de seguro mucha de ésta estuvo anoche en las especulaciones.

Había un patio medio grande entre la calle y el templo con andamio de cemento, y casi para llegar a la puerta del recinto una pequeña explanada donde se hacían las kermeses cuando las festividades de los santos preferidos, pues allí precisamente estaba el palabrerío y también los lloriqueos: las monjas dale que dale, el párroco aún ausente. ¡Se cayó desde la torre la campana de la iglesia encajándose en el piso. Desde unos cuarenta metros; se zafó! Lo primero que Melchor tuvo a bien considerar fue la causa del desplome, el hecho de que ninguno por extraño impedimento no aluzara a este lugar siendo que era tan fácil.

En eso pensó en su esposa y en sus hijos adorados que lo estaban esperando. Ya listo lo verdadero, ya macizo para todos, oportuno era el regreso con absoluta desdicha y hasta con cierta vergüenza por haber imaginado tal baúl y tal fortuna que definitivamente nunca serían para él, o: quizá fuera en otro tiempo. Arrepintióse, asimismo, de las culpas imputadas al alcalde y sus secuaces, y echó a andar. Ahora sí que saludaba a su paso a las personas dado al traste su

disfrute. Todavía no se explicaba por completo aquel acontecimiento deveras que novedoso en vista de que el rumor cotorreado a pecho abierto empezaba a circular.

Vil estupor, vocerío, que a su paso, de regreso, mayúsculo cada vez: más, más gritón. A expensas de su desvelo Melchor prefirió ignorarlo al sentir que una ilusión tan pretérita y añeja se había hecho nada de pronto como el humo de un cigarro. La campana ¿qué ofrecía? Mejor preferir los besos bien sabrosos de su Toña y las imaginaciones para atenuar las carencias. Mejor lo real facilito, como ahora que caminaba sin fe, ajustado al tremendismo de su vida inveterada, aunque…, por principio…, no era común que una campana cayera con un estrépito equívoco sin que nadie cuando fue lo advirtiera luego luego, sino hasta…

En la puerta de su casa la esposa con el comal en la mano lo esperaba precavida: Melchor levantó la vista y que se frena de pronto porque… Sí, su Toña estaría rabiosa lista para reclamarle que no había ido al trabajo. Las vacas, según se sabe, se ordeñan de madrugada. Ah. Entonces Melchor al verla pues que le entra temor y por eso que le grita debido a que había distancia:

—¿Por qué no te despertaste anoche como casi todo el pueblo? ¿No sabes lo que ha pasado?

—¿Qué? ¿Qué pasó? —respondió ella más fuerte con aires de suficiencia— A ver qué pretexto sacas.

—¡Se cayó la campana de la iglesia! ¡La gente está alborotada!

Toña tenía que creerle no tanto por convicción sino por el afanar de la gente que pasaba comentando lo que hemos afirmado.

—¡Acércate, pues! —dijo ella—, ya no te voy a pegar… ¡Cuéntamelo todo ahora!

El marido obedeció sabiendo que el subterfugio de su escapada a deshora al fin tenía valimiento. Respirón y sonrisudo fue acercándose gustoso. Los esposos se besaron en la puerta un poco largo, y los hijos que eran tres, los tres hombres, el mayor tenía doce años y el más chico apenas cinco, los veían bastante lejos a discreta equidistancia: las bocas de sus papás bien pegadas saboreándose muy raro, y las manos enlazadas como en señal de perdón de repente se soltaron para agarrarse las carnes de abajo de la cintura. Ya a la mesa el padre flojo, cuando el frugal desayuno, esclareció con detalle desde que se despertó, producto del fregadazo, hasta ese mismo momento después de que había sabido la verdad en la mañana. Desde luego que a su modo se saltó lo tremebundo.

Es decir, no hizo mayor hincapié tocante a sus fantasías por ser asunto privado o ensoñación cotidiana. Se suscitó de resultas un amoroso convivio: los hijos platicadores y con ansias de ir allá a

enterarse por sí mismos, Toña, también con antojo. A lo que sobradamente se convino en diferir cuanta labor perentoria —tamales, escuela, leche: hechura, asistencia, ordeña: en la forma respectiva, aunque lo último no: por ser demasiado tarde y las chiches de las vacas a estas horas estaban bastante duras—, siendo que ese día invernal era algo extraordinario. Iría la familia entera a la iglesia a curiosear una vez que terminara la tragada de costumbre. Es de saberse, asimismo, que hacía mucho ni los hijos ni los padres visitaban al Señor: ningún rezo y ninguna caridad; y es que perdieron la fe: se entiende que los esposos al cansarse de pedir sin que viniera la ayuda, la ayuda definitiva que tanto necesitaban, desistieron por completo; ahora el hecho, por demás, removió sus devociones: un picoteo en el estómago incesante les calaba a partir de que salieron de casa echando gancho y candado. Su fidelidad a Dios dependió por varios años de la pura conveniencia, dando y dando para al cabo recibir favores quintuplicados, lo cual es una inflación ya que siempre las ganancias no se obtienen si no hay rosario de méritos aunados a la humildad de los cumplimientos píos. Cierto, exigencia al por mayor siendo una lata insufrible. A causa de ello sin más los esposos solamente bautizaron a sus hijos y eso fue lo necesario, nada de que confesión, confirmación, comunión, ni de misas domingueras, de gallo o viernes primeros, pero Melchor y su Toña más los hijos saltarines en redor, con reconcomio y con gana de piedad, enfilaron muy vivaces hacia donde al parecer las personas se enfilaban como jaladas por fuerzas de algún indicio divino o un imán alucinante.

En la iglesia un gran tumulto como nunca se había visto en torno a la tonelada que pesaba la campana. Se dijera que esta vez casi casi Nadadores concentrado. Entre el gentío los esposos al penetrar se perdieron apartándose por mientras… *¿Y* los hijos?… Aún no aparecía el párroco que estando en la sacristía no se animaba a salir. Sentado en un sillón blanco con delicia meditaba acerca de lo oportuno del amargo acontecimiento: la campana se cayó en el momento preciso en que el pueblo ya invadido seriamente por tanta modernidad se ausentaba de las misas, y no siéndole posible, a causa de su ancianismo, incitar a Nadadores desde el púlpito para que fueran a misa, cabal hoy debía servirse del hecho: cientos de almas extraviadas estaban allí a su alcance. Empero no se atrevía a salir nomás así, pues maquinaba un sermón concluyente y filosófico que le llegara al gentío.

Ordenando sus ideas y con el perdón de Dios se echó un vaso de rompope y otro más y otro más para animarse de a tiro, pero el sacristán gangoso, su única compañía en esos momentos duros, le dijo:

—Ya no tome señor cura. La gente lo está esperando… ¡Pues vaya a ver qué resuelve!

El párroco sacudióse para salir con prestancia del circunloquio

maestro, y ahí va con tics en los brazos.

Ante la congregación que expectante lo esperaba no se atrevió de inmediato a lanzar su perorata puesto que había discusiones y murmullos a granel, pero: su presencia bajó el tono de las voces hasta apagarlo de plano. Entonces vio la campana —con lástima, y con malicia después— incrustada en el cemento, aunque íntegra: santiguóla muy poquillo porque estaba algo mareado o porque, dado el silencio reinante, no hallaba cómo empezar, no obstante proclamó parco: *Hermanos, hay que colgar la campana cuéstenos lo que nos cueste, pues si no ¿cómo llamamos a misa?* Fue que empezaron las voces poco a poco de unos cuantos. Se oyeron proposiciones. Alguno de entre el montón sugirió que se hiciera una colecta para comprar una nueva y más liviana o que se mandara hacer con un herrero versado lo más rápido posible. Eso no convenció al párroco, pues sería romper de un tajo con una gran tradición. El argumento se obviaba, ya que esa vieja campana los españoles la hicieron.

Historial que con el tiempo fortalecía a dicho obraje, máxime que por el golpe ni siquiera se melló, todavía faltando ver si el badajo aún colgaba, y, entre que hubo sugerencias y rechazos oportunos algunos se fueron yendo sabedores que la oferta de subirla a como diera lugar costaría mucho trabajo. La campana para todos, al menos durante ese día, sería un símbolo inconsciente en las mentes habituadas a la fuerza ˆde ideas. Ese cambio ¿qué traía? Mejor era retirarse, mejor el escepticismo. Otros no: por ser más batalladores insistieron en buscar la solución adecuada, que, por cierto, pues no la iba a encontrar nadie más que el párroco sabihondo.

Alguien más entre los muchos, propuso, haciendo gala de ingenio, que de ahora en adelante se mandara en bicicletas a diversos monaguillos de casa en casa avisando con bastante precedencia a qué horas era la misa del domingo o los días santos. Tampoco hubo aprobación: sin tañidos imposible hacer llamadas a misa, ¿cómo eso siendo que era de costumbre siglos ha?

Otro más, que tenía sentido práctico y una voz enronquecida, consideró pertinente que se trajera una grúa para subirla bien fácil y, además para que el pueblo se ahorrara el trabajo más pesado. Tanto pero, la maquinaria moderna era un acto de traición a las leyes más antiguas. Su uso sería pecado por no haber ni fe ni votos hacia la divinidad. El párroco entreveró que luego de oír prudente hartas consideraciones, ergo, algunas con muchos más pormenores, el momento había llegado para su sermón, y lo hizo. El donaire de su voz se escuchó como rebumbio.

Insólita la intención, porque con clarividencia habló de que se viven hoy día los tiempos del acabóse, de que ha llegado el momento de que Dios desde su reino seleccione a sus criaturas para llevarlas con

él a gozar la vida eterna; y eternidad significa lo contrario a un laberinto, o sea, donde todo es solución, donde la verdad no existe porque es fácil de entender. Sí, eternidad significa una memoria cabal sin pasado y sin futuro, memoria que ya no admite más pujanza ni recreo porque el alma de nosotros finamente ha transgredido a la vida y a la muerte, a lo negro y a lo blanco, al dolor y a la alegría de este mundo trampolín.

Recalcó acerca de la importancia del hecho, siendo así que la campana caída era el llamado de Dios al pueblo de Nadadores. ¡Ir!, allá donde no hay misterios ni filosofías con doble o triple sentido; donde todo queda atrás como un punto baladí y donde ya no se siente como antes ¿e sentía. Por eso, por la importancia, el párroco conminó a la lerda concurrencia a levantar esa mole pero con fuerzas humanas, cada uno, cada cual: un propósito y un crédito, un esfuerzo que sería tomado en cuenta. Dios invita.

Pero como los escuchas parecían no decidirse, acaso por no saber discernir el criterio del anciano o el peso de sus palabras en relación con un todo bienhechor, viendo él, en consecuencia, aquella inmovilidad, pues se sacó de la manga una idea desesperada: *¡Amados hermanos míos, si coopera cada quien en esta labor preclara pueden darse por salvados…! Es decir: ¡estarán con el Señor! ¡Esto es algo apocalíptico! ¡Un auto de fe común!* Las personas se miraron con cierta incredulidad cuando oyeron esto último, muchas de ellas no sabían ni en qué pensar y levantaban la cara para ver en las alturas algún rasgo novedoso: nada nuevo… Sólo el cielo con más nubes no dejando ver el sol…

Para los cientos reunidos, sin embargo, la exposición del anciano fue más que un recobramiento: una luz frente al enigma. Contentísimos entonces por ser los seleccionados a expensas de la campana.

Pueden darse por salvados… (desde luego los que ayuden), o: *La eternidad significa…*, esas frases martillando en las conciencias: una diva coyuntura. Sin un ápice de duda era Dios quien les hablaba en boca del sacerdote, de tal modo sucedió lo que las palabras logran cuando hay vibra de por medio, aunque algunos se sonrieron portándose desconfiados puesto que se retiraron. Siempre hay casos de herejía: y es normal y consecuente que en Nadadores exista: Qué carajos. Los demás acomedidos, daban pautas necesarias: que así y asá trabajar trayendo esto y aquello.

Toda vez que a conveniencia se acordó lo principal se hizo la desbandada sólo durante unos momentos porque con carga en las manos los creyentes regresaron, algunos antes que otros, cuando mucho una hora de diferencia a causa de los engorros. Muy orondo se sintió el párroco al ver atónito el encomio extraordinario. Por lo visto,

sus palabras fueron grandes, como nunca lo habían sido. Las monjitas, agachonas, no hicieron nada al respecto, pues como eran de la Orden del Sagrado Corazón estaban acostumbradas a la total obediencia y como no hubo un mandato en directo para ellas se quedaron de mironas contemplando el trajinar.

No obstante, ya encerradas las cosas, surgieron nuevos problemas a los cuales el sacerdote hizo frente con prontas resoluciones. Seguía pesando su habla. A propósito, cual empírea maravilla al alcance de la mano había en el patio un sinnúmero de bártulos: tablones, cables de fuerza y eléctricos, poleas, clavos por si acaso se ofrecía, equipos de soldadura, mastiques y pegamentos, y hasta azadones, machetes y tijeras podadoras. Faltaría cualquier minucia, porque suele suceder, en tal caso alguien iría hecha la mocha a ver si lo conseguía, ello, también estaba predicho.

Pero el verdadero punto aún no se resolvía. En realidad eran dos. El primero es el siguiente —el segundo hasta después, ya que es largo de decir—: no todos de igual manera intervendrían en la acción. No eran menester los cientos, sino pocos: escogidos, y obviamente las mujeres, los ancianos y los niños al no tener mucho músculo más bien serían un estorbo.

A lo que el párraco dijo: Es mérito suficiente el que toquen la campana con las manos cuantos hay y se pongan a rezar un rosario general comandado por las madres del Sagrado Corazón mientras los otros trabajan. Así es que vayan tocándola antes de que principiemos… Yo escogeré a las personas…

¿Un rozón? Múltiples roces, manos ávidas de gloria en avalancha tocando la gran silueta, sobre todo las personas desmirriadas que no estarían ni con mucho en el grupo de los fuertes. Melchor, Toña y sus tres hijos —Gerardito, el mayor de ellos, lo hizo con cierto desgano por parecerle aún irreal aquello que acontecía— se metieron con las manos por delante entre la bola de gente. Rapideces hormigueras.

No obstante, el orden acompañaba; el desahogo también.

Que se sepa, de los que estaban abajo, nadie dejó de tocar a la histórica campana, ciertamente la salvación dependía de un levísimo contacto. Suma credibilidad lo mismo de unos que de otros. Y fueron seleccionados los hombres más conejudos: unos treinta, de los cuales veinticinco se subirían como fuera a fin de contribuir al jalón definitivo, en tanto que los restantes: encargados de amarrar en el asa unos tres cables. He aquí el segundo problema del cual hacemos resumen: necesario un armatoste útil como libramiento para no averiar el frontis si la subida era brusca. Hacerlo con fierros bastante largos o maderos sostenidos desde el techo y una polea gigantesca con canaleta anchurosa donde cupieran los cables atados a la campana. Asimismo aparecería en lo alto el último y gran problema, prevenirlo

desde abajo. Por lógica deducción el gancho sustentador estaba desconchinflado, al respecto, usando fuerzas y mañas enderezar lo torcido de tal modo que quedara una apertura para que el enganche fuera lo más exacto posible, luego, ya como aseguramiento, el remache cuidadoso usando la soldadura siempre y cuando existiera libertad de balanceo, y con ello, que se oyeran las llamadas. Esta fue una sugerencia. Para el segundo problema y también para el de arriba hubo otras sugerencias cuya enunciación no importa.

Total, espectáculo masivo de calambures fantásticos donde el rezo y los trabajos estaban en armonía. La campana fue subiendo como la imaginación. Con las fuerzas musculares y una hilera de oraciones el ascenso de las almas: lentamente: a lo que, conforme aquello, el silencio fue creciendo. Hacia adentro las palabras y hacia fuera las creencias inspiradas en la póstuma promesa: ¡Nadadores en el cielo!, casi casi. Lo que restaba del día y una parte de la noche se llevó aquel ejercicio que tuvo muchos percances en cuanto a las menudencias de desencajar el borde orbicular incrustado en el cemento: que manuellas retorcidas bien insertas; que la azana del armazón en la altura, hartas cosas. Mas el asunto importante viene pues; como a las seis de la tarde —cuando apenas la dimensión del color dibujaba las acciones— desde la plaza unos cuantos descreídos observaban el enganche concluyente. Empero, faltaba lo más difícil; antes el párroco dijo: *No les voy a dar las gracias, ésas se las da el Señor al hacerlos hijos de él… Al llevarlos a su Reino…* Desde el suelo la probada con un mecate amarrado del badajo. Alguien de los jaladores previamente —un fulano se subió para llevarle la reata— hizo el nudo para que otro, por disposición del párroco, diera el primer campanazo. Expectantes las miradas y: largo tañido se oyó como siempre se había oído, uno más mucho mejor, y el tercero, con la intrínseca belleza del sonido que no encuentra habitación en la altura, fue el que provocó el desborde alegre de los salvados.

—¡Haya paz y bendiciones! —clamó el párroco gozoso.

Pero al decir esto último y al ver que toda la gente se retiraba campante, le vino un poco de escrúpulo, porque su alarde de convicción, en efecto y para siempre, había sido exagerado. Tuvo un arrepentimiento al comprender que la salvación de un alma él no la podía dictar, que era un tema tan etéreo como etérea era la fe, pudo bien, al fin lo supo, usar un mejor recurso sin pasarse de la raya mas de ahora en adelante su deber consistiría en no echarse para atrás con respecto a lo que dijo. Al contrario, reforzarlo con nuevas solicitudes pasara lo que pasara. Mas creyó, después de un rato, que debido a su ocurrencia, él se iría rumbo al infierno.

Ni pensarlo, ¿para qué? Por lo pronto, que se va a la sacristía porque ya era muy noche.

Pasó el tiempo, varios meses, aunque sin llegar al año, en los cuales sucedió lo ya esperado. La campana toque y toque diariamente tantas veces como tantas afirmando sus repiques ancestrales. De manera natural la devoción se detuvo: con razón: no había espíritu ni cara para asistir a las misas. Con el pase asegurado ¿a quién iba a interesarle un voto más o uno menos? Cualquier forma: de codicia estaba dulcificada y la índole del mal acaso se había atenuado. ¿Acaso? tal era la recurrencia del párroco noche y día: su sentimiento de culpa, y sí, necesariamente, el error más espantoso cometido a lo largo de su vida, nunca otro de igual monta. Si antes venía poca gente a la iglesia aunque fuera de visita, ahora tenía un pretexto deveras irrevocable. Entonces supo este hombre que su chochez no servía más que para hacer torpezas. Por eso a solas lloraba un bien póstumo y seguro en realidad daba un mal a favor de los demonios; él mismo sintióse un diablo con tridente, cola y cuernos y tal sensación maléfica gobernaba sus instintos. ¡No!, ¡Fuera los malos espíritus! Sin embargo, se dio cuenta que por mucho que luchara para expulsar de su alma los horrores del infierno nunca lo conseguiría, se dio cuenta que, conforme pasara el tiempo, aquello de la campana sería más irremediable. Fue que se dio por vencido.

En el pueblo merodeaba el comentario en las calles, las cantinas, en las tiendas de abarrotes, prestándose la ocasión al menor acercamiento, y del runrún panalero se recoge lo siguiente: desde luego había varios desconfiados, pero ellos por tener muy mal carácter, no por examinadores; otros hacían conjeturas aduciendo que aquella magnificencia resultó un efecto inverso: que en vez de una regañada por no asistir a la iglesia, el anciano, con un frenesí de loco o por la pura indulgencia, había optado por lo dicho y por lo hecho sabiendo que era un embuste, aunque un embuste clemente; otros más ni qué decir: mejor callarse la boca, pero la gran cantidad estaba bien convencida de la proeza mayúscula, sólo que, por tal motivo, cabía hacerse la pregunta: ¿ya no había necesidad de rezarle a ningún santo, ni a la virgen ni al Señor?, deduciendo en consecuencia que el párroco no hizo nada en cuanto a recomendarles una conducta ejemplar, entendiéndose por tanto que desde aquí hasta la muerte el portarse bien o mal no significaba pérdida o ganancia que valiera. De los que sí habían creído quizá algunos llegaran a suponer que cada nuevo tañido era una invitación para que cualquiera al ir oyera un sermón extenso plagado de aclaraciones, y pues no, mejor quedar encantados ya con un pie en las alturas, que Dios fuera el responsable de mandarlos de regreso.

El prejuicio solamente como posibilidad. Preferible que para siempre la dicha derrotara a la desdicha. Sueño y fe contra la duda. El anuncio sacrosanto: más imagen que quimera. Vivo símbolo.

Un día de esos Gerardito, el mayor de los tres hijos de Melchor Niño y de Toña Regalado, a escondidas fue a la iglesia de fisgón, y también, porque hacía mucho deseaba ser monaguillo y ser bueno, vestirse de colorado, cuan pretexto suficiente para no entrarle al estudio doloroso de los problemas de números y del civismo cargante: sobre todo de estos dos. Aunque había llegado a Sexto a base de tropezones, ya lo hartaba lo escolar, y sabía perfectamente que terminando la escuela sus padres lo obligarían a trabajar como burro; de ahí que ahora quisiera lo que hemos dicho seis o siete líneas antes.

Lo que vio desde la entrada le produjo malestar: casi una misa secreta. Bisbíseos y veladoras. El párroco y las monjitas como en forma de panal, como una masa negrusca que no pudiera estirarse. No sermón, no imploraciones. Reprimidas las palabras y también los movimientos, como si en el centro mismo de aquella masa espectral se agitara algo diabólico. Burda sensación de miedo para él que amaba a Dios con un amor laborioso, empero el muchachillo avanzó, paso a paso, y distinguió las figuras, unas figuras bodoques cuya pinta se aclaraba ante sus ojos. Siguió adrede y vio el semblante del párroco con más arrugas que nunca, en aquello había reserva, sólo eso. Se persignó Gerardito y sentóse precavido guardando cierta distancia.

Misa lerda.

Se supo después de varias semanas que las misas se efectuaban diariamente en absoluto silencio y cas.' como en secreto aunque con la puerta abierta. Al decir de los curiosos, que se acercaban al templo nada más por puro morbo, las tales eran larguísimas, con duración de seis horas más o menos. Sin embargo las llamadas se escuchaban hasta San Buenaventura y quizá hasta Celemania para que fueran los cientos. La campana con su firme resonancia volvía a ser como un solaz contra la monotonía que se vive en el desierto.

Los trabajos eclesiásticos, las levantadas de hostia, los sermones y los rezos, cincuenta años de servicio a una causa que tal vez, los cuantiosos padres nuestros, las misas, las confesiones: pues ya no, porque el padre se murió, ¡pobrecito!, se murió del corazón. A las carreras las monjas para embalsamarlo al cabo —no contaban con un féretro ni lo iban a construir— y avisar mediante una larga carta por la superiora escrita a la Diócesis cercana o correspondiente para que mandaran otro: un sacerdote bien joven y con ideas más modernas: so pretexto de que refrescara al pueblo con nuevas disposiciones. De inmediato la petición tuvo eco porque vino una carroza impresionante de grande la cual traía un nuevo párroco y se llevaría al difunto. La indiferencia pueblera ante tamaño suceso se convirtió en tremolina cuando llegó aquella mole rodante: jamás vista por aquí una de igual magnitud.

Y se fue como de rayo cargando a cuestas al párroco cuya teología

fantástica dejó aliviadas las penas de muchos incumplidores aunque él se fuera al demonio. De esto mismo la monjita superiora puso al tanto al nuevo párroco, le explicó con sabrosura todo lo de la campana y la ingrata apología. Entonces el padre joven, que usaba fleco y patillas, dijo que era muy urgente organizar una misa y en el patio hacer una fiesta grande con globos y serpentinas: *Hay que comprar hartos cohetes y hacer ruido hasta el cansancio con campana y con matracas para llamar la atención, ¡pues a como dé lugar tienen que venir a misa las personas engañadas!* Se acomidieron las monjas, se hizo el escandalazo.

Ellas a conseguir cohetes al otro día luego luego, ellas a lanzarlos alto aunque no supieran de eso; ellas a sonar matracas, no estaban acostumbradas; y la campana doblando sin cesar jalada por una de ellas; ellas, siempre: la obediencia.

El alboroto duró sendas horas hasta que: fueron llegando los cientos, entre ellos Gerardito, pero no Melchor y Toña. Como a las seis de la tarde se realizó la gran misa ya con la iglesia atestada. ¡Nuevo párroco y a ver! Mas fue la desilusión, porque en el sermón extenso el sacerdote aclaró lo que era pertinente. Dijo que ninguno tenía asegurado el cielo por el hecho de ayudar a la tarea de la alzada de campana; que si el párroco anterior había dicho semejante disparate era para conminar a los fieles a que amaran al Señor y a que cumpliera cada uno con la obligación devota para no irse al infierno. Fue una mentira piadosa. Dijo que entre sus nuevos proyectos figuraban ante todo el formar una comisión de damas encargadas del recabe de los fondos para la realización de mojigangas y fuegos artificiales en honor de varios santos: *Quiero que haya muy seguido jolgorios inolvidables con tamales y cohetes y menudo y en general antojitos mexicanos cuya venta nos sea útil para organizar después muchísimas y mejores. Si es posible: que haya tres y hasta cuatro por semana. Se entiende que los dineros servirán principalmente para modernizar esto. ¡La iglesia de Nadadores merece ser más moderna!*

Dijo que era menester cumplir con los mandamientos; confesarse, comulgar, oír misa a cada rato porque Dios lo requería; que sólo siendo devotos había posibilidades de que se fueran al cielo y ¡claro!: apartándose del mal. Mientras el párroco hablaba Gerardito se acordó de su visión la otra vez cuando al entrar a la iglesia vio la masa veleidosa, negrusca de las monjitas, del sacristán y del párroco anterior, la difusión fantasmal que hubo por unos instantes, como si anduviera ahí el demonio disfrazado haciendo sus travesuras. Ahora, el párroco proclamó que prepararía a mujeres para que dieran doctrina en el patio de la iglesia. Esbozó su pretensión de formar un coro enorme de niños vestidos de ángeles y que traería desde Múzquiz a un organista muy bueno, toda vez que se hiciera la colecta, cosas más concernientes a las dudas filosóficas contrapuestas a los favores

de Dios. Habló de los sacramentos. Al finalizar la misa la gente salió contenta con ínfulas de grandeza.

En la casa, como siempre, el suceso cotidiano: estaba Melchor pensando acerca de sus ideales abatido en su colchón mientras Toña, entretenida, calentaba los tamales. Debía estar listo su bote antes de las ocho y media en que empezaba el cinema con sus funciones de diario. Melchor, aislado y feliz, se acomodaba tratando con esto mismo de acomodar con delicia sus ilusos pensamientos. No tenía que preocuparse por los niños, pues: se los llevaba la madre para que la acompañaran de regreso ya en lo oscuro cuando él estuviera súpito por tener que levantarse a la ordeña bien temprano. No pensaría en Gerardito, quien nunca hasta ese momento había regresado tarde, sino…

La salvación era un hecho inmemorial. Sobre ella, por fortuna, no había recapacitado, y no se iba a imaginar que el estruendo fatalista cuando cayó la campana fuera un anuncio divino, pero fue y qué mejor. Ya pensaba en el sendero que había de la tierra al cielo, un sendero volador; y en lo alto, allá en el Reino, el desplazarse entre nubes como si volara siempre: sin planeación, sin esfuerzo, cual un gozo emancipado y, por ende, familiar, oyendo y viendo la música, ya corpórea, ya esfumada, extendiéndose en la luz. ¡Los misterios tenían forma, los pensamientos también! Angélica plenitud por toda la eternidad. Ahora le quedaba algo mientras viviera en el mundo. Supuso que si escuchaba otro estruendo semejante sólo lo escucharía él, sólo él y como premio por llegar a conclusiones que nadie allí en Nadadores habría imaginado antes: el baúl con las monedas y además con la ventaja de que cayera muy cerca, quizá afuera de su casa. Ah, que sí: su pensamiento era lluvia y el agua era manantial derramado en su conciencia. También viajar por el mundo, descansando, disfrutando. Tan sólo eso le faltaba para que su vida fuera una esfera de colores.

En eso entró Gerardito. Con estrépito y angustia exclamó:

—¡Papá! ¡Mamá! ¡Quiero hablarles, por favor!

Por el tono de su voz tanto Melchor como Toña se alertaron al instante y acudieron a su encuentro. El hijo ese informó acerca de lo que había dicho el párroco en el sermón de la misa. En resumen: que nadie estaba salvado y que para ganar la gloria había que cumplir con todos los asuntos de la iglesia. Que el otro párroco era un burlón de los amores a Dios. Casi un diablo.

¿Por qué no van a la iglesia?… Está mal.

Melchor Niño hizo un gesto sonrisudo y miró ufano a su Toña: ella también se sonrió al entender el trasfondo del mohín. Entonces él sentenció:

—El padre que se murió dijo claro que los que habían ayudado a

subir la gran campana —y no ellos solamente, sino aquellos como tú y como nosotros que la tocaran apenas con la palma de la mano— podían darse por salvados. A nosotros esa idea nos es más que suficiente. Aquel párroco es el nuestro y nosotros le creemos. A éste ni lo conocemos. Quién sabe de dónde venga; y por lo que dices tú éste es puro carranflaz…

—Pero es que…

—… ¡Cállate!

—Bueno, allá ustedes…

Y ellos, a manera de respuesta, que se besan en la boca con pasión agarrándose las carnes de abajo de la cintura. Un beso muy largo y suave hambriento de gozo y fe. Un beso imaginativo y con los ojos cerrados para sentir en lo oscuro las dimensiones del éxtasis, beso digno y jovencito. Beso y tema para siempre, beso fiel, beso embrujado… El hijo, al verlos así, que se voltea hacia otra parte.

OBRA DE ROEDORES

¡Ha desaparecido Abigael Centeno! Desde hace una semana salió a comprar cigarros y es hora que no vuelve. Las especulaciones son de tres profesores de enseñanza primaria (sin empleo por lo pronto) que no deciden “qué” ni “cómo” o “cuándo” y lo que hacen, por ende, es aguardar nomás, creyendo, por lo mismo, que están en lo correcto.

(Es el año 2046, año de alumbramientos esotéricos, según dicen los brujos oficiales.)

No obstante, hay un mundillo aparte: gente hormiguera y sucia que anda por escaleras y pasillos diciendo que el asunto no tiene vuelta de hoja, mas nadie dice “yo”, ni pregunta si “alguien” hará algo. ¿Cómo es que la noticia ha trascendido? Es que continuamente no falta algún vecino buscavidas que les toque la puerta, buscando a todas luces alimentar su morbo y soltarles, de paso, unos buenos consejos.

O sea que los tres hombres —cuatro con el ausente— viven apretujados en un cuartucho húmedo de los cientos que abundan en cualquier vecindad o gallinero urbano.

Tales intermitencias incomodan deveras a estos tres que embebidos, cual si fuese fantástico el suceso, muy de pierna cruzada platican y se engallan y vuelven al silencio. Por supuesto que exhiben sus temores, pero como no hay nadie que proponga alguna idea que sirva: lo mejor es brindar; de hecho, para decir “¡salud!” basta que uno de ellos alce y pasee en lo alto la botella que hoy brilla más que ayer.

La botella viajera, la que a falta de vasos deberá circular: de boca en boca: sabe diferente: se limpia la saliva que ha quedado en la punta y vengan pues los tragos espaciados, así el deleite dura y se somete a los asuntos que deberán surgir durante el convivio, mismo que noche a noche ciertamente se da, aunque no con refine de por medio.

—¡Ya no hay que abrirle a nadie!

—Pero es que…

—Que al cabo Abigael trae llave de la puerta.

—Es que de todos modos…

Etcétera y etcétera… El caso es que la noche ya casi es madrugada.

Hay atolondramiento, escamoteo de luces que se cuelan, y por lo que se ve: ya hasta bostezan los educadores, deliran, y lo malo, por tanto, es que repiten casi subconscientes lo mismo que dijeron después de dos-tres días de…

Son las últimas frases las que siguen:

Tal vez esté viviendo una gran aventura. No, porque Abigael es más bien sedentario.

A lo mejor se fue para su pueblo. No, eso es más improbable. Tendría que dar aviso a las autoridades y es seguro que no le den el pase. El hombre está checado de por vida tan sólo por el hecho de ser el ciudadano número 2 608 536 del FEUDO TV4/W26 y recibir salario provisorio, habitación inmunda y credencial de desempleado número 1 930 225; de modo que es difícil que vaya a dondequiera…

Se enamoró en la calle y… De tajo se refuta un posible amorío.

De seguro ha de estar tres metros bajo tierra, o bien incinerado, mejor dicho. Puede ser, aunque…

Del círculo vicioso prosigue el entresueño, alcoholizados duermen, rebosantes, pensamientos en blanco que no pasan de ahí, y al día siguiente ¿qué?; sólo el rumor mendaz tiene consecución. Los vecinos comentan no tanto acerca del desaparecido, al cual, incluso, ya lo dan por muerto, sino más bien respecto a la flaqueza y al desdén que han mostrado hasta ahora esos tres paranoicos, sinvergüenzas ilusos, soñadores que sueñan en sindicatos únicos, gente llena de cohetes que no explotan o de ésa que malgasta su pólvora iniciática en puros infiernitos… Así, no faltará un vecino que les sople al oído cosas inolvidables, mucho más feas quizá, pero acaso también mucho más formativas.

Y allí están todos fofos, tendidos en sus catres respectivos. Ahora con la nueva de que no aceptan ni una sugerencia. Ningún toquido vale. Que no se atreva nadie a conminarlos, a exigirles acción, porque se arma el relajo de a deveras.

(Es el año 2046, año de producciones a granel, según dicen los genios financieros, quienes tienen programas de tres horas, tres veces por semana —al igual que los brujos oficiales— en la televisión. Los tales se dedican a hacer desgloses a base de ecuaciones de una complejidad inenarrable y estadísticas varias para dilucidar el estado que guarda la economía hacendaría de este feudo. Que la distribución de los productos; que el sistema de flujos y reflujos; que las necesidades pecuniarias, o que el mercado negro no es tan negro en el fondo porque desintoxica las mecanizaciones del comercio oficial; considerando tales subterfugios no queda más que hacer —porque así lo hacen los genios financieros— un pronóstico real que se apoye en aspectos específicos, en claves adyacentes, donde por lo común se clarifican los márgenes de error, las muchas tonterías en que suelen

caer tantos economistas, y para eso hay que ir directamente a las "equivalencias" o a las "variantes de último momento" establecidas con oportunidad en una tabla de codificaciones, la cosa es que… ¡Al demonio!) ¡ETCÉTERA!, de plano.

¿Quién entiende esas cosas?… Pues quién sabe.

¿Serán puras mentiras?, ¿puras inconveniencias?… Bueno fuera.

Pero no cabe duda que los televidentes (o telespectadores) se rascan la cabeza a cada rato para seguir el hilo entretejido de la especulación, el hilo abstruso de los comentarios.

Televidentes ellos: se refocilan en la diversidad, consumen

hartas horas en zonza pachorrez. Ven programas de embeleso económico-algebraico sólo por distracción. Ven programas de música ranchera ya computarizada al igual que secuelas, con dizque melodías que apenas duran unos 10 segundos, de música de rock (instrumental), de boleros cachondos con estrofas de máximo 2 versos, y que en serie transcurren por espacio de 6 o 7 horas. Uno tras otro ritmo (en batahola), dijéramos que casi inadvertidos, es colmo y es choteo: aturdimiento vil al no haber chanza de que se repitan las mentadas secuelas más allá de 3 veces, y lo triste, también, es que ya no hay cantantes que salgan en pantalla como hace unos trienios sí salían, ahora, o por lo pronto, sólo voces en off, esto amarga y endulza al mismo tiempo a quien se atenga a la retacería (melódica y sin peso) y recuerde, por ende, a un puñado de rostros importantes, a cuerpos agradables que la nostalgia aviva, porque el presente es soso y ahogador.

A cambio hay un caudal de imágenes cambiantes cuyo encabalgamiento es tan acelerado que no hay mente capaz de registrarlo todo como debe de ser, nomás "los grandes rasgos" imprecisos, nomás la sensación que se aclimata a lo que es de por sí "medio vacío", medio, al cabo, infeliz.

Y hay un solo canal, para acabarla…

Pero también apagan los fulanos (porque sí, porque no) esa caja falaz, fantasmagórica, insaciable en sí misma, y entonces: ¿qué carajos?, lo cotidiano: ¿en dónde desemboca?, la realidad, la vida que se ve sin tecnicismos, y aun cuando se quiera ser parte de un ardor, de una inquieta molienda ratonera, no hay magia de por medio ni probidad que incite, porque… Debe explicarse: los moradores de una vecindad, como la que se trae a colación, son simples desempleados, son ratas retacadas a la fuerza en esos escondrijos indigentes. Y que nadie se atreva a transgredir las normas, pongamos por ejemplo: el salir a la calle a lo tarugo, ya que tales sujetos inactivos están archirrecontracustodiados por esbirros que portan armas indistinguibles, de pe a pa, por lo visto, con potentes radares. Entonces por doquier pueden salir las balas y no se diga las ráfages de

fuego: zapatos-metralleta, viseras que disparan… Mas un siniestro así nunca ha de suceder si todo es armonioso.

Cabe aquí la excepción correspondiente: cuando las ratas salen a traer los piscolabis a los supermercados populares hay un cambio de aires que no deja de ser un recreo inútil. Salir y pajarear concretamente: muy dentro del horario: y los regresos se efectuarán de prisa. Además es tristísimo el asunto, porque es tal la migaja monetaria que reciben al mes, que apenas les alcanza para adquirir cereales y papitas, cuando mucho bolillos y embutidos sintéticos, pues la carne para ellos ha pasado a la historia. ¡Cigarros!, eso sí, ¡muchos cigarros!

Abigael Centeno fuma como chacuaco, se deduce el pretexto, sin embargo como él no falta algún fulano que de repente salga, se la juegue —Abigael Centeno puede estar a distancia burlándose de todos y de todo; estará muy a gusto en una especie de “limbo artificial”, propiedad de este feudo— a sabiendas que por mucho que avance no llegará tan lejos o fuera de las áreas de quienes lo vigilan. Cualquiera que ande lelo por las ramblas al cabo de un período de 4 horas le sugieren, hasta eso con finura, aunque siempre de modo sentencioso, que regrese cuanto antes a la covacha que le corresponde, porque de lo contrario se lo habrán de llevar a un lugar sibilino, no sin antes noquearlo, o sea… Nadie sabe si allí es un infierno alegre… Pero si un desempleado intenta defenderse, entonces sí de plano lo ametrallan.

Y nadie que sea cuerdo se complica la vida a menos que se asuma como un aventurero. Es que al respecto las leyes son flotantes: cambian de un día para otro tan sólo con la mira de confundir (cuando no capturar, con sobrada intención) a tanta rata huérfana, dado que las astutas, las más frescas y de más mala leche, viven cómodamente.

¿Será que Abigael ya esté cansado de ser un personaje bondadoso? Un profesor desliza la pregunta mientras que el dúo restante apenas la asimila. La indiferencia es clave, la respuesta es ambigua. Es que duele pensar que esa razón se obvie; incomoda el epíteto, porque ¿tontos?… ¡Caramba!, ¿quiénes serán más listos: los buenos o los malos? Pues no habrá discusión ni remate sabiohondo… Seguirán en las mismas, aunque: ¡se acabó la botella! Ni una gota. ¿Ahora qué van a hacer?

(He aquí un informe al margen: a ningún desempleado le es posible tener siquiera un hijo, y si lo tiene tan luego se lo quitan. No sucede lo mismo si el Estado decide que ha de emplearlo en una chamba equis. Sobre esto hay una ley que por supuesto el grueso de la masa desconoce, está identificada como PENA ALEATORIA y ha de tener alguna clave oscura salpicada de números y letras. Huelga además decir que un dispositivo de tal envergadura no produce en la plebe ningún tipo de crisis, es costumbre y es modo de evitar

compromisos. No hay hijos de: ni madres, ni parientes, ni patria potestad.)

Pero, ¿qué viene a cuento?, ¿qué es lo que van a hacer? Trenzar y destrenzar suposiciones con la vaga esperanza de que el regreso en breve de Abigael Centeno contradiga de tajo la negrura de tanto sinsentido. Orillados, pazguatos e intranquilos querrán maravillarse, salir de la rutina del encierro pero sin que les venga a la cabeza entreabrir cuando menos la puerta de su cuarto.

¿Estará dando clases? No, eso ya se sabría. En el momento que una de las ratas es requerida por las autoridades —¡vaya que la noticia es positiva!— se les hace saber a los demás por medio de un oficio escrito en cartulina que se pega en un panel instalado a la entrada de cada vecindad. Salta a la vista pues que hubo ascenso de clase por obra y gracia de un dedazo mayor. Mayor es la sorpresa cuando a su vez se informa que vendrá un substituto (un desempleado más) a ocupar la vacante (el catre, las cobijas) en cosa de unas horas. Muchas veces ocurre que vienen dos o tres o hasta cinco desempleados legales a encajarse en alguno de los cuartos donde originalmente vivían digamos cuatro, pongamos tres o dos, pero nunca uno solo. Es a los moradores, desde luego, a quienes corresponde adecuarse al espacio. La equidad reinará tarde o temprano mediante arbitrios ágiles; común es el volado salomónico, y de ahí se desprenden los demás prorrateos. Si se pelean pues: ¡pobres!, ya vendrán los perdones, los nimios *ex absurdos*, porque no queda de otra. Sin embargo el reparto ratonero se realiza con gran delicadeza. Es que el gobierno es muy inteligente (a su manera, sí), pretende la armonía y no ha de permitir que haya impericia en las combinaciones. En el feudo en mención se ha llegado a la altura de suscitar entre los marginados convivios bienhechores: maestros con maestros, plomeros con plomeros, nunca mecánicos automotrices con poetas complejos, y así por el estilo cada cual a sus anchas con quien le dé más cuerda. En abstracto, no obstante, y desde una alta esfera del poder, todo parece neutro, desabrido quizá, y lo es virtualmente, pues sería pretencioso y hasta idiota querer entrar a saco en tantos pormenores. Dicho esto así: que discutan entre ellos y se amolden a su resignación, al miedo afirmativo de saberse flemáticos en todo y medio tolerantes. Que dialoguen, que actúen dentro de su estrechez, que demuestren su empaque, si es que tienen… Y he aquí que los maestros, en estas condiciones de terror, responden al esquema:

—Es fácil enterarnos si Abigael ya tiene ocupación.

—Sí, es fácil… Pero si ya estuviera trabajando no faltaría un vecino que viniera a informarnos.

—Yo creo que lo mejor es aguardar, no sea que nos metamos en problemas…

De refilón se informa que han pasado diez días como si nada… El hombre no aparece y no se han molestado los fulanos por conseguir siquiera un poquito de alcohol. El encierro es parcial y atemperante porque ven tele sin cansancio alguno mientras comen (o roen) sus mugres alimentos.

De pronto, unos cuantos porrazos en la puerta, violentos e insistentes, los sacan del letargo. ¿Será la autoridad o quién diablos será? Sssth. ¿Abrirle de inmediato? La duda se prolonga… Desde hace unos tres días no hay quién venga a tocarles. *¡Abran!, ¡abran!*, una voz de mujer se desgarganta. Una intimidación harto grosera porque hasta la meteca patalea contra el fierro herrumbroso que sirve de falsete. *¡Abran, por Dios, les traigo una noticia que no les va a gustar!* Pero los profesores de enseñanza primaria están muy divertidos con la televisión, justo en esos momentos en pantalla aparecen unas caricaturas de monitos que brincan y se trepan en unos edificios increíbles y se dejan caer como si nada. Milagrería hiperbólica de espectros multiformes. ¡Qué gran felicidad, qué intrepidez y qué mujer tan más inoportuna! *¡Abran, huevones, que esto es muy serio!* El pánico se ensancha y las tenebras en rondón se afilan… Mas la caja falaz desembaraza, ablanda, restituye, los pone a todo dar: hay un monito que es bastante elástico, el cual de una zancada cruza un río… Al fin, luego de tan molestos mandarriazos, y medio que no quiere pero sí, el más joven de ellos se acomide. Entreabre, se atreve, asoma la nariz primeramente, en seguida una mano y la cabeza entera. Ah, es la mujer tilica y de hot pants azules que vive en el 200. Es la verdolagona más famosa de esta vecindad, la del chisme caliente, la que mueve el pandero entre los inquilinos para soliviantarse. El profesor la enfrenta abriendo de una vez —mostrándole su pecho y sus puños crispados— nomás para saber qué novedad.

—Oigan todos ustedes —con su mirada tétrica ella busca a los otros que permanecen como troncos secos frente a la caja hipnótica, y se ríen además (un mono anda en las nubes; desde ahí, al parecer, quiere echarse un clavado, que al cabo que es de hule)—, ¿pues qué no saben lo que está pasando? De un tiempo para acá han desaparecido muchísimas personas. Tal vez su compañero sea una de las víctimas, y por lo que yo sé, porque tengo contactos con gente sabedora, en otras vecindades aledañas también ocurre algo parecido. En la f60/rt!6 ya van tres que no vuelven desde hace como un mes y no hay anuncio de que hayan sido empleados. En la F24/RA02 ya suman diez personas que…

—Eso es pura ficción —interrumpe uno de ellos, sin apartar la vista de la tele.

—¿Qué usted no se da cuenta que en este feudo las leyes y las normas cambian a cada rato sin que se entere nadie? —clama otro

recostado y añade todavía—: Puede ocurrir que no les dé la gana anunciar en el panel acerca de que alguien haya obtenido empleo, porque de hecho desde hace un par de meses no ha habido movimientos de inquilinos y pues no ha aparecido escrito en cartulina el nombre de ninguno de los que habitan este gallinero. Así es que lárguese y no esté fregando.

—Pero al menos permítanme siquiera decirles una cosa —insiste la chirlera—: es que precisamente un argumento así me está dando de lleno la razón. En un caso como el que se presenta ya me dirigiría a levantar un acta a la OFICINA DE NECESIDADES; o sea, es el paso a seguir.

—¡¿Qué?!, ¿existe una oficina de ese tipo?, ¿cuándo la crearon?, ¿dónde?… A mí lo que se me hace es que usted quiere enviarnos a la boca del diablo —dice muy categórico el más garrocha de los profesores, el mismo que en caliente se incorpora y con rabia en sus gestos y en sus ojos amenaza volcarse encima de ella. Sí, va presto, aprovechando, enseñando su puño golpeador.

Entonces la mujer se echa a correr de plano. Sus gritos desatados despabilan a… No son muchos los gallos ni muchas las gallinas: cabezas hay, asomos, hay cierta comezón, pero como se trata de… Es la misma de siempre: la gritona. No obstante el episodio todavía no termina. El profesor más joven, el que no abrió la boca, solamente la puerta (un incidente al vuelo), detiene a la mujer con una sola frase:

—¡Señora!, a mí sí me interesa lo que usted trajo a cuento.

Y, en efecto, la mujer se detiene ya casi a la mitad de los peldaños de la luenga escalera.

Se da el acercamiento poco a poco, y la moderación.

Las miradas brillantes.

Cierto es que había motivos para darle otro curso más propicio a la efusión reciente… La paranoia agrede porque no quiere más. Los profesores (ratas), bien se sabe, no querrán complicarse.

Pero el más joven de ellos sí abriga algo distinto, porque él y Abigael se conocían desde que eran chamacos: una amistad que nunca se rompió, un sentimiento en firme aun cuando por años se perdieron la pista. Más la casualidad, que es tan humana como cualquier prurito, obró a favor de ellos y…

Se explica que el más joven, quitándose los miedos (cierto que había caído en la apatía por ser tan influenciable y tan conciliador), tenga el comedimiento de pedirle a la doña santo y seña de la tal oficina para ir de una vez a denunciar la desaparición de su amigo de infancia que de seguro o muy probablemente ha pasado con suerte a una mejor vida y, por ende, obtenidos los datos, regrese a su reducto sólo para informarles a aquellos timoratos sobre lo que en un tris ha

decidido. Ir, despejar las incógnitas del caso o al menos darse idea de cuál fue el derrotero de Abigael Centeno.

—Está bien, está bien… Pero pues allá tú —profiere con desgano cualquiera de los dos, el más flojo ¿tal vez? Es que el más joven de los profesores ya tiene una idea fija, ya sólo piensa en ella y no le importa quién dijo o quién no dijo.

A lo que los restantes, los miedosos, ya se imaginan toda la secuela. Mientras tanto en la tele se informa con frialdad de los muchos conflictos que se están suscitando en lugares remotos, conflictos que a la gente (la de aquí, por supuesto) en realidad muy poco le interesan, a lo mucho reaccionan emitiendo quejidos comunes y corrientes: un "¡híjole!" o un "¡ay!" y nada más.

Saber acerca de la problemática que existe en otros feudos hace pensar, acaso muy al sesgo, que desde luego en éste jamás sucede nada, nada tan alarmante ni tan negro. De hecho en la pantalla hay sangre al por mayor, diversas explosiones, zafarranchos urbanos donde la policía resulta victoriosa, mas todo es tan ajeno que entre más lejos sean las hecatombes (en los feudos de China o en los de Cabo Verde) mejor será el efecto del mensaje; y así, capciosamente, se suceden ráfagas de noticias tremebundas cuyas secuencias duran cuando mucho unos treinta segundos. De manera resuelta los miles de infortunios se alegorizan tanto que hasta da la impresión que todo ha sido montado de antemano, que son ficticias las calamidades y que por eso mismo los ratones de aquí son y serán unos privilegiados. ¡Y venga la flojera a expensas del terror subliminal!

A resultas se da en los receptores pura desesperanza ironizada que a veces ni siquiera llega a eso. Los profesores saben, aunque a final de cuentas se hagan patos, que hay un enorme abismo entre lo que se informa y lo que ocurre verdaderamente aquí y en varios sitios. La tele, por ejemplo, jamás destaca la serie de siniestros que a diario se suscitan dentro del área del FEUDO TV4/W26; no se informa tampoco sobre posibles cambios que a nivel de las cúpulas feudales se dictaminan de un momento a otro en beneficio del ámbito local. Todo es secreto a voces: cuando mucho: hablillas que pululan por doquier. De nada sirve que haya porcentajes más o menos exiguos de revistas, periódicos y otras publicaciones, habida cuenta de que sus importes son tan exorbitantes y es tan incierta su circulación, que no alcanzan siquiera a ser basura que pueda procesarse.

En este feudo, el "de las maravillas" —como reza el eslogan de la televisión— no existen librerías: bibliotecas sí hay: sólo en las academias populares, las cuales no rebasan los dedos de una mano, pero en los anaqueles no figuran más que algunos compendios de mapas ilustrados y un número incipiente de folletos, manuales e instructivos que en rigor son chuscadas, tomaduras de pelo.

Y ya entrando en calor huelga decir de paso que el arte más reciente es clandestino, pues lo que se difunde a cuentagotas es lo ya asimilado desde hace muchos años; no obstante es centelleo que no alborota a nadie, son puros simulacros fragmentados.

El periodismo ¿existe?… Al dirigirse el joven profesor a la OFICINA DE NECESIDADES, al respirar el aire de la calle, casi indirectamente se hace unas dos o tres preguntas al respecto, surgirán en su mente otras más relativas al sinfín de vacíos que se padecen y que deben cubrirse cuanto antes. Piensa que si ha de ir a un sitio como ése, nunca estará de más aprovechar el viaje para hacer de una vez —aunque sea de memoria— un extenso enlistado de demandas. ¿También cabrán las cosas personales?… ¡Cómo quisiera el joven que lo enviaran a un cuarto con más luz donde pudiese convivir a modo con gente no tan floja!; él, que llegó hace apenas cuatro meses como un advenedizo, al igual que su amigo Abigael, a ese cuarto mugroso, bien podría sospechar que el desaparecido lo que realmente hizo fue pedir que lo enviaran a otra vecindad.

Eso está prohibido, nadie tiene derecho a escoger compañías ni aposento a su gusto, pero como las leyes a cada rato cambian, pues es bueno desear lo más bonito.

Sumido en reflexiones el joven profesor, de nombre Jaime Cerda, quien es el desempleado número 3 747 519 de este feudo en mención, de pronto se percata que no hay gente en la calle ni medios de transporte ni policías con ametralladoras ni pájaros ni perros. Y avanza… Dobla aprisa la esquina tan sólo para ver la ignota longitud de vecindades hechas al vapor; uniformes y grises ratoneras donde la paz parece fantasmal. Una inyección solar reverberante hace que aquello irradie plenitud, la ambigua plenitud que debe convenir a las autoridades. Plenitud agorera, dijérase gozosa, cargada de silencio y bienestar… El joven se pregunta si hoy es un día importante, porque nunca había visto que la ciudad viviera un apaciguamiento de tal naturaleza. Se percata, asimismo, que las cancelas de los edificios están todas cerradas, pero hacia el interior de cada una de ellas, y a manera de alivio, hay chúcheos incesantes, paradójicamente, como si fueran cárceles festivas.

Jaime Cerda, por tanto, empieza a sudar frío. A cada paso dado va como amedrentándose, su encono se agudiza, lo hace voltear a ratos hacia atrás, siente que la distancia que todavía le falta para doblar —si quiere— la otra esquina es demasiado grande. Y sin embargo sigue… El sabe a donde va, con las indicaciones en su haber sabe que aun desviándose del rumbo llegará a la OFICINA… No es un sitio imposible.

De por sí cuando sale a comprar piscolabis es como un maniquí, un autómata huraño que visto desde arriba sería el modelo óptimo a

imitar; es, por así decirlo, el que busca y encuentra la distancia más corta hacia el supermercado más cercano, sin bobeos echadizos ni zorreos de fisgón, sin que sea molestado —¿para qué dar motivos?— por ningún tecolote, o cuíco o pepsicolo, porque así se les llama a esos disparadores, etcétera y etcétera; por diversas razones podrían surgir más motes pintorescos, la cosa es que cualquiera es merecido. Razones diferentes ha de tener el tipo para no detenerse en sus trayectos, este mismo que ahora dobla la esquina y ve con ilusión… La arquitectura de esta cloaca urbana es repugnante, ¿para qué contemplarla?, es seriada hasta el grado del hartazgo, es lo que a las carreras la plebe puede ver, puesto que lo popof se encuentra muy aparte: en medio de murallas resguardado, invisible, quimérico. Una estrechez ¿feliz?, a la que el grueso de la plebe llama "la ratonera abstracta". En cambio ante los ojos del joven profesor el espacio se aviva, la derechura es casi como un sobrentendido. No obstante hay un regalo: la calle vocinglera, hay gente circulando como a unas cuatro cuadras… ¡Vamos!, allá está la sorpresa.

Y avanza, avanza cauto el tipo, el maniquí que ya dejó de serlo, al menos por ahora.

¿Ahora? ¿Desde antes? No lo puede creer: conforme se aproxima al zipizape observa y especula poniéndose una mano en forma de visera, nota, de sopetón, algo que nunca ha visto: ¡mujeres!, muchachitas, cenceñas, regordetas, ancianas, más mujeres: las mismas que festejan, las que brindan y bailan a sus anchas, ningún hombre, ¿por qué?, excepto los esbirros: unos tres por ahí: que rompen con su esquema porque fuman y beben, ¡increíble!, se pasan la botella: de boca en boca, y ríen: sentados en la acera: desguachipadamente, despatarradamente. Un solaz infernal. Venturosa anarquía paradigmática o aciago pandemónium que se excede propiciando jaleos, alebrestando a cuántas: ¡ellas, locas triunfales!, y el profesor ¿qué hace?, medio que titubea y medio que detecta, decide, en consecuencia, acelerar el paso, no sea que les resulte un personaje incómodo. Así, al doblar otra esquina ve exactamente lo que vio allá atrás: ¡mujeres que deambulan con autosuficiencia!, salerosas hetairas lucidoras se confunden ahora con damas recatadas. La situación induce a que no haya zanguayas ni sandios disimulos sino encuentros fortuitos y regocijo al máximo, se suscitan, por ende, los diálogos casuales de mujeres que llegan y se van para que vengan otras y celebren. La mojiganga vibra, podría degenerar, en tanto el profesor, tratando de darle orden a sus presentimientos, se echa a correr de plano en busca de refugio. Las que lo ven lo juzgan como una rata intrusa que hasta provoca risa de tan inofensiva y despistada. ¡Deberá enloquecer de un momento a otro!, al puro desenfreno ha de doblar esquina tras esquina escuchando los ruidos no sólo mujeriles sino los

de bocinas instaladas en sitios estratégicos de donde salen valses y mazurkas entremezclados con salsa caribeña o música de rock con arias operísticas, amén que las secuencias apenas duran unos diez segundos y el encabalgamiento es incesante. Vil contraste esquizoide que adrede fue grabado en un solo canal, cual si se ponderara, a base de armonías-desarmonías, el retorno flagrante a los orígenes: ¿el matriarcado en pleno nuevamente?, ¿habrá otra vez relevo? Todo indica que sí, porque nunca en el feudo las mujeres se habían manifestado como ahora. Imposible observar tanta vehemencia en ellas, tanta espontaneidad y demasía. Hoy, por lo pronto, las mujeres son reinas poderosas y, por lo que se ve, los hombres son ralea. Es explicable entonces la burla que ellas hacen (el festejo) de las músicas machas que a lo largo del tiempo se han impuesto y repuesto. La revoltura es tan vivificante que de igual modo exalta y satiriza (muy a todo volumen) una historia plagada de injusticias y un triunfo anunciador de un nuevo orden quizá definitivo. Aquí empieza la historia: las mujeres arriba. Así debe pensarlo el profesor que corre, que ha de seguir corriendo como loco a fin de huir del gubio laberinto. No obstante se detiene al doblar una esquina, la enésima, ¿la última?… Pero cierra los ojos durante unos minutos. Se tapa los oídos, y avanza, sin embargo, por inercia. A tientas. Desgraciado.

De rato el pobrecito correlón, sintiéndose basura, vuelve a ver lo que vio: movimiento, mujeres, música todavía, lo mismo: enfatizado, como una pesadilla. Mas he aquí la sorpresa: por vez primera ve a unos ciudadanos que más que hombres parecen monigotes, helos acompañados bien a bien: hembras-machos: parejas, dos o tres, parejas que se besan en la boca, no con ternura, no, al contrario: con agresividad, pues más que ostentación de saboreo el agarre parece lucha libre. Hombres salidos de quién sabe dónde, atrapados por ellas: juguetitos. Y Jaime Cerda ríe de buena gana, bah, quiere entender por qué pero no entiende mucho y es por eso que incrédulo se sienta en la banqueta, deseoso de quedarse largo rato mirando el espectáculo.

Cuadros aquí y allá. Parejas que se van tomadas de la mano después del escarceo, otras que llegan y se distribuyen. ¿De qué se trata o qué?, ¿por qué no buscan más intimidad? Son preguntas que se hace el profesor como cualquier transeúnte despistado que ande por ahí… Es bastante curioso que las parejas opten por un lugar tan feo, siendo que en este feudo hay algunos jardines, árboles colosales que dan sombra, aunque sean de a mentiras, de hule o plástico duros.

Y los hombres parecen títeres exquisitos, y las mujeres: lobas, y…

Cuando está el profesor más embebido uno de los esbirros se le acerca y sin más arremete:

—¿*Y* usted qué hace aquí?

—Pues es que me dijeron que podía ir a la OFICINA DE

NECESIDADES a denunciar un caso de desaparición.

—Es mejor que regrese a su covacha. Yo sé lo que le digo.

—Pero es que…

—¡Lárguese!, o ya verá.

Y le apunta con una metralleta.

Jaime Cerda obediente, sin mostrar desconfianza, se incorpora sereno o, mejor dicho, con una lentitud exasperante, es su respuesta cínica ante una humillación tan declarada, e inicia su retiro paso a paso.

—¡Córrale, muerto-de-hambre, o si no lo fulmino!

No tiene el desempleado más que huir de *ipso {acto* cual rata que se siente acorralada. Teme ahora sí lo peor: un balazo en la nuca, y descompuesto corre a todo lo que da. Gana la esquina a fuerzas, no pudiendo evitar que al dar la vuelta, toda vez que el amague parece concluir, se detenga y jale aire, se tambalee mareado y se recargue exhausto en la pared.

Nomás por dignidad, por instinto también, por subsanar su encomio, no se desploma el pobre. Respira hondo y se olvida de la persecución. No hay tal… Por el momento… ¿Podrá recuperarse? No descarta un acoso posterior… Luego de unos minutos de apremiante zozobra prosigue su camino, ahora ya con pasos naturales.

Y ve y siente y pretende estremecerse. Agobiante largueza la que sus ojos captan. Un sol ahogado en nubes al final de la calle. Es la tarde barniz adormecido en sucia perspectiva, y es resabio la música: recreo, órdiga, cataclismo, tal vez extravagancia, y los besos ¿qué son?, ¿blandura que no sacia?… Mas todo es impreciso para quien se ha vencido; el profesor entiende que ha de volver un poco avergonzado tan sólo por el hecho de haber querido ir a la tal oficina en busca de su amigo de la infancia. Sin embargo ¿qué?, ¿cómo? El buscador cree verlo; pero hay una apariencia de velamen traslúcido que apenas le permite distinguir la silueta de… Se acerca por lo mismo: cauto e inquisidor… A conveniencia esgrime, para desavenir cualquier ilusión óptica, un deseo afirmativo: Abigael Centeno se recrea y se sublima al besar en la boca a una gran mujer, está como en las nubes, dejándose llevar por cuanta maravilla. Es, ¿sí?, probablemente… Es por eso que el joven profesor no se aguanta las ganas y raudo se acomide tratando de llegar lo antes posible adonde aquel encanto. Muy a todo pulmón, en la carrera, le grita contentísimo a su amigo de infancia:

—¡Abigael! ¡Abigael!… Soy Jaime…

Sí, en efecto, el dizque incinerado reconoce la voz, la difusa figura que ya viene a su encuentro. En el acto persuade a la mujer para que juntos huyan tomados de la mano, huir a cuanto den sin mayor

contratiempo: se van, se van…

—¡Abigael!… ¡Detente!…

Se van como si huyeran de una sensación endemoniada, contra el sol sus siluetas se van desvaneciendo al ritmo de la música… Y la pareja es una idea señera que el profesor persigue con determinación antes de que se esfume para siempre. Sin embargo se frena… La imposibilidad… A fin de cuentas medra el desconsuelo. La idea que se perdió, el vislumbre procaz de algo parecido a un triste escurrimiento que ha doblado la esquina, la insinuada, la incierta, la que tal vez existe solamente para ellos… Por ende Jaime Cerda ya no puede dar más. Al cabo se resigna, cual es su condición, viendo la derechura de la calle: en grave pinturreo crepuscular.

Queda la sensación reducida a un vahído. Allá, quién sabe dónde, el dizque profesor desentendido, el dizque bondadoso, acaso se consuma, y a punto se evapore, en las llamas benignas del placer.

Y la música: abstrusa, más que nunca: baldía.

Estoico el buscador al fin baja la vista y sonríe un tanto escéptico. Una suerte de afán roborativo lo obliga de momento a quedarse azorado, como estatua de sal, en mitad de la calle. Expuesto e indeciso ¿a dónde puede hacerse? Ah, un cláxon de autobús lo despabila, no quedándole de otra que orillarse al instante. Cierto que es un vehículo repleto de mujeres que como tromba cruza pita y pita…

¿Seguirlo con la vista? ¿Avanzar en la misma dirección? Inanimada tregua, fallido derrotero. Perplejo el profesor, un tanto a la deriva, bien sabe que si quiere regresar adonde su guarida tendrá que ir doblando esquina tras esquina de tal suerte que encuentre otros cruentos y acerbos simulacros. Pero no; mientras sigue avanzando, ya casi por instinto, hacia el lugar del cual no debió haber salido, nota lo que notó primeramente: el vacío callejero, como un desahogo impredecible.

Gran revuelo de voces femeninas se ha formado en el patio del gallinero urbano F93/RC31, el mismo al que para eso de las 8 p.m., llega desencantado el joven profesor, quien sin apercibirse del rugiente mitote pasa de largo y gana la escalera. Una fuerza brutal (o un imán infalible) lo hace virar sin pena y sin prejuicio. Por ahí, como sea, de entre la muñidiza mujeril, saca el pico de pronto la gallina tilica, esa verdolagona tan chirlera, es ella quien le hace un ligero ademán a la vez que una mueca demandante, casi como inquiriéndole: "¿Qué nueva trae a cuento?", pero Jaime más bien le lanza una mirada criminal y masculla invectivas que reprime contrahecho, después le da la espalda.

Lo demás es caer en el abatimiento como lo hacen los otros que ahora lo ven llegar bastante amilanado. Tendidos en sus catres respectivos los flojos se solazan en su flojera ideal, que en este caso es

sabiduría. Todo una acción ilusa, innecesaria, se refleja en la cara del joven profesor. Perdedera de tiempo, según (adivinanza). Y se hace un silencio *sui gèneris*, parcial, tan sólo quebrantado por las voces en *off* de la televisión. ¡Ha llegado el momento en que inicia el programa de los brujos del feudo! Pura especulación… Sin que se lo pregunten Jaime empieza a narrar su periplo en las calles. Les cuenta *grosso modo* acerca de los cambios, de las tantas hazañas femeninas, de que vio a Abigael, pero ¿quién sabe? A lo mejor sí era… De otros muchos detalles indistintos que la mera verdad los flojos muy al sesgo oyen de mala gana. Para ellos tal periplo, con todo lo que tenga de alarmante, pues no pasa de ser un desvío fatigoso comparado con esto: la serie sugestiva de augurios sibilinos que semana a semana dilucidan los brujos oficiales. Por simple cortesía, y a manera de cierre, uno de ellos le dice:

—Eso ya lo sabíamos.

—… O al menos lo intuíamos —compone el otro flojo.

Así, desfallecido, el joven profesor se acomoda en su catre lentamente; cierto es que avergonzado de haber ido a lo bruto adonde no debió, se dispone a mirar con aleve inocencia el siluetismo amorfo que aparece en pantalla:

“Papa el mes de febrero el planeta Saturno influirá en los signos de aire y tierra…”

“Recuerden que es el año 2046, año de ascensos súbitos, porque de acuerdo a…”

“Los días 15 y 21 de este mes son claves para aquéllos…”

Propincuidad y suerte. Secreta algarabía que a falta de vivencias de otra índole pretende darle cuerda a los presentimientos. Extasis inductivo que mal que bien es una vitamina para quienes no tienen más motivo que la desilusión, y he aquí que la tele viene a ser una droga sin tacha.

¿Después?… Todo vuelve al nivel de las aguas que corren… Nada más, nada menos.

Sin embargo, pasados unos días, se oyen unos porrazos en la puerta.

—Ya no hay que abrirle a nadie —sentencia el más garrocha.

Pero desentendido, o meramente para desaburrirse del juicioso ostracismo, el joven profesor se sale del esquema y, contra las advertencias de los flojos, abre otra vez la puerta. Como un radiante espectro inofensivo se presenta de golpe una mujer de unos treinta años. *Soy Luda Mendizabal*. Desconocida hasta ahora, aunque… Su figura, es posible… No es del todo… ¿Quién es? Y pide entrar, y entra, y suelta lo siguiente:

—Sólo vengo a decirles que Abigael Centeno ya está muerto —ah,

¿cómo es que dio con esta dirección?, se preguntan los tres. Fácil es sin embargo la respuesta, la han de encontrar al vuelo: todos los desempleados están bajo control, localizarlos no es ningún problema —. He venido hasta aquí para que uno de ustedes me acompañe. En unas horas más será quemado el cuerpo del difunto y es necesario hacerlo en presencia de alguien que lo haya conocido, sea pariente o amigo, o simple compañero de morada.

Trampa. Oportunidad. Dilema. Despropósito. ¿Qué de qué decidir? Se hace un silencio turbio que da vértigo. La duda merodea, despunta al fin y al cabo la aciaga consecuencia, se sitúa la reserva porque se sobrentiende la intención: al menos los dos flojos susodichos ya tienen la respuesta. En cambio Jaime Cerda, que mira esperanzado a la mujer, piensa que ella es su salvadora, entonces ve con asco el aposento y sabe ciertamente que por las circunstancias que se viven hoy día, cualquier dificultad adicional será mucho mejor que seguir encerrado viendo televisión, también, y ¿por qué no?, irse de allí tal vez le sea más que propicio indispensable para vivir ahíto en el placer.

—Yo me iré con usted —le dice Jaime al canto.

Existen dos caminos evidentes. Un tercero sería regresar cual si nada a la vida de siempre. Pero al menos el riesgo ya ofrece algo distinto, porque tiene el encanto de la casualidad.

Sin pensarlo dos veces el joven profesor abandona el cuartucho. En tanto la mujer les sonríe a los dos flojos recostados. Su blanca dentadura reluce horripilante. Su sonrisa de loba —su gesticulación, hasta la misma forma en que les dice “adiós”— revela su propósito. Sale al fin afanosa, con ínfulas de diva seductora. Luego cierra la puerta.

LA APARIENCIA: UNA CASUALIDAD

Te contienes, oh forma…
JOSÉ GOROSTIZA, Presencia y fuga

La vi —pañosa, ¿real?— tras la ventana —viva—: esa forma: esa idea. La vi de noche, me despertó su ruido, pero cerré los ojos a modo de ignorarla —no—: ¿cómo? Se me grabó de plano. La vi en el sueño: era una traza que se desbarataba. La acepté sin remedio y entonces se borró, aunque tal borrazón devino en mancha: expresiva, insistente, difuminada en mí; y me dije que no, que ya no era lo mismo; sin embargo no puedo desdecirla.

La veo todas las noches —en principio: idéntica aparece— cuando en forma mecánica despierto: no sé por qué lo hago —¿una fuerza me empuja?—, y la ingrata se mueve luminosa —a veces opaca— en el mismo lugar. Quiero saber qué es y me incorporo: voy: compruebo que no es nada: a lo mucho: sí bien: una figuración. Así le doy la espalda: es peor: su traza me persigue, se repite en lo oscuro más y más. Abra o cierre los ojos no se esfuma la vil. A cambio actúa, me irrita, casi casi me habla. Parece tener vida…

Para colmo: si no la veo la siento y si me abarca es porque me conoce.

¿Estoy lleno de ella?

Mi alivio es el siguiente: durante el día no hay problema: puedo hacer mis quehaceres sin ningún sobresalto. De venirme el recuerdo hasta me río de él: lo juzgo por encima. Debo decir, no obstante, que a últimas fechas mi risa va en aumento, es por esa razón que por las noches siempre me pregunto si ese humor tan ligero y constante será signo inequívoco de alguna enfermedad: ¿sí?

A lo que… Ya me está entrando el miedo.

¡Bah!

Yo, como tanta gente, voy diario a mi trabajo —¡claro!, descanso los domingos—: éste consiste en cortar carne fresca, aplastarla con mazo y venderla después. Mato chivas, marranos y uno que otro borrego: tres veces por semana. El hundir un puñal en un cuerpo indefenso se me ha vuelto rutina, mas soy frío en estas cosas: pues la

sangre es mi amiga y yo trato con ella. Matar por lo que sea a cualquier animal es cierto que es un crimen, pero un crimen amable y aceptado, por lo tanto: sabroso. Eso sí: no he podido evitar que las gotas de sangre caigan sobre mi ropa y aun cuando procure usar mucho jabón y agua a raudales me cuesta harto trabajo borrar el mancherío.

Ahora voy a dormirme. Esta vez me propongo no abrir los ojos durante toda la noche.

… Y no pude, no puedo: esa forma está aquí, se me ha metido: arde, llora, se burla. Sin embargo no creo que quiera hacerme daño.

Simplemente se muestra. Se ha convertido en mi gran compañera…

Me tiene acorralado porque la sueño y me huye, y la alcanzo y no es. Yo quisiera pensarla pero se desdibuja. Es un juego increíble, es un río que se va o un motivo latente que regresa. Por eso, desde que apareció, trato de convencerme, acaso resignarme, aunque he llegado a una resolución: si la mentada forma a fin de cuentas es tan inofensiva: entonces que me siga, que se quede conmigo.

LA CÁRCEL POSMA

Torreón, o como antes le llamaban “Donde se cruzan las vías”, allá en el siglo pasado era una estación de tren. Claro que en la actualidad hay industrias y comercios, ¿progreso?, ¿relajamiento? Televisión en inglés. Agua en tubos dizque pura. Mucho cine descarado y demasiadas mujeres que bien pudiera decirse: son las flores del desierto. De esto último ni hablar, la única diferencia es que ¡ya usan pantalones! También se han multiplicado los tramposos del dinero y los que se vuelven locos. Abunda la delincuencia junto con la borrachera y se oyen por todas partes cumbias, polkas y baladas.

Desde luego hay más miseria, pero ¿qué?

Así es la vida moderna, según dicen los pudientes… En cambio £n aquel entonces se vivía de otra manera, no tranquila, ¡qué esperanzas!: ya que después de algún tiempo la revolución anduvo por estos alrededores y varios de los de aquí se metieron en la bola, pero, hasta eso, tanto zumbido de bala, tanto matado a mansalva, llegó a ser entretenido, pues los niños ya tenían un pasatiempo: recoger cuanto casquillo, a ver quién juntaba más. Diario un muerto cuando menos, sin contar sobradamente los fallidos tiroteos. Mas luego de cierto tiempo las matanzas tremebundas disminuyeron bastante y sobrevino la paz. El entusiasmo reinó. Las profundas convicciones en cuanto al arraigamiento se fueron distorsionando porque se impuso lo real.

Muy metida en las cabezas la idea enorme del progreso, o sea, hacerle como los gringos, siendo también que para ello se necesitaba gente. Tal vez a eso se deba que la prole se casara todavía en la inmadurez y tuviese un ejército de hijos para ayudar a Torreón, que creciera el caserío, entre más pronto mejor. Al principio las familias vivían muy apretujadas en los vagones de tren sobre rieles en desuso, serían como unas cincuenta los y las, considerándose así gente fuereña y pirata quien no viviera como ellos, sino en ingratos jacales o también bajo techos de carrizo y con manguardias de adobe. Vida de alborozo y fe por supuesto correlona a la llegada del tren. Venta de tacos chilosos, lonches, gordas por igual, nieve a raudales y aguas. Un tragadero bendito y la basura dejada cuando el tren salía hacia Juárez o hacia México, según.

Después se impuso el desorden conforme los crecimientos hasta que hubo presidente, al tiempo que “Donde se cruzan las vías” se declaró de una vez municipio y cabecera por resolución de arriba; en cuanto al nombre oficial: es el que ya conocemos.

De manera provisoria la alcaldía estuvo situada en uno de los vagones, buena idea y muy económica para que con toda calma se concluyera a distancia el inmueble palaciego. El alcalde, entre otras cosas, era un señor de cabello banderolo y ceniciento, buena gente, compadrero, que le gustaban las copas y dictar órdenes leves que acataban de inmediato sus fulanos con rifles y carrilleras propiedad del municipio, esto por lo que concierne a las fuerzas policiacas, pero aparte, para asuntos estratégico-civiles, tenía a su disposición un consejero inspector que se sabía de memoria las nuevas legislaciones y que además conocía preceptos de Maquiavelo. Para cuestiones menudas: un tinterillo fifí: lenguaraz, traje a rayas y bombín a pesar del calorón, bigotito y correcciones, que era rápido para teclearle a la máquina y aventarse casi al borde de las lágrimas arengas sobre la patria ante hervideros de gente.

Por cierto que al mandamás se le ocurrió un día de tantos poner en otro vagón —y contiguo al carro verde que servía como alcadía— un casino esplendoroso. Se advierte que para entonces lo agrícola empezaba a rendir frutos y pues la villa desierta necesitaba digamos una diversión para hombres que todo el día se la pasan de sol a sol en la friega. Gran medida refrescante. Aparte, entiéndase que con esto se evitaría la violencia al aire libre —no toda pero sí mucha— y desde luego la venta de pisto o de cosas peores de manera clandestina. A su vez la autoridad podría controlar la apuesta y los posibles desmanes. ¡Anda!, eso sirvió de pretexto, porque en el fondo de todo: aquello era un negociazo.

Como regla perentoria: que se cobrara la entrada y por qué no el diez por ciento del monto de los envites. Al cabo acondicionar —por afuera y por adentro— algún carro ya tartana poniéndole desde luego una fachada vistosa y metiendo unas tres mesas de lámina para que al reborujar las fichas en la cubierta se escucharan simulacros de aguaceros con granizo; ruido infame para atraer más clientela.

Se jugaría al ficherío.

Con igual mira ordenó pegar fotos blanco y negro de mujeres con vestido levantado enseñando sus tamalones de piernas. Darle un nombre a este lugar: Casino de La Laguna o Casino de Todo el Pueblo, aunque pensándolo bien: lo último inconveniente; en realidad el mandón deseaba tener contacto con la burguesía futura, que aquello se convirtiera en círculo de accionistas, un ámbito prohibido o exclusivo finalmente. Para ello mandó poner un tapiz color marrón y una alfombra azul turquesa. Hubiera querido allí espejos

checoslovacos y comprar naipes ingleses, pero sería demasiado en vista que aún no contaba con un recinto decente para tanta ensoñación. Ah, casino tipo París, ojalá que alguna vez… Por lo pronto hizo el anuncio oficial y, sí, con mecheros rarefactos que se encendían a partir de la caída del sol por supuesto hubo clientela. ¿Los más pudientes de allí?

Ya para eso de las ocho se acercaban jugadores llevando por si las dudas una pistola en el cinto. No hacía falta, en confianza, que pasaran, pero, hubo un muerto luego luego a causa de una ¿trampa? Lo cierto es que: se armó la comunidad: aspavientos de protestas debido a la alteración del orden: en general suplicando se clausurara el casino. No, al revés, por terquedad. Se le ocurrió al mandamás poner en otro vagón la cárcel municipal —contigua al carro-casino— y lo hizo, aunque ¡cuidado!, no podía meter en ella a los clientes fervorosos, es decir, a los ricachos, ya que de hacerlo arriesgaba hasta su puesto, asimismo: el negocio se iba abajo. De hecho que arma a sus seis hombres poniéndoles sus cachuchas policías. Le encargó a su tinterillo que pronunciara un discurso a bien de justificar la importancia de la apuesta y del entretenimiento.

Regular conformidad de parte de los escuchas. En resolución al vuelo estableció un requisito para h entrada al casino: la despistolización. Norma, en fin, que no sirvió porque en una de esas noches de jugada se agarraron a trancazos los pudientes a tal grado de tirarse con las sillas. Luego, pese a tanto lesionado y a la serie de reproches que se desató en Torreón no hubo un preso que inaugurara el recinto carcelario, por lo que era menester que alguien estuviese adentro para hacerla ponderosa, pero ¿quien? El consejero inspector recomendó al mandamás que introdujera a fuereños por cualquier motivo incierto a modo de que la cárcel representara ahora sí el supremo correctivo.

Dicho y hecho se pusieron a buscar los policías en los últimos jacales a fuereños, sobre todo, con cara de transgresores, acusados, según esto, de ser paracaidistas. Fue muy fácil la captura. A jalonazos trajeron a los más depauperados.

Esa noche cinco batos inocentes durmieron en el vagón.

Cárcel sombría, pobretona.

Sin ningún respiradero.

Atmósfera de hediondez: calor y asfixia teñidos.

Además la incertidumbre al no saber ni uno de ellos cuánto tiempo iban a estar encerrados sin comida y no pudiendo ir al baño. Entre los presos hablaban con tono de indignación en lo amargo de lo oscuro; ni una risa entremetida solventando la ocurrencia. Esta muestra de poder le sirvió al mandón de allí para crearse ante la vista de todos una imagen resoluta, con afanes terroríficos. De seguro que la gente ya

estaría bien advertida de lo que él era capaz.

Sin embargo los parientes de los presos no tardaron en hincársele al mandón suplicándole con lloros que siquiera al día siguiente los soltara, él les dijo, haciendo gala de fintas y de muecas enojonas, que se fueran a sus casas porque si no les pegaba una bola de fregazos en vez de darles un tiro, a saber: dejándolos mal heridos. Dijo que no iba a informarles, que al respecto la única explicación se apoyaba en una ley antiquísima referente a la invasión de terrenos, pero que el libro legal en donde se contemplaba la dicha pues no lo tenía a la mano, ni modo de andar buscándolo; a lo que: pues la condena, fuera de un mes o mínimo unas dos noches, sería observada de acuerdo al comportamiento de ellos: tanto de los familiares como de los mismos presos. Las preguntas condolidas procedentes de la parte pariental en el fondo eran los gritos que reprobaban la pena, arguyendo, y con razón, que en todo ¿raso había otros invasores…

La insistencia duró poco: sólo cosa de unos tres o cuatro días. En cuanto a los prisioneros: aguantándose el coraje: muertos-de-hambre, agónicos y consunos ya para estas alturas. Desde la primera noche, recién cerraron la puerta, golpearon a puño y pies el fierro dizque pared llorando desesperados. A ver si se condolían los cuidadores cercanos dejándolos escapar. Bueno fuera. La pestilencia y la asfixia se hacía círculo vicioso.

Sus platicas de "no hay de otra": hacer allí para colmo sus necesidades íntimas, aunque no precisamente dado que: eso debía depender de los zampes de comida, y de darles: ¿pues qué les iban a dar? Los runrunes exteriores ellos los oían apenas. Aguacero chipichipi en el casino de al lado, y disparos muy lejanos. Bisbíseos de averiguatas. En cambio, lo que los presos decían sonaba sordo y enfermo.

Un pespunte, haz en línea inmiscuida, anunció el primer amanecer.

De inmediato que se abre la puertona del vagón para que una mano gorda arrojara tres bolillos a los presos y luego sin mayor trámite que la cierran por afuera con fiereza. Por supuesto: aquello era el desayuno. Sombra firme y: ¿dónde quedó el sustento? Aquellos fueron a rastras como animales hambrientos habiendo para acabarla moquetes y puntapiés por jalonar los pedazos. Tan heridos sufridores, perversas sobrevivencias al odiarse los fuereños a causa de los mendrugos sin siquiera conocerse. Al mediodía nuevamente se abrió la puerta muy poco para que la mano gorda les echara tres naranjas y un jarro con agua fresca. A la hora de Ja cena les tiraron un medio kilo de nueces siendo ya como una burla. Los días-noches subsecuentes cada vez menos comida, y los presos, ya con las escasas fuerzas que tenían para vivir, golpeaban el fierro viejo pidiendo agua nada más. Lo curioso: tampoco metían a nadie, a otro que fuera inocente.

De pronto medio bolillo o tres nueces o un tomate.

Aunado a aquellos olores de cagazón y sudor estaba lo batalloso: sendas torturas mentales entendiendo resignados su futura pudrición. Producto de las anemias nuevos morbos renacían: viles anhelos decrépitos, pensando en su muerte sucia como si ella a final de cuentas pudiera ser algo más.

Eso sí: cada instante aseguraba el camino hacia la nada: ese pozo que emborrona todo mérito remoto y que por ello se hace tan discreto y amigable. Un futuro hecho quimera y un presente que se asfixia y enceguece poco a poco. Los percances porteriles no inquietaban a los presos que atribuían su desgracia a un mandato divino. Por lo tanto, nunca ver ya a sus familias, no disfrutar de Torreón. Aquel vivir legendario ahora pendía de un hilo: el ahogo soportado con un mínimo de orgullo. Dejarse así para siempre perdonando a la desgracia: que es mujer y que es muy mala.

Sí, la puerta se entreabría al cabo, en el suelo les ponían una toronja pelada o una tuna sin pelar que ellos por insuficiencia no conseguían alcanzarlas: creyendo que eran tesoros ya carentes de valor. Ah, dilaciones de agonías, y también: entremezclados recuerdos acompañaban las horas, en ellas precisamente aprisa iban deambulando los quehaceres cotidianos, reducidos a detalles donde un abrazo, un saludo, la más tibia cortesía, significaban calor, calor bueno.

No obstante, les seguían metiendo víveres a lo que ellos embebidos de quebranto no deseaban como antes. El antojo, en este caso, se recosía en sus entrañas, tan pegado al espinazo, tan falaz. Mejor pensar en la vida, en los últimos momentos donde lo turbio parece un bello relajamiento. Recordando a sus familias a sabiendas que caerían en la miseria más férrea, más macabra, y así diciéndole adiós a su querido desierto; adiós hijos, adiós madres… Adiós Torreón que, por cierto, ya era una villa formal, con sus calles polvorientas. En el casino: disputas, jugarretas de opiniones, mas, si iba de por medio lana, siempre tenían desviación; violencia que terminaba en disparos a mansalva. De haber bandos había crimen, por ende, muchos difuntos para la gloria perenne de los honores rancheros. Y no metieron a nadie a la cárcel ni por ésas. Si ya para el quinto día hubo disparos incluso contra el fierro del vagón, lo que a ellos benefició: cada agujero de bala era un filtro bienhechor, aunque leve, pero fresco, comparado a como estaban. Si quisieran, si pudieran, en el vano de la puerta había algo de comer.

Al cabo de una semana un preso se murió de hambre, no resistió tanto ayuno, y los otros preocupados por la cuestión de apartarlo aunque ¿adonde?, además sus vagas fuerzas, dijérase, ajenas debilidades insuflando todo intento para dejarlo en deseo: que su

voluntad de ayuda quedara para otra vez, porque la verdad estaban casi muertos como el otro, tan pestilentes y amargos, tan imposibilitados…

Por concluyentes razones de bandas, tregua y venganza fue entonces que sucedió un asunto en las afueras. En la noche unos fulanos zafaron el vagón-cárcel. Podemos atribuirlo a que fueron los de un bando de fuereños los encargados de hacer la maniobra a toda prisa a fin de engancharlo firme a una máquina de leña ya lista para arrancar. De modo que un jalonazo sirvió para que sin más ni más se pusiera en movimiento una hilera de vagones. Se escuchaba tremebundo el ruido de aquellas ruedas gastadas que al avanzar provocaban el bamboleo rechinón del espacio carcelario.

Los presos predestinados a morir en unas horas tuvieron para su suerte una angustiosa alegría. ¡Se robaron el vagón y se jalaron a otros para colmo! ¿Si?, pues qué decir: la agonía se transformaba en arbitrio porque tenía por lo menos una doble dirección. O sea: voces graves al azar con un tinte de vehemencia, las cuales, dado el suceso, ya podían conjeturar que el casino y la alcaldía también venían tras de ellos, siendo así que en las tinieblas nacía la felicidad. El casino: lujo inútil y arrastrado. La alcaldía: con los papeles volando.

A saber: a medida que avanzaban los dolientes animosos se acercaban a la puerta tratando de incorporarse. Esos locos que engancharon la ringlera de vagones quién sabe si imaginaran que había personas adentro, tal vez sí, el caso es que muy después la máquina metió freno en la estación Picardías y totalmente se abrió la puerta que se entreabría, llenando de claridad, se quisiera sabrosura al recinto sepulcral.

Un misterio para ellos que primero se asomaron por no creer lo que pasaba. No había nadie vigilando a la vera de los rieles. En efecto, comprobada aquella hazaña hecha por sepa quién diablos: ¡a correr! Los enfermos prisioneros se bajaron a la brava para ir agarrando monte sin temer a los posibles disparos y dieran a lo que dieran, prestos pues, cae que no cae. Mas no tronó nada atrás, nadie tampoco cayó: todo bien: pese a sus debilidades. Entonces, perdiéndose entre los cactos cada uno tomó su rumbo, a ver si llegaban lejos. ¡Uf!, ya no dejarse morir, quererse para la vida al lado de sus familias. Por lo tanto, si alguno de aquellos presos ahora cómodo en su casa leyera estas cuantas líneas, debe saber de una vez lo que bien se les desea: ¡Ojalá que desde entonces se salieran con la suya!

BAHORRINA

Voluptuosa melancolía
en tu talle mórbido enrosca
el Placer su caligrafía
y la Muerte su garabato,
y en un clima de ala de mosca
la Lujuria toca a rebato.
RAMÓN LÓPEZ VELARDE, La última odalisca

A contraluz sus caras pinturreadas: tiesas y aún astutas mirándose a distancia como si sospecharan que algo iba a ocurrir tal vez ahora mismo o dentro de unos días: un hombre y una mujer, muy duros en apariencia, queriendo expresarse miedo, lo que no era posible por no saber cómo hacerle. Y es que ellos, bailarines, acostados a sus anchas o sin vida sobre el suelo del diminuto escenario cuyo azul se deshacía al bajar el cortinete. Un borrón de oscuridad, las más veces, y allí dentro estos fulanos, igualmente. Acaso ya una costumbre.

Sin embargo, por huecos inadvertidos se filtraban los resoles para crear un espejeo: transposiciones de sombras y vislumbres corrosivos, tanto, que ellos, casi a punto de decir…

No, ¡qué va!, porque dependían de hilos y las voces no eran suyas. Sólo diálogos zorollos, aspavientos definidos y zapateado al final: en funciones hogareñas ante ralas concurrencias, cada vez, cuando el teatrino. O antes, al ensayar, según esto, para que no hubiese pifias a la hora de la hora, desde luego, por parte de los que estaban arriba.

No tener que echarse pues parlamentos ni charadas al vapor encubriendo lo que no. Y, por ende, ningún momento de duda, en blanco o por el estilo. Una perfección supuesta que… quién sabe. Porque los monos aparte: sólo espera, sólo arbitrioso pretexto de vivir en manos de otro un sí apenas, y su muerte mientras tanto: duradera.

Los esposos Benavides —nunca vistos durante el acto— eran los que hacían alarde meneando desde una altura las crucetas directoras cuyos cuelgues: muñecos tan desenvueltos que hasta daban la impresión de moverse sin ayuda, así como hilos finos que, tomando una distancia más o menos de seis metros, ni con anteojos de aumento

se notaban bien a bien.

Sobre todo para unos ojos niños: ningún truco o agudeza, pura magia pobladora. Dichos monos saltarines, acaso por el trasfondo chillón del azul en derredor y la rastra juguetona de lucecitas filudas, parecían hechos de carne, de a deveras y mejores. De ahí el espacio vacío demarcado con una tela de alambre entre el pequeño escenario y, digamos, \? fila de mero enfrente. Esto, para evitar que los lepes con su afán de curioseo se acercaran a tentarlos.

Y ni modo; desde acá, aguantándose las ganas, de mirones nada más al igual que sus mayores. Pues se quisiera que un día esos tales se bajaran para venir a jugar… ¿Imposible? O también, al acabarse la tanda… Menos aún, porque entonces los muñecos se morían. Y es que siempre era lo mismo: cuando el forrillo hasta el suelo, de inmediato allá en el techo se encendían dos focos verdes dando sesgo a la galera y abajo medio risueños, aunque bastante modorros por salir de un plaste negro henchido de cortinajes, los esposos Benavides agradeciendo el aplauso del raquítico auditorio.

Un espectáculo gratis para amigos invitados, varios de ellos ya con mujer y retoños. Que vinieran, y de todas las edades; sin embargo, pocos iban a esa casona vieja —la cual a una cuadra y media de la estación camionera, casi en el centro florido de aquel pueblo saturnino — que a muchos les daba miedo, según, por su apariencia fantasmal; asimismo, por su tremendo tamaño: una manzana completa con infinidad de cuartos plagados de telarañas, además, se corrían varios decires, entre otros: dizque a medias de la noche diariamente aparecían murciélagos por doquier salidos de socavones, y calacas risa y risa, bien vestidas todavía, con elegancia mejor y luciendo sus greñeros: caminaban agachonas con candelabro en la mano, se sentaban a leer novelotas minuciosas e iban a traer café. De modo que ni meterse, pues quien lo hiciera a propósito, no obstante en la claridad, ya jamás podría salir. Y se contaba de casos: gente incrédula que entró y de plano ni sus luces.

Sólo un ventanillo abierto daba franco hacia la calle.

El matrimonio fuereño —Diamantina y Reginaldo— fue el que tuvo atrevimiento. Al llegar a Sacramento vio la casa abandonada, cayéndose las paredes y los techos; se decía que por esos socavones se colaban los espíritus del mal, los demonios tornadizos, también la vieja chichona, la que según otros cuentos se aparecía casualmente junto al parque de béisbol. Entonces al asomarse por el ventanillo aquél comprendieron los esposos que por lo visto desde largo tiempo atrás este lugar había estado sin personas pero repleto de muebles, bicocas y mucho cristal de adorno. Quizá en el siglo anterior la abandonaron los dueños, y es que de tan incolora su antigüedad persistía como en lucha contra toda actualidad; a su vez, para ir a la

segura, los esposos anduvieron preguntando si la casa tenía dueño y les dijeron que pues no lo conocían y que por lo tanto no.

Así por lo general la gente no fue reacia a dar informes correctos, aunque nunca falta alguien que por supuesto exagere. Sí, ¡las cándidas fantasías! A saber: una casa abandonada pues da para inmensas tallas. Sin embargo, hubo algo que sí inquietó a los funámbulos: al inquirir a un viejillo éste le agregó de a tiro que nomás poniendo un pie adentro de ese recinto se convertirían de plano en calacas o murciélagos matones. ¿Sería cierto?… Podría ser… Los esposos, sin ocultar su extrañeza, se miraron de soslayo durante un rato muy agudo para luego carcajearse como pingos descarados mero enfrente de aquel favorecedor. Y ¡manos a la obra! Ir allá seguidos por un corro güirigüiri que aún les anticipaba acerca del maleficio, pero: el matrimonio fuereño se postró ante el pórtico de entrada. ¿Abrirlo?… Duda apenas. Fue muy fácil: dos empujones y listo: en tanto los griteríos precautores de los pocos que observaban la maniobra que, por el pasmo inaudito, dispersáronse en aullidos.

Ya sin que nadie los viera —al menos de suponer— Diamantina y Reginaldo muy campantes avanzaban por los cuartos. En efecto, el deshábito de años había hecho de ese ámbito un mugrero incomparable. En caliente decidieron habitarlo sin todavía introducir sus aperos y poniéndole candado a la cajuela de su mueble trotamundos. Quizá por circunspección o para que el pueblo ñoño constatara que sus designios valían, durante casi una semana los esposos no salieron del recinto, es decir, metidos a piedra y lodo.

Todo el pueblo y su inquietud. Comentarios tan comunes y sabidos por igual ahora de nueva cuenta hicieron caparazón. Luego el pórtico se abrió y Reginaldo a la vista, sin daño, tal cual: que se dispone a sacar los cachivaches y meterlos poco a poco al interior de la casa. Fue entonces que los del pueblo decidieron ya no hablarles ni por equivocación: sea por el atrevimiento de meterse a donde nadie había osado, sea porque de alguna forma eran gente misteriosa o tachada de maldita o los últimos parientes herederos de las supuestas calacas.

Por su parte, Diamantina y Reginaldo nada más en la limpieza total se llevaron siete meses. Y como traían camión, fueron sacando los muebles, aún buenos, para, en viajes espaciados, llevarlos quién sabe a dónde. El caso es que con la venta no sólo les alcanzó suficiente para ya no preocuparse por jalar mientras vivieran, sino que: pintaron de blanco adentro dejando igual la fachada: cascarienta y repulsiva.

Ello: no fuera que algún astuto, aprovechando el renuevo, se presentara con un documento falso diciéndose el propietario legítimo. No fue así ¡y qué fortuna!

Solitario el matrimonio fuereño, rechazado por el pueblo, quiso hacerse de amistades. Muy difícil la tarea de persuasión. Agarrados de

la mano Diamantina y Reginaldo salían a diario queriendo enlazarse con la gente y a su paso invitaban al teatro a quien fuera que encontraran. Vago intento por lo pronto.

Durante meses los esposos iban de aquí para allá para terminar sentados en alguna de las bancas que estaban en los extremos de aquella plaza florida pero desierta de gente. Nadie que les dijera algo acercándose indiscreto. De modo que los esposos se quedaban en la banca casi desde el mediodía hasta casi anochecer. Nadie. Y en la noche, por demás: preferible regresar a su mansión y de nuevo la intentona cuando hubiera claridad; más temprano: ¿conveniente? El matrimonio a la carga. Pese a que nadie ex profeso les dirigía la palabra ellos no desesperaban. Al contrario: relajados platicando de sus cosas, ningún beso, desde luego, porque entonces sería peor: más furibunda la crítica: ¡qué perversos! ¡qué modernos!, o algo así.

Nunca se les ocurrió hacer teatro al aire libre para ganarse a la gente. Antes, trabajaban en los espacios por pura necesidad, aún con disgusto. Y ahora, con la venta de los muebles se estaban haciendo ricos —no para vivir con pompa, pero sí con pachorrez— como para dedicarse a las tandas todo el tiempo. Sin embargo, ellos amaban su hacer. Un hacer que aquí la mera verdad no atraía ni al más horado siquiera por puro morbo, por viva espontaneidad. Que un policía se atreviera, tampoco, ¿o no había?, y de haber: ¿qué caso andar en problemas? El alcalde era un viejillo entumido, comodino y regalón de firmas con dedo gordo por no saber ciertamente usar los lápices bien. En fin: hombre insensible y mendaz, hundido en sus corrupciones. Entonces, con tamaña realidad pasaron muchos más meses y la situación igual.

Ellos yendo pirrunguillos a tocar de casa en casa, pero, abrían varios pero con el mismo impulso los mandaban a volar mediante un seco portazo sin saludarlos siquiera. Total: nada. Y la charla de costumbre en la banca de la plaza mientras gentes desde lejos los miraban como se mira a las nubes cuando a veces ennegrecen… Hasta que una vez por fin una familia completa probó suerte: entrar a la mansión bruja. Para ello los esposos aclararon que la tanda empezaría a las cuatro de la tarde para acabarse temprano —por aquello de los miedos—, antes del anochecer. Dicho sea: pues a ver qué. Esa decisión tomada por la familia Menchaca, numerosa cual ninguna, causó asombro general. Lepes, tíos, padres y abuelos se dieron cita esa vez. Los Menchaca: valentones.

El turno de los muñecos que revivieron sin más luego de estar mucho tiempo metidos en una caja gigante entre trapos y tiliches. La ocasión intempestiva para el hombre y la mujer de a mentiras aunque ciertos por carnales ante un público esquilmado. Sus decires en escena: que si el demonio existía y se los iba a llevar a su reino de

tinieblas o que un ángel salvador se adelantara a deshora, o que ambos aparecieran puntuales para batirse en un duelo no sangriento pero ficto, y el ganón, eso no, meras especulaciones de los monos delirantes; por lo que: de venir o no venir pasaba como una hora de exagerados supuestos para que los monigotes remataran baile y baile al compás de *El Cascanueces*, que era largo como un haz, y aparte: demasiado cornetero y violinesco; al final se suscitaba como para quedar bien, una comedia de abrazos y con música de circo que salía toda raspada por una bocina rota donde también se escuchaban las diabluras de la aguja. Desabridos palmoteos.

Al encenderse los focos, después de que hubo caído el cortinete de pana, lepes, padres y parientes se salieron de la enormidad aquella que por cierto no tenía ni calacas vacilonas ni chacotas de espantada. Ambito blanco y perenne. Acaso la antigüedad para los tales fuereños era como agua en los dedos. Y una conclusión parcial: ¡cuántas dichosas mentiras! —¡qué telarañas ni eso!—, ¡cuántas invenciones rotas, bisuntas! Porque: sólo con un pinturreo, y muy de conformidad —aparte de la limpiada— sirvió a manera, de antídoto para espantar de una vez a los fantasmas de ayer.

Los Menchaca, al salir de la casona, notaron que afuera estaba al pendiente una escasa muñidiza que a poco se fue acercando al jefe de la familia, a lo que él se adelantó:

—No, no hay calacas. Blanquearon todo por dentro y así se solucionó el problema… El teatro que hacen aquí es de monos que se mueven como gente… Está regular y largo… Vayan ustedes si quieren cuando lo pongan de nuevo.

Lo que ahora de resultas el matrimonio fuereño se adueñaba de la casa de manera ensalmadora, como destino ya escrito en el cielo o en el infierno quizá; y por ende estas personas podían ser los nigromantes que venían de alguna estrella que nadie alcanzaba a ver o también desde el centro de la tierra, ¿por qué no? Hubieron más fantasías y ninguna suficiente.

Una discusión poluta que duró lo que el ingenio común para que después de una hora se disgregaran aquellos reinando de nueva cuenta el silencio de rutina con su chillaje grillero. A qué insistir. Tanto mitote de años y de tallas diluidas y fugaces, tanto recreo solitario y hasta con cierto sentido, un arraigo que no cesa o que no puede ser otro… E inventar modernas tallas a partir de la blanqueada.

Vinieron días uniformes, hasta años transcurrieron y muy posibles por leves algunas alteraciones que no se mencionarán. En términos de trasunto los hechos acontecieron en un decurso sencillo, sin ardores colectivos ni complicación de nada, probablemente feliz. Alcaldes salían y entraban: la mayoría ya de edad y todos desentendidos hasta de la agricultura: la tenencia de la tierra, la producción y esas cosas,

dejando para el siguiente mandón las soluciones difíciles o harto comprometedoras, y así y así, ¿qué más da? Estos seres ocupaban comodinos la silla municipal sin que el caso del matrimonio fuereño, que es el problema en cuestión, por ni uno fuera atendido, o sea: la usurpación del recinto; como si ya desde antes hubiese un pacto secreto entre los titiriteros y el mandón durante tres años. De modo que los reclamos, aunque pocos, nunca iban a prosperar.

Casi siempre las excusas eran como la que sigue:

—Con este tipo de gente lo mejor es no meterse. Además, no se les puede correr. No hay ley que contemple un caso de esta naturaleza.

Por eso con más razón la revancha consistía en negarles el saludo a dichos usurpadores: no conformes los puebleros se llevaron de corbata a la familia Menchaca, a la cual y para colmo le aplicaron un esquite similar para que ya no asistiera al teatro polichinelo. Con el paso de los años la gente se preguntaba la razón por la que ningún alcalde los corría en definitiva sin necesidad de leyes escritas en libros fríos, quiérase: nada más por sus pistolas, y luego de mil indicios se llegó a la conclusión de que los titiriteros más que hijos de fantasmas o de calacas groseras eran bastante influyentes.

Pero volvamos al tema que nos ocupa. En resumen: allá muy rara la vez una que otra función. Y los mentados Menchaca, despreciados por el pueblo, de nueva cuenta acudían a cada oportunidad. Pues exactamente igual: cupo exacto o exclusivo: amiguero de algún modo, salvo contados curiosos que a la buena se colaban entre el familión aquél.

Al terminar el teatrino los Menchaca se salían todos en bola sin decir un solo ¡bravo!, luego de palmear sin ganas. Digamos que circulaba entre los de la familia una glosa peculiar y que apenas era oída por los que estaban afuera:

—Fue lo mismo que otras veces. Estas gentes no le cambian.

De las cuatro o cinco tandas que efectuaron los esposos Benavides a lo largo de diez años la única novedad era que atrás del teatrino aumentaba el plaste negro henchido de cortinajes, una masa tan informe y redundante como las funciones mismas. Desconocidas razones para el escaso auditorio acerca de esa maniobra que en verdad impresionaba, telas y telas ahí pendientes de un cordelejo sostenido por dos palos. Y ni modo que alguno de la familia Menchaca o alguno de los curiosos colados preguntara sobre el caso, entendían que ese portento era parte de la magia. Más bien lo que causaba ansiedad —a ellos y al pueblo entero— era saber la razón, la más secreta, por la que los presidentes no les quitaban la casa: un terreno colosal que bien podía aprovecharse para poner una escuela o un hotel extraordinario, o tumbarla simplemente y dejar baldía la zona para futuros proyectos, pero: como eso correspondía al entresijo habitual —pues hasta antes

de que llegara el matrimonio fuereño nadie tuvo la ocurrencia de meterse a ese recinto, siendo así que lo dejaron intacto con sus suertes y terrores— la mudez, para acabar, sería lo más conveniente.

Diamantina y Reginaldo ahora estaban un poco desanimados, luego de mil aventuras con el mismo numerito conociendo a la carrera infinidad de lugares ya hasta les daba flojera hacer nuevas invenciones y menos con poco público y sin nada de cobranzas. Al rememorar trajines pues terminaban diciendo que sus vidas sólo eran, y ello para sí mismos, un aspecto muy añejo de la sana diversión.

Conforme el paso del tiempo, ajenos a los traspiés pueblerinos, accionaban cada uno independientes. El hacía reparaciones una que otra a la construcción vetarra: muy común para la gente verlo trepado en una larga escalera recargada en la pared recubriendo varias grietas: por ejemplo. Ella sola recosía los cortinajes o confeccionaba ropas de colores muy chillones para los monos esposos e hijos suyos de algún modo; y aunque ambos estaban ya convencidos de que el teatro de muñecos por ahora no les era indispensable, sabían que pensar en él era una forma de fiesta.

Lo que ellos a la postre: una vida de levantarse a las diez y un casi no hablar ni verse, un vivir sin discusión. Si a esas vamos, en la noche cuando juntos se decían cosas menudas en el camastrón antiguo con dos resortes de fuera, terminaban abatidos dándose siempre la espalda. Es que: nunca un abrazo sexual cuyos estremecimientos afirmaran su querencia, ni mínimas garzonías. No. Sólo un deseo sibarito y sonrisas respetuosas. Sin embargo, a la hora de la comida, lo de siempre: puro huevo con tomate.

Dos veces a la semana Reginaldo salía airoso en su mueble trotamundos hacia distintos lugares. Nunca avisaba a dónde iba, pero el caso es que volvía antes de que anocheciera para dormir con su esposa bajo la misma cobija más con la frialdad expuesta. Para el esposo fallido las caricias responsables, o si se quiere, habituales: eran ideas agridulces y nada tenían que ver con los temas trascendentes, es decir: los de ultratumba; allá: donde el bien y el mal no juegan. Siendo así: ¿el amor a su entender pues dónde podría quedar? Acaso con valimiento fuera una traza infinita, fuera, incluso, de su alcance: ¡fuera!: nunca; siempre: ¿sí? Aunque, ¡claro!, si alguna vez se tratara de escoger sobre la marcha y en vida, quizá el amor se llevara por supuesto que de calle al odio y sus consecuencias, por lógicas que éstas fueran. Por lo cual: Diamantina y Reginaldo desde la primera vez se hicieron una promesa que juraron respetarla, esto es: que ni siquiera la muerte o la pobreza más dura conseguirían separarlos.

¿Cómo? Según creencia inflexible desde que se conocieron Reginaldo, a base de mucho truco mental, convenció a su bienamada de que si se mantenían absolutamente castos en cuanto a las acostadas

la recompensa en el cielo o en alguna parte así sería triple y pues sin comparación con ése su amor terreno: besarse y toda la cosa en el aire o en las ramas de los árboles divinos: eternamente pegados viviendo sólo el amor y pasando de una posición a otra sin tener que interrumpir, pero para ello la regla era aguantarse las ganas mientras estuvieran vivos.

O sea que: nunca podrían enlazarse como todas las parejas; aparte que Diamantina idolatraba a su esposo porque lo creía genial. Por eso es que cuando el hombre le explicaba sus teorías ella sumisa afirmaba con movidas de cabeza. Cierto que en la cama a veces medio se encueraban quedo, con disimulo de pronto o por meritito error tentaleábanse las carnes con las yemas, con miedo, con apenas la cosquilla que no inquieta. Allá muy rara la vez se besaban de trompita evitando los transportes de salivas. Y sirviéndose también de una táctica distinta, para demostrarle amor, simplemente Reginaldo al regresar de sus viajes le traía carne, naranjas, leche, plátanos, bolillos, ocho cartones de huevo, queso rancio, colación y hartos kilos de tomate. Ella semiagradecía pellizcando cada cosa pero sólo cocinaba en una estufa de leña lo que antes se mencionó; de tal modo que los víveres expuestos al calorón infernal, como de unos treinta y nueve, de un día para otro si bien se descomponían de plano. Nunca quiso Reginaldo comprar refrigerador acaso por el consumo de luz u otra razón de peso. No obstante, seguía trayendo a raudales comida no complicada.

—Yo no quiero que te aburras y por eso te compré como diez metros de tela para que hagas confecciones. Además, previendo que un día de éstos te llegue a faltar el hilo, te traje veinte cárretes. ¡Aquí están! —se los mostraba gustoso.

Y en ese trajín incierto Reginaldo trajo revistas de monos que a su paso por ciudades adquiría en los puestos de periódicos, dizque para entretenerse: leer viendo. Simple accidente de abulia. Compró discos y una consola de lujo, que al cabo aún les quedaba mucho de la venta de los muebles. Mientras tanto Diamantina, a bien de matar el tiempo, hacía a solas de repente escenas con los muñecos. Inventaba extrañas charlas entre el hombre y la mujer y al poner en movimiento las crucetas desde arriba podía a modo imaginarse en presencia de un auditorio ideal que embebido en los bailables suspirara de emoción. Lo que no. Antes bien, aquel número perfecto, que a fuerza de repetirlo no tenía necesidad de ensayarlo para ajustar ni un detalle, era lo que perduraba de todas esas andanzas por los pueblos y los ranchos. Ya muy tarde para hacer algún nuevo experimento y poniéndole otra música. El mentado *Cascanuces* ya la tenía hasta el copete. Aunque.

Tan angustiante apatía para renovar las tandas por parte de

Reginaldo desesperaba a la esposa que lo veía recostado leyendo cuanta revista barata y teniendo como fondo pura música ranchera; sin embargo Diamantina era incapaz de reclamarle lo mínimo; que le bajara el volumen a la consola o aun más: que intentara persuadirlo acerca del beneficio de seguir haciendo teatro: nunca. Quizá fuera por la edad —unos cuarenta y ocho años— su franco sometimiento al esposo: quien conforme envejecía se iba haciendo desdichado pero por la dejadez. Se esforzaba la mujer por comprender esos estados de ánimo de un hombre ya cercano a los sesenta que ha agotado sus más valiosas reservas. Disco tras disco nomás y él con los ojos muy idos.

Ella, entonces, a guisa de un desquite, al contemplar a los monos recordaba los periplos cuando con tanto entusiasmo aquél inventaba diálogos y ella hacía ropas exóticas perfectamente ajustadas al cuerpo de los muñecos, escenografías lumínicas llenas de adornos pelusos así como pinturreos a base de coloretes en las caras melancólicas cuya expresión de repente ella misma transformaba. Nuevos ojos, nuevas cejas, nuevas bocas y cachetes, acaso brazos más largos y piernas que bien podían levantase más o menos hasta la altura del pecho. ¡Con qué afán ella entregada a la acucia y confección para darle a sus criaturas mayor animosidad! ¡Con qué arrojo calculaba ese gesto definido o ese movimiento síncope del mono que dirigía desde arriba! Ahora, dado el desgano, Diamantina se limitaba a observar a sus hechuras tendidas en el suelo del diminuto escenario en espera de la acción que las hiciera vivir, tener alma y mil palabras para divertir al mundo o para hacerlo enojar, ¡qué le hace! Mas no le quedaba de otra que a escondidas hacer eso; cogía, no sin cierta turbación, las crucetas directoras, y procuraba asimismo realizar el simulacro cuando su esposo anduviera dizque trayendo mandado. Por tanto, cualquier ruido similar al de maderas que chocan sería sin lugar a dudas la llegada del amado que acostumbra a dar portazos. El anuncio equidistante para interrumpir su acto.

Una vez ella le dijo:

—¡Qué aburrida es esta casa! Era mejor cuando andábamos de viaje. Y, bueno, no está bien que te lo diga pero… ¡Cómo quisiera que ahora me acariciaras un poco!

Reginaldo sin respuesta y desviando su mirada trató de mascullar algo, pero le volvió la espalda y perdióse por los cuartos. Luego, que se oye un azotón de puerta contra…

Sí, y que sale Reginaldo desleal y emprendedor en su camión trotamundos levantando polvaredas. Sólo que en esta ocasión no regresó como siempre: antes del anochecer. A expensas del desahogo —e insensato y contrariado— se fue directo a nutrirse de vivencias que no eran tanto peores para un espíritu bueno, tan moral: hasta de sobra. Que llega a la zona roja de Monclova donde terminó borracho y

mordisqueado del cuello; de seguro armó boruca por razones deficientes. Anduvo dando traspiés por espacio de tres días en que la esposa, metida en esa casona, imaginaba los más funestos percances yendo de aquí para allá por la infinidad de cuartos y rezando a su manera. Ni modo de ir a buscarlo y, por ende, se dio cuenta que la ausencia de su esposo significaba también que no había nadie en el mundo a quien recurrir ahora. Asimismo, se percató de lo inútil que era vivir sin amor aunque fuera en un palacio, y a su edad. Lo bueno fue que después de cuatro días apareció a medianoche derrengado su marido. Al oír que abrían la puerta sólo por el rechinido: con candelabro en la mano que acude ufana a enterarse si era en verdad él, o ¿quién?…

—¿Qué te pasó? —que clama ella horrorizada al ver el desastre de hombre.

El esposo, como autómata, que entra… sin decir una palabra…

—Pero, ¡explícame! —le gritó con desespero.

Fue entonces que Reginaldo le dijo:

—Me asaltaron cuando venía de regreso y me dejaron colgado con los pelos para abajo atándome de los pies. Me pasé una noche entera campaneando de la rama de un nogal. Al principio yo grité pero nadie que viniera a socorrerme, pues estaba en pleno monte, a unos pasos del camino. Fue hasta ahora por la tarde que un campesino me vio y pues se apiadó de mí. ¡Si vieras qué feo se siente estar durante muchas horas con la cabeza al revés! La cosa fue que al presentir el asalto —es que antes dos camiones me habían hecho que frenara a punta de metralletas— apagué pronto el motor y tiré las llaves lejos. Total que ellos me dijeron: "¡manos arriba, cabrón!", y que me esculcan completo y al no encontrar más que un billete de a cien que registran el camión robándose lo que traía de mandado. Pues ya sin más que me cuelgan para usarme según ellos de perilla a fin de que confesara dónde estaba mi llavero. Les dio tiempo de pegarme como unos cuatro fregazos en la cara, pero en eso que se oye el pito de la patrulla y patas para qué son. Y que se pasa de largo la pitona persiguiendo a los maleantes. Total que estuve gritando hasta que ya me dio sueño pese a que estaba volteado y sin saber cuánto tiempo me iba a quedar así. Cuando amaneció otra vez eché gritos aún más fuertes, y que viene el que te dije. Fue difícil para él porque trajo dos colchones desde lejos. Esto, para que al romper los nudos yo cayera con las manos hacia abajo en algo bastante blando a fin de que no me fuera a dar un macetazo mortal. Luego el mismo campesino me hizo el favor de curarme las heridas con resina de trompillo y hojas de carrehuila.

La mujer se acercó para olfatearlo y con franco atrevimiento que le dice:

—Pero apestas a perfume de ese que usan las mujeres que cobran

al acostarse.

—Bueno, es que me bañaron con ese tipo de perfume. Querían los ingratos que me mareara y más estando de cabeza.

La esposa ya no insistió, por un momento escrutando la actitud de Reginaldo quiso bien afigurarse que el maldito sí podía con las demás, en cambio con ella no. Por desidia, ¿*nada* más? Por un respeto imposible… Al mirarlo denotaba las mentiras del esposo, por ejemplo: los mordiscos en el cuello. Diamantina tenía ganas de llorar, pero sólo hizo un puchero, entonces dio media vuelta y se fue muy titubeante perdiéndose por los cuartos como si fuera un fantasma que no sabe a dónde ir. A coser, quizá, o a ensayar unas escenas a solas con sus muñecos allá.

Eso hizo, acaso por desdichada o más bien por encontrar un alivio. Durante el trayecto agobiante se le vino a la cabeza una idea que de algún modo tuvo antes pero apenas. Y al llegar a la galera, que toma a las marionetas para apretarlas llorosa del lado del corazón: esos seres que ella hizo con sus manos, agarrarlos tiernamente creyendo que eran sus hijos para efectuar el ingenuo pero horrible simulacro de la chupada de leche, y que se saca a la brava su seno gordo y helado para poner la rosita del pezón en sus bocas dibujadas, tal si les pasara vida con la leche imaginaria… Ah, desfiguros de mujer que no puede tener niños, zonza y sola, como santa, ejecutando ese acto tan piadoso y valedero.

Siguieron pasando días. Diamantina, con dejo de compunción, quiso olvidarse de aquello tejiendo más cortinajes, tal si urdiera ensoñaciones con linduras maternales.

Una elipsis espectral reinaba cada vez más en aquel ámbito blanco. A causa de sus inquinas poco a poco apartábanse uno de otro no obstante los menesteres de diario como ser la hora de la comida o de la cena en que ambos comentaban cualquier cosa innecesaria solamente de cumplido: “¡qué sabroso estuvo todo!” y “¡qué bueno que te gustó!” También al momento de acostarse —y siempre en la misma cama pese al rencor de la esposa: ora sí que reprimido— sólo suspiros bucales tan premiosos y tristones como su amarga decencia; lo demás pues también era falsía: poca habla: un “cómo estás” perdulario o un “buenos días” gallote.

Y cada quien a lo suyo.

El leyendo todo bombo en un sillón durante gran parte del día esas revistas de monos que compraba en las ciudades y teniendo como música de fondo puras canciones rancheras. Una dejadez infame rebosante de ilusiones que no son más que tormentos mentales o el capricho voluntario de una vida que quisiera ser ideal y es tan sólo aperramiento, dormerío y excitación, engordando porque sí: a base de golosinas. Ella peor pero encantada procurando repetir el ejercicio

amoroso de dar mame a sus muñecos cuando el marido saliera dizque a traer el mandado, por tal razón Diamantina al realizar la maniobra, si se quiere harto macabra pero en esencia admirable, estaba siempre al pendiente para que al oír un ruido, incluso insignificante, como pasos o rechinidos lejanos, se metiera de inmediato su vejiga supuestamente repleta del líquido educador y fingiera adormecerlos a manera de reclamo si llegara Reginaldo adonde ella.

Por fortuna, nunca pasó nada de eso, lo cual sería una amenaza o una burla hecha con toda franqueza. A esto debe añadirse que el marido, dada su reciente incuria, pues ya casi no salía en su camión a distintas poblaciones, y de hacerlo regresaba acaso con una bolsa pequeña, máximo dos en la mano. Ello: debido a que con el tiempo la gran suma de dinero, producto de aquellas ventas, ya se le estaba acabando. No digamos que de plano se quedarían sin comer dentro de pocas semanas, aún quedábale algo —porque él era quien manejaba las cuentas— para vivir sin problemas durante algunos años más. Sin embargo, a medida que los días y las semanas se alargaban a causa de tanto ocio, Reginaldo dejó de leer revistas y oír discos todo el tiempo para encontrar ahora sí, a fuerza de su creciente penuria, un nuevo entretenimiento: hacer sumas y más sumas —apuntando en un cuaderno—, algunas restas también.

Para hoy tanto de gasto y tanto para mañana: restringidos presupuestos, calculando cada dulce, cada huevo que comían… Y la angustia. Que si salía más barato comprar mandado en Monclova o comprarlo en Lamadrid agregándole también el costo de gasolina y el desgaste de su mueble. De resultas: al paso de las semanas redujeron las comidas, sólo una en todo un día.

Cierta vez durante el almuerzo Reginaldo comentó:

—Tenemos ya muchos años viviendo en esta casona. Nos hemos ido acabando y nadie que nos moleste. Digo: que nos venga a reclamar con papeles en la mano. ¿No te parece bien raro?

La esposa no contestó, ni siquiera lo miró. Al contrario: seguía cuchareando el huevo. Entonces que añade él:

—Ahora que estamos viejos temo que alguien nos saque…

Quizá adrede Diamantina más concentrada en el plato oyéndolo hablar de asuntos que para ella no importaban. Irse de allí era lo mismo que quedarse para siempre. Incluso él le reclamó la causa de su mudez, pero ella igual sin mirarlo. Hasta que él ya un tanto incrédulo y un tanto desesperado que le jalonea los brazos y con su mano derecha le levanta la barbilla para descubrir lo cierto: el hilacho de una lágrima y la punta aún bajando.

—¿Por qué lloras?

—Reginaldo —dijo ella titubeante, pero… Sí, con absoluto deseo y

maña para pedir— ¡Dame un hijo!… Todavía puedo tenerlo…

El la dejó de tocar, pues la súplica: ¿qué era?, incomodaba o hacía pensar en pretextos eficientes aunque graves finalmente. Reginaldo por lo pronto volteaba hacia todas partes tratando de hallar la idea, la razón definitiva, mas luego de unos segundos, endureciendo su pecho, sentenció con gran donaire:

—¡No!, pues no… ¿Qué no te acuerdas en lo que habíamos quedado desde que te conocí? Además, ¡tú eres una santa! Una bella santa, ¿te das cuenta? En la actualidad ya no hay santas, y tú eres de las pocas que aún quedan en este mundo horroroso…

—Pero…

Quiso agregar Diamantina, y no pudo. Entonces que se da vuelta, tambaleante, para partir cabizbaja. Reginaldo que la sigue con la intención de explicarle su teoría; aquello de que cuando se murieran todo sería diferente, el amor sería infinito, incesante, maromero. Porque… La vida es penitencia.

Para colmo de los males —no sólo de la mujer: por el sello del dolor: a causa de esa sentencia hecha con sumo repulgo por parte de Reginaldo, sino también de éste mismo que no lograba del todo persuadirla acerca del beneficio postrero: la magna divinidad, que no declina ni engaña, donde el amor no se mide, donde todo corresponde al tamaño de las ansias y de cuanta sutileza. Pero no— Reginaldo le decía que su amor en las alturas les daría miles de hijos o los que ella quisiera. Sin embargo, Diamantina, de acuerdo a esos argumentos, reforzaba más su ruego al pedirle sólo uno, un retoño, antes de irse al otro mundo; a lo que él se negó contraponiendo razones relativas a la humilde castidad que tiene por recompensa una plétora de magias, y extendíase desmedido en descripciones y tramas que quizá fueran verdad, a tal grado que después Diamantina le concedió la razón, no sin antes preguntarle, muy morbosa y como último intento, que de dónde había sacado esas duras enseñanzas. A lo que él, más ahíto que tolondro, no le pudo contestar, simplemente dio una excusa:

—Es algo que yo aprendí hace ya bastante tiempo. Es una revelación.

Dicho esto, él no soportó mirarla y que voltea hacia otra parte. Ella entonces, con vivaz temeridad, que le dice:

—Si es verdad lo que aseguras, yo nomás quiero pedirte que me abraces y me beses en la boca como la primera vez.

Pues no pudo Reginaldo negarse a la petición cuando vio que su mujer se desvestía descarada con extrema lentitud al tiempo que se acercaba respirando con delicia como lo hacían las mujeres querendonas de Monclova a cambio de unas monedas. La limpieza de aquel beso fue pueril. Y fue así que sucumbieron a la incierta

tentación, al ardor que no perdura, a la grosería terrena, porque ancianos: ¿ya qué más? No obstante, aquellas rudezas: primerizas; al desnudo sus arrugas.

La codicia o el desquite: en lo blando, largamente. Y ella desabotonando la camisola vaquera de su viejito candongo.

Luego le zafó la hebilla, y después que se le arrima cuando ya estaba pelado. Así, de pie, y sin tiempo que perder, con desespero de manos empezaron a tocarse sintiendo hartas cosquillas que, ni modo, provocaban un carcajeo fantasmal. Se movían como tilicos tal si fueran manejados por hilos de más arriba que se colaran apenas por algunos socavones. Cuando estuvieron a punto… No; él de pronto que se zafa porque… Era deshacer lo dicho.

En ese juego bribón de querer y no querer se fueron purificando. Su apetencia ya exhibida con tanta brutalidad cedió de pronto, y la reserva de siempre, por haberse desnudado, tuvo un nuevo derrotero: olvidarse por completo del redor sacramentero aunque lo necesitaran. Es verdad que ya no tenían dinero para vivir su vejez, ni ánimo suficiente para intentar nuevas tandas que llamaran la atención solicitando al final coperachas voluntarias. Quizá el pueblo había olvidado aquel oficio jovial del teatrino y los muñecos bailones. El espectáculo gratis para ¿amigos?… Tampoco irían a salir de allí a limosnear la comida —pues la gente los odiaba— ni siquiera a la familia Menchaca. No.

Después, por el arrepentimiento, pero también por el miedo, sus pasiones nunca fueron tan allá, la única diferencia es que ahora se mostraban aunque en forma sugerida. Y su habla, que sólo fue una quimera, un no decir casi sí, se ajustó a lo necesario: a mencionar la otredad, el sitio eterno e ideal donde su amor crecería. Morir era lo indicado, pero juntos, sin que nadie se enterara. Para ello tendría que haber condidones, y hubo una que se impuso: permanecer abrazados hasta que el hambre rompiera su contacto con el mundo. Así, al cabo de unas semanas, creyendo que con su muerte sus almas se elevarían traspasando lo celeste, sus miradas se apagaron… Sus miradas que tal vez fueron indicio de un vivir en el vacío… Sus miradas de ceniza.

En el pueblo empezaba a preocupar el encierro del matrimonio fuereño, pues ya nadie veía al hombre salir recio en su camión levantando polvaredas, ni siquiera reparando, como lo hacía algunas veces, desperfectos exteriores de la casa.

Antes que ir asomarse, o de plano tumbar puertas, la gente, como lo hizo desde antes que los malditos esposos ocuparan el recinto, se puso a inventar historias de calacas y murciélagos terribles, de aparecidos ilusos. Fue la familia Menchaca la que se atrevió a invadir aquel árrbito embrujado y, en efecto, cuando padres, tíos y lepes avanzaban por los cuartos a su paso iban notando telarañas y chillidos

quién sabe de qué animales. No tardaron en descubrir los cuerpos bien abrazados del matrimonio fuereño convertidos en calacas aún con pedazos de carne y gusanos por doquier. La impresión de lo macabro la pudieron soportar al igual que los oliscos. El abrazo era lo feo.

Sin mayores contratiempos los Menchaca se acomidieron a traer sacos y mantas. Al principio un tío gordo trató en vano de separarlos a fin de envolver a cada uno independiente del otro, pero la rigidez esquelética era demasiado férrea. Entonces la conjetura: abrazo deliberado antes de que se murieran. Finalmente, tras los ires y venires de lepes, padres y tíos, los envolvieron tal cuales respetando su propósito ulterior para sacarlos de allí en un exprés de dos muías. Aquel peculiar cortejo ante la vista del pueblo reafirmaba las historias de espantada que se venían repitiendo en las voces de varias generaciones.

¿A dónde irían a tirarlos? Se supo: allá cerca de la sierra de *El Cariño*, junto a la cueva de *El Lobo*. Sin embargo, la casona quedó con la pórtela de entrada abierta a todos los vientos y sin nadie que se animara a cerrarla. Adentro estaban los monos, ya carentes de aptitud, acostados sobre el suelo del diminuto escenario en espera de que alguien los moviese como antes. ¿Había calor entre ellos? ¿Un extraño cosquilleo?… Un deseo que aún divaga. Sus discretos maquillajes casi expresaban ternura, pues los puntos colorados de sus ojos quizá fueran el anuncio de un amor en las alturas, en la inversa magnitud del azul en derredor, y es que acaso en su mundo de tinieblas el afán fuera más grande que sus almas de cartón. De todos modos sus hilos seguían intactos al arbitrio de un destino que no existe o que es asunto tan grave que no merece existir. Ah, si volviesen otra vez a ejecutar los bailables, aquellos diálogos falsos referentes a que un diablo se batiera con un ángel, y la cruel suposición de que nadie ganaría. Pasadas unas semanas de pronto se abrió el forrillo y entró una luz como nunca. Una mano temblorosa que los coge con violencia… Sí, una mano de ultratumba.

LA AVERIGUATA

al tocayo Daniel González Dueñas

Luego de darle al jale aquí en Charcos de Risa por lo común la gente se reúne —hacia el atardecer, al aire libre— en distintos lugares de la localidad: comenta acalorada sobre, uh, livianas fantasías que nacen de lo real, sobre un equis asunto, vasto e insuficiente, que ofrece muchas formas de entenderlo y recrearlo; también, porque se vale, aparece sin más el calor de un recuerdo, lo que llamea e invita todavía. Ya para entonces de las casas se sacan mecedoras donde —acompasadamente—: sean hombres, sean mujeres: se meten en el chirle y de pasada aprovechan el fresco que viene de la loma.

Ah, pero hay un grupo aparte, el cual, sentado en tres, cuatro piedrones, pues tiene varios años de seguido juntarse en la supuesta esquina ubicada al noreste del enorme terreno salpicado de truenos y guapillas, por más señas, donde está la oficina de correos, mero enfrente de la carnicería, la única que existe, propiedad de don Judas Avelar, quien también pertenece a este grupo en mención… Bueno, además de él son cinco, a veces seis o siete, los que a diario se apiñan bajo el foco esquinero —excepto los domingos— a discutir de cosas que ni ellos mismos saben bien a bien. Abunda el mecateo de concepciones en medio de ademanes en lo alto, aunque, por lo común, no hay nada que merezca siquiera amanecerse: nadie entonces.

Cierto, de cuando en cuando un tema prosigue al día siguiente y puede que se alargue hasta una semana o dos o más allá; no obstante, es raro que suceda.

Se ha hablado, por decir, de galaxias chinitas de estrellas increíbles, de cuando el hombre pisó por vez primera la luna de aquí arriba, fue grande ese rumor. Siguiendo el hilo, se ha llegado a decir que entre nosotros hay algunos fulanos de otros mundos que nos tratan de tú y andan vagabundeando en la región diciéndose parientes o amigos o curas bienhechores o… Son gentes parecidas que hablan nuestra lengua. Asimismo, se cuenta de crímenes maestros, de audacias infalibles, de inventos de la ciencia que pueden hacer mal aun cuando pretendan hacer bien, o sea…

Afanares mentales.

De esto es precisamente lo que se va a contar: de un caso desmedido que a pesar de los años sigue en boca de todos, tomando en cuenta que todavía pululan al respecto montononal de ideas descabelladas, sendos puntos de vista y cuerdas sin final; pero, antes de proseguir, es pertinente hacer la aclaración: el susodicho grupo no es cerrado, quien quiera puede entrarle; es bastante sencillo: más o menos el sitio está en el centro y no es muy grande aquí; de hecho, unos cuantos se arriman nomás a ver y a oír: los mismos que no vuelven; la mayoría es muy intermitente; a otros, por el contrario, les gusta entrar de lleno: he aquí los enfrascados... Así damos comienzo.

Fue la vez que un fulano apareció pequeño en la distancia. El gran llano contiguo a este villorrio le quedaba de marco: demasiada tintura vespertina para una figurita que apenas se movía. Visto: conforme fue acercándose no cambió suficiente su tamaño. Vino, como predestinado, en directo hacia el grupo. Su chaparrez era conmovedora, mas su mirada no: por brillar tanto o por ser tan bailonas sus pupilas, siendo que la mera verdad sí daba miedo. En fin, cuando llegó sin preámbulos dijo:

—Quiero que me den agua, por favor. Yo voy de paso y vengo de muy lejos.

Casi una orden pues, aunque tenía razón, nomás de imaginar; la caminata... A cambio, ¡qué buen recibimiento!: porque: no hubo sobresalto de ninguno y: presto que se acomide uno del corro a traerle una jarra: la cual: se la bebió de un sorbo el individuo. No dio las gracias éste, no era de cortesías ni tiquismiquis, antes bien que se sienta en el suelo ante la vista incrédula de todos. Entonces le llovieron las preguntas: *¿No que iba de paso?* Esta fue la primera: al sesgo algo mordaz: un modo muy taimado de quererlo cortar, pero las que vinieron —en chorro, sin concierto— tenían un tono amable: *¿De dónde vino usted?*, o *¿cómo supo llegar?*, muchas por el estilo..., *¿Ya había venido antes?*, etcétera. El, por toda respuesta, dijo ser de un lugar llamado “Mamaleón”, que está en la parte sur de Tamaulipas, en la zona huasteca.

Y ya entrado en calor les reveló su plan: no era otro su ideal que caminar hasta donde llegara, desde luego tomándose descansos, y cuando ya sus fuerzas fueran puro estropicio —asunto muy remoto, dado que se veía membrudo y rozagante— sólo por tal motivo se asentaría definitivamente no importándole el sitio. Pero eso era improbable, por saber que jamás podría llegar a viejo, no lo deseaba al menos, porque lo que envejece siempre falla pese a tener sobrada autoridad. Sépase que para los guarismos que hacían estas personas por costumbre hasta entrada la noche una inferencia así despertó de inmediato viva curiosidad en general, que no recelos cortos o sordera

infeliz.

El forastero, sintiendo la importancia, ya notada, ya amplia, calculó su argumento. No quiso prodigarse. No era un pipiólo para desconocer en qué consisten las primeras veces: los tratos con extraños. A lo que: es que podía romper con alguna estructura y el abrirse la capa le resultaba impráctico, además su cansancio aún no había menguado, por supuesto quería recuperarse.

Dicho hombre, como quiera que sea, tenía más cancha que ellos por ser aventurero y prevaricador, siendo que para colmo las cosillas veniales, en esencia, no valían ni siquiera una mueca de él, por lo tanto, una vez esbozados sus anhelos, resumidos en unas cuantas frases, que se calla la boca. Eso era lo mejor por el momento: escuchar raciocinios con sincera humildad: sacando conclusiones, acaso aprendizajes.

Por ahí alguien le dijo, de refilón nomás: *¿No quiere usted más agua?*… Sí, ¡claro!… Le fueron a traer: tamaño jarro vino; con ello se evitarían por ende nuevos viajes, cumplidos a lo bruto. En seguida, que lo ignoran de plano, pues los del grupo continuaron su plática —interrumpida por aquel arribo— referente al misterio de esos seres que rondan por los alrededores: enviados del demonio, quizá de otros planetas.

Vaya que oír en medio del desierto debatirse a unos cuantos sobre algo tan gorgóneo hizo que el que llegó entrara en situación. Ahora sí que deveras le dieron ganas de especular adrede. Los temas perentorios al parecer eran los predilectos de este grupo: terribles desenlaces, apócrifos acechos…

El seguimiento fue más alarmante: se dijo que hasta la misma gente conocida que vive en el villorrio y desde que nació podía ser uno de ésos. Uno que viene a espiar lo que aquí pasa para en el viaje postumo regresarse volando ya con la información sepa a qué lejanía. Uno que se comporta como todos y que no usa artilugios ni nada llamativo: no tiene por qué hacerlo. Entonces, ni para cuándo descubrir quién es o quiénes son.

En consecuencia hubo desacuerdos, los “sí” y los “no” expresivos, con el sabor de las adivinanzas que no llegan a ser sino aproximaciones que se estrellan contra lo superior, al fin: vicisitudes. Esto muestra a las claras que en la localidad no queda más remedio que imaginarlo todo, porque todo es distante, sí, ya que de otra manera la tristeza sería: aquí: el único valor, bueno, es posible.

Paso siguiente, por parte del fuereño, hablar, por dos razones: la primera, de a tiro se evidencia: que si adoptaba una actitud pasiva levantaría sospechas acerca de que él fuera un presunto demonio, que había llegado a oírlos solamente. Ah, ¿y qué tal si lo ahorcaran nomás por mosca muerta? No; la segunda más bien era una deducción, la

cual: si había pedido que le dieran agua debía de agradecerlo dándoles un motivo para que ellos tuvieran un tema que tratar en el futuro. Al cabo arremetió:

—¿Ustedes saben lo que es la bomba atómica, aclaro que la nueva, la que destruye al mundo?

No, ¿cuál?, ¿existe?... ¡Vaya!, la palabra es confusa: explota, daña, ¿qué? Aquellos la asociaban con el agua; sí: un objeto mecánico y un pozo, o sea una bomba de las conocidas, ¡qué lejos de lo cierto! Por consiguiente: fueron apareciendo los asombros —tímidas alharacas y expresiones atónitas— que dada la tirante circunstancia fueron disminuyendo luego del estupor. También: por el tono de voz del forastero, su aplomo, su franca sobriedad, referirse a un estrago de anchuras semejantes no era para jugar a las figuraciones.

De rato, alguien aventuró: *...¿Acaso el mundo puede terminarse?...*, dando pie a que surgieran variados comentarios y preguntas casi casi infantiles sólo por no dejar. ¿Quién tiene el detonante?; nadie sabe; ¿dónde está?, ¡ojalá se supiera!; ¿para qué crearon algo tan horrible?, por sandez nada más, por diversión malsana; ¿de qué tamaño es?... Oh, la ciencia, la estentórea osadía de lo posible. Y se fraguó el desorden porque siguieron las interrogantes pero el hombre que vino pidió calma y:

—Debo decirles que ese artefacto es demasiado chico, aunque se sabe que su poder abarca a este planeta, según los datos dados a conocer en diversas revistas y periódicos, está metida en alguna botella, o llámenle “redoma” o “damajuana”; no obstante, basta una destapada para que el mundo se desintegre ya: en dos o tres segundos. Lo malo es que la tal quién sabe dónde esté. Puede estar escondida en un lugar recóndito, incluso hasta en las casas de cualquiera de ustedes. Lo que les recomiendo es que no abran ninguna, más si se trata de una primera vez, esto es por si las dudas, puesto que nadie sabe cuál es la verdadera. Reconozco que esta información es cruel porque es a medias, no dice, por ejemplo, que el siniestro explosivo pueda estar ubicado en la cima de un monte o en el fondo del mar, si en el desierto o adentro de una casa; si en una selva ingrata o guardado con celo en una caja fuerte... Nada. O sea, repito, que en cualquier parte de este grandioso mundo puede estar. Por eso, yo nomás les advierto: ¡sepan que hay un demonio que quiere destruirnos!

El panegírico, fatídico o fingido, con sus causas y efectos demasiado incompletos, quedó como sellado, como una redondez que no permite salideros guasones; fue un vil despachadero conceptual para dejarlos mudos y pensando.

Al menos no les quedaba de otra que no creerlo o sí: ellos de plano parecían estatuas, en apariencia: sin juicio u opinión, bastante resumidos. Ante tal circunstancia el hombre dijo:

—Yo sigo mi camino, voy de paso… Si algún consejo quieren ya lo tienen: no destapen botellas.

Y se fue por el lado de la loma cuando la tarde estaba por desaparecer.

Estupefactos quedaron los del grupo siguiendo con la vista aquel alejamiento, pero uno de ellos, saliéndose valiente de la bola, caminó algunos pasos para lanzar la última pregunta a pecho abierto:

—¿Y usted, señor, en dondequiera que nada va diciendo la nueva? ¿A poco usted va a recorrer aprisa el mundo entero para que todos sepan esta noticia fea?

El hombre sin voltear dijo que sí; un "sí" difuso, apenas, incapaz de colmar o resolver; allá, redicha, la mínima figura que se pierde: figura diabla, ¿o qué?: figura sacrosanta, y acá lo tremebundo más o menos, porque por resultado se crearon divisiones.

A partir del anuncio hubo gran alboroto. Era una discusión que debía continuar durante bastante tiempo, no digamos semanas sino: hasta que apareciera la verdad: ¿cómo?, ¿cuando todo por fin se reventara? Eso sí que en conjunto quisieron aclarar lo principal: es que varios pensaban que si también el hombre había incluido portólas, botes, frascos. No, ¡caray!

Bola de cabezones los dudosos. Claramente lo dijo: "botellas", "damajuanas" o "redomas", aquél no entró en detalles. Después unos conjeturaron a pie firme que el ser desconocido había venido aquí nomás a sembrar miedo.

Otro, un hombre pachorrudo, tratando de no zaragatear la índole del tema, llegó a la conclusión de que el horror propende siempre a que las predicciones se exageren, y a contrapelo, por salir airoso, se despidió del corro prometiendo venir al día siguiente. *¡Epa, tú no te vayas, debemos de quedar en algo fijo!* El hombre, el que quería zafarse sabiéndose ingenioso, metió freno a su escape y volvió acá un poco cabizbajo. *¡Nadie se vaya que no es sana la cosa!…* Hubo otros, sin embargo, que sí creyeron que una moción de tal envergadura no se prestaba a escepticismos burdos, y más teniendo en cuenta que a últimas fechas el grupo había abordado cuestiones similares, aunque ésta fue la puntilla: "Se va a acabar el mundo", y no faltó quien dijo que eran puras mentiras.

Dos horas transcurrieron y: arreglos, desarreglos, simplismos, apatías, al fin: la concordancia.

Estimar a la postre que la noticia no era sino el adiós mundial fue la idea que se impuso, más por terror que por discernimiento, y, en efecto, por angas o por mangas la acción del hombre que llegó y se fue —correlón y con cara de susto, como si huyera de un antro prohibido— significaba, sin lugar a dudas, que el artefacto podía estar

escondido en este punto: acaso el más remoto o el más insospechado. Sí, no había que darle vueltas, por algo vino aquí tan en directo. Asimismo, y a modo de refuerzo, él no pidió ni techo ni comida; agua nomás, bastante, y ya con eso.

Luego, por incongruentes, varios procedimientos quedaron descartados, el principal se enuncia: el hecho de acudir ahora mismo a casa del mandón a informarle sobre la mala nueva para que éste en seguida diera el aviso a la localidad de ser posible a través del micrófono y las cuatro bocinas que cada cuando usaba para actos oficiales: no, pues no, la prudencia aconseja que es demasiada falta de respeto interrumpir el sueño de una autoridad, ¿qué tal que ya estuviera con la luz apagada y quehaceroso? En todo caso la visita se efectuaría mañana a primera hora.

Entonces, los esquineros, en forma personal, deberían de tomarse la molestia de que la información se supiera mucho antes de que llegara el alba evitando que nadie para entonces ignorara el albur que representa la simple destapada de botellas, pero era harto difícil; ya si otras gentes, los familiares mismos, tenían iniciativa de ir de casa en casa o hicieran grande aquello a base de alaridos callejeros: eso sería lo óptimo, digamos.

Todavía, y por necesidad, abundaron las glosas; sin embargo, ya al filo de las diez los del grupo se fueron retirando. De hecho, tenían que acomedirse.

No en balde la incógnita más fea consistía en que durante este lapso algún irresponsable candoroso realizara sonriente la maniobra. El tequila, el sotol, como se sabe, se antojan en la noche, no tanto las cervezas o las sodas. Qué enorme paradoja sería eso de ir a buscar placer en la bebida para toparse a cambio con algo destructor: ¡del mundo entero!, y sólo en un abrir y cerrar de ojos.

Colosal o pequeña la acción infatuaría los sinsentidos, y he aquí que una catástrofe total daría margen también a muchas ilusiones, pongamos como ejemplo: un más allá de almas flotando en el espacio, ¿viajando?: bueno fuera.

Mientras tanto…

“Se va acabar el mundo… Ya está por acabarse”, si no textual la frase: eso fue lo primero que cada uno del grupo al llegar a sus casas respectivas dijo a sus familiares —incluso los escépticos, que si bien todavía tuviesen dudas acerca de lo dicho, no podrían arriesgarse a hacer bromas pesadas: destapando y a ver—, tan luego la noticia se pormenorizó.

De resultas: se hizo el movimiento al tiempo que el rumor salió a rondar, habiendo aún personas —dos o tres siempre hay— que desmentían la probable hecatombe aduciendo, de acuerdo a la gallofa expuesta a la carrera, que si la bomba estaba, por decir, allá abajo del

mundo, de todos modos era de esperarse que el siniestro ocurriera pese a pese.

Y de ello se desprende que la tragedia póstuma no dependía por cierto de los cuidados que la gente de aquí tuviese con los cascos cerrados. Por ende esos mordaces pesimistas se carcajeaban frescos y descaradamente a la vista de algunos —para que se escamaran y vieran todo negro o todo blanco en un instante falso— se decidían a abrir una botella retando a los designios de un final volador y capitoso. "¡No lo hagas!, ¡no te burles!, *¿no* ves lo que está en juego?" De seguro serían las réplicas sui generis; por lo pronto: ¡qué suerte!

Por lo demás, el zumbido exterior se desbordó, pues no era para menos una noticia así; ante la gravedad nadie que se enterara podía irse a la cama indiferente, sino que se salía aterrorizado en busca de más datos, y puesto que el mensaje de aquel hombre viajero para colmo obligaba a entrar rápidamente en minuciosidades, cada quien advirtió que todavía quedaban bastantes hilos sueltos cuyo atado quizá no fuese necesario.

De entre tanto fragor y desparramo de modo natural fueron formándose pequeños grupos: los piadosos, los prácticos, los elucubradores y los correvedile. Para estas alturas los esquineros habían pasado a un segundo plano; diluidos, dispersos en el barullo incierto de principio se debe agradecer que hayan cumplido con su cometido.

¿Y qué decir de los correvedile?, ahí andaban chismeando y retorciendo. Muy aparte situados los piadosos; por cuenta propia rezando a la intemperie sus rosarios con los brazos abiertos pidiéndole al Señor clemencia y plazo. Al respecto se aclara que hasta la fecha no hay en el villorrio ni párroco ni templo: ¡pueblo hereje!, más bien: ¡pueblo dejado de la mano de Dios! En el desierto, lejos, seis personas creyentes no hacen cantidad. Entonces, vayamos con los prácticos…

Ellos, por lógica, inicialmente optaron por discernir dónde estribaban las complicaciones. Por el momento: "creer"; luego: "seguir creyendo", y hasta no ver la luz del nuevo día no pensar diferente. Segundo punto: no irse a dormir por tanto, no enfadarse. *La actividad común es lo que hace más falta*. Correcto, sí hubo aprobación. ¡Vaya!, los prácticos ganaron; como eran de entre todos los serios, los luchones, mejor dicho: los que ponían remedio, en apariencia al menos, a ellos se unió la mayoría confusa, incluyendo también a algunos pesimistas, que eran por supuesto los elucubradores; unos, si bien; los restantes, en paz y con distancia: ¡mirones desconfiados! Orden: al cabo: regular: si se quiere. Ya el frío apretaba hacia la medianoche, pero.

A partir de esa base suscitáronse pues las últimas hipótesis para luego dar paso a las tareas. Esto: que si la bomba metida en las

redomas tenía forma boluda: acaso una canica o una posta, posible una pastilla o un chocho transparente. ¡Sepa! Podría ser algo informe: mera substancia densa, tal vez indistinguible. Declararon los prácticos que era necesario revisar con detalle todo lo que estuviera embotellado: los tintes de los líquidos, y si se descubría, siquiera, alguna basurilla hundiéndose o flotando, estas redomas deberían colocarse en un lugar secreto, muy lejos del alcance de los niños. A ellos, desde luego, para evitar percances, era mejor sacarlos de las casas, aunque lloraran pues. La situación no estaba por ahora para consentir gracias ni diabluras de nadie.

Vino el mandato ya: salido de la boca de un encuerdado jefe incidental, quien, deseando ser modelo, manifestó con tono paladino que él sería el primerito en hacer el trabajo, así expresó que todos por igual, con margen de una hora, habrían de ir a separar botellas: las buenas y las malas. Después venir de nuevo al susodicho sitio a bien de concentrarse para esperar la orden subsecuente. Era bueno el propósito, ya que si no andarían por ahí durante la noche con las cejas paradas nada más y sin saber qué hacer o gritando a lo loco. Sí, pero… Se dio el caso también de algunas gentes que dijeron no tener en su casa un solo casco: ni vacío ni cerrado, vamos, ni un perfumillo en frasco… Entonces, ellos ayudarían a…

Sería horrible pensar, dado que cabe, que Juan Ruperto Amor, propietario del único bazar de comestibles y de abarrotes varios con que cuenta el villorrio, y que sirve también de expendio de licores. Todo él: rico, monopolista, eso — quien se unió al gran conjunto—, llegara a suponer que los famosos mezcales de Oaxaca traídos por él mismo hace ya tiempo, los cuales, los de categoría, por lo común albergan a un gusano que dormita hasta abajo rebosante de pisto, alguno de ellos fuera nada menos que la dichosa bomba. Ah, eso estaba por verse, bueno, sí, si eso pudiera darse, aunque saberlo era mientras tanto como una pesadilla estrepitosa que al cabo se abría cancha en los demás: porque al exponer en voz alta su miedo Juan Ruperto ante el grueso de aquella muñidiza: muchos pensaron que ahí estaba el meollo del problema. Además éste dijo que el trabajo a efectuar le llevaría de cuatro a siete horas por tener en trastienda enorme cantidad de, damajuanas lentamente añejándose y a manera de cierre dijo que en su negocio no había niños traviesos ni forma de que entraran.

Cierto, a raíz de lo expuesto por Juan Ruperto Amor el enfoque cambió; ahora merodeaba el dilema que existe entre lo que es absurdo y lo que es funcional; mientras que el uno abruma el otro minimiza: o sea: dicha argumentación daba oportunidad a los escépticos —que estaban al acecho de las posibles fallas— para advertir que aquel trabajo múltiple era desde un principio ineficaz, pavón y sin sentido. E

intervinieron varios despotricando en contra del hacer colectivo. Se atropellaban las exposiciones, y más que dar cabida al fatalismo para ellos lo importante era hacer ruido: crear a ultranza y aprisa un jaleo extraordinario capaz de meter freno a tanto batidero; no obstante, por ahora, un "no" definitivo era imposible.

Si la urgencia de antes y de muchos estuvo casi a punto de moldearse: pues no, ni para cuándo: porque la averiguata pudo más: aquella fue tan lírica y tan larga que despertó al mandón. ¿Sería?, un sobresalto enorme, afuera, en plena noche, y entre que somnolencia trepidante y ambigua realidad éste dedujo al vuelo que entre los lugareños algo descolorido se estaba cocinando. El hecho se le hacía bastante inexplicable dado que nadie, ni siquiera algún guardia del orden general, había venido a tocarle la puerta.

El mandón como pudo se vistió al tiempo que veía por la ventana movimientos de gente apenas insinuada por la luz de la luna y alguna que otra lámpara de mano. Salió, muy de puntúas, es que: el familión dormido: que continuara igual. Ya estando al aire libre que se encarrera todo desguachipado y: con los pelos de punta: pues no tuvo ni chanza de ponerse el sombrero. Sí, en tinieblas llegó adonde estaba el grueso del tumulto seguido por seis, siete, ocho curiosos que se agregaron a su correntida.

—¿Qué hay? ¿Qué hubo? —que pregunta asustado al hatajo prolijo de siluetas que casi estaba al borde de reatarse: unos por no dejar que los demás hicieran, por ex profeso complicar deveras lo que en sí mismo era insuficiente.

Es decir que el mandón llegó puntual. Es decir que si el colapso fuese mero invento los habitantes de Charcos de Risa —a la sazón dicharacheros y asimiladores—, fruto del pánico, acabarían fregándose entre ellos a trancazos, araños y mordidas. Pero esto si bien tan sólo es un escalmo que merece meterse entre lo ya metido.

Por cordura o temor se creó en contraste luego un silencio muy turbio y como atolondrado: como si el mandón fuera el diablo en carne y hueso que viene a pedir cuentas, o Dios aquí también: sereno y bondadoso. No, aunque: era la figurilla principal la que venía a enterarse, la que angustiada repitió dos veces esas finas preguntas de hacía rato, y nadie, salvo, siendo que la mudez ya revelaba desbarajuste e inseguridad: todos —sin cuchicheos— con vehemencia de absortos idealistas: esperando: hasta que…

Fue un esquinero el que contó desde que el hombre aquél… Paso por paso: etcétera. Obvio que esto necesitaba de largueza. Por fin llegando al hecho y al motivo de que estuvieran tantos despiertos y reunidos a esas horas, el común, por lo visto, haciendo a un lado las obligaciones: las de diario, se ve, empezando por las desmañanadas, el narrador no pudo proseguir, dar un cierre adecuado, aunque sí puso

en claro el desconcierto.

Es que el mandón se carcajeó de plano, infame retorciéndose cual si el informador le hubiese dicho con absurda congoja una talla repleta de zonzeras. Parecía demoniaca su ronca risotada, a propósito demasiado ruidosa: con ganas de hacer eco por doquier; el colmo: duró más de un minuto sin parar, al extremo de dolerle el estómago, de salírsele el llanto por no hallar la manera de contenerse ya, acaso porque entendía de sobra la puntada.

—¿Pero cómo es posible que ustedes crean tal cosa? —clamó después sin apagar del todo su motor carcajiento; en contraposición la seriedad reinante se rompió, unos se contagiaron y —¡válgame!— hubo luego explosión pero de chachalacas, no fuerte sin embargo.

En cambio, nomás dio su respuesta sarcástica el mandón y los escépticos aprovecharon para hablar en desorden, destacando, por real y superior, la victoria aplastante de sus razonamientos, entiéndase en resumen que ni una bomba estaba en las botellas, que el mentado explosivo pues no podía existir porque pues no; asimismo, los piadosos metieron su cuchara arguyendo, enojados, no estar seguros de si sí o si no, que sólo cuando a Dios se le antojara habría de señalar el fin de este espectáculo de vidas, dado que los asuntos misteriosos son algo más que una problemática; los prácticos, según esto: bien fríos y presumidos por tener siempre los pies sobre la tierra, gritaban al igual que los correvedile; entre el meneo de voces por ahí Juan Ruperto tratando de…

Para no irnos tan lejos: de no haber cuadratura la batahola podía degenerar en mofas y revanchas, ergo, el mandón supo que debería encontrar y para bien una resolución de plano autoritaria.

Sí, no pretender en vano dar la respuesta ideal al montón de supuestos peleados entre sí.

Lo mejor sería entonces seguir sus convicciones cayera quien cayera: porque de todos modos de él se esperaba una disposición. Empero, le llevó largo rato darle al clavo a la más equilibrada, la más correcta y también la más simple: ¿cuál? Durante ese rato no hizo el menor caso al destrampe común, supo, como primera regla para él mismo, que debía de tomar una actitud muy seria, sin flaqueza de ánimo, sin ningún carcajeo digamos inconsciente, y limpiándose aún el lloro semiseco de la risa, medio calmo les dijo:

—¡Silencio, por favor, exijo compostura!… Miren ustedes, para que no haya duda es necesario que todo el mundo traiga las botellas, y los que no, que no: mejor que ayude a los que tengan más. ¡Hay que romperlas en este lugar antes de que amanezca! Quien no lo haga pagará por mañoso una cuantiosa multa que mejor ni les cuento… También se me ha ocurrido que a partir de mañana y desde muy temprano los guardias a mi cargo realizarán un cateo general casa por

casa, al que se le descubra una sola botella y con el tapón puesto ya verá más adelante lo que le va a pasar… Es necesario que todas las personas de la localidad vean con sus propios ojos que no hay bombas ni nada parecido, que ese hombre que vino y que se fue apurado era un loco fuereño como tantos que hay… Ahora, que si el mundo se acaba de a deveras, pues que se acabe pues, tal vez la otra vida sea más prometedora. Pero eso sí, no vamos a pasarnos lo que vivamos de ésta preocupados por una cosa incierta. Así es que ya lo saben: ¡vayan por las botellas!, aquí nos vemos dentro de una horas. Quiero que todos queden desengañados rápido, y si no: que nadie se dé cuenta de lo peor…

De a tiro se escucharon voces increpadoras: una algazara leve que finalmente fue disminuyendo, dado que se trataba de un ultimátum justo, de una valentía incluso responsable ante una fuerza horrenda por gigante y difícil de entender. Claro que algunos peros sí tenían mucha cola, el caso es que ninguno se oyó bien.

Y de vuelta el silencio se hizo grande cuando con tono áspero el mandón reiteró para calmar los ánimos:

—¡Esta es mi decisión: duélale a quien le duela! Yo no caigo en la trampa de un fuereño bocón y no quiero que caiga nadie de este lugar; pero voy más allá: si todos nos morimos puede que sea correcto o puede que no sea: habrá que resignarse a lo que venga… Pues, entonces: ¡vayan por las botellas!… Ya saben que en dos horas comienza el rompedero.

No obstante, el más perjudicado, Juan Ruperto, por mil razones lógicas, sacando el pico de entre la multitud, clamó con gravedad:

—¡Yo tengo un poco más de cien botellas; ése es mi patrimonio*, el más valioso… Y mire usted nomás: voy a volverme pobre por una tontería! No me parece justo lo que nos ha propuesto.

Si bien se ve: aquella aclaración era para reírse, aunque el mandón, ecuánime, sintiéndose por cierto bastante justiciero, respondió de inmediato:

—¡Mentira!, usted es ricachón. Ciertamente si dona sus botellas disminuirán en parte haberes, aunque es como quitarle un pelo a un gato, puesto que aún le quedarán cuantiosos abarrotes. No creo en definitiva que este desprendimiento en beneficio de Charcos de Risa lo arruine para siempre; antes por el contrario: su acción será admirable, pues deberá saber que las gentes de aquí se lo agradecerán y de por vida ¿no?

Se oyeron unos “sí” más o menos audibles mientras que Juan Ruperto con lentitud bajaba su cabeza en señal de humildad: esa cabeza peinada para atrás y experta en los negocios que al cabo de un minuto volvió a alzarse. Todavía nadie se iba y el comerciante hablóle al mandamás —ahora con más calma— para explicarle que en el plazo

indicado no le sería posible acarrear la gran suma de redomas y que necesitaba de la ayuda de algunos.

Excusa innecesaria, sin fundamento serio, dado que usando un par de bolsas con agarraderas podría traerlas todas y mucho antes… El problema: las vueltas, aunque era lo de menos…

Aprovechó el mandón dicho reclamo para llamar a los dos o tres guardias a su cargo que por no estar presentes —como debe ser— cuando se les requiere: en boca de los muchos se prolongó la apelación gritona, la cual no tuvo alcance, es que: ninguno de ellos vino: ¡sabrá Dios dónde andaban!, ah, ¡qué escondidos los tales! A su modo: ¡qué listos! Así, se ofrecieron algunos voluntarios. Sea: ¿ya qué podría decir el ricachón?

Poniéndose de ejemplo y profiriendo en vano una arenga superflua acerca del deber: el mandamás todavía mencionó que en su casa guardaba unos cuantos licores de gran clase que él mismo traería acá para romperlos. Y decimos "en vano" porque éste se quedó hablando solo como un loco en lo oscuro; siendo que Juan Ruperto ya se había retirado seguido por seis, siete; así también en dispersión se fue la multitud.

En cuanto al comerciante, en efecto, el mandón tuvo el tino de tocarle con suma perspicacia la parte más sensible de su mente objetiva, es decir: la caridad suprema —ahora a prueba— y a la vista de todos, por lo mismo: el valor legendario que ésta trae; en consecuencia, no le quedaba de otra, porque si se negaba bajo cualquier pretexto quedaría en evidencia su egoísmo.

Bueno, lo siguiente es trabajo de interiores: busque y busque la gente las botellas cerradas inclusive tal vez en donde no hay. Con esto, sólo de imaginar las conmociones: uh: tiraderos adentro y casas al revés; y dada la sentencia sacada de la manga: ni una de esas redomas podía ignorarse adrede, porque: ¡cuidado! Premuras harto dóciles a expensas de una sanción injusta. Sin embargo: eso era lo importante, que ya no el miedo al zambombazo póstumo.

Todavía no pasaban ni dos horas cuando: poco a poco el regreso de unos después de otros con botellas intactas al punto de reunión, al sitio cónclave donde el gran episodio iba a ocurrir, pues de inmediato, sin autorización, empezó el quebradero: oscuridad —y ¡zas!— por testimonio: ninguna llamarada anunciadora ni centellas fantásticas, únicamente instantes dolorosos, explosiones de líquido más falsas que livianas que pronto demostraban la dureza del mundo y la enorme falacia de aquel hombre viajero; ¡zas!: vidrierío, desgarriate, fiesta de esquirlas que invisibles saltaban; hasta el momento lo trágico no era más que alivio y espanto indefinidos. Empero, sí hubo lastimaduras, aunque leves: unas gotas de sangre y nada más. Lloros, clamores de niños y mujeres al compás de los traques; los hombres, dizque bravos,

al tiempo que apedreaban las redomas retrocedían incautos esperando el final, y al percatarse que aquellos estallidos anodinos no emborronaban ni destruían siquiera la rigidez del suelo: arremetían de nuevo retadores: y por lo pronto no. Claro que no eran todas las botellas: faltaban muchas más, puesto que apenas se habían ejecutado cerca de veinticinco: sodas, cervezas y diversos refines; esto, si las personas no fuesen renegadas y guardaran algunos para luego, dígase que con buena o con mala intención. Mientras tanto el desorden y los sendos propósitos de refutar lo dicho o no saber ni qué.

Muy antes de cumplirse aquel lapso indicado fueron llegando los correvedile, los piadosos, los prácticos y también los escépticos; los esquineros, sí, y algunos cuantos más: portando sus haberes de cristal, y sin idea de reglas que acatar ni consideración sobre un probable método para un desculamiento tal vez más efectivo: arrojaban sus cascos, a la par que los muchos, hacia donde ahora estaba el trizadero, donde sin ton ni son había lluvia de piedras y efluvio de licores: espumas al azar: cual brochazos de formas capricantes que terminan moldeándose a las pedacerías de ahí y de allá.

Hediondez y verdad a poco se imponían. La noche era estructura y el viento revoltijo.

En eso, en pleno trance colectivo, llegó el mandón cargado y repelando, queriendo apaciguar tanta emoción o miedo, también incrédulo de que los lugareños por propia iniciativa desafiaran valientes al diablo o al Señor. El, ahora sí vino con sombrero y pistola como era su costumbre.

—¡Momento!, ¡cálmense!, ¡tenemos que ir por partes!…

Y nadie le hizo caso; entonces, viendo que eian inútiles sus gritos, que se mete al rebane y se pone a quebrar sus damajuanas con lujo de balazos.

De rato que llega Juan Ruperto y acciona como todos, aunque a regañadientes. Es que… La inercia del destroce pudo más: empujólo como una marioneta hacia lo inverosímil. Supo, con un dejo de fe, que aquel desprendimiento quizá muy a la larga le garantizaría la gratitud del pobre paisanaje, pero ahora, pues no pudo evitar que el llanto le brotara cuando vio ya esparcida su riqueza: húmeda y trasminada: ahí: tanto fino licor y tanto esfuerzo ido.

Las últimas botellas se quebraron al despuntar la luz del nuevo día. ¡Ni una!… ¡Ni una más!, según esto… *¡Vámonos a dormir!, ¡vale la pena!*, que clama el mandamás con un júbilo a medias, sin agregar palabras de autosatisfacción, lo único que hizo —a la vista de todos: que estoicamente habían permanecido en el lugar— fue alzarse el cuello de su camisa a rayas en señal de victoria y caminar ufano en retirada peinándose las sienes. Se fue —seguido por los muchos— casi irreal, casi héroe: en silencio, quien con circunspección y dignidad se

iba acomodando su sombrero tejano acaso chueco por la friega de hoy. Después la gente, frenada, a la distancia, lo vio entrar en su casa levantando feliz una mano de adiós.

Sólo queda en mención un cuadro a la deriva, en realidad el seco resultado lastimero que desdice papeles: una pastelería de desperdicios y una mezcla de hedores agridulces que el aire del desierto arrastraba despacio removiendo también algunas trizas. Un vaho de pestilencia como fruto mendaz de lo que no sería sino ilusión y tregua todavía por cumplirse. Pero ni un alma aquí ni en perspectiva dentro del panorama desgraciado, solamente de hinojos y casi en engarruñe estaba Juan Ruperto llorando inconsolable como un niño que ha recibido golpes sin piedad de un padre gordinflón: de brazos chuletones… Quienes lo vieron hecho un estropicio, desde alguna ventana o varias: lejos, ahora andan diciendo que nunca antes en Charcos de Risa habían visto a un fulano llorar tanto. Fue un llanto muy ruidoso y duradero, aunque es puro decir, porque el día que siguió más bien fue casi nulo: la gente durmió en grande, o sea: ¡a la fregada todos los trabajos!

Por lo demás, ¡caray!, el mundo continuaba… ¿O renacía tal vez?

Mera casualidad o mero pasatiempo.

Asimismo, el hecho demostró sobradamente que la mentada bomba no se encontraba aquí.

Aunque…

Luego.

En recuento, al paso de los días con la ayuda de muchos voluntarios se barrió y se limpió el burdo batidero; casi en cámara lenta las guardias del mandón con mohína efectuaron el cateo general, pues se daban su tiempo para platicar largo con cuantos moradores se prestaran sobre aquella emergencia innecesaria; había pasado un mes y aún andaban en busca de botellas enseñando el papel firmado al calce por el mandamás para entrar libremente en las casas que están a la afueras, bueno, si esto puede decirse, ya que todo es central en un lugar chiquillo. Y no encontraron nada, como era de esperarse: la zozobra masiva resultó superior. Entonces sobrevino lo que siempre sucede: la normalidad fue la que se impuso, porque es la pauta de las apariencias, y dado que después de un gran enredo cualquier secuela vale: la duda persistía…

Un desenlace así tenía que traer cola, y la más natural: se acabó la tomada, la circunstancia castigaba a los briagos: al menos mientras los habitantes aún no digirieran los efectos de aquella información traída por un hombre que a ninguno siquiera le dio chanza de refutar en parte su sentencia postrera.

¿Ya?

Excepto eso: lo cotidiano volvió: los deseosos esquineros: por las tardes: los tanteos: las terquedades: esos hábitos de hablar: revivir lo exagerado: ya que el silencio deprime: ahora que: el caso como un hechizo: y por tanto: el grupo se hizo más grande, debía ser, había razón; nuevos corros se formaban: otros muchos: por su lado: hombres, mujeres, ancianos: sacaban sus mecedoras: tal como antes: a esas horas de trastrueque en que la luz se derrite. Todos, sí, con el tema de la bomba que todavía daba pie a bastantes hilazones cada vez más dilatadas. Que si aquello era carlanco, tremebundo o baladí. Grandes interrogaciones y un arbitrio hecho de voces.

Para pronto, los que habían sido los prácticos y que continuaban siendo, pues que vuelven a la carga. Esto es: hicieron viajes adrede a sitios circunvecinos tan sólo para saber si el fuereño chaparrón había pasado de prisa anunciando la terrible novedad… ¿Qué? Al contrario: Ojalá hubiera venido para prevenirse prestos, mas de a tiro se entendió que el aviso mal que bien era un chasco muy agudo, por ende: las gentes se rieron de ellos y de puro refilón encontraron fundamento para burlarse a sus anchas de los de Charcos de Risa, bah, con razón alguien le puso ese nombre a aquel villorrio.

¿Comprobada la mentira?… Más o menos: todavía.

Se siguió hablando del caso.

Ciertamente, el nudo se iba aflojando, pero quedaban pendientes las pesadillas de: obvio que se trata aquí de los hombres esquineros que acostumbraban narrar sueños retealrevesados.

La premisa fue el viajero que regresaba al lugar por supuesto que enterado de lo que había sucedido; más bien: aquellos le componían agregándole o quitándole: coincidencias, variaciones, diferentes soliloquios; si uno soñó emplazamientos también otros atisbaron cercanas similitudes; en esencia eran nociones a la carrera arregladas; el primero que contó dijo ver equidistante aparecido al chaparro haciéndoles varias señas sin que su voz fuese audible: que vinieran porque sí. Mas intervino uno de ellos para decir que eso no, que en su sueño vislumbró al fuereño risa y risa pero pasando de largo. Otro dijo muy en serio que el hombre gritaba harto, bastante desesperado, y uno más lo vio llorar en la punta de la loma que está situada al oriente.

Se desdecían las secuencias, la cosa es que: ¡oh, paradoja!, invenciones: si se ve, porque los sueños se truncan cuando ya no hay seguimiento que se apegue a un orden lógico. Así, de acuerdo a los presupuestos, que acuden los esquineros al llamado del fuereño. No faltó quien pretendiera darle su buen merecido por tan tamaña falacia, pero aquél dentro del sueño, o acaso en la realidad, era un espíritu indócil que irónico se alejaba conforme los del conjunto se le iban acercando, y eran zancadas difusas, hacia atrás y sigilosas, por una

planicie enorme carente de nopaleras, huizaches o cororetes.

Y ellos corrían sin cesar, pero viendo que: ni modo: nunca podrían alcanzarlo, que se frenan maldiciendo y con ganas de aventarle cuanta lasca hallaran cerca. El fulano para colmo portaba una damajuana, y envuelto en las teñiduras de una tarde apocalíptica, que la abre de inmediato: uh: espumilla inofensiva, muy resuelto que se bebe el contenido; una vez que terminó que deja caer el casco y se da la media vuelta: ritualmente fue perdiéndose entre las líneas deshechas de los contornos de allá.

No, eso no, ¡miren nomás!: que alguien agrega en el acto: es demasiado chilindre; adujo que en su visión simplemente miró al hombre huyendo de algo terrible… Y lloraba al avanzar, dijo otro… No obstante a uno que le da por desmentir aquellas ensoñaciones, pues que añade a contrapelo que el hombre tal vez murió cuando entró en los espejismos. De seguir la averiguata tal vez estos esquineros terminaran a reatazos.

Historias van, otras vienen, otras pasan y se olvidan: y tienen que repetirse aquí, acullá, dondequiera. Los hilos quedan cortados: colgando de sepa dónde. Hay quien los quiere arrancar… Invenciones de la gente… Pero, lo que es que aquí en el villorrio quedó bien establecido el criterio general de no creerle a fuereños. Todavía pasado el tiempo, esta historia se recuerda no sin que los lugareños sientan mucho escalofrío, porque cuando alguien destapa una botella o un frasco lo hace con cierto temor; entonces, a modo de despedida, puede ser una de dos: ¡que el mundo se acabe hoy mismo o no se acabe jamás!